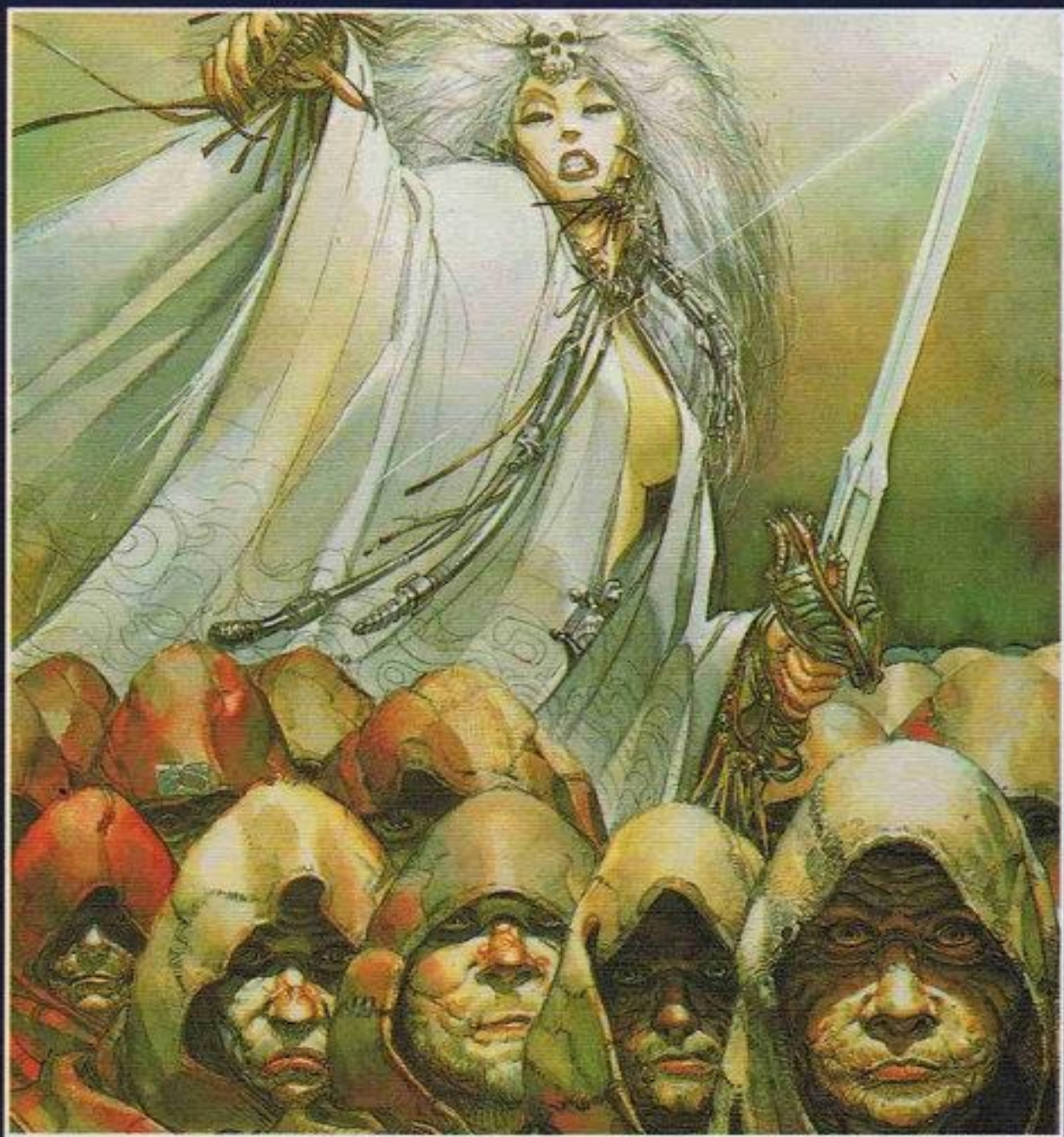


Marion Zimmer Bradley



DARKOVER
LA CADENA ROTA

Lectulandia

En el planeta Darkover la magia y la telepatía son elementos esenciales de una cultura antitecnológica que resiste con éxito los más variados intentos de forzar su integración en una unión política y económica con el Imperio Terrano.

La cadena rota nos introduce en el mundo de las Amazonas Libres, el grupo de mujeres juramentadas que intentan superar con su actitud y su actividad las limitaciones impuestas socialmente a las mujeres.

Bradley profundiza aquí en el papel social de las mujeres de Darkover, desde su papel como Celadoras especializadas en el control de la técnica de matrices que estimulan la telepatía, al de casi esclavas de los hombres en las Ciudades Secas pasando por el papel socialmente secundario que deben desempeñar en los Dominios del Comyn.

Lectulandia

Marion Zimmer Bradley

La cadena rota

Darkover: Las Amazonas Libres - 1

ePub r1.0

Titivillus 01.01.16

Título original: *The Shattered Chain*
Marion Zimmer Bradley, 1976
Traducción: Mirta Rosenberg
Ilustración cubierta: Juan Giménez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Con LA CADENA ROTA se inicia una nueva temática en el amplio conjunto de narraciones que transcurren en el planeta Darkover (ver Apéndice al final del libro). En el seno de una narración dominada por el tono de aventuras habitual en la serie, destaca la implícita reflexión sobre el papel social de las mujeres en Darkover y, por extensión, en cualquier sociedad.

Ya en la primera novela de la serie PLANET SAVERS (LOS SALVADORES DEL PLANETA, 1962) aparece la presencia de unas extrañas Amazonas, como un grupo de mujeres juramentadas que pueden realizar «trabajos de hombre», pero no se profundiza en la compleja dificultad de su empeño. Es precisamente en LA CADENA ROTA cuando Bradley presta atención destacada a esas mujeres que se convierten así en el eje central de una de las trilogías más apreciadas dentro de la famosa serie de Darkover.

LA CADENA ROTA narra, por primera vez y con cierto detalle, las dificultades con que se encuentran las Amazonas Libres, el grupo de mujeres juramentadas que intentan superar con su actitud y su actividad las limitaciones impuestas socialmente a las mujeres, Bradley profundiza aquí en el rol social de las mujeres de Darkover, desde su papel como Celadoras especializadas en el control de la técnica de matrices que estimulan la telepatía, al de casi-esclavas de los hombres en las Ciudades Secas, pasando por el papel socialmente secundario que deben desempeñar en los Dominios del Comyn. Ante esta situación, las mujeres del Gremio de las Amazonas Libres reivindican en Darkover su calidad de personas independientes y su igualdad con los hombres en todos los aspectos.

Destaca en todo ello la voluntad de Bradley por hacernos reflexionar sobre el significado de la condición humana que tantas veces la historia de nuestra cultura parece haber negado a las mujeres. La lectura del Juramento de las Amazonas Libres (al principio del libro) puede sorprender y tal vez algún lector(a) piense que se trata de demasiadas renunciaciones que coartan irremisiblemente la vida de la futura Amazona. Pero cuando en el capítulo nueve (verdadero eje ideológico de la novela), la agente terrana Magda Lorne se ve forzada a pronunciar el juramento de Amazona Libre, descubrimos con sorpresa que esas palabras, ese juramento, no contienen nada tan terrible y que sus presuntas «renunciaciones» corresponden precisamente a la afirmación de la independencia y libertad de un ser humano, aunque no siempre las mujeres de nuestra sociedad (o de la de Darkover) hayan podido ejercer dicha opción.

Pero, como siempre en las novelas sobre Darkover, el camino que lleva a la plenitud personal y a la realización final, el que hace factible la concreción de la ética de la libertad, es un camino plagado de renunciaciones y dificultades; de decisiones no siempre fáciles porque la vida en libertad responsable no tiene porque serlo necesariamente. Y así lo experimentarán tanto la comynara Rohana Ardais, la agente terrana Magda Lorne y, también, la joven Jaelle n'ha Melora en su difícil tránsito a

la condición de Amazona. Pese a la inicial estructura ternaria de esta novela, poco a poco Bradley va centrando el futuro de la trilogía sobre las Amazonas Libres de Darkover en la figura de la agente terrana Magda Lorne.

Presuntamente la «modernidad» de la terrana Lorne debería acercarla con mayor facilidad a los objetivos perseguidos por las Amazonas Libres, pero es precisamente su pertenencia a dos mundos lo que va a permitirle en curioso papel como «observador participante» (según la terminología al uso entre los sociólogos) que pone de manifiesto las limitaciones sociales impuestas a las mujeres no sólo en Darkover, sino en cualquier sociedad sexista como, en cierta forma, también lo es la sociedad terrana.

Creo importante destacar que gran parte del éxito de la serie de Darkover procede precisamente del tratamiento del tema de las Amazonas Libres. No hay que olvidar que esta atención al mundo de las mujeres y sus problemas es uno de los aspectos temáticos que más interesan a Marion Zimmer Bradley, y está también implícito en otras obras famosas de esta autora. En su recreación del mundo de las leyendas del Rey Arturo, LAS NIEBLAS DE AVALÓN, Bradley abandona el tratamiento tradicional y utiliza como punto de vista central el de una mujer: Morgana. Algo parecido ocurre con su reciente recreación de la Guerra de Troya que también se presenta, esta vez en LA ANTORCHA, desde un punto de vista en cierta forma revolucionario y novedoso: el de Casandra. Con toda seguridad esa inversión del género del protagonista principal en esta recreación de dos narraciones ya clásicas es algo que configura inevitablemente la visión final de dichas novelas, con una atención preferente a la óptica femenina.

Pero todo ello se puede observar incluso con mayor nitidez en las novelas de Darkover sobre las Amazonas Libres, que profundizan explícitamente en esa necesaria atención al papel de las mujeres: el que desempeñan y el que deberían desempeñar si no existieran tantas trabas sociales a su realización como personas. La temática aquí iniciada continúa en LA CASA DE THENDARA y además, en la tercera de las novelas de Darkover sobre este tema, CIUDAD DE BRUJERÍA, los personajes masculinos acabarán siendo meros comparsas y prácticamente no intervienen en la acción y ni siquiera hablan. Pero éste será un tema a comentar en otro momento.

En cualquier caso, es evidente que es en el marco de la narración de aventuras habitual en las novelas de Darkover donde más fácil resulta extrapolar sobre ideas socialmente avanzadas, sin peligro de aburrir al lector. La realidad es que, por todo ello, LA CADENA ROTA se lee con gusto y satisfacción, incluso desde una óptica meramente lúdica, aunque también estimule interesantes reflexiones que no dejan de ser válidas en nuestro entorno social. ¿Qué más puede uno pedir?

MIQUEL BARCELÓ

*Para Tracy,
por haberme contado el chiste
del hombre del espacio, la leronis
y los tres habitantes de las Ciudades Secas.*

EL JURAMENTO DE LAS AMAZONAS LIBRES

De hoy en adelante, renuncio al derecho de casarme, salvo como compañera libre. Ningún hombre establecerá conmigo un vínculo *di catenas* ni viviré en ninguna casa de hombre como *barragana*^[1].

Juro estar preparada para defenderme por la fuerza si soy atacada por la fuerza, sin recurrir a la protección de ningún hombre.

Juro que de hoy en adelante no seré conocida por el nombre de ningún hombre, sea padre, guardián, amante o esposo, sino simple y solamente como hija de mi madre.

Juro no entregarme de hoy en adelante a ningún hombre, salvo en el momento y ocasión que yo misma decida, por mi propia voluntad y deseo; nunca ganaré mi pan como objeto del deseo de hombre alguno.

Juro que de hoy en adelante no daré hijos a ningún hombre, salvo por mi propio placer, elección y momento; no daré hijos a ningún hombre para la herencia, la casa, el clan, el orgullo o la posteridad; juro que yo sola determinaré la crianza de cualquier hijo que tenga sin considerar la posición, el lugar o el orgullo de ningún hombre.

De hoy en adelante, renuncio a ser leal a cualquier familia, clan, guardián o señor, y juro ser leal solamente a las leyes de la Tierra como ciudadana libre, al reino, la corona y los dioses.

No recurriré a ningún hombre en busca de protección, apoyo o socorro, y únicamente deberé lealtad a mi madrina de juramento, a mis hermanas del Gremio y a mi patrón durante la época de mi empleo.

Y juro, además, que las integrantes del Gremio de las Amazonas Libres, todas y cada una de ellas, serán para mí como mi madre, mi hermana o mi hija, de mi misma sangre, y que ninguna mujer unida por juramento al Gremio recurrirá a mí en vano.

Desde este momento, juro obedecer todas las leyes del Gremio de las Amazonas Libres y cualquier orden de mi madrina de juramento, los miembros del Gremio o la líder que elija durante mi temporada de empleo. Y si traiciono algún secreto del Gremio, o no cumplo mi juramento, me someteré a las madres del Gremio para las sanciones disciplinarias que ellas elijan; y si no cumpliera, que la mano de cada mujer caiga sobre mí, que me maten como a un animal, entreguen mi cuerpo insepulto a la corrupción y dejen mi alma a merced de la diosa.

PRIMERA PARTE

ROHANA ARDAIS
COMYNARA

1

La noche descendía sobre las Ciudades Secas, vacilando, como si en esta época el gran sol rojo no deseara ponerse. Liriel y Kyrrdis, pálidas en la demorada luz diurna, pendían muy bajas sobre los muros de Shainsa.

Detrás de las puertas, en los alrededores del gran mercado barrido por los vientos, un grupo de viajeros armaba su campamento, desensillando los caballos y descargando a los animales de transporte.

Eran sólo siete u ocho, todos vestidos con las capas con capuchas y las pesadas túnicas y pantalones de montar del país montañoso, la lejana tierra de los Siete Dominios. Hacía calor en las tierras desérticas de Shainsa a aquella hora, en la que el sol todavía tenía cierta fuerza, pero los viajeros no se habían quitado las capas con capucha; y aunque todos ellos estaban armados con cuchillo y daga, ninguno llevaba espada.

Eso fue suficiente para que los vagabundos de la Ciudad Seca, que se reunían para ver cómo los extraños armaban el campamento, advirtieran quiénes eran. Cuando uno de los encapuchados, agobiado por el peso de las alforjas cargadas, se quitó la capucha y la capa, revelando una cabeza pequeña, bien formada, con pelo oscuro cortado tan corto como ningún hombre —ni ninguna mujer— de los Dominios ni de las Ciudades Secas se atreverían a llevar, los curiosos empezaron a juntarse. Habitualmente suceden tan pocas cosas en las calles de la Ciudad Seca, que los mirones se comportaban como si la llegada de los extraños fuera un espectáculo gratuito preparado para su entretenimiento, y todos ellos se sentían autorizados a comentar la función.

—¡Eh, venid a ver! ¡Son Amazonas Libres, de los Dominios!

—¡Perras desvergonzadas, eso es lo que son, corriendo por ahí sin pertenecer a ningún hombre! ¡Yo las echaría a todas de Shainsa antes de que corrompiesen a nuestras decentes mujeres e hijas!

—¿Qué te pasa, Hayat? ¿No puedes controlar a tus propias esposas? Las mías, ahora, no se liberarían ni por todo el oro de los Dominios... Si trataran de liberarlas, volverían llorando: ellas saben dónde están mejor...

Las Amazonas oyeron los comentarios, pero estaban preparadas para ello; con toda tranquilidad, siguieron armando su campamento, como si quienes las observaban fuesen invisibles y mudos. Envalentonados por esa actitud, los hombres de Ciudad Seca se acercaron más, y las burlas obscenas se multiplicaron; ahora, algunas eran lanzadas directamente contra las mujeres.

—Tenéis de todo, muchachas... espadas, cuchillos... ¡salvo lo que necesitáis!

Una de las mujeres se volvió, sonrojada, abriendo la boca como para replicar; la líder del grupo, una mujer alta, esbelta y de movimientos ágiles, se volvió hacia ella y le dijo algo, en tono imperioso y voz baja; la mujer bajó la vista y retornó a su trabajo, que consistía en clavar estacas para las tiendas en la gruesa arena.

Uno de los curiosos, que había presenciado el diálogo, se acercó a la líder, murmurando una proposición:

—Las tienes a todas bajo el pulgar, ¿verdad? ¿Por qué no las dejas solas y vienes conmigo? Podría enseñarte cosas con las que nunca soñaste...

La mujer se le enfrentó, quitándose la capucha para revelar, debajo del cortísimo pelo canoso, el rostro agradable y delgado de una mujer de mediana edad.

—Aprendí todo lo que podrías enseñarme mucho antes de que tú fueras domado, animal —dijo con voz leve y claramente audible—. En cuanto a los sueños, a veces tengo pesadillas, como cualquiera, pero, gracias a los Dioses, hasta ahora siempre he despertado.

Los otros se mofaron.

—¡Ésa te ha dado en el ojo, Merach!

Cuando los hombres volvieron a intercambiar bromas entre ellos, el grupito de Amazonas Libres se dedicó a terminar de instalar rápidamente su campamento: una casilla, evidentemente con el objeto de vender o comprar, un par de tiendas para dormir y un refugio para proteger a sus caballos montañeses del feroz y desacostumbrado sol de las Ciudades Secas.

Uno de los mirones se acercó; las mujeres se pusieron tensas, esperando más insultos, pero él tan sólo les preguntó cortésmente:

—¿Puedo preguntar cuál es el negocio que os ha traído aquí, *vahi domnis*? —Tenía un acento muy marcado, y la mujer a la que había interrogado pareció desconcertarse, pero la líder comprendió y le respondió:

—Hemos venido a vender artículos de piel de los Dominios: monturas, arneses y ropas de cuero. Mañana, durante el día, estaremos aquí, vendiendo; estáis todos invitados a tratar comercialmente con nosotras.

—¡Yo compro a las mujeres una sola cosa! —aulló un hombre entre la multitud.

—¡Cómprala, demonios! ¡Que ellas te paguen!

—Eh, señora, ¿vas a venderles los pantalones que llevas para poder vestirse de mujer?

La Amazona Libre ignoró las mofas. El hombre que se había acercado le hizo otra pregunta.

—¿Podemos ofreceros alguna diversión en la ciudad esta noche? O... —vaciló, mirándola apreciativamente, y agregó—: ¿tal vez podáis entreteneros vosotras solas?

—No, muchas gracias —dijo ella, con una leve sonrisa, y se alejó.

—¡No tenía idea de que sería así! —dijo una de las mujeres más jóvenes, indignada—. ¡Y tú le diste las gracias, Kindra! ¡Yo le hubiera hecho tragar los dientes de una patada!

Kindra sonrió y palmeó el brazo de la otra, tranquilizándola.

—Bueno, las palabras duras no rompen huesos, Devra. Hizo su oferta con tanta cortesía como pudo, y yo le respondí de la misma manera. Comparado con los otros —abarcó el grupo de curiosos con una irónica mirada de sus ojos grises—, fue un

maestro de la cortesía.

—Kindra, ¿realmente vamos a comerciar con estos *gre'zuin*?

Kindra frunció un poco el ceño ante la obscenidad.

—Bueno, sí, por supuesto. Debemos tener alguna razón para quedarnos aquí, y tal vez Jalak tarde días en regresar. Si no aparentamos hacer algo aquí, nos tornaremos sospechosas. ¿No comerciar? ¿Qué tienes en la cabeza hoy, niña? ¡Piensa!

Se acercó a otra mujer que estaba apilando las alforjas bajo el techo.

—¿Nada de Nira, todavía? —preguntó en voz baja.

—Hasta ahora, no.

La mujer que había respondido miró, inquieta, a su alrededor, como si temiera que la oyeran. Hablaba en puro *casta*, la lengua de los aristócratas de Thendara y de las llanuras de Valeron.

—Sin duda, nos buscará después de que caiga la noche. Seguramente, le disgustaría bastante caer en manos de esta gente, y para cualquiera que entre en el campamento vestido de hombre abiertamente y sin que lo provoquen...

—Es verdad —dijo Kindra, observando a los curiosos—. Y ella conoce las Ciudades Secas. Sin embargo, no puedo evitar sentir cierto temor. Va contra mi costumbre el enviar a una de mis mujeres vestida de hombre, y no obstante era la única manera de que estuviera segura aquí.

—Vestida de hombre... —La mujer repitió las palabras, como si creyera no haber comprendido bien el idioma de la otra—. ¿Cómo, acaso todas vosotras no usáis ropa de hombre, Kindra?

—En ese punto sólo delatas tu ignorancia de nuestras costumbres, Lady Rohana; te ruego que hables en voz baja para que no nos oigan. ¿Crees realmente que uso ropa de hombre?

El tono de su voz era el de una persona ofendida, y Lady Rohana respondió rápidamente:

—No pretendía herirte, créeme, Kindra. Pero tus ropas no son por cierto las de una mujer... al menos, no las de una mujer de los Dominios.

La deferencia y la irritación se mezclaron en la voz de la Amazona Libre.

—No tengo tiempo ahora para explicarte todas las costumbres y las reglas de nuestro Gremio, Lady Rohana —respondió—. Por ahora, es suficiente... —Se interrumpió ante otro estallido de burlas de los curiosos; Devra y otra Amazona Libre llevaban sus caballos hasta el pozo común que se hallaba en el centro del mercado. Una de ellas pagó la tarifa por el agua con los anillos de cobre que se utilizaban como moneda al este de Carthon, mientras la otra conducía los animales hasta el abrevadero. Cuando regresaba para ayudar a Devra a abrevar los animales, uno de los hombres le había puesto las manos en la cintura, atrayéndola rudamente hacia él.

—Eh, bonita, ¿por qué no dejas a estas perras y te vienes conmigo? Tengo muchas cosas que mostrarte, y apuesto a que nunca... ¡aayyy! —Sus palabras se transformaron en un aullido de rabia y de dolor; la mujer había desenvainado una

daga y había dado una rápida estocada hacia arriba, desgarrando la ropa sucia y harapienta del hombre hasta exponer su piel desnuda y poco saludable, y marcar una línea roja desde el vientre hasta el cuello. Él retrocedió, tambaleándose, y cayó en el polvo; la mujer le dio una despectiva patada con el pie cubierto por una sandalia y dijo en voz baja y feroz:

—¡Vete de aquí, *bre'sui*! ¡O la próxima vez te sacaré las vísceras, y los *cuyones* junto con ellas! ¡Ahora vete al demonio, y también vosotros, sucios bastardos, o sólo serviréis para que os vendan como eunucos en los burdeles de Ardcaran!

Los amigos del hombre se lo llevaron a rastras, mientras él seguía gimiendo, más por el shock que por el dolor. Kindra se acercó a la mujer, que limpiaba su cuchillo. La otra alzó la vista, sonriendo con inocente orgullo por lo bien que se había defendido. Kindra le sacó el cuchillo de la mano de un tirón.

—¡Maldita seas, Gwennis! ¡Ahora somos el blanco de todas las miradas! ¡Tu orgullo por el uso del cuchillo podría costarnos nuestra misión! ¡Cuando pedí voluntarias para este viaje, pedí mujeres, no niñas malcriadas!

Los ojos de Gwennis se llenaron de lágrimas. Era tan sólo una muchacha, de quince o dieciséis años.

—Lo siento, Kindra —dijo con voz temblorosa—. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Debí permitir que ese *gre'zu* me manoseara?

—¿Crees realmente que corrías peligro, aquí, a la luz del sol y delante de tanta gente? Podrías haberte librado de él sin derramar sangre, y haberlo puesto en ridículo sin necesidad de desenvainar el cuchillo. Se te enseñaron esas habilidades para que te defendieses de posibles violaciones o heridas, Gwennis, no para salvaguardar tu orgullo. Sólo los hombres pueden jugar el juego del *kihar*, hija mía; eso está por debajo de la dignidad de una Amazona Libre. —Recogió el cuchillo del lugar en que había caído, en el polvo, limpiando el resto de sangre que había quedado en la hoja—. Si te lo devuelvo, ¿puedes conservarlo en su sitio hasta que verdaderamente lo necesitemos?

—Lo juro —dijo Gwennis, bajando la cabeza.

Kindra se lo entregó.

—Muy pronto lo necesitaremos, *breda* —le dijo con suavidad. Rodeó con un brazo los hombros de la joven, agregando—: Sé que es difícil, Gwennis. Pero recuerda que nuestra misión es más importante que esas estúpidas irritaciones.

Dejó que las mujeres terminaran de abreviar a los caballos, advirtiendo con una sombría sonrisa que la multitud de ociosos impertinentes se había dispersado como por arte de magia. *Gwennis merecía cada una de las palabras duras que le endilgué. ¡Pero, sin embargo, me alegra que nos haya librado de esas criaturas!*

El sol se hundió tras las bajas colinas, y las pequeñas lunas empezaron a trepar por el cielo. La plaza estuvo desierta durante un rato; después, algunas mujeres de las Ciudades Secas, envueltas en sus pesados velos y gruesas faldas, empezaron a llegar al mercado para comprar agua del pozo común, produciendo al moverse el tintineo

metálico típico de las cadenas. Según la costumbre de las Ciudades Secas, las mujeres llevaban un brazalete metálico en cada muñeca; estos brazaletes estaban unidos por una larga cadena que pasaba por una argolla metálica fundida en un cinturón, de modo que si la mujer movía una mano, la otra debía necesariamente aproximarse a la argolla del vientre.

El campamento de las Amazonas Libres estaba lleno del olor de la comida que se cocía en las pequeñas hogueras; algunas de las mujeres de la Ciudad Seca se acercaron y observaron a las extrañas mujeres con curiosidad y desprecio: el pelo muy corto, el rudo atavío masculino, las manos libres, los pantalones y las sandalias bajas. Las Amazonas, conscientes de esas miradas, las devolvieron con igual curiosidad, en la que se discernía también la compasión. Finalmente, la mujer llamada Rohana no pudo soportarlo más; dejando su plato casi sin tocar, se puso de pie y fue a la tienda que compartía con Kindra. Al cabo de un momento, la líder la siguió.

—Pero no has comido nada, señora —dijo con sorpresa—. ¿En qué puedo servirte?

—No tengo hambre —dijo Rohana, sofocada. Se quitó la capucha, revelando, en la penumbrosa luz, el pelo de color rojo llameante que la señalaba como miembro de la casta telepática del Comyn: la casta que había gobernado los Siete Dominios desde épocas remotísimas. Por cierto, también estaba cortado muy corto, pero nada podía ocultar su color, y Kindra frunció el ceño cuando la mujer del Comyn siguió hablando—: Ver a esas mujeres me ha quitado el apetito, siento el estómago demasiado revuelto para poder tragar. ¿Cómo puedes soportarlo, Kindra, tú, para quien tanto significa la libertad de las mujeres?

—No siento demasiada simpatía por ellas —dijo Kindra, encogiéndose de hombros—. Cualquiera de ellas podría ser libre si lo deseara. Si prefieren tolerar las cadenas a perder las atenciones de sus hombres, para no ser diferentes de sus madres y hermanas, no malgastaré mi compasión en ellas, y mucho menos perderé el sueño o el apetito. Ellas soportan su cautiverio del mismo modo en que vosotras, en los Dominios, soportáis el que os toca; y a decir verdad, no veo que haya gran diferencia. Tal vez ellas sean más honestas, pues admiten sus cadenas y no fingen ser libres, en tanto que las tuyas son invisibles... pero para ti significan un peso igualmente grande.

El pálido rostro de Rohana enrojeció de ira.

—¿Entonces me pregunto por qué aceptaste esta misión! ¿Fue tan sólo para ganar tu paga?

—Algo de eso hubo, por supuesto —dijo Kindra, sin alterarse—. Soy una mercenaria; dentro de lo razonable, voy a donde se me paga por ir, y hago aquello por lo que se me paga. Pero hay algo más —agregó, en un tono más suave—. Lady Melora, tu parienta, no hizo nada para merecer su cautiverio, ni eligió esa forma de servidumbre. Por lo que se desprende de lo que me contaste, Jalak de Shainsa (¡que su virilidad se marchite!), atacó a su escolta, mató a los guardias y se la llevó por la

fuerza, ya que deseaba, por venganza o por pura lascivia, tener a una *leronis* del Comyn como esclava y esposa... o concubina, no estoy segura.

—En las Ciudades Secas no parece haber demasiada diferencia —dijo amargamente Lady Rohana. Kindra asintió.

—Yo no veo gran diferencia en ninguna parte, *vai domna*, pero no espero que estés de acuerdo conmigo. Sea como fuere, Lady Melora fue raptada y obligada a una forma de esclavitud que ella no había elegido, y sus parientes no pudieron o no quisieron vengarla.

—Algunos lo intentaron —dijo Rohana, y su voz tembló. Su rostro era casi invisible en la oscuridad de la tienda, pero era evidente, por su voz, que estaba llorando—. Desaparecieron sin dejar rastro, incluyendo al tercero: era el hijo más joven de mi padre, mi hermanastro, y había sido el hermano adoptivo de Melora, ya que se criaron juntos.

—He escuchado esa historia; Jalak devolvió el anillo que él llevaba puesto —dijo Kindra—, y se jactó de estar decidido a hacer lo mismo, y cosas peores, a cualquier otro que fuese a vengar a Lady Melora. Pero eso ocurrió hace diez años, señora, y de haber estado yo en los zapatos de Lady Melora, no hubiera vivido para poner en peligro a ningún otro miembro de mi familia. Si ha vivido durante doce años en la casa de Jalak, seguramente ya no debe de sentir gran necesidad de ser rescatada. Se diría que ya debe de estar resignada a su destino.

El rostro pálido de Rohana se ruborizó.

—Eso es lo que creíamos, a decir verdad. Que Cassilda tenga piedad de mí, también yo se lo reproché con el pensamiento, convencida de que era preferible que estuviera muerta a que siguiera viva en la casa de Jalak, avergonzándonos a todos.

—Y, sin embargo, aquí estás —dijo Kindra, y a pesar de que no era un pregunta, Lady Rohana le respondió.

—Sabes lo que soy: *leronis*, con entrenamiento de torre; telépata. Siendo muchachas, Melora y yo vivimos juntas en la torre de Dalereuth. Ninguna de las dos había elegido quedarse allí para siempre, pero, antes de que yo abandonara la torre para casarme, nuestras mentes estaban unidas: ambas aprendimos a llegar a los pensamientos de la otra. Entonces sobrevino su tragedia. En los años siguientes yo no la olvidé, pero aprendí a pensar en ella como si estuviera muerta o, al menos, como si estuviera muy lejos de mi alcance, del alcance de mis pensamientos. Entonces, y esto ocurrió hace menos de cuarenta días, Melora estableció contacto conmigo, llegó a mí mentalmente, tal como lo hacíamos cuando éramos jóvenes en la torre de Dalereuth...

Su voz era distante, extraña; Kindra sabía que la mujer de pelo rojo ya no hablaba con ella, sino con un recuerdo, un compromiso.

—Me costó reconocerla —continuó Rohana—. Estaba tan cambiada. ¿Resignada a su lugar como consorte y cautiva de Jalak? No, tan sólo incapaz de provocar... —la voz de Rohana se quebró— más tormento y más muerte; me enteré entonces de que

mi hermano, su hermano adoptivo, había sido torturado hasta morir ante los ojos de ella, para advertirle de lo que ocurriría si volvía a buscar ayuda para que la rescataran...

Kindra hizo un gesto de horror y disgusto. Rohana prosiguió, dando firmeza a su voz con un terrible esfuerzo.

—Melora me contó que al fin, después de tantos años, llevaba en su seno un hijo de Jalak; que moriría antes que darle un heredero con sangre del Comyn. No pidió que se la rescatara a ella, ni siquiera entonces. Creo... creo que desea morir. Pero no quiere dejar a su otro vástago en manos de Jalak.

—¿Otro vástago?

—Una hija —dijo suavemente Rohana—, nacida pocos meses después de que fuera secuestrada. Tiene doce años. Edad suficiente... —su voz tembló— edad suficiente para ser encadenada. —Sollozó, volviendo el rostro—. No pidió nada para ella misma. Sólo me rogó que me llevara a su hija, lejos, lejos de las manos de Jalak. Sólo así... sólo así podría morir en paz.

El rostro de Kindra era sombrío. *Antes de permitir que una hija mía viviera en las Ciudades Secas, cautiva, encadenada, pensó, ¡me mataría con mis propias manos o estrangularía al bebé en cuanto saliera de mi vientre! ¡Pero las mujeres de los Dominios son todas blandas, cobardes!* Sin embargo, esos sentimientos no aparecieron en su voz cuando, poniendo una mano sobre el hombro de Rohana, musitó:

—Te agradezco que me hayas contado esto, señora. No comprendía. Entonces, nuestra misión no consiste tanto en rescatar a tu pariente...

—Como en liberar a su hija, eso es lo que ella pidió. Aunque... si fuera posible liberar a Melora...

—Bien, mi banda y yo hemos jurado hacer todo lo posible —repuso Kindra—, y creo que cualquiera de nosotras arriesgaría su vida para impedir que una niña viva encadenada. Pero pronto, señora, necesitarás de todas tus fuerzas, y no hay valor ni sabiduría con el estómago vacío; no corresponde que yo dé órdenes a una *Comynara*, pero ¿por qué no te unes a mis mujeres y terminas tu comida?

Rohana esbozó una sonrisa. *¡Bien, detrás de sus palabras duras, es muy amable!*

—Cuando me uní a ti, *mestra* —dijo en voz alta—, juré comportarme en todo como una integrante más de tu banda, de modo que estoy obligada a obedecerte.

Salió de la tienda y Kindra, de pie en la entrada, la observó sentarse junto al fuego y aceptar un plato lleno de carne estofada con guisantes.

Kindra no la siguió de inmediato, pero se quedó pensando en lo que tenía por delante. De llegar a conocimiento de Jalak la presencia en su ciudad de alguien de los Dominios, seguramente se pondría en guardia. ¿O despreciaría a las Amazonas Libres lo bastante como para ni siquiera preocuparse por ellas? Debería haber insistido en que Lady Rohana se tiñera el cabello. Si algún espía de Jalak llegaba a ver una mujer del Comyn, de pelo rojo... *Nunca creí que ella accediera a cortárselo...*

Tal vez el valor sea relativo, tal vez para ella el cortarse el pelo implique tanto valor como para mí el dirigir el cuchillo contra un enemigo...

Vale la pena arriesgarse para quitarle a Jalak una joven de las manos, para cambiar sus cadenas por la libertad.

... O, por lo menos, por tanta libertad como puede tener una mujer en los Dominios.

Kindra, en un gesto automático, alzó la mano hasta el pelo corto y canoso. No había nacido dentro del Gremio de las Amazonas Libres, sino que había llegado a él por una elección tan dolorosa que su solo recuerdo le hacía todavía apretar los dientes y le ensombrecía los ojos. Miró a Rohana, sentada en el círculo de Amazonas que rodeaban el fuego, comiendo, escuchando la charla de las mujeres. *Alguna vez fui como ella: suave, sometida a la única vida que conocía. Elegí liberarme. Rohana eligió otra cosa. Tampoco a ella la compadezco.*

Pero Melora no tuvo elección. Ni tampoco su hija.

Pensó, desapasionadamente, que tal vez fuera demasiado tarde para Melora. Al cabo de más de diez años en las Ciudades Secas, no podía quedar demasiado de ella. Pero, evidentemente, quedaba lo suficiente de lo que había sido como para impulsarla a hacer un enorme esfuerzo para conseguir la libertad de su hija. Kindra sabía muy poco de los poderes telepáticos del Comyn, pero sabía al menos que para Melora debía de haber implicado un esfuerzo enorme y doloroso establecer contacto con Lady Rohana, a tanta distancia y después de una separación tan larga. Por primera vez, Kindra sintió un impulso de verdadera simpatía por Melora. Había preferido el cautiverio a la posibilidad de que algún otro miembro de su familia fuese torturado hasta morir. Pero se arriesgaría a cualquier cosa para dar una oportunidad a su hija, para que la niña no viviera y muriera conociendo tan sólo el mundo de cadenas y de esclavitud de las mujeres de las Ciudades Secas.

Lady Rohana hizo bien en acudir a mí. Al cabo de tantos años, sin duda, sus parientes del Comyn deseaban que Melora estuviera muerta, deseaban olvidar que vivía en la esclavitud, como un permanente reproche hacia ellos.

Pero, en última instancia, para eso existen las Amazonas Libres. Para que todas las mujeres sepan, al menos, que tienen elección... que si aceptan las restricciones impuestas a las mujeres en Darkover, pueden hacerlo por elección y no por no poder imaginar otra cosa...

Kindra estaba a punto de abandonar la tienda para volver junto al fuego a comer cuando oyó un ruido ligero y extraño: el silbido de un pájaro de lluvia, ave que no frecuentaba las Ciudades Secas. Se volvió rápidamente, nerviosa y alerta, para ver la forma pequeña y delgada que se deslizaba bajo el alero de la tienda. Estaba muy oscuro, pero sabía quién debía ser.

—¿Nira? —dijo en un susurro.

—A menos que creas que algún pájaro de lluvia se ha vuelto loco y ha venido a morir aquí —contestó Nira, poniéndose de pie.

—Rápido, quítate esa ropa —ordenó Kindra—. Una mujer más alrededor del fuego no será advertida, pero con ropas de hombre atraerás otra multitud. Ya tuvimos suficiente de eso mientras descargábamos.

—Eso he oído —dijo Nira irónicamente, quitándose las botas y la espada corta que llevaba, contraviniendo las leyes del Dominio, y ocultándolo todo en la tienda. Kindra ofreció a la más joven una camisa y amplios pantalones de Amazona, y apagó la lámpara al advertir que la luz perfilaba su silueta. Nira dobló su disfraz; cuando se hubo puesto su ropa, Kindra se acercó a ella.

—¿Hubo algún problema? —preguntó en un susurro—. ¿Qué novedades tienes, niña?

—No hubo ningún problema. Me tomaron por el acompañante de algún mercader de las montañas, un aprendiz, un muchacho lampiño que aún no había cambiado la voz. En cuanto a novedades, sólo he recogido habladurías del mercado y de los sirvientes de la puerta de la casa de Jalak. La Voz de Jalak, que cuida de su Gran Casa cuando el señor está ausente, ha recibido el mensaje de que Jalak, sus esposas y concubinas, y toda su servidumbre, llegarán mañana antes del mediodía; y una de las esclavas me dijo que habrían regresado esta noche si no fuera porque el embarazo de su señora está muy avanzado y no puede cabalgar tanto en un solo día. Jalak ha mandado decir a las comadronas que estén preparadas para cuando regrese, y los criados hacen apuestas acerca de si esta vez será el hijo que él tanto desea... Por lo que parece, sólo ha engendrado niñas, sea con esposa, con concubina o con esclava, y ha prometido que la primera de sus mujeres que le dé un hijo tendrá rubíes de Ardarran y perlas traídas de las ciudades marinas de Temora. Una vieja comadrona dice que, por la manera en que Melora lleva a la criatura, baja y de través, se trata de un varón; Jalak no hará nada que la ponga en peligro mientras mantenga esa esperanza...

El rostro de Kindra se distorsionó con una mueca de disgusto.

—¿De modo que Jalak ha acampado en el desierto? ¿A qué distancia?

Nira se encogió de hombros.

—A unas pocas millas, creo. Tal vez debiéramos atacar sus tiendas...

Kindra sacudió la cabeza.

—Sería una locura. ¿Lo has olvidado todo? Los de las Ciudades Secas son paranoicos, viven de las disputas y los combates. En el camino, créeme, Jalak estará tan custodiado que ni tres escuadras de Guardias de la Ciudad podrían llegar hasta él. En su propia casa, tal vez esté menos prevenido. En cualquier caso, no podemos intentar un ataque abierto. Un golpe rápido, dos o tres guardias muertos, y salir galopando como el demonio: ésa es la única posibilidad que tenemos.

—Cierto.

Estaban a punto de salir de la tienda cuando Nira puso una mano sobre el brazo de Kindra, deteniéndola.

—¿Por qué tenemos que llevar con nosotras a Lady Rohana? Cabalga bastante

mal, no será de ninguna utilidad en caso de combate, apenas si sabe por qué extremo empuñar un cuchillo, y si la reconocen somos todas mujeres muertas. ¿Por qué no le pediste que nos esperara en Carthon? ¿O acaso es como esos hombres que contratan un perro guardián y se lo pasan ladrando?

—Eso pensé al principio —dijo Kindra—, pero Lady Melora debe ser advertida, y debe estar preparada para irse con nosotras en cuanto se le avise; la menor demora podría arruinarlo todo. Lady Rohana puede comunicarse con ella telepáticamente, sin que Jalak lo advierta y sin despertar ninguna sospecha, y eso no sería posible de ningún otro modo, ni siquiera con el más cauto de los mensajes. —Kindra sonrió irónicamente en la oscuridad de la tienda—. Además, ¿quién quiere hacerse cargo de la tarea de cuidar de una mujer embarazada durante el viaje de regreso? A ninguna de nosotras nos gusta demasiado... ni tenemos la pericia necesaria para atenderla. ¿O quieres probar?

—¡Que Avarra y Evanda lo impidan! —rió Nira—. ¡Saldría reprobada! —exclamó, y fue a unirse a las otras mujeres en torno al fuego. Al cabo de un momento, también Kindra se sumó a ellas, tomando el plato de comida que le habían guardado (ya estaba fría, pero ella la comió sin advertirlo) y escuchando la suave charla que sostenían las mujeres mientras lavaban los platos y establecían la guardia. Mentalmente, Kindra las evaluó.

Había elegido este grupo entre las voluntarias, y había trabajado antes con todas ellas, salvo con la joven Gwennis. Nira, que podía pasar por un hombre cuando era necesario y que incluso había aprendido, sólo la Bendita Cassilda sabía cómo, a manejar una espada. *Podemos necesitar esa capacidad para enfrentarnos a los habitantes de las Ciudades Secas.* De acuerdo con la Carta del Gremio de las Amazonas Libres, no era legal que una Amazona llevase espada. *¡Demasiado amenazador para los hombres de los Dominios, el que las mujeres jueguen con tan preciosos juguetes!* Sin embargo, no siempre se respetaba la ley; Kindra no lamentaba haber permitido a Nira enseñar a las demás lo posible sobre el manejo de una espada. Después estaba Leanne, que había sido neutralizada a los catorce años y que parecía un muchacho delgado: sin pechos, de cuerpo duro y esbelto. También había pasado por la operación de neutralización —que era ilegal, pero que a veces se convertía en un *fait accompli*— Camilla, nacida en una buena familia de las Kilghard Hills; no usaba el apellido de su familia, Lindir, pues hacía mucho que ellos la habían rechazado y desheredado. Camilla se aproximaba a la edad mediana y, al igual que Kindra, había pasado la mayor parte de su vida como mercenaria; tenía múltiples cicatrices de cuchillo. Kindra había elegido también a Lori, que había nacido en los Hellers y peleaba con dos cuchillos, al estilo montañés; y a Rafaella, que era pariente de la propia Kindra. Por supuesto, no todas las Amazonas Libres eran guerreras, pero para esta misión Kindra había elegido, en general, a las mejores luchadoras que conocía. Después estaba Devra, que no era una gran luchadora, pero era más hábil que cualquier otra que Kindra conociera en el rastreo de las tierras sin caminos de la

montaña y el desierto, de modo que Kindra la había elegido tras advertirle que se mantuviera lejos de las peleas. Y la Gorda Rima, completamente femenina en apariencia y modales, y tan pesada que sólo podía montar en los caballos más grandes, pero cuya habilidad para armar y manejar un campamento, algo muy valioso en un viaje como éste, Kindra conocía; al igual que todas las Amazonas, Rima era absolutamente capaz de defenderse. *¡Y tiene otras habilidades que pueden resultarnos necesarias antes de que llegemos a Thendara!*, reflexionó Kindra. Después estaba la muchacha Gwennis, y Lady Rohana.

Cualquiera que conociera a las Amazonas Libres, pensaba Kindra, advertiría de inmediato que la dama no era una de ellas, por su manera de caminar, de hablar, de cabalgar. ¡Pero, gracias a la Diosa, no había nadie aquí que pudiera decir tanto!

Habían terminado de acomodar todos los enseres de la cena; Kindra entregó su plato vacío para que la Gorda Rima lo limpiara con arena. Rafaella buscó su pequeño *rryl* y se lo puso sobre las rodillas, tañendo uno o dos acordes preliminares.

—Kindra, ¿cantarás para nosotras?

—No esta noche, Rafi —dijo, sonriendo para suavizar su negativa—. Tengo que hacer planes, os escucharé a vosotras.

Devra empezó una canción, y Kindra se quedó sentada con la cabeza entre las manos, sin prestar atención a la música. Sabía que podía confiar su vida a cada una de esas mujeres. Lady Rohana era una desconocida, pero tenía más motivos que las otras para seguir las órdenes de Kindra. Todas las otras se habían ofrecido como voluntarias; en parte, al menos, porque, como cada Amazona Libre, desde Dalereuth hasta los Hellers, odiaban ciegamente a los habitantes de las Ciudades Secas. Incluso los Dominios habían establecido una paz inestable con las Ciudades Secas, y la mantenían; entre los Dominios y las Ciudades Secas no había ningún afecto sino un amargo recuerdo de las largas guerras libradas sin que se hubiera producido una victoria definitiva para ninguno de ambos bandos. Los Dominios podían aceptar el actual estado de tregua en virtud de la efectividad política; y también sus mujeres. *Los Dominios viven bajo las leyes de los hombres. Aceptan la esclavitud de las mujeres de las Ciudades Secas porque les agrada pensar cuán benevolentes son ellos, por contraste, con sus propias mujeres. Dicen que todos los hombres tienen derecho a elegir su estilo de vida.*

¡Pero ninguna mujer que se hubiera cortado el pelo y hubiera hecho el juramento de las Amazonas Libres aceptaría jamás ese compromiso!

Antes Kindra se había liberado de una vida que ahora le parecía una esclavitud, tan cargada de cadenas invisibles como la de cualquier mujer de las Ciudades Secas que caminara cargada con los brazaletes y los eslabones que delataban su posesión; sentía que cualquier mujer que eligiera verdaderamente, y estuviera dispuesta a pagar el precio, podría hacer lo mismo. *Sí, incluso las mujeres de las Ciudades Secas.* Sin embargo, a pesar de su falta de simpatía por cualquier mujer que inclinara la cabeza bajo el yugo de un hombre, Kindra sentía un arrebató de odio y abominación por los

hombres que perpetuaban esa clase de esclavitud.

¿Debo transmitirles mis planes ahora? Alzó la cabeza y escuchó. Lady Rohana, que tenía una voz dulce, leve, no entrenada, y Gwennis, que era una verdadera soprano ligera, cantaban una canción de los Dominios. Kindra decidió no perturbarlas. *Mejor que las deje tener una buena noche de sueño.*

—Poned una buena guardia alrededor del campamento —dijo—. Algunos de los habitantes de las Ciudades Secas pueden tener alguna idea acerca de cómo les gustaría pasar la noche a las Amazonas Libres, y dudo de que sus ideas nos interesen.

Al mediodía, el mercado de Shainsa se derretía bajo el sol que caía a plomo sobre las piedras secas, sobre las paredes de piedra calcinada de las casas y de los edificios que volvían a la luz sus rostros ciegos.

A pesar de los insultos y las mofas que los vagabundos de las calles habían lanzado contra las Amazonas Libres, su casilla, un liviano artefacto de mimbre trenzado que se podía transportar a lomo de caballo, había sido escenario de un floreciente comercio durante toda la mañana; el cuero teñido de la montaña se vendía a buen precio en las Ciudades Secas, donde no se podían criar animales y los productos textiles eran escasos. En realidad, la mercancía desaparecía con tanta rapidez que Kindra empezaba a preocuparse; si algún imprevisto demoraba el regreso de Jalak, y las mercancías que tenían para la venta se agotaban, su permanencia en la ciudad se tornaría sospechosa. *¿Debo preparar la escena para un accidente de los animales de carga?*, se preguntó. Entonces se produjo cierta agitación en la plaza del mercado, un rumor casi visible, y los paseantes, los ociosos y los niños empezaron a desplazarse hacia las grandes puertas. *Jalak*, pensó Kindra. *Debe ser Jalak que regresa, ya que ninguna otra cosa podría crear tanta agitación.*

Dejando las ventas a cargo de Devra y de la Gorda Rima, avanzó despreocupadamente, junto con la multitud, hacia las puertas, llevando a Rohana a su lado.

—Ahora —masculló en un tono que no podía ser oído a más de diez centímetros de distancia— es cuando debes enviar un mensaje a tu parienta. Dile que esté dispuesta a moverse en cualquier momento; tal vez tengamos sólo unos minutos para atacar, y debemos aprovechar la ocasión cuando se presente. No será antes de que caiga la noche; a partir de entonces, debe estar preparada. Además, averigua exactamente dónde duerme, y si está custodiada, y por cuántos guardias; y también el sitio en que duerme su hija, si está sola o con otras hijas reales.

Rohana se apoyó en el brazo de la Amazona Libre, sintiéndose súbitamente enferma y descompuesta por la enorme responsabilidad. Todo, ahora, dependía de ella. Alguien las empujó; Kindra se enfureció, afirmó a Rohana sobre sus pies y el que las había empujado les lanzó una pulla que hizo que la mujer del Comyn se sonrojara de indignación, más por la Amazona que por sí misma. Sabía que las Amazonas Libres eran frecuentemente acusadas de ser amantes de mujeres; se suponía que algunas de ellas lo eran. No obstante, toda la amabilidad que Kindra le había demostrado había sido enteramente impersonal, casi maternal, y Rohana experimentó una violenta indignación ante el insulto de que se hacía objeto a Kindra por su culpa. *¡Qué absurdo pensar en eso ahora! ¡Como si a mí, o a Kindra, nos importara lo que un cualquiera de las Ciudades Secas pueda pensar de nosotras!*

Hubo un trompeteo de cuernos, una extraña y ronca fanfarria. Primero venían una docena de guardias, con vestimentas tan extrañas para Rohana que sólo le causaron

una impresión general de grosero esplendor: sayos y tahalíes, túnicas bordadas, altos sombreros. Después venían los *cralmacs*, humanoides peludos, con colas y grandes ojos de color dorado, que sólo llevaban puesta su propia piel y cinturones de cuero muy trabajado, montados en los grandes y bamboleantes *oudhrakis* de los desiertos: parecían ser una legión. Más guardias, vestidos de manera menos elaborada y ceremonial, pero armados con las largadas espadas rectas y las dagas típicas de las Ciudades Secas. Rohana pensó: *Menos mal que la banda de Kindra no intentó atacarlos mientras estaban acampados anoche*. Y después venía el mismo Jalak.

Rohana tuvo que volverse, después de echar una sola mirada a su rostro delgado, de halcón, debajo del espeso pelo pálido y desteñido por el sol y con feroces bigotes erizados; había veces en las que le parecía que un odio tan intenso debía de alguna manera comunicarse con su objeto, que él no podría dejar de percibir los pensamientos de ella. Rohana, telépata desde la infancia, vivía con sus pensamientos como si fueran la realidad, pero Jalak permaneció impávido, cabalgando entre sus guardias con expresión impasible, sin mirar a derecha ni a izquierda.

Cerca de él cabalgaban —supuso ella— un par de favoritas, esclavas o concubinas; una delgada muchacha albina, con cadenas con gemas y el cuerpo envuelto en una breve túnica de piel, pero con las largas piernas desnudas y expuestas a la ferocidad del sol, se inclinó sobre Jalak y lo arrulló, murmurándole algo al pasar. Del otro lado cabalgaba un muchacho delgado y elegante, un hermoso amante: demasiado enojado y perfumado para ser otra cosa.

Detrás de Jalak y sus favoritas cabalgaba un grupo grande de mujeres, y entre ellas, resaltando por su pelo de un rojo fuego (ahora apenas estriado de gris), iba Melora. Rohana sintió que se desmayaba. Había estado preparada para esto, Melora había acudido a ella con sus pensamientos. Pero verla así, carnalmente, cambiada hasta el punto de resultarle irreconocible (y sin embargo, que Cassilda tenga piedad de nosotras, la hubiera reconocido en todas partes, en cualquier parte), hizo sentir a Rohana que su dolor y su compasión la avasallarían y que se derrumbaría, desvanecida.

La mano de Kindra se cerró dolorosamente sobre el brazo de Rohana, y sus uñas se clavaron en la carne; Rohana recobró el control. Ésta era la parte del rescate que le correspondía, lo único que podía hacer. Deliberadamente, se extendió buscando establecer contacto con la mente de su parienta.

—¡Melora!

Sintió el shock, el sobresalto y la agitación. De repente tuvo miedo de que Melora la viera y diera alguna muestra de reconocimiento.

—*No te delates, no me busques ni trates de verme, querida, pero estoy muy cerca, entre las Amazonas Libres.*

—¡Rohana! ¿Rohana, eres tú?

Pero Rohana, desde su sitio en medio de la multitud vio —y se sintió feroz y súbitamente orgullosa de su parienta— que Melora seguía cabalgando sin delatarse,

con los ojos fijos, aparentemente, en nada, ligeramente derrumbada sobre la montura, mientras su rostro tenso, delgado y desgastado, debajo del pelo rojo que encanecía, sólo revelaba cansancio y dolor. De repente, el miedo y el arrepentimiento invadieron a Rohana. Pensó: *Está tan pesada, tan cerca del parto, el niño pesa tanto. ¿Cómo podremos sacarla de aquí a salvo?* Envió una pregunta preocupada.

—*¿Puedes cabalgar, Melora, puedes viajar con un embarazo tan avanzado?*

La respuesta fue casi indiferente.

—*Es fácil darse cuenta de que no conoces las Ciudades Secas; aquí se espera que cabalgues mucho más cerca del momento del parto.* —Después los pensamientos se tornaron feroces por el odio—. *¡Puedo hacer lo que debo hacer! ¡Para ser libre cabalgaría a través del infierno mismo!*

Lentamente, por partes, Rohana envió entonces el mensaje de Kindra; recibió la respuesta de Melora mientras la caravana seguía pasando por la plaza del mercado. Al final venían algunos guardias más, que, con indiferencia, arrojaron a la multitud algunas moneditas, anillos de cobre, frutas envueltas y dulces, observando con ojos muertos cómo los mendigos se las disputaban. Kindra y Rohana, que no se demoraron para ver el penoso espectáculo, se dirigieron hacia su casilla. Sólo cuando estuvieron a salvo dentro de ella, Rohana comunicó la información que había recibido.

—Jalak duerme en una habitación del ala norte del edificio, con sus favoritas del momento y con Melora; no porque tenga interés, en este momento, en compartir el lecho con ella, me dijo, sino porque es ahora su más preciada posesión porque lleva a su hijo, y él no le permite estar lejos. No hay guardias dentro de la habitación, pero sí hay dos guardias, y dos *cralmacs* armados con cuchillos, en la antecámara. Hasta este último embarazo, Jaelle, que es su hija, dormía en la habitación de la madre; ahora la han mudado a un cuarto de la suite destinada a las hijas reales. Se quejó de que el ruido que hacían las otras pequeñas no la dejaba dormir; Jalak es indulgente con las niñas cuando son bonitas, y le asignó una habitación propicia, con una institutriz. Está en el extremo de la suite de los hijos reales, y da a un jardín interior de árboles de bayas negras.

Se anticipó a la siguiente pregunta de Kindra, diciendo:

—Tengo un plano del edificio tan claro en la mente que podría dibujarlo.

—*¡Realmente, señora, algún día serás una buena Amazona Libre!* —dijo Kindra, riendo—. Tal vez sea una pérdida para nosotras el que no hayas elegido nuestra vida. —Se dirigió a las mujeres que todavía se hallaban en la casilla, diciéndoles en voz baja—: Vended todo lo que podáis, pero prepararos para abandonar todo aquello que no haya sido vendido hasta esta noche. No desarméis la casilla; si la dejamos aquí, todos esperarán que regresemos mañana por la mañana. Aseguraros de que los caballos que usamos para transportar la carga sean ensillados para Melora y para su hija...

A Rohana, la tarde le resultó interminable. Lo peor de todo era que debía

comportarse exactamente como siempre —o al menos de manera tan similar como le resultara posible, aquí en las Ciudades Secas, tan lejos de sus hábitos usuales—. Trató de que su inquietud no fuera visible, sabiendo que eso perturbaría a las Amazonas, que parecían bastante tranquilas mientras vendían sus productos, atendían los animales o vagaban por el campamento. Y sin embargo, a medida que transcurría la tarde, le pareció ver algunos signos de que, después de todo, nadie era tan indiferente como aparentaba a la proximidad de la batalla. Camilla estaba sentada con las piernas cruzadas detrás de la casilla, silbando una extraña melodía atonal que, al cabo de un rato, empezó a ponerle los pelos de punta a Rohana. Kindra estaba sentada y dibujaba una y otra vez esquemas en la arena, borrándolos con la punta del pie. Rohana se preguntó cómo estaría pasando el tiempo Melora, pero se resistió a la tentación de seguirla con el pensamiento. Si Melora podía descansar un poco antes de la puesta del sol, ¡mejor dejarla, en cualquier caso!

¿Cómo hará para viajar? ¡No parece estar a más de tres días de su fecha... como mucho!

Lenta, lentamente, el gran sol rojo descendió sobre las colinas. A Rohana le pareció que ningún otro día de su vida se había arrastrado tan despacio; cada hora le había resultado una eternidad. *Ni siquiera el día en que nació mi segundo hijo, cuando me pareció yacer durante horas en un lecho de dolor que me hacía pedazos... y esperar... esperar...*

Al pasar a su lado, Kindra le habló con suavidad:

—Este día debe de resultarle aún más largo a tu parienta, señora.

Rohana trató de sonreír. Eso, al menos, era cierto.

—Ruega a tu Diosa que Lady Melora no entre hoy en los trabajos del parto —dijo Kindra—. Eso acabaría con todas nuestras esperanzas. Todavía podríamos rescatar a la hija, pero si la Gran Casa estuviera llena de luces, con las comadronas corriendo de aquí para allá para atenderla... eso haría las cosas casi imposibles para nosotras.

Rohana exhaló un profundo suspiro de aprensión. *Y ella está tan cerca de su fecha...*

Trató de dar forma, en su corazón, a una plegaria a la Bendita Cassilda, Madre de los Siete Dominios, pero la plegaria pareció quedarse en el aire, esperando, como todo lo demás...

Y sin embargo, al igual que todas las cosas mortales, el día tocó a su fin. Las mujeres de las Ciudades Secas, veladas y encadenadas, llegaron hasta el pozo a comprar agua, y una vez más se demoraron allí, fascinadas a pesar de su desprecio, a observar a las Amazonas en actividad, atendiendo sus caballos y cocinando su comida. Rohana se ofreció a ayudar; todo le resultaría más sencillo si tenía las manos ocupadas. Miró a las mujeres de las Ciudades Secas que iban y venían por el mercado, pensando en Melora, en sus manos apesadadas por las enojadas cadenas, en su cuerpo cargado por el peso del odiado hijo de Jalak. *Era una muchacha tan leve y rápida, tan alegre y sonriente...*

Terminaron de comer y Kindra indicó a Rafaella que desenfundara el arpa y ensayara unos acordes. Dijo en voz baja:

—Acercaros y escuchad; actuad como si sólo estuviéseis escuchando la música.

—¿Puedes tocar la *Balada de Hastur y Cassilda*? —preguntó Rohana suavemente.

—Creo que sí, señora.

—Yo la cantaré. Es muy larga, y mi voz —añadió con una sonrisa de menosprecio hacia sí misma— no es tan fuerte como para que quien pase se sorprenda si me escucháis en silencio... pero tampoco es tan débil como para que Kindra no pueda hablar más suavemente aún; y podáis escucharla.

Kindra asintió, complacida ante la rápida comprensión que Rohana demostraba ante su plan. Rafaella interpretó una breve introducción y Rohana empezó a cantar, escuchando su propia voz temblorosa:

*Las estrellas se reflejaban en la costa,
Oscuro estaba el sombrío pantano encantado;
Silencioso el campo y la piedra y el árbol...*

Las otras mujeres se apiñaron, reuniéndose como para escuchar la vieja balada; Rohana sintió que la voz le fallaba y luchó para hacerla más firme. De alguna manera, debía lograr recordar todos esos versos aparentemente interminables, y repetirlos mientras Kindra daba a cada una de las Amazonas instrucciones detalladas en voz baja. *Contrólate*, se ordenó a sí misma. *Esto es algo que tú puedes hacer, mientras ellas hacen el verdadero trabajo... el trabajo peligroso, la lucha...*

Sin embargo, son mujeres. Yo aprendí a pensar que la lucha era para los hombres; nunca podría llevar un cuchillo, atacar, ver brotar la sangre, tal vez sufrir una herida, morir...

¡Maldita seas, Rohana, canta! Deja de pensar, canta.

*Él yacía sobre la costa,
Las arenas estaban enjorjadas,
Y a la costa llegó Cassilda
Y por un nombre mortal lo llamó...*

Luchando por recordar los versos que seguían, escuchó a Kindra, que con voz baja y tensa detallaba la información que había recibido, señalando el plano que había trazado sobre la arena a la luz de las llamas.

—Jalak duerme aquí, con sus favoritos y con Melora; no hay guardias en la habitación, pero afuera...

*Cassilda lloró y palideció y huyó,
Camilla se arrodilló y a él le alzó la cabeza,
Él cambió su alto fuego inmortal
Por el deseo arrebatado del hombre mortal;
Pan blanco y vino y rojas cerezas...*

—¿No, maldición, me he saltado un verso! —dijo, interrumpiéndose con furia, pero advirtió entonces que no tenía importancia, que de todos modos nadie la escuchaba.

*Por sus palomas cargada en el brillo matinal
Camilla vino y bajó la cabeza;
Él comió y bebió bajo la luz mortal;
Y mientras su brillo palidecía
En el más sombrío y terreno día
Cassilda dejó su resplandeciente telar:
En la mano de él puso una flor estelar
Y sobre él cayó condena mortal...*

—¿Se puede llegar hasta las ventanas con escaleras? —preguntó Gwennis, y Kindra replicó, cortante:

—Podría ser, si tuviéramos escaleras. La siguiente pregunta, pero que no sea estúpida, por favor. ¡Tenemos que hacer tiempo, pero no tanto!

*En el corazón de Alar cayó
Una astilla del Oscuro Infierno,
Y sobre él rugió la locura,
Volvió a rogar en nombre de Zandru
Y en la oscurecida forja hizo
Un centelleante, oscuro, mágico filo;
Sobre él lanzó un maligno hechizo...*

—Devra y Rima, os quedaréis aquí... y en el momento en que nos veáis, ¡poneros en marcha! Aseguraos de que los guardias del portal no den la alarma... —Kindra echó a Rima una mirada cargada de significación.

La mujer gorda puso una mano sobre el cuchillo, y asintió sombríamente.

—Camilla, eres la más liviana: tú llevarás a la niña en tu montura. Lady Rohana... No, sigue cantando. Debes estar preparada para cabalgar junto a Melora, para estar alerta por si ella necesita algo; todas nosotras estaremos muy ocupadas evadiendo la persecución y ocupándonos de cualquiera que pueda venir detrás.

Rohana sintió que un estremecimiento la invadía y se apoderaba de su cuerpo, sacudiéndolo como un conejo en las fauces de un lobo. Su voz flaqueó, trató de tajarla con una tos y siguió cantando obstinadamente, sabiendo que distorsionaba las palabras de manera horrible:

*Él no pudo ver el... plan
Que dio un Dios a una esposa mortal,
Ese amor terreno con un mortal
Que daría al hombre una... vida,
Camilla cayó sin gritar...*

Maldición, maldición, volví a saltarme dos versos enteros...

*Y Hastur, escudado por su corazón,
Supo que moriría como todos los mortales...*

—Lori, tú te ocupas de los *cralmacs*; creo que tú sabes de qué manera pelean. Esas largas espadas... ¿alguna otra cosa? ¿Leanne? Recordad que, a veces, los de las Ciudades Secas envenenan sus espadas. No descuidéis siquiera una magulladura. Tengo un unguento supuestamente capaz de neutralizar sus peores venenos...

*Entonces Hastur, Señor de la Luz, supo
(Pues eso había dispuesto el Señor Brillante
Cuando abandonó el Reino del Fuego)
Que otra vez su estrella ardería sola...
Pues en la tierra no podría reinar
Si causara dolor mortal
Porque en ese momento debería regresar
A los lejanos reinos que eran suyos...*

—Nunca estaremos más preparadas que ahora —dijo Kindra suavemente—. Termina esa condenada canción, Rafaella, y busca tu daga. Agradecida, Rohana empezó la última estrofa:

*Y para siempre las olas y las nubes rompen
Contra las orillas del lago
Y lágrimas y cantos allí murmuran
En el aire quieto y neblinoso...*

Era una experiencia espantosa saber que todas escuchaban ahora, pero impacientes en cada nota, ansiosas por que la canción terminara. *¡Maldición, no más ansiosas que yo!*

*Construyeron una ciudad en el páramo
Adecuado a su reino, el del niño real,
Y cantando el destino de Camilla,
Hicieron pura ella una tumba de ópalo.*

Se saltó el postludio y se incorporó impaciente, permitiendo a Rafaella guardar su arpa. Más temprano, a la tarde, había empacado las pocas posesiones que había traído, formando un pequeño bulto. Dentro de la tienda, las Amazonas se movían de manera rápida y eficiente, a la luz de una única vela, acumulando comida y otras pertenencias en las alforjas. Rohana observó, sin interferir. Devra y la Gorda Rima se dirigieron hacia las puertas de la ciudad, y Rohana sintió que otra vez volvía a estremecerse; ellas tenían la misión de asegurarse de que los portales no estuvieran vigilados cuando todas volvieran por ese lado, huyendo...

¡No seas cobarde! Esos guardias son de las Ciudades Secas, seguramente han merecido morir muchas veces...

¡Pero a nosotras no nos han hecho nada! Debe de haber algunos hombres buenos entre ellos, hombres que no han hecho otra cosa más que vivir tal como lo han hecho sus antepasados durante siglos...

Furiosa consigo misma, Rohana ahogó la idea. *Contraté la banda de Kindra para llevarme a Melora y a su hija de aquí. ¿De veras creí que se podía lograr sin derramamiento de sangre? ¡No se puede cazar halcones sin escalar montañas!*

Kindra llamó con un gesto a la mujer de pelo rojo.

—Había pensado dejarte aquí con ellas —le dijo en voz baja—, pero te necesitaremos en caso de que tu pariente necesite ayuda... o apoyo. Ven con nosotros, señora, pero cuídate sola si hay lucha; ninguna de nosotras tendrá tiempo de pensar en protegerte, y los hombres de Jalak pueden creer que eres de las nuestras, y atacarte. ¿Tienes alguna clase de arma?

—Tengo esto —dijo Rohana, enseñando la pequeña daga que llevaba, como todas las mujeres del Comyn, para su protección personal. Kindra le echó un vistazo, tratando de ocultar su desprecio.

—De poco serviría en una lucha, me temo. Pero si fracasamos... No creo que fracasemos, pero en este mundo no hay nada absolutamente seguro, salvo la muerte y la nieve del próximo invierno... si fracasamos, al menos te impedirá caer en manos de Jalak con vida. ¿Estás preparada para eso, *vai domna*?

Rohana asintió, esperando que la Amazona no advirtiera que temblaba. Y una vez más se le ocurrió, repentinamente, tal como había ocurrido más de una vez durante los veinte días en que había estado con ella, que tal vez Kindra tuviera alguna chispa

de poder psi, que le habría permitido seguir los pensamientos de Rohana hasta más allá de lo posiblemente casual, pues la dura mano de la Amazona se había posado brevemente sobre su hombro; sólo por un momento, un roce suave y vacilante, por temor de que la mujer noble le negara, furiosa, toda simpatía.

—Señora, ¿crees que nosotras no tenemos miedo? No hemos aprendido a no temer, sólo a actuar a pesar del miedo, y eso es lo que rara vez se enseña a las mujeres en nuestro mundo. —Le dio la espalda, y su voz se hizo brusca en la oscuridad—. Vamos, Nira: al frente; conoces el camino paso a paso; nosotras lo conocemos solamente por los dibujos y mapas de la señora.

A retaguardia del pequeño grupo de mujeres, Rohana las siguió, escuchando su propio corazón latir apresuradamente, con tanta fuerza que le parecía imposible que no se lo oyese en las calles desiertas y polvorientas. Se desplazaban como fantasmas o sombras, manteniéndose al amparo de los edificios, deslizándose sobre pies inaudibles. Rohana se preguntó dónde habrían aprendido a desplazarse tan silenciosamente, y descubrió que tenía miedo de adivinarlo. Durante un momento de pánico, deseó no haber emprendido nunca la aventura, estar a salvo en el Castillo de Ardais, en los límites de los Hellers. Se preguntó cómo estarían sus hijos sin ella, cómo se las arreglaría la prima que se ocupaba de la casa después de la muerte de su esposo, unos años atrás, qué estaría pensando en la lejana montaña. *Éste nunca fue lugar para mí. ¿Por qué habré venido? ¡Guerra, venganza, rescate, son cuestiones de hombres!*

¡Y los hombres habían permitido que Melora se marchitara y muriera lejos, cautiva! Su voluntad se endureció y siguió marchando al final de la pequeña columna, tratando de apoyar sus pies tan silenciosamente como las Amazonas, y de no tropezar con alguna piedra suelta.

La ciudad era un laberinto. Y, sin embargo, no pasó mucho antes de que las mujeres que le precedían se detuvieran, reuniéndose en un nudo, para ver, al otro lado de una plaza abierta y barrida por el viento, el perfil amenazante de la Gran Casa, donde gobernaba Jalak de Shainsa. La casa era un enorme edificio cuadrado de pálida piedra calcinada, que brillaba ligeramente bajo la luz de una única luna pequeña y gibosa: una ciega barraca sin ventanas, una fortaleza cuyas dos puertas estaban custodiadas por altos guardias ataviados con el bárbaro uniforme de Jalak. Silenciosamente, las Amazonas giraron, deslizándose en las sombras, a lo largo del costado del edificio. Rohana había escuchado el plan de Kindra, y le había parecido bueno. Cada puerta exterior de una casa de las Ciudades Secas estaba custodiada; en caso de ataque directo, en las puertas, un par de guardias podían resistir indefinidamente. Pero si ellas podían de alguna manera introducirse hasta el patio a través del pequeño portal lateral, atravesar el jardín —afortunadamente desierto a esta hora— y llegar a la casa trasponiendo las puertas interiores, no custodiadas, lograrían llegar a la cámara de Jalak.

Rohana, a través de su canto, había escuchado decir a Kindra: «Lo que juega a

nuestro favor, lo que nos da alguna esperanza, es que durante muchas lunas ha habido paz en las Ciudades Secas. Tal vez los guardias estén aburridos, y no tan alertas como siempre.»

Ahora pudo ver al guardia de la puerta lateral. *Alabada sea Evanda, sólo uno.* Estaba recostado contra la pared; Rohana no pudo verle el rostro, pero era telépata y, aunque sin proponérselo, percibió sus pensamientos con claridad: aburrimiento, aturdimiento, la sensación de que recibiría de buen talante cualquier cosa, incluso un ataque armado, que lo aliviara de la monotonía de su vigilia.

—Gwennis —murmuró Kindra—. Tu turno.

(Cuando se había planteado este plan, Gwennis había protestado, ceñuda: «¿tengo que ser yo?», y Kindra había dicho: «Eres la más bonita.») Ahora no hubo protesta; se mantuvo la disciplina de la banda. Cuando Gwennis arrojó deliberadamente una piedra contra el muro, Rohana sintió que la líder de las Amazonas pensaba: *Éste es el momento de mayor riesgo...*

El guardia se enderezó al escuchar el ruido.

Está alerta, no podemos tomarlo desprevenido, así que tenemos que alejarlo de la puerta y sacarlo hasta el centro de la plaza, pensó Kindra.

Rápidamente, Gwennis se había despojado de su cuchillo y de su daga, y había desgarrado levemente el frente de su túnica. Caminó al desgaire hacia la plaza iluminada por la luna, y el guardia se puso instantáneamente alerta; luego se relajó, al ver a una mujer sola.

Nos estamos aprovechando de él, sí. Del desprecio secular de los de las Ciudades Secas hacia las mujeres, hacia esos seres indefensos e impotentes. Víctimas, reflexionó Kindra con amargura.

El guardia sólo vaciló medio minuto antes de abandonar su puesto junto a la puerta y desplazarse lenta y pausadamente hacia la joven.

—Eh, bonita... ¿estás sola? Una de las Amazonas, ¿no? ¿Te has cansado de ellas y has venido a buscar mejor compañía?

Gwennis no alzó los ojos. Rohana también había escuchado esa discusión. («No lo seduciré hasta matarlo. Si se ocupa de sus cosas, estará a salvo. No utilizaré ninguna treta femenina.») Pero el guardia ya había abandonado su puesto, y la silenciosa indiferencia de Gwennis había provocado su curiosidad; se acercó rápidamente a ella.

—Ah... —dijo—. Te pesqué sin ese cuchillo que lleváis todo el tiempo, ¿verdad? Ahora verás lo que es realmente ser una mujer. Ven, ven y déjame enseñarte una o dos cositas...

Extendió los brazos hacia la muchacha, atrayéndola rápidamente hacia sí, cubriéndole la boca con una mano para ahogar su grito..., pero sus palabras se quebraron en un jadeo asfixiado. El largo cuchillo de Lori, arrojado con precisión mortal, se le clavó directamente en la garganta. Un momento más tarde, la misma Lori se inclinó sobre él, asestando un rápido golpe fatal en la gran vena que latía

debajo de la oreja. Kindra y Camilla lo arrastraron a la sombra del muro, fuera de la vista de cualquier paseante casual; Gwennis se incorporó, limpiándose la boca con fastidio, como si así pudiera borrar el brutal contacto con el guardia. Kindra exploró en el cinturón del muerto, encontró sus llaves y empezó a probarlas una a una en el pesado cerrojo. *Cerrado desde fuera, no desde dentro. No tanto para protegerse de posibles invasores como para evitar la huida de algunas de sus mujeres...*

El cerrojo era duro; a Rohana, que se estremecía en la calle silenciosa, le pareció que crujía lo bastante fuerte como para alarmar a toda la ciudad, pero al cabo de un momento cedió y la puerta se deslizó hacia adentro sin ruido. La banda de Amazonas se apiñó en el interior; encogidas contra el muro, cerraron la puerta.

Estaban en un jardín desierto y silencioso. Aquí, en las Tierras Secas, no crecía nada que no se plantara salvo zarzas; pero Jalak, tirano de Shainsa, no había ahorrado gastos para crear un oasis para él y sus mujeres y favoritos. Murmuraban multitud de fuentes, altos árboles se erguían allí, las flores crecían en lujuriosa profusión, esparciendo un perfume dulce, rancio, húmedo. Con paso silencioso, guiadas por el plano que Rohana había trazado después de su contacto con Melora, las mujeres se abrieron camino a lo largo de la senda de ladrillos, y se detuvieron a la sombra de un grupito de árboles de frutos negros.

—Leanne —susurró Kindra.

Mientras la figura esbelta y asexuada se desplazaba hacia la cámara en la que la hija de doce años de Melora dormía con su aya, Lady Rohana se preguntó, incongruentemente, qué idea tenía de sí misma una Amazona neutralizada. *No se veía como mujer, por cierto. ¿Como hombre? ¿Como una indefinible tercer cosa?* Descartó la idea con impaciencia. *¡Qué estupidez pensar en eso ahora!*

Se deslizaron hacia la desprotegida puerta del jardín; un momento más tarde estaban verdaderamente dentro. Rohana, recordando su contacto con Melora, se dirigió sin vacilar hacia el cuarto custodiado en el que dormía Jalak.

¿Estaba despierta Melora, alerta, esperándolas? Durante toda la tarde se había resistido a la tentación de establecer contacto telepático con su prima, pero ahora cedió; la conexión resultaba cada vez más fácil a medida que se valía de su poder, durante tanto tiempo descuidado.

¡Melora, Melora! Y de repente, con una casi olvidada sensación de fusión y mezcla, ella *fue* Melora, ella...

... yacía en silencio, de cara a la pared, con cada músculo tenso y alerta, deseando relajarse, ser paciente, esperar... En su cuerpo, el pesado niño pateaba duramente, y pensó, con paciencia y agotamiento: *Eres tan fuerte y vital, hijito y, Avarra tenga piedad de mí, no tengo coraje para desearte otra cosa que no sea la muerte. No es tu culpa, sino tu desgracia, ser hijo de Jalak...*

¿Será verdaderamente esta noche? Y los guardias... ¿cómo, cómo? Durante diez

años, noche y día, había recordado a su hermano adoptivo Valentine, destrozado, con los dedos arrancados de su cuerpo vivo, cubierto de sangre, después de tantas atrocidades y tan espantosas que ni siquiera podían pensarse... *Oh, Evanda y Avarra, Aldones, Señor de la Luz, Rohana también, no...*

¡No! ¡No debo recordar eso ahora! Debo ser fuerte...

Penosamente, músculo a músculo, se obligó a relajarse.

Ahora, Jalak dormía profundamente: el primer sueño de la noche. Más allá de él, vio, bajo la pálida luz de la luna que entraba por la ventana del patio, las dos formas pálidas de los favoritos que compartían la cama con él. También ellos dormían; Danette... pálida, desnuda, con el largo pelo desparramado envolviéndola; Garris que roncaba un poco, boca arriba y plegado contra el largo cuerpo de Jalak. Al principio, todo ello la había enfurecido y humillado, obligándola a lágrimas silenciosas y a una rebelión apasionada; al cabo de diez años, sólo sentía un agotado alivio por no tener ya que compartir la cama con él. Durante los meses en que llevaba al hijo, Jalak, orgulloso y tan amable como podía serlo, había cedido de buen grado a su ruego y le había permitido tener una cama para ella sola para poder dormir en paz y descansar bien. Desde hacía años la liberaban por las noches, al igual que a otras mujeres de las Ciudades Secas, de las cadenas que debía llevar durante todo el día; sólo mientras había sido una prisionera rebelde se la había forzado a llevarlas noche y día. Más de una vez, durante aquel lejano primer año, ella le había saltado a la garganta... renunciando a ello solamente al advertir que su furiosa resistencia sólo servía para excitarlo, divertirlo, estimularlo...

Pobre Danette, cómo me odia, cómo se regocijó cuando ocupó mi lugar en la cama de Jalak, sin advertir con cuánto gusto la hubiera abandonado hace muchos años, Y odia a mi niño todavía más que a mí, porque se sabe estéril. Si por lo menos yo lo fuera... No deseo ningún mal a Garris. Sus padres lo vendieron en los burdeles de Ardcarran cuando no era más grande que Jaelle... no ama a Jalak más que yo... tal vez menos. Por más cruelmente que traten en las Ciudades Secas a las mujeres, al menos hay leyes y costumbres que las protegen en alguna medida, y ni siquiera hay leyes que protejan a Garris. Pobrecito... todavía llora... Con cuánta lentitud parece transcurrir esta noche...

Se puso rígida, alertando cada uno de los nervios de su cuerpo. *¿Qué era ese ruido?* Al momento, la puerta se abrió, estrellándose hacia adentro, y de pronto la habitación pareció llenarse de... *¿de mujeres?* Jalak se despertó con un bramido, cogiendo su espada de donde la tenía, a su alcance noche y día; gritó llamando a los guardias... grito que no obtuvo respuesta. Ya de pie, volvió a gritar, desnudo, saltando sobre la primera que cayó sobre él; lo acorralaron y Rohana, viendo ahora a través de sus propios ojos, aunque compartía el pensamiento de Melora, vio que las Amazonas lo empujaban contra la pared, lo vio desaparecer detrás de lo que parecía un muro de mujeres que blandían sus cuchillos y golpeaban con ellos; vio el largo tajo infligido por Kindra, que cortó los tendones de Jalak detrás de sus rodillas. El

hombre cayó, bramando, debatiéndose. Danette, con los ojos muy abiertos, se arrodilló en la cama y chilló.

—¡Garris! ¡Garris! ¡Toma su espada! ¡Sólo son mujeres...!

—Haced callar a esa perra —dijo Kindra, y las rudas manos de Camilla ahogaron los chillidos de Danette con una almohada. Garris se sentó, mirando al rugiente Jalak con alegría profana... Rohana cogió un manto forrado en piel del pie de la cama, y envolvió con él el cuerpo de Melora, cubierto apenas con un camisón liviano.

—¡Vamos... rápido!

Guiada por su parienta y la líder de las Amazonas, Melora fue dando traspies hasta el vestíbulo, resbalando sobre la sangre de los guardias que habían muerto allí. *¿Están todos muertos? ¿Todos? Hasta los aullidos de Jalak habían cesado. ¿Muertos o inconscientes por la pérdida de sangre?*

Vio, a través de la puerta todavía abierta, que Garris había tomado la espada de Jalak, Nira giró como un torbellino, con su propia espada en ristre, pero Garris pasó ante ellas, sin mirarlas siquiera y desapareció por el pasillo, sin tener, evidentemente, más idea que su propia huida.

Rohana condujo rápidamente a Melora hasta el jardín silencioso. Estaba tan callado que le quitó el aliento; las fuentes gorgoteaban, los árboles crujían imperturbables en el viento, sin ningún sonido o luz que demostrara que en algún lugar de la Gran Casa, ocho o diez de los guardias de Jalak, y tal vez el mismo Jalak, yacían muertos.

Ninguno, salvo Jalak, había tenido la oportunidad de devolver un golpe, pero el de Jalak había dado en el muslo de Nira, y ella cojeaba, apoyada en el brazo de Camilla. Lori se acercó y se inclinó sobre ella, vendando fuertemente la herida con su pañuelo y atándolo apresuradamente con el cinturón de su túnica. Leanne salió de la oscuridad llevando en brazos una pequeña figura en camisón y descalza. Puso a la niña en el suelo y, en la penumbra, Rohana pudo ver un rostro pequeño, sorprendido, adormilado.

—¿Madre?

—Todo está bien, querida, son mis parientes y amigas nuestras —dijo Melora con voz cantarina; se tambaleó, y Kindra la sostuvo, tomándola del codo.

—¿Puedes caminar, señora? Si no, podemos transportarte de alguna manera...

—Puedo caminar.

Pero Melora volvió a tropezar y extendió la mano para aferrarse del brazo de Rohana, pensando: *Por primera vez en doce años estoy fuera de ese muro con las manos libres... ¿Caminar? Podría correr, podría volar.* Apresurándose entre ellas, tropezando, perdió el sentido de hacia dónde la conducían sus pies. *A cualquier lado. A cualquier lado, lejos de aquí. Como Garris... Pobre criaturita, espero que no le persigan por el asesinato de Jalak...*

Sintió las punzadas del dolor en la espalda y el costado, sintió el peso del niño no nacido que la detenía, sin importarle. *Libre. Soy libre. Ahora podría morir feliz. Pero*

no debo morir y demorarlas...

El mercado desierto era un silencioso páramo de puestos vacíos y casillas abandonadas. Rima y Devra emergieron de la oscuridad, cerca de donde esperaban los caballos.

—Las puertas están libres —dijo Rima, haciendo un gesto sugerente: pasándose un dedo extendido sobre la garganta.

—Vamos, entonces. Dejadlo todo, salvo las alforjas y la comida para el viaje —dijo Kindra, guiando a Melora hasta un caballo con montura de mujer—. Antes de montar, *domna*, ponte estas ropas. Tal vez no te queden demasiado bien, pero serán mejores que ese camisón para cabalgar.

Melora sintió que Rohana le quitaba el camisón por encima de la cabeza, amparada por la oscuridad; la ayudó a calzarse esos pantalones largos y flojos, se los ató en torno a la cintura; deslizó por encima de su cabeza una túnica forrada en piel. El leve olor de sus pliegues casi la hizo llorar de reconocimiento y agradecimiento: las especias y el incienso utilizado para endulzar el aire en todas las casas de los Dominios. Contuvo el sollozo, dejando que Rohana la ayudara a montar, con botas de gamuza —demasiado grandes— en los pies.

Ansiosamente, miró a su alrededor en busca de Jaelle, vio que una de las Amazonas la había envuelto en una capa y la había subido a la montura detrás de ella, donde la niña estaba erguida, atónita, su largo pelo lacio cayendo sobre la espalda, demasiado excitada y asombrada para formular siquiera una sola pregunta.

Kindra cogió las riendas del caballo de Melora.

—Monta tu caballo de la manera más cómoda que puedas, señora —le dijo—. Yo lo guiaré.

Melora se aferró al borrén de la montura (¡poco familiar, después de tantos años, volver a montar a horcajadas otra vez!) y observó, tensa para protegerse del dolor del avance, mientras Kindra se desplazaba hasta el frente de la columna de jinetes. La líder dijo en voz contenida y tensa:

—Ahora, cabalgad como el demonio; todas vosotras. Tenemos cinco horas hasta la salida el sol, cuando alguien descubra a Jalak nadando en su propia sangre; pero no tendremos más que eso, por afortunadas que seamos, y desde ahora y durante las tres próximas docenas de años, ninguna Amazona Libre ni su vida valdrá ni un *sekal* en ninguna parte de las Ciudades Secas. ¡Vámonos!

Y partieron. Melora, aferrada a su montura, protegiéndose lo mejor posible de los saltos producidos por el andar de su caballo (aunque advirtió que, por cierto, Kindra le había dado un caballo con andar cómodo, el mejor para una mujer embarazada), giró la cabeza y miró por un instante la negra sombra de las murallas de Shainsa.

Ha terminado, pensó, la pesadilla ha terminado. Trece años. Jalak yace allí, inválido de por vida, imposibilitado, quizás agonizante.

Espero que no muera. ¡Es peor, peor para él, vivir y saber que un grupo de mujeres le ha hecho esto!

¡Estoy vengada, y también Valentine! ¡Y Jaelle vivirá libre!
Cabalaron en la noche, sin perseguidores.

Lady Rohana Ardais no olvidó hasta el fin de sus días aquella loca cabalgata, huyendo de las murallas de Shainsa; alerta en todo momento a cualquier sonido detrás de ellas que pudiera significar que Jalak —o su cadáver— había sido por fin hallado, dando comienzo a la cacería.

Durante la primera hora estuvo muy oscuro, y cabalgó ciegamente en pos del ruido de los cascos de los otros caballos, sólo sombras extendiéndose ante ella. Después se alzó Kyrddis, un brillante semicírculo encima del horizonte, tan brillante que Rohana supo que sólo faltaba una o dos horas para que saliera el sol; y bajo su luz azul-verdosa pudo distinguir las formas de los otros caballos y de sus jinetes.

Ahora viajaban más lentamente. Ni siquiera los rápidos caballos de las planicies de Valeron podían mantener el paso de esas primeras horas. Se preguntó cómo habría hecho Leanne para encontrar el camino en la oscuridad; la reputación de rastreadora de la Amazona era evidentemente bien merecida. Pudo ver a Jaelle, una forma oscura, pequeña y arrebujada, recostada contra Camilla, aferrándose dormida a la montura. ¿Qué pensaba la niña de todo aquello?

Fue criada en las Ciudades Secas. Tal vez, para ella, todo esto sea bastante normal: asesinato, ataques nocturnos, robar mujeres. ¿Y qué ocurrirá si es leal a Jalak? Después de todo, es su padre.

Ninguna de nosotras tiene idea de cómo es Jaelle... Sólo pensamos en los deseos de Melora...

Melora es telépata. Debe de conocer el corazón de su hija...

En la hora final, antes del alba, se detuvieron para que los caballos descansaran. Leanne subió a la cima de una colina cercana para ver si había alguna señal de persecución. Rima se acercó, puso un poco de pan y de carne seca en la mano de Rohana, y sirvió un poco de vino en la taza que la dama llevaba colgada del borrén de la montura.

—Come y bebe mientras puedas, señora. No habrá tiempo para el desayuno si somos perseguidas. Hay algunos escondrijos entre este sitio y Carthon, y Kindra los conoce todos, pero, en general, sólo estaremos seguras si primero hacemos un buen trecho. Así que será mejor comer ahora.

Rohana masticó un bocado, obediente, aunque tenía la boca seca y la comida sabía a pergamino. Se puso el resto en un bolsillo de los poco familiares pantalones de Amazona; tal vez más tarde pudiera comerlo. Tomó un sorbo de vino, pero era casi demasiado amargo; se enjuagó la boca y volvió a escupir.

Llevó su caballo lentamente varios pasos, escuchando cómo su respiración jadeante y profunda se aquietaba lentamente; le acarició la cabeza con gesto ausente, recostándose contra el cuerpo cálido y sudoroso del animal. Pensó, no por primera vez desde que había emprendido este largo viaje, qué afortunada era al estar habituada a las largas cabalgadas para cazar con halcón en su distante hogar

montañés. *Si fuera la clase de mujer que se pasa la vida sentada con el bastidor de bordar, las llagas de la montura ya me habrían matado.* Eso la hizo pensar una vez más en Melora (*¡Qué cansada debe estar!*), y se abrió camino por entre el grupo de Amazonas: desmontaban, se tendían a descansar, comían, hablaban en voz baja. Advirtió que alguien había bajado a Jelle, que dormía profundamente, arrebujada en el manto de alguien y cubierta con otro. *Al menos parecen cuidarla bien. No creo que ninguna de ellas sepa demasiado de niños.*

Miró a su alrededor, buscando a Melora, y vio que Kindra ayudaba a su parienta a desmontar; pero antes de que pudiera acercarse, Nira, con un rústico vendaje en la pierna, la interceptó.

—¿Puedes vendar esta herida a la luz de la luna, *domna*? Me molesta más de lo que creí. De otra manera, esperaría a que se hiciera de día.

Rohana experimentó un momento de impaciencia; después, al recordar que Nira había sido herida mientras cumplía con su servicio, se sintió avergonzada.

—Lo intentaré. Ven aquí, fuera de las sombras, donde hay más luz.

Escarbó en su alforja buscando las pocas prendas femeninas que había traído. Encontró una enagua limpia, sin usar, y la cortó en tiras. Como todo lo demás, estaba áspera por la arena de las Ciudades Secas, pero limpia.

Tuvo que cortar el vendaje, y después la pierna del pantalón; estaba pegado a la herida a causa de la sangre coagulada. Nira juró en voz baja, pero no se movió mientras Rohana lavaba la fea herida con vino agrio —*por lo menos, esta cosa sirve para algo, pensó*— y la vendaba apretando con fuerza el vendaje contra la herida.

—Habría que coserla, pero no puedo hacerlo a la luz de la luna. Si empieza a sangrar otra vez, haré lo que pueda cuando haya luz.

Nira le agradeció.

—Espero —dijo— que ese bastardo de Jalak no envenene sus armas... se oye decir cada cosa acerca de los hombres de las Ciudades Secas...

—No lo hace —dijo suavemente Melora, al lado de ellas, y Rohana se incorporó, doblando lo que le quedaba de las tiras de vendas, para ver que su prima se hallaba de pie junto a ella.

Su rostro no era muy visible a la penumbrosa luz de la luna, pero, aun así, se lo veía hinchado y poco saludable.

—Jalak —agregó Melora— consideraría el envenenar las armas un gesto cobarde, significaría que él no cree que sus golpes sean lo bastante fuertes para matar, y perdería *kihar*... prestigio, diríamos, se avergonzaría ante sus pares, si fuera capaz de usar una espada envenenada.

Nira se incorporó torpemente, haciendo un gesto de dolor al apoyar el peso sobre la pierna herida. Su bota se arrastró sobre la arena cuando caminó. Dijo taimadamente:

—Es una idea consoladora, señora, pero ¿es un hecho, o sólo un sentimiento adecuado de una amante esposa?

—Es cierto, por el honor de mi Casa —dijo Melora suavemente, pero su voz temblaba—. Y sólo mis propios Dioses saben cuán poco amante esposa de Jalak he sido. No he sido más que una presa de su sucio orgullo.

—No quise ofenderte —dijo Nira—, pero tampoco te pido disculpas, señora. Viviste en su casa durante trece años, y no moriste. Yo no hubiera vivido para avergonzar de ese modo a mis parientes, aun cuando mi padre no es un gran señor del Comyn sino un pequeño granjero de las Kilghard Hills.

—Has derramado tu sangre a mi servicio, *mestra*, ¿cómo podría ofenderme, a menos que mi orgullo fuera tan grande y tan maligno como el del mismo Jalak? En cuanto a mi vida... ¿puedes ver en la oscuridad?

Extendió las muñecas, tomó los dedos de Nira con los suyos y los guió. Rohana, que observaba y tocaba, vio y sintió los ásperos callos dejados por los brazaletes metálicos de las cadenas, y encima de ellos, en la muñeca oscurecida por el sol, una larga cicatriz rugosa.

—Las llevaré hasta mi muerte —dijo Melora—. Después de hacerlo, me encadenaron noche y día, me encadenaron tan apretadamente que no podía comer por mí misma y las mujeres tenían que alimentarme y llevarme al baño y a las letrinas. —Su voz se estremeció de furia al recordar la humillación—. Cuando me curé, mi hija había crecido en mí, y no podía matarla con mi propia muerte. —Miró la oscura forma de su hija, acurrucada y perdida en el sueño, diciendo—: ¿Cómo lograron sacarla? Jalak la había puesto al cuidado de su guardia femenina más feroz...

Leanne había bajado de la colina a tiempo de escuchar esto último. Dijo:

—Hasta ahora no hay signos de persecución; ni una rata del desierto parece moverse entre este lugar y Shainsa. En cuanto a la guardiana de tu hija, señora, duerme un sueño sin despertar; no me gusta matar mujeres, pero cayó sobre mí con una daga. Lamenté matarla ante los ojos de la niña, pero no tuve elección.

—No lloraré por ella —dijo Melora con un gesto de disgusto—. Creo que habrá pocos llantos por ella, aun en la casa de Jalak. Era mi principal carcelera antes de que Jaelle naciera, y yo la odiaba más que al mismo Jalak. Él era cruel por naturaleza, y porque lo habían criado así, pero ella era cruel porque el dolor de los otros le causaba placer. Creo que Zandru gozará de su compañía en el infierno; por cierto, él será el único capaz de hallar placer en ella. Si alguna vez me hubieran vuelto a dar un cuchillo, aunque fuera en la mesa, se lo hubiera hundido en la garganta antes de matarme. —Se volvió hacia Rohana; por primera vez tuvieron un momento para cambiar un abrazo rápido, incómodo—. *Breda...* todavía no estoy segura de que esto no sea un sueño, de no despertar en la cama de Jalak.

Con el contacto de las hinchadas manos de Melora, con su húmedo rostro apretado contra el de ella, la comunicación volvió a producirse; la mente de Melora se abrió a Rohana, y más: un agudo malestar físico, dolor. Rohana pensó, con pánico: *¿Puede cabalgar? ¿Tendrá el parto aquí, en el desierto, lejos de cualquier ayuda, demorándonos...?*

Con suavidad, Melora soltó las manos de Rohana y el contacto disminuyó.

—Es fácil advertir lo poco que sabes de las Ciudades Secas. ¡Ojalá nunca tengas motivos para saber más! Se esperaba que yo cabalgara, aún más cerca de mi fecha. No te preocupes por mí, *breda*. —Su voz se quebró en un sollozo—. ¡Oh, es tan bueno hablar contigo en nuestra propia lengua...!

Rohana estaba desesperadamente preocupada por ella; no tenía gran experiencia como partera, pero como señora de Ardais había visto muchos nacimientos, y sabía que Melora necesitaba descanso y cuidados. Pero las Amazonas, ante una señal de Kindra, ya volvían a montar, y por cierto no parecía haber elección.

Kindra se acercó a inspeccionar, brevemente, el vendaje de la herida de Nira.

—Hasta ahora, no hay señales de persecución —dijo—, pero al alba seguramente alguien encontrará a Jalak, o su cadáver. Y verdaderamente preferiría no tener que luchar contra los hombres de Jalak, ni terminar mis días encadenada en un burdel de Shainsa.

La sonrisa de Melora fue perceptible incluso en la penumbra.

—Tal vez no haya ninguna persecución; lo más probable es que los herederos de Jalak, al encontrarlo muerto, hayan empezado a pelear por su propiedad y sus esposas, y por la tenencia de la Gran Casa. Lo último que querrían es rescatar a un hijo con derecho a reclamar el trono.

—Aldones así lo quiera —dijo Kindra—, aunque algún pariente de Jalak puede querer vengarlo para ganar *kihar*... o tal vez algún rival desee asegurarse de que ningún hijo con derechos le sobreviva.

Melora dio un pellizco convulsivo a las manos de Rohana, pero su voz era calma.

—Puedo cabalgar todo lo que sea necesario. —Sus ojos se posaron en su hija dormida—. ¿Puedo llevarla en mi propia montura?

—Señora, estás pesada, tu caballo no podría cargar tanto peso —dijo Kindra—. Las más livianas nos turnaremos para llevarla, de modo que pueda dormir un poco más. ¿Sabe cabalgar? Tenemos un caballo de más para ella, si es que puede montar sola.

—Aprendió a montar cuando aprendió a caminar, *mestra*.

—Eso servirá cuando despierte, entonces; por ahora, puede dormir —dijo Kindra, y alzó a Jaelle, que seguía dormida, hasta su propia montura; montó con ella mientras Rohana ayudaba a montar a Melora. La mujer parecía extraordinariamente torpe y poco firme en su montura, pero Rohana nada dijo. No había nada que decir; Kindra tenía razón y ambas lo sabían. Rohana asió sus riendas, y tomó también las del caballo de Melora para conducirlo a través del desierto.

Melora miraba con ansiedad hacia el punto del horizonte por el que debía salir el sol.

—A esta hora, siempre anhelo... oh, no sé, un poco de nieve, o lluvia, cualquier cosa que no sea la eterna arena y el viento caliente y seco.

—Si los Dioses lo quieren, *breda* —dijo suavemente Rohana—, dentro de diez

días estarás de regreso en nuestras propias montañas y podrás ver la nieve cada vez que salga el sol.

Melora sonrió, pero negó con la cabeza.

—Puedo cabalgar ahora, y guiar mi propio caballo, si te parece mejor.

—Déjame llevarlo, al menos por ahora —dijo Rohana, y Melora asintió y se reclinó en su montura, protegiéndose lo mejor posible del balanceo del animal.

Salió el sol, y Rohana vio, a medida que los kilómetros pasaban debajo de los cascos de los caballos, que el carácter del terreno había cambiado. El desierto de arena chato y estéril había dado paso a colinas bajas y ondulantes, y a una áspera vegetación de zarzas y plumosos arbustos de especias. Al principio, el olor era agradable, pero al cabo de unas horas de cabalgar, Rohana sintió que si alguna vez volvía a comer pan especiado en el Festival del Solsticio de Invierno, se ahogaría. Tenía la garganta seca; casi lamentaba no haber podido tragar su vino. Cada hora que pasaba, Melora parecía más inestable en su montura, pero no pronunció una sola palabra de queja. Por cierto, ni siquiera hablaba, cabalgando con la cabeza baja, el rostro gris piedra por el esfuerzo y la paciencia.

Al levantarse el sol, la luz se hizo más feroz, y también el calor. Algunas de las Amazonas se cubrieron la cabeza con los amplios pliegues de sus túnicas; Rohana hizo lo mismo, al descubrir que el calor era preferible al resplandor directo. Empezaba a preguntarse durante cuánto tiempo podría cabalgar Melora, y ella misma estaba agotada, casi al punto de caer de la montura, cuando Leanne, que cabalgaba al frente, alzó una mano y llamó a Kindra, quien apresuró su caballo para reunirse con ella, mientras las otras se detenían gradualmente.

Al cabo de un momento, Kindra regresó.

—En la próxima grieta hay un pozo de agua y algunas rocas para protegernos del sol. Podemos descansar allí durante el calor del día.

Mientras la seguían por la senda señalada por Leanne, Kindra regresó para cabalgar junto a Melora y Rohana.

—¿Cómo te encuentras, señora?

El intento de sonrisa de Melora sólo sirvió para que su boca se estirara un poco.

—Tan bien como puede esperarse, *mestra*. Pero no niego que me agrada descansar un rato.

—También a nosotras. Quisiera poder ahorrarte esto. Pero... —En su voz sonaba una petición de disculpa, y Melora le indicó con un gesto que callara.

—Sé perfectamente —dijo— que tú y las tuyas habéis arriesgado vuestras cabezas por mí, y aún más. Que Dios no permita que me queje por nada que debas hacer en virtud de tu seguridad y la nuestra.

Algo en esas palabras hizo que a Rohana se le cortara el aliento. Por un momento, Melora había hablado casi como su antiguo yo: graciosa, gentil, con la admirable cortesía que había demostrado tanto a sus pares como a sus inferiores. *Habló como hubiera hablado cuando éramos muchachas en Dalereuth. Por piedad de Evanda,*

¿hay verdaderamente alguna esperanza de que algún día vuelva a ser ella misma y viva su vida libre y feliz?

El pozo era una centelleante lámina de agua de siete metros de diámetro; el agua se veía pálida y poco saludable, pero Kindra dijo que era buena. Detrás había un racimo de ominosas rocas negrorrojizas que arrojaban sus sombras púrpuras sobre la arena y el omnipresente olor a especias dio paso a un aroma de lavanda en el espacio vacío. Incluso las sombras de las rocas hicieron pensar a Rohana en serpientes y escorpiones, y no en un descanso fresco y acogedor, aunque, de todos modos, fuese mejor eso que el ardiente resplandor del sol de las Tierras Secas al mediodía.

Rohana ayudó a desmontar a Melora, apoyando sus pasos inseguros. La condujo hasta un sitio a la sombra de las rocas y fue a llevar su caballo a abrevar, pero Kindra la detuvo.

—Cuida a tu parienta, señora —señaló, tomando las riendas de los caballos; bajando la voz, preguntó—: ¿Cómo está, verdaderamente?

Rohana sacudió la cabeza.

—Hasta ahora, se las arregla. Realmente no puedo decir más.

Sabía perfectamente que cualquiera que entendiese algo en la materia diría que Melora no podía cabalgar. Pero Kindra también lo sabía, y simplemente no había nada que hacer.

—¿Hay señales de persecución? —preguntó Rohana.

—Hasta ahora, ninguna —respondió Leanne, y Jaelle, que había bajado de su caballo, se acercó a ellas y se detuvo, con timidez, a cierta distancia.

—¿Cómo sabes que no nos persiguen, *mestra*? —preguntó en la lengua del país montañoso con un leve acento, pero de manera comprensible; y Kindra le sonrió.

—No escucho ruido de cascos cuando apoyo mi oreja en el suelo; y no se ve ninguna nube de arena levantada por jinetes, al menos hasta donde llegan mis ojos.

—Entonces, eres tan buena como los rastreadores de Jalak —observó la niña, maravillada—. No sabía que las mujeres pudieran ser rastreadoras.

—Para haber vivido en Shainsa, jovencita, no sabes mucho de las mujeres.

—¿Me enseñarás, entonces? —preguntó Jaelle con ansiedad.

—Tal vez, cuando tenga tiempo; por ahora, sabes bastante de caballos como para saber, imagino, que éstos deben ser abrevados y refrescados...

—Oh, lo siento... ¿te estoy demorando? ¿Puedo ayudar, entonces?

Kindra entregó a la niña las riendas del caballo que había montado Melora.

—Hazlo caminar lentamente de un lado a otro hasta que su respiración se calme y el sudor se seque alrededor de la montura. Después, llévalo hasta el agua y déjalo beber todo lo que quiera. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Oh, sí —dijo Jaelle, y se alejó llevando el caballo de las riendas.

Kindra la siguió con el caballo de Rohana, y ésta se quedó mirando a Jaelle. Parecía alta para su edad, liviana, con huesos delicados, el pelo de un rojo llameante que le llegaba hasta mitad de la espalda; llevaba puesto el camisón con el que dormía

—lino de las Tierras Secas, finamente hilado y bordado—, aunque una de las Amazonas le había puesto sobre los hombros una chaqueta corta, demasiado grande para ella. Estaba descalza, pero caminaba por la arena caliente sin ninguna molestia aparente. A Rohana no le pareció que la niña se asemejara a Melora, salvo por el pelo rojo; pero tampoco discernía en ella ningún rasgo de Jalak.

Volvió junto a Melora, que había tendido su cuerpo enorme sobre la capa y tenía los ojos cerrados. Rohana la miró con inquietud, pero compuso rápidamente su expresión cuando Melora abrió los ojos.

—¿Dónde está Jaelle? —preguntó.

—Está ayudando a Kindra con los caballos —dijo Rohana—. Créeme, está muy bien, y no parece agotada por la cabalgata. —Rohana se situó a la sombra, junto a su prima—. Quisiera tener al menos un poquito de su energía.

Melora extendió sus finos dedos, tomando la mano de Rohana en la suya como si estuviera hambrienta de la confirmación que le daría ese contacto.

—También puedo ver de qué modo te has agotado por mí, prima... ¿Cómo fue que llegaste a unirte a estas... estas mujeres? Tú no habrás abandonado a tu esposo e hijos como hacen ellas... —La pregunta era evidente, aún sin palabras, y Rohana sonrió, tranquilizadora.

—No, querida. Mi matrimonio está bien: Gabriel y yo somos tan felices como cualquier pareja.

—¿Entonces cómo...?

—Es una historia larga —repuso Rohana—, y nada fácil de contar. Me parecía que todo el mundo te había olvidado; yo misma te había olvidado, creyéndote muerta o... o resignada a tu vida —agregó de manera casi ofensiva—: Había pasado tanto tiempo...

—Sí, toda una vida —dijo Melora en un suspiro.

—Cuando viniste a mí, al principio creí que era un sueño. Viajé a Thendara y hablé con algunos del Concejo, pero dijeron que no podían hacer nada, el momento no era adecuado para una guerra con las Ciudades Secas y no enviarían a nadie a morir allí. Ya me había resignado a pensar que no se podía hacer nada, cuando por casualidad o, quién sabe, por obra de alguna Diosa, una banda de Amazonas Libres se cruzó conmigo en el camino. Eran cazadoras y comerciantes, y llevaban una o dos mercenarias como protección; al hablar con ellas, me enteré de que, aunque su banda no se aventuraba en las Ciudades Secas, conocían otra que sí lo haría. Así que fui a su casa del Gremio y hablé con Kindra; y ella accedió a intentar el rescate. Y así...

—Y así llegaste hasta aquí —dijo Melora, casi maravillada—, y yo llegué hasta aquí. Era cierto. Yo me había resignado, y cuando supe que llevaba otro hijo de Jalak, y que era un varón, me preparé a morir. —Sus ojos se posaron sobre su hija; Jaelle había terminado de pasear el caballo y se hallaba junto al animal que bebía del pozo—. Tiene más de doce años, a los trece la hubieran encadenado. Creo que si no hubieras venido, yo misma la habría matado, de algún modo, y luego me habría

matado yo...

Rohana vio el profundo estremecimiento que recorrió el cuerpo de su prima. Rápidamente, extendió la mano para estrechar la de Melora.

—Todo ha pasado, querida. Todo ha pasado. Ahora puedes empezar a olvidar.

¿Olvidar? ¿Mientras llevo dentro al hijo de Jalak? Melora no dijo esas palabras en voz alta, pero Rohana las escuchó de todas maneras.

—Bien —dijo suavemente—, por ahora puedes descansar, y por el momento estás libre y a salvo. Trata de dormir, querida.

—Dormir. —La sonrisa de Melora fue una mueca—. No puedo recordar cuándo fue la última vez que dormí verdaderamente. Y parece una pena dormir, cuando estoy otra vez contigo, y a salvo... y soy feliz... Cuéntame todas las novedades de nuestros parientes, Rohana. ¿Marius Elhalyne sigue gobernando en Thendara? ¿Qué ha pasado con nuestra gente, nuestros amigos...? Cuéntamelo todo —dijo ansiosamente, y Rohana no tuvo el coraje de hacerla callar.

—Es una historia muy larga, y llevaría mucho tiempo contarla. Dom Marius murió un año después de tu rapto; Aran Elhalyne mantiene el trono caliente de año en año, y como es habitual, el Señor de Hastur es el verdadero gobernante; no el viejo Istvan, que está senil, sino Lorill Hastur, que era su heredero. Recordarás que Lorill y su hermana Leonie estuvieron con nosotras en la torre de Dalereuth, cuando éramos jóvenes; yo creí que, tal vez por ti, Lorill marcharía contra Jalak...

Melora suspiró.

—Hasta yo sabía que no lo haría —aseguró—. Los Hastur deben pensar en cosas más importantes que en sus parientes, pues si no, ¿cómo harían para estar mejor que los de las Ciudades Secas con todas sus luchas y disputas internas? ¿Hay paz de otra manera?

—Paz, sí... Lorill ha traído a los terranos de Aldaran a Thendara; están construyendo un espaciopuerto allí, y ha defendido su decisión ante el Concejo; algunos de los miembros se han opuesto, pero Lorill prevaleció, como suelen hacerlo los Hastur.

—Los terranos —dijo Melora lentamente—. Sí, algo había escuchado; hombres como nosotros, de otro mundo, llegados de las estrellas en grandes naves. Jalak sólo contaba esas historias para reírse de ellas; en las Ciudades Secas no saben que las estrellas son soles como el nuestro, que iluminan mundos semejantes al nuestro, y a Jalak le gustaba burlarse y decía que esos que venían de otro mundo debían de ser sin duda bribones listos para engañar a los Siete Dominios, pero que ningún hombre sensato de las Tierras Secas caería en esa trampa... —Cerró los ojos, y Rohana pensó por un momento que dormía, y se sintió agradecida, sabiendo que también ella debía descansar. Pero una sombra cayó sobre su rostro y abrió los ojos para ver a Jaelle parada allí, observándolas.

—¿Tú eres mi... nuestra parienta, Lady Rohana?

Rohana se incorporó y la tomó en sus brazos; Jaelle le dio un beso rápido y

tímido.

—¿Cómo está mi madre, parienta? ¿Duerme?

—Duerme, y está muy cansada —afirmó Rohana, poniéndose velozmente de pie. Alejó a la niña para que el sonido de sus voces no perturbara a Melora.

—No la despertaré, pero quería ver... —y la voz de la niña tembló. Rohana miró el pequeño rostro serio, los grandes ojos verdes.

Comyn, pensó; no se parece a Melora, pero su sangre Comyn es inconfundible. Hubiera sido un error, un terrible error, dejarla en manos de Jalak: ¡no sólo inhumano, sino equivocado!

—No debe cabalgar ahora —dijo Jaelle, casi en un susurro—, el niño nacerá muy pronto...

—Lo sé, querida. Pero no estamos a salvo aquí, excepto para un breve descanso. Cuando lleguemos a Carthon, nos encontraremos en los Dominios, y fuera del alcance de Jalak para siempre —dijo Rohana con suavidad.

—Pero... ¿qué le ocurrirá a ella? La cabalgata, el cansancio... —empezó a decir Jaelle vacilando, pero luego bajó los ojos y miró hacia otra parte. Rohana pensó: *¿Tiene laran?* Incluso en la casta telepática del Comyn, el Don no se manifestaba mucho antes de la adolescencia. Una *leronis* entrenada podía hacer exámenes especiales de una niña de la edad de Jaelle, pero hacía tanto tiempo que Rohana no utilizaba su entrenamiento telepático que ni siquiera podía adivinar nada acerca de Jaelle. *Ahora, cuando necesito saber, el Don me abandona... ¿Por qué las mujeres deben elegir entre el uso del laran y todas las otras cosas de la vida?*

Miró a Melora, ajena en un sueño agotado, y pensó en la época de juventud que habían pasado juntas, en la torre de Dalereuth, aprendiendo el uso de las joyas matrices que transformaban las energías, trabajando como monitores *psi* en las redes de transmisión que mantenían las comunicaciones vivas a través de los vastos espacios de Darkover, aprendiendo la tecnología de los Siete Dominios.

Eran tres de la misma edad: Rohana, Melora y Leonie Hastur, hermana de ese Lorill Hastur que gobernaba ahora detrás del trono en Thendara. La familia de Rohana había insistido en que ella se casara y en que abandonara su trabajo en la torre, y ella lo había hecho —no sin lamentarlo—, para unirse al heredero del Dominio de Ardais, para supervisar la enorme propiedad, tener hijos y una hija para ese clan. Leonie había sido elegida Celadora; telepata de sorprendente habilidad, estaba ahora a cargo de la torre de Arilinn, controlando a todos los telepatas de Darkover. Pero Leonie había pagado el precio de ser Celadora: se había visto obligada a renunciar al amor y al matrimonio, a vivir en reclusión como virgen durante toda su vida...

Melora no había tenido opción. Los hombres armados de Jalak la habían secuestrado y se la habían llevado a su prisión, a sus cadenas... violación y esclavitud y largos sufrimientos.

El cansancio le producía extraños pensamientos a Rohana. *¿De veras Jalak*

cambió tanto su vida? ¿Acaso alguna de nosotras tenía verdaderamente elección? Por orden de nuestro clan, compartir la cama de un extraño y gobernar su casa y parir sus hijos... o vivir aislada de la vida, en soledad y reclusión, controlando fuerzas tremendas, pero sin poder extender la mano hacia otro ser humano, sola, virgen, venerada pero compadecida...

La pequeña mano de Jaelle tocó la suya suavemente, y la niña dijo:

—Parieta... estás tan pálida...

Rohana volvió rápidamente a la realidad.

—No he comido nada —dijo con normalidad—. Y dentro de un ratito debo despertar a tu madre y ocuparme de que también ella coma algo.

Fue con Jaelle hacia el lugar en que las Amazonas compartían comida y bebida; esta vez diluyó el vino con agua del pozo y lo encontró agrio pero bebible. Kindra fue a mirar a la dormida Melora, y regresó diciendo:

—Ella necesita más descanso que comida, señora; puede comer cuando despierte. —Y miró a Jaelle, agregando—: El sol te quemará y tendrás llagas por la montura si cabalgas con ese camisón, *chiya*. Gwennis, Leanne, Devra, ¿no podéis prestarle algunas ropas a la pequeña?

Rohana quedó gratamente sorprendida al ver la inmediatez de la respuesta; todas, salvo las mujeres más altas, fueron en el acto a buscar en sus alforjas, compartiendo lo que tenían: un chaleco aquí, una túnica allá, un par de pantalones (de Leanne, e incluso éstos debieron doblarse casi hasta las rodillas). Camilla, que tenía pies pequeños, trajo un par de botas de gamuza, diciendo:

—Serán demasiado grandes, pero si se atan fuerte, protegerán sus pies mientras cabalga, impidiendo que la arena y las zarzas los lastimen.

Las botas eran bordadas y teñidas, evidentemente formaban parte de su ropa de fiesta, y Rohana quedó aún más sorprendida: nunca hubiera creído que una neutra tuviera sentimientos maternos.

Jaelle dejó que Rohana la desvistiera y la ataviara con esas extrañas prendas, mirando a su alrededor vacilante, buscando a su madre, pero sin perturbarla. Dijo temblorosamente, mientras Rohana le ajustaba los largos y amplios pantalones y empezaba a acordonarle las hermosas botas de cuero teñido:

—Siempre me han dicho que no corresponde que una mujer use pantalones, y... y tengo casi la edad de ser considerada una mujer.

—Mejor con pantalones que desnuda, Jaelle —dijo Rohana, agregando luego más amablemente—: Sé cómo te sientes. Antes de emprender este viaje, creí que nada podría obligarme a usar pantalones y botas, pero la necesidad es más fuerte que la costumbre y, en cuanto a lo que es adecuado... bien, no puedes cabalgar con ese camisón desgarrado con las piernas al aire.

Camilla se acercó para comprobar el ajuste de las botas.

—Si son demasiado grandes y te sacan ampollas, niña, dímelo y buscaré otro par de medias gruesas. ¿Cómo hacen las mujeres para cabalgar en las Ciudades Secas,

damita?

—La montura está hecha de esta manera —Jaelle lo demostró con un gesto—, de modo que una mujer puede sentarse de costado sin que se le desordenen las faldas.

—Y se resbalará y se caerá si su caballo tropieza —dijo Gwennis—, en tanto yo puedo cabalgar tanto y tan rápido como cualquier hombre, y jamás sufrí una caída. Pero en los Dominios, pequeña, puedes usar esas incómodas faldas de montar que tu parienta prefiere.

—Pueden parecer incómodas —replicó Rohana—, pero con ellas puedo cabalgar tan bien como para cazar con halcones en las montañas; en una temporada mala, cuando los hombres no tienen tiempo para cazar, los niños y los enfermos no tienen que prescindir de aves o de presas pequeñas en sus mesas, con o sin faldas de montar; yo cabalgo tan bien con ellas como con estos pantalones. —*Y querría tenerlas ahora*, pensó, pero sabía que las Amazonas no recibirían la declaración con simpatía.

Gwennis hizo correr la mano sobre el largo y enmarañado pelo de Jaelle.

—Es una lástima que se enmarañe tanto.

Los ojos de Jaelle se llenaron de lágrimas, levantó la vista hasta el pelo muy corto de Rohana y dijo:

—¿Es necesario cortarlo?

—Claro que no —dijo Rohana con firmeza—. Pero déjame peinarlo y trenzarlo para que no se enmarañe cuando cabalgues.

Hizo que Jaelle se sentara y empezó a peinarle el pelo rojo fuego, largo hasta la cintura. Volvió a sentir dolor al recordar su propio pelo, que había sido su orgullo, su único reclamo de belleza. *Gabriel se pondrá furioso cuando vea mi pelo, rapado como el de una Amazona*. Pensó defensivamente, como si estuviera respondiéndole a su esposo: *No tenía opción, era por Melora*. Pero Jaelle no debía ser sacrificada.

Kindra se acercó y miró a Jaelle, vestida con las prendas demasiado grandes de las Amazonas, pero no hizo ningún comentario. Llevó aparte a Rohana.

—No se lo digas a la niña, y no perturbes a tu parienta, pero hay una pequeña nube de polvo en el horizonte. Probablemente no tenga nada que ver con nosotras, ya que no se ve en la dirección de Shainsa, de donde vendrían persiguiéndonos, pero debo advertir a mis mujeres y tú, señora, debes estar atenta.

—¿Debemos disponernos a partir otra vez?

Kindra sacudió la cabeza.

—No. En el calor del día no debemos hacerlo; moriríamos de postración, de manera tan penosa como bajo la espada de uno de la Ciudad Seca. Nos ocultaremos entre las rocas y confiaremos en que ese polvo no tenga nada que ver con nosotras, ni con Jalak y sus hombres; duerme si puedes, señora, pero quédate cerca de Melora y de la pequeña, y adviértele, si despierta, que permanezca oculta a la sombra de las rocas. —Señaló a Rima y a Devra—. Ellas dos se quedarán de guardia; Leanne y yo hemos estado guiando y rastreando toda la noche, y Nira ha perdido bastante sangre y necesita descansar. Me avisarán si ese polvo da la impresión de acercarse a nosotras.

Señora, ve ahora y trata de dormir. Y también tú, *domnina* —agregó dirigiéndose a Jaelle.

—¿Puedo llevar mi pan y terminármelo antes de dormir? —preguntó Jaelle.

—Por supuesto —respondió Kindra mientras se alejaba para ir a descansar.

Gwennis, escarbando en su bolsillo, sonrió a Jaelle.

—¿Tienes hambre, *chiya*? —le dijo—. Aquí tienes un dulce, chúpalo antes de dormirte. Impediré que la boca se te seque demasiado con este calor.

Jaelle aceptó la golosina con una pequeña y tímida inclinación de cabeza. Miró a las Amazonas con curiosidad, aunque Rohana advirtió que, por cortesía, la niña reprimía cualquier pregunta. Finalmente se dirigió a Gwennis.

—Algunas de vosotras parecéis... casi hombres. ¿Por qué?

Gwennis echó una mirada a Rohana, luego dijo:

—Sí: Leanne y Camilla. Han sido neutralizadas, sus cuerpos ya no son verdaderamente de mujer. Hay algunas mujeres que sienten que la femineidad es en sí una carga demasiado pesada y eligen esto otro, a pesar de que las leyes lo prohíben.

—Pero tú no eres así —dijo Jaelle, y Gwennis sonrió.

—No, *chiya*. Es molesto ser mujer, de tanto en tanto... imagino que ya eres suficientemente grande como para saberlo, pero en general creo que prefiero ser una mujer, aunque fuese simple o fácil encontrar a alguien, en esta época, que se arriesgara a desafiar las leyes que prohíben esa clase de mutilación. En general, ser mujer me resulta más placentero que problemático.

Rohana también había sentido curiosidad por eso; como todas las mujeres criadas en el mundo protector y mimado de los Dominios, siempre había pensado —cuando había pensado de algún modo en las Amazonas, rara vez— que eran mujeres viriles, o muchachas feas a quienes sus familias no habían podido encontrarles ningún esposo. Pero, salvo las dos mujeres neutralizadas y la muchacha montañesa de los dos cuchillos, ninguna de ellas era nada de eso. Kindra era amable y casi maternal, como la Gorda Rima; y las otras no eran demasiado diferentes, aparte la vestimenta y el pelo corto, de sus propias criadas. En cuanto a Gwennis, parecía casi una muchachota, no mucho mayor que Jaelle o la propia hija de Rohana.

Jaelle sonrió a Gwennis.

—Serías bella si te dejaras crecer el pelo —le aseguró.

Era la idea de la propia Rohana. Gwennis respondió con una sonrisa amable.

—Tal vez sea así, hermanita, ¿pero para qué querría ser bella? No soy bailarina, ni actriz, ni cantante lírica... ¡no necesito tanto la belleza!

—Pero si fueras bella, podrías hacer un buen matrimonio —insistió Jaelle—, y no necesitarías combatir ni cazar para ganarte la vida.

—Pero, pequeña —dijo Gwennis riendo—, yo no quiero hacer ningún matrimonio, ni siquiera uno bueno.

—¿Oh? —Jaelle lo pensó por un momento, era fácil advertir que la idea era nueva para ella—. ¿Por qué no?

—Por muchas razones. Entre otras —dijo deliberadamente—, porque no me gustaría descubrir que mi esposo me tiene encadenada.

Rohana sintió la respuesta como un golpe; Jaelle se llevó la mano a la boca y se mordió un nudillo. Su rostro se puso blanco, después cobró un desesperado y doloroso color carmesí. Hizo un pequeño ruidito ahogado, se volvió y corrió al lado de su madre, metiéndose debajo de la manta y enterrando la cara entre los brazos.

Gwennis pareció casi tan perturbada como la niña.

—Señora, lo siento —se disculpó—. No debí decir eso.

De repente, Jaelle ha advertido de qué se trata todo esto. Antes sólo había sido una aventura, segura porque su madre está aquí, pero no había comprendido verdaderamente. Y ahora... ahora lo sabe, Y un shock como éste, para una niña que se halla justo al borde de convertirse en mujer... una chica con un extraordinario potencial telepático... Rohana no estaba muy segura de cómo sabía esto último, pero estaba segura de ello. *¿Qué efecto le causará?* Lentamente, Rohana fue hacia la sombra y se tendió cerca de Melora y de Jaelle. Melora dormía profundamente. Jaelle tenía la cara sepultada en la manta, y sus delgados hombros temblaban con violencia. Rohana extendió los brazos para atraerla hacia sí, para consolarla, tal como hubiera hecho con uno de sus propios hijos, pero Jaelle se resistió rígidamente, y al cabo de un momento Rohana la dejó. *Soy casi una desconocida para ella, pensó con desesperación. No puedo hacer nada por ella. Todavía no.*

Habían transcurrido tres noches y tres días, y Rohana había dejado de esperar la persecución o la captura. Si es que había habido alguna persecución, ésta había tomado la dirección equivocada o la habían dejado ya demasiado atrás. O Melora tenía razón, y los herederos de Jalak, al hallarlo muerto o totalmente incapacitado, estaban muy ocupados dividiéndose las esposas y las propiedades.

El carácter del terreno había cambiado gradualmente: durante los primeros días, habían visto arena seca, quemante, áspera, interrumpida solamente por arbustos espinosos y plumosas matas de especias; ahora había interminables leguas de dunas bajas y onduladas, cubiertas por los grisáceos helechos de las Tierras Secas, con algún ocasional florecimiento de rocas negras. *Como si, pensó Rohana recordando el viejo cuento, cuando Zandru hizo las Tierras Secas, hasta las rocas se hubiesen rebelado e irrumpido fuera de la corteza... y los huesos mismos del mundo se negaran a estar cubiertos en estas estériles leguas de arena y de desierto...*

Era casi de noche; la ferocidad del sol se atemperaba por el ángulo de sombra, cada vez mayor. Todo ese día había pasado sin que se viera cosa viviente alguna, y Kindra les había aconsejado beber agua con prudencia.

—Si algo nos demorara —había advertido echando una aguda mirada a Melora—, tal vez no llegaríamos al siguiente pozo de agua esta noche... y no podemos llevar demasiada reserva.

Melora cabalgaba justo delante de ella, con la cabeza gacha, rígidamente aferrada a su montura. No había hablado desde la partida del sitio de descanso del mediodía, y cuando Rohana quiso tocarle la frente para comprobar si tenía fiebre, su amiga se había girado, negándose a ello, negándose incluso a enfrentarse a los inquisidores ojos de Rohana. Rohana estaba desesperadamente preocupada por ella. El viaje era demasiado largo, demasiado arduo para cualquier embarazada. Melora no se había quejado; Rohana tenía la espantosa sensación de que ya nada le importaba. Ni siquiera había hecho más preguntas acerca de su hogar, sus parientes, acerca de lo que encontrarían cuando salieran de las Tierras Secas y volvieran a los Dominios.

El sol descendió, un enorme orbe rojo sangre, difuminado en el horizonte por las primeras nubes que Rohana había visto desde que cruzaron el río en Carthon. Kindra, que cabalgaba al frente, se detuvo para esperar a Rohana, y señaló la puesta del sol, purpúrea.

—Esas nubes penden sobre Carthon, y más allá de Carthon volveremos a encontrarnos en los Dominios —señaló—. Aunque Jalak llegara tan lejos, tendría que venir con un ejército. La seguridad está allá. ¿Cómo está Lady Melora?

—Me temo que nada bien —dijo Rohana sobriamente, y Kindra asintió.

—Me alegraré por ella cuando crucemos el río y podamos viajar a un ritmo más adecuado para su estado. No me agrada forzar el paso de este modo, pero no hay seguridad para ninguna de nosotras en este país.

—Lo sé —asintió Rohana—, y estoy segura de que Melora lo comprende. Sabe, mejor que cualquiera de nosotras, los peligros que corren las mujeres de los Dominios aquí, en las Ciudades Secas.

—Bien, acamparemos allá —dijo Kindra, señalando uno de los grandes túmulos de roca negra, que se alzaba como una pared dentada contra el horizonte bajo—, y allá, si la Diosa nos protege, cocinaremos un poco de comida caliente, y tal vez incluso podamos lavar el polvo de nuestras caras.

—¿Conoces cada pozo de agua de este territorio, Kindra?

La mujer sacudió la cabeza.

—Nunca he viajado por aquí antes, pero veo a los *kyorebni* volando en círculos como sólo lo hacen encima del agua. Y tal vez mañana antes de mediodía, podamos vadear el río y llegar a salvo a Carthon. —Hizo una mueca—. Necesito comer carne asada y una buena sopa caliente, en lugar de esta interminable papilla y la carne seca y la fruta; un poco de pan fresco, en vez de galleta.

—También yo —dijo Rohana—, ¡y garantizo la mejor comida que podamos comprar en la mejor tienda de Carthon, créeme, una vez que crucemos el río!

Kindra miró hacia atrás.

—Ruega a tu Diosa, señora, que *domna* Melora pueda gozar de esa comida. Vuelve con ella, Lady Rohana, y dile que un poco más allá estableceremos el campamento. Parece a punto de caer de la montura. —Su rostro, en la oscuridad que se avecinaba, parecía profundamente perturbado.

Rohana hizo lo que le decían, suspirando. Le parecía que nunca en su vida había conocido una fatiga tan incesante y prolongada. La idea de dormir en una cama, bajo un techo, de comer alimentos frescos y recién cocinados, de bañarse con agua caliente y perfumada, comodidades con las que siempre había contado y en las que nunca pensaba, le produjeron un temblor por todo el cuerpo, similar a un anhelo casi sensual.

Suponía que a las Amazonas estos anhelos les resultarían indicios de blandura y debilidad. Bien, les demostraría que podía soportar la vida dura si debía hacerlo; era *Comynara* y tan fuerte como cualquier hombre de su casta. Pero deseaba un poco de comodidad para Melora.

Melora cabalgaba junto a la Gorda Rima; cuando Rohana se les acercó, la enorme Amazona bajó la voz y le dijo:

—Mira a tu parienta, señora. No, no se ha quejado, pero durante un tiempo me gané la vida como comadrona en el País de los Lagos, y tiene un aspecto que no me gusta.

Es bueno saber que al menos hay una comadrona entre nosotras. Rohana puso su caballo a la par del de Melora; Melora alzó la cabeza lenta y cansadamente, y su aspecto impresionó a Rohana. Tenía el rostro hinchado, con una palidez enfermiza, hasta sus labios apretados habían perdido el color. Trató de sonreír a Rohana, pero no lo logró. Su rostro se contrajo con un súbito espasmo de dolor, y Rohana supo de

inmediato lo que su parienta había tratado de ocultar.

—¡Breda, estás de parto!

Melora hizo una mueca.

—Me temo que desde hace unas horas —dijo, como disculpándose—. Esperaba que pudiéramos acampar cerca del agua. Estoy muy sedienta, Rohana —agregó, en el primer indicio de queja que Rohana había escuchado de sus labios.

Se inclinó hacia ella y tomó las manos de Melora entre las suyas.

—Estamos muy cerca del agua, querida, ¿puedes cabalgar un poco más, unos pocos cientos de pasos? ¿Ves? —Señaló a través de la noche que caía—. Una o dos ya están desmontando, ¿ves, allá? Escucha, puedo oír la risa de Jaelle.

—Es como un animal que han liberado de su jaula —murmuró Melora—. Estoy tan contenta de que sean buenas con ella. Pobre conejito, he tenido tan poca fuerza para ocuparme de ella durante este viaje...

—Estoy segura de que ella comprende —dijo suavemente Rohana.

—Espero que no —replicó Melora, y su rostro se contrajo en la penumbra. Estaban cerca del lugar donde las otras ya desmontaban; una vez más, Rohana oyó la alegre risa de Jaelle. En el transcurso del viaje, la niña se había convertido con rapidez en la favorita de todas las Amazonas; riendo, hablando, llena de eternas preguntas acerca del mundo y de la vida antes de su nacimiento. Las Amazonas habían competido por el privilegio de llevarla en sus propios caballos cuando estaba cansada, habían reservado los mejores bocados de sus escasas comidas, le habían contado historias y le habían cantado canciones para disipar el tedio del viaje, e incluso le habían hecho algunos juguetes con desechos.

Por lo menos, hemos liberado a Jaelle, y es una hija de la que cualquiera en los Dominios estaría orgulloso. La sangre de Jalak puede ser una desventaja cuando llegue el momento de que haga un buen matrimonio, pero eso puede superarse. Tiene laran, estoy segura; la haré probar cuando llegemos a Thendara...

Se deslizó de su caballo, se lo entregó a Rima, que se acercó, y tiernamente ayudó a desmontar a Melora. Le fallaban las rodillas, y Rohana tuvo que soportar el peso de su prima; la sostuvo erguida, pero de repente se asustó y llamó a Kindra. Al cabo de un momento, la líder de las Amazonas emergió de las sombras y entendió la situación con una sola mirada apreciativa.

—¿De modo que ha llegado el momento, *domna*? Bien, sólo hay dos cosas seguras en este mundo: el nacimiento y la nieve del próximo invierno, y ambas llegan cuando quieren y no cuando resulta más conveniente. Gracias a la Diosa, estamos cerca del agua. Una lástima que tengamos que haber abandonado la tienda, ningún niño debería nacer con el cielo como techo.

—Mejor a cielo abierto que en la Gran Casa de Jalak —dijo ferozmente Melora, y Kindra le tomó la mano durante un momento.

—¿Puedes caminar un poquito, señora? Te prepararemos un lugar para que descanses.

—Puedo hacer lo que deba hacer —aseveró Melora, pero se recostó pesadamente sobre su parienta.

Rohana sintió un miedo avasallante. Aquí, en la negrura de la noche, en el desierto, sin ninguna ayuda especializada... *Rima había sido comadrona, tal vez, pero las Amazonas Libres renunciaban a la femineidad...*

—Esperaba poder resistir hasta llegar a Carthon —prosiguió Melora, y Rohana advirtió que su parienta compartía su propio sentimiento de inquietud y temor. De alguna manera, Rohana debía ser fuerte y confiada.

—Mira. Están haciendo un fuego. Tendremos luz, y un poco de comida caliente, y hay agua cerca. —Guió a Melora hacia el fuego que crecía—. Y estamos de suerte: ¡una de estas mujeres fue comadrona una vez!

Se sobresaltó cuando pudo ver a Melora a la luz de las llamas: manos y tobillos hinchados, ojos rojos y febriles. *Debió decírnoslo hace horas, debimos detenernos... pero entonces el niño hubiera nacido sin agua en las cercanías...*

Melora se hundió, agradecida, en la pila de mantas que las Amazonas habían preparado para ella. Por un momento enterró el rostro en las manos; Rohana podía escuchar su respiración, fuerte y jadeante como la de un animal. Después alzó la cabeza y dijo quejosamente:

—Tengo sed, Rohana... ¿me traerías algo para beber?

—Por supuesto. —Rohana empezó a incorporarse, pero Melora se aferró a sus manos.

—No, no, quédate conmigo. ¿Te dije por qué supe súbitamente que debía escapar, llevarme a Jaelle o matarme antes de que este niño naciera?

—No, querida, no me lo dijiste.

—Cuando la encontré... jugando con las otras hijitas de Jalak... todas ellas, incluso Jaelle, tenían cintas atadas en las manos, jugaban a ser adultas, con cadenas...

Rohana sintió que se estremecía hasta la médula.

—Querida, déjame ir —dijo rápidamente—. Te traeré de beber, ¿crees que podrás comer algo?

Dejó a Melora tendida sobre la pila de mantas y fue hasta la oscuridad que rodeaba el pozo de agua, donde se arrodilló para enjuagar la taza, temblando, agradecida de poder ocultar el rostro en la oscuridad.

Al cabo de un tiempo logró controlarse y regresó. Kindra dijo, desde el fuego:

—Dile que pronto tendremos un poco de comida caliente, y algo para beber: eso puede fortalecerla para lo que le espera. Y creo que más tarde podremos prender unas antorchas para tener luz, si la necesitamos.

De alguna manera, Rohana se las arregló para darle las gracias. Volvió y se arrodilló junto a Melora, que yacía con los ojos cerrados; Rohana sostuvo la taza entre sus labios, y Melora sorbió con sed.

—Pronto tendremos un poco de comida caliente para ti —dijo—; intenta descansar.

Siguió hablando, diciendo cualquier cosa que se le cruzara por la mente, tratando de darle coraje; al cabo de algunos minutos, Melora extendió una mano para detener la cháchara.

—*Breda...* —Usó la palabra *casta* para «hermana», que en su inflexión más íntima también significaba «querida»—. No me mientas. Por el recuerdo de lo que fuimos alguna vez, no actúes fingiendo que todavía soy una espectadora: ¿qué va a ocurrir?

Rohana miró a la mujer enferma, con el corazón destrozado. *Así que, después de todo, sigue siendo comyn, sigue siendo telémeta, puede leerme con toda facilidad.*

—¿Qué puedo decirte, Melora? Sabes tan bien como yo que ninguna mujer con un embarazo tan avanzado debe cabalgar tanto ni tan rápido. Pero otras mujeres han sobrevivido a cosas peores, y han vivido para asustar a sus nietas con los cuentos de lo que ellas pasaron y soportaron. Y yo estaré contigo.

Melora le tomó la mano.

—Mejor que seas tú y no la bruja maligna que trajo a Jelle al mundo —dijo, aferrándose a los dedos de su prima—. Ni siquiera quiso liberarme las manos... —Se pasó los dedos, como si fuera un viejo hábito, por las gruesas cicatrices que tenía en las muñecas—. Jalak juró que, si tenía un hijo, me daría cualquier cosa que pidiera, salvo mi libertad; pensaba pedir la cabeza de esa bruja.

Rohana se estremeció y agradeció cuando la Gorda Rima se acercó a ellas.

—Aquí está nuestra comadrona —dijo—; hará lo que pueda por ti, *breda*.

Melora la miró; se sentía —Rohana lo notó— escéptica y bastante asustada. Pero dijo (y una vez más, agudamente, Rohana recordó a la muchacha alegre y graciosa que Melora había sido alguna vez):

—Te lo agradezco, *mestra*; no sabía que ninguna Amazona Libre pudiese elegir un trabajo tan femenino.

—Bien, señora, podemos ganarnos la vida en cualquier trabajo honesto —dijo Rima—. ¿De veras creías que éramos todas soldados o cazadoras? La Casa del Gremio de la ciudad de Arilinn, donde fui entrenada, se especializa en la formación de comadronas; y comparamos todo lo que se sabe acerca de los problemas del nacimiento entre Temora y los Hellers, de modo que somos las mejores comadronas; incluso en las grandes fincas, a veces las mujeres nos mandan a buscar. Ahora, señora, déjame ver hasta dónde ha llegado este asunto, y cuánto tiempo más tendrás que esperar. —Se arrodilló, palpando el cuerpo de Melora con manos suaves y expertas—. Bien, es un niño fuerte; y grande, además.

Se interrumpió cuando Jelle se acercó corriendo. El rostro de la niña se veía desencajado y pálido a la luz de las llamas.

—Madre... oh, madre... —musitó, y estalló en sollozos.

—Vamos, niña —dijo Rima con firmeza—, eso no ayudará a tu madre. Ya eres casi una mujer, no debes comportarte como un bebé y molestarnos.

Melora se obligó a incorporarse, apoyándose pesadamente sobre Rohana.

—Ven aquí, Jaelle. No, dejad que se acerque, sé que se portará bien.

Luchando por contener los sollozos, Jaelle se aproximó y se arrodilló junto a su madre; Melora la apretó en un feroz abrazo y dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

—Valió la pena. ¡Eres libre, eres libre! —Besó el pequeño rostro una y otra vez; después puso una mano bajo el tembloroso mentón de Jaelle y la miró largo rato bajo la vacilante luz de las llamas antes de decir—: Debes irte ahora, querida, y quedarte con las otras mujeres. No puedes ayudarme, y debes permitir que lo hagan las que pueden. Ve, mi amor, trata de dormir un poco.

Llorando, Jaelle dejó que Gwennis se la llevara a la oscuridad, más allá del fuego del campamento. Durante largo rato, Rohana oyó que la niña lloraba suavemente, después calló y Rohana confió en que se hubiera quedado dormida. La noche transcurría lentamente. Rohana permaneció junto a Melora, sosteniéndole las manos, pasándole de tanto en tanto una esponja húmeda por el rostro sudoroso. Melora estaba calmada y paciente, haciendo lo que se le decía, tratando de descansar entre las contracciones; de tanto en tanto hablaba un poco, y al cabo de un rato, Rohana, con un estremecimiento, supo que Melora había perdido conciencia de dónde estaba y de lo que ocurría. Hablaba con su propia madre, muerta hacía muchos años; una vez se incorporó con un chillido, gritando maldiciones en la lengua de las Ciudades Secas; una y otra vez lloró, rogándoles que no volvieran a encadenarla o exclamando una y otra vez «¡Mis manos! ¡Mis manos!», y sus dedos pasaban y repasaban las largas cicatrices dentadas de sus muñecas. Rohana escuchaba, susurraba cosas para calmarla, intentando quebrar los murmullos del delirio... *Si Melora supiera que está aquí y libre, aquí conmigo...* Intentó, con toda su pericia telepática, llegar a la mente de su prima, pero todo lo que percibió fue horror y miedo acumulados.

Bendita Cassilda, Madre de los Dominios... por piedad de Avarra... cuánto debe de haber soportado, qué horrores debe de haber conocido... Ninguna de las otras mujeres dormía, aunque Kindra les había ordenado que se fueran a la cama; Rohana podía sentir, como una tangible vibración del aire, la conciencia y la preocupación de todas. *En momentos como éste, es una maldición leer los pensamientos de los otros...*

Una vez, mientras Melora dormía durante un momento, los ojos de Rima se cruzaron con los de Rohana por encima del cuerpo que se debatía, y sacudió brevemente la cabeza. Rohana cerró los ojos un instante. *¡Todavía no! ¡No abandones todavía la esperanza!*

—Creo —opinó Rima con pena—, que no le queda fuerza para liberarse del niño. Sólo podemos esperar.

Rohana supo, súbitamente, que si se quedaba allí un segundo más estallarían en gritos histéricos y en sollozos.

—Volveré en un minuto —dijo y se incorporó, alejándose en dirección a la rústica letrina que las Amazonas habían cavado. Se recostó contra la áspera roca, cubriéndose el rostro y debatiéndose para no gritar ni vomitar. Al cabo de un momento, más controlada, fue hasta el fuego, donde habían dejado una marmita con

la bebida caliente de grano fermentado que las Amazonas usaban en lugar del té de corteza o *jaco*. Se sirvió una taza y sorbió un poco, luchando por controlarse. Kindra, alta y casi invisible en la oscuridad, se detuvo y le puso una mano en el hombro.

—¿Mal, señora?

—Muy mal. —Durante un momento, Rohana sintió que la amarga infusión la ahogaría—. Ella... ella no es una mujer que haya tenido partos fáciles; y aquí, sin ayuda especializada, después de tantos sufrimientos... después de este duro viaje... sin cuidados ni comodidades...

El suspiro de Kindra pareció surgir de las profundidades de su ser.

—Lo siento, lo siento verdaderamente. Es cruel que haya sufrido tanto por lograr la libertad, y que no viva para disfrutar de ella, después de tanta valentía. Debe empeorar su sufrimiento el hecho de saber que, si su hijo nace con vida, no habrá nadie que lo alimente ni cuide de él.

Rohana experimentó un resentimiento que no conocía, un resentimiento incontrolado contra estas mujeres que habían elegido ahorrarse los dolores de la femineidad. Tuvo que hacer un esfuerzo para no arrojar el hirviente contenido de su taza a la otra mujer.

—¡Tú! —dijo amargamente—. ¿Qué sabes *tú* de lo que es temer por un niño?

—Bien, tanto como tú, señora —dijo Kindra—. Tuve cuatro hijos antes de los veinte años. Fui entregada en matrimonio muy joven, y mi primer niño murió antes de que diera a luz; las comadronas dijeron que no debía tener otro, pero mi esposo estaba ansioso por un heredero. La segunda y la tercera vez fueron niñas, y él me maldijo. Estuve muy cerca de la muerte con mi cuarto hijo, el parto se prolongó durante tres días, pero esta vez, en vez de maldecirme, cuando él vio a nuestro hijo, me llenó de regalos y de joyas. Y entonces supe que el destino de una mujer en nuestro mundo era una maldición. Yo no tenía ningún valor; las hijas que le había dado con riesgo de mi vida no tenían ningún valor, yo no era más que un instrumento destinado a darle hijos. Y así, cuando pude caminar otra vez, dejé a mis niños durmiendo, una noche, me corté el pelo y me fui sola hasta el Gremio de las Amazonas Libres, y allí empezó mi vida.

Rohana la miró horrorizada. No se le ocurría nada que pudiera decir. Finalmente tartamudeó:

—Pero... pero todos los hombres no son así, Kindra.

—¿No? —preguntó Kindra—. Me alegra que no te haya ocurrido eso, señora, pero eso es tan sólo suerte y buena fortuna.

Echó un vistazo al cielo que enrojecía y ordenó silencio con un gesto para escuchar los ruidos. En los últimos minutos habían cambiado de largos y pacientes suspiros a ásperos jadeos y roncros gruñidos de esfuerzo.

—Ve con ella, señora —dijo Kindra rápidamente—. No puede faltar mucho ahora.

Había ya suficiente luz en el cielo como para que Rohana, al arrodillarse junto a

Melora, pudiera ver el rostro de su parienta, tenso e hinchado, mientras luchaba, jadeante, por respirar.

—Rohana... Rohana... prométeme...

Rima dijo, imperativamente:

—No hables, querida, presta atención ahora. Respira hondo y contén la respiración. Vamos, querida; eso es, respira otra vez. Ahora, empuja... vamos, fuerte, empuja...

Rohana permitió que Melora le tomara las manos, que se aferrara a ellas con fuerza agónica a medida que el inexorable proceso del parto se apoderaba de su cuerpo, desgarrándola en espasmos. Rima dijo, con la cantinela que Rohana suponía que era común a todas las comadronas:

—Vamos, ahora, preciosa, así, buena chica, otro empujón, fuerte ahora. Eso es, muy buena chica, vamos, sólo un poquito más...

Rohana sintió que las uñas de Melora se le clavaban en la mano, el contacto la estremeció de dolor. Abierta a su prima, sintió el dolor desgarrador en su propio cuerpo, jadeó bajo su peso. *Demasiado, demasiado... peor que cuando nació Kiryl...* Sintió el grito ahogado que Melora reprimía. Pensó sombríamente: *Gabriel permaneció conmigo, ahora sé lo que sintió... ahora sé que sintió todo lo que yo estaba soportando. Nunca lo supe... demasiado, demasiado...*

Sintió que el dolor se retiraba, que Melora se relajaba durante un momento.

—Vamos, ahora —animó Rima con autoridad—, respira hondo, prepárate para el siguiente, unos pocos más como ése y todo terminará.

Pero Melora la ignoró, aferrándose a la mano de Rohana. Jadeó.

—Rohana, prométeme... promete que... si muero... cuidarás a mis hijos. Mi bebé, toma a mi bebé.

Jadeó y arqueó el cuerpo ante el embate del dolor feroz, desgarrador. Rohana no podía hablar; buscó una vez más contacto con Melora, directamente con su mente.

Lo juro, querida, por la Bendita Cassilda y el Señor de la Luz... Serán como mis propios hijos, y que los Dioses me castiguen si hago alguna diferencia entre ellos y los niños nacidos de mi cuerpo...

—Gracias... yo sabía... —susurró Melora, y volvió a desmayarse.

Por sobre su cabeza, oscura de sudor, Rima la miró, y Rohana buscó los ojos de Kindra.

—Mejor que busque a Jaelle ahora —dijo Kindra con suavidad.

Rohana, indignada, alzó los ojos; miró el cuerpo hinchado e inconsciente, la sangre que caía, sintiendo que esa desgarradora agonía volvía a invadir a Melora, y ella misma se estremeció ante el aterrador ataque contra el cuerpo y la mente.

—¿Cómo se te ocurre? ¿Acaso es éste lugar apropiado para una niña...?

—Es su derecho, señora —dijo Kindra suave pero inexorablemente—. ¿A ti te gustaría dormir mientras tu madre se muere? ¿O todavía te estás mintiendo a ti misma, Lady Rohana?

No esperó respuesta. Rohana, arrodillada, dejando que Melora se aferrara a sus manos en agonía, indiferente a las uñas que se le clavaban hasta hacerla sangrar, volvió a sentirse traspasada por ese momento de terror que había sentido similar a instantes culminantes de sus propios partos... *Rota, desganada, partida en dos, hecha pedazos... agonizando...* Rohana luchó por mantenerse separada del terror de Melora, por dar a su pariente un poco de fuerza, algo a qué aferrarse fuera de su propio temor y agonía. Sostuvo a Melora, susurrando palabras de afecto:

—Estamos contigo, querida, estamos aquí, nos ocuparemos de ti... —Pero no sabía qué estaba diciendo.

Por primera y última vez, Melora emitió un gran chillido, un prolongado y terrible aullido de angustia y miedo; y entonces, justo cuando el sol salía, hubo otro sonido en el silencio terrible: un sonido extraño, agudo, estridente, el berrido de un niño recién nacido.

—Gracias a Evanda —dijo Rima, levantando al niño desnudo y ensangrentado por los pies—. Escuchen lo fuerte que es. Ni siquiera tuve que pegarle para que llorara...

—Dámelo —dijo Melora casi inaudiblemente, y extendió los brazos, con el rostro cambiado. *El eterno milagro*, pensó Rohana. Siempre, por terrible y duro que fuera el nacimiento, se producía este momento de gozo, cuando el rostro cambiaba, iluminado y resplandeciente. *Melora parece tan feliz, tan feliz, ¿cómo es posible?*, se preguntó Rohana, sin recordar su propia felicidad. Rima envolvió al bebé en una toalla limpia que había tenido preparada, y lo puso sobre el flácido vientre de Melora.

—Andará bien —dijo sumariamente.

—El hijo de Jalak —susurró Melora, y su sonrisa gozosa se desvaneció—. ¿Qué será de él, pobre desgraciado?

—Señora... —dijo bruscamente Rima.

Melora extendió los brazos.

—Jaelle... —dijo—... Jaelle, ven aquí y bésame... Oh Jaelle...

Rima soltó un grito de consternación; la sangre brotó en bocanadas y Melora suspiró y cayó hacia atrás, con el rostro pálido y exánime. Y no hubo en el amanecer otro sonido más que el llanto de los huérfanos hijos de Melora.

—¿De veras criarás al hijo de Jalak, Lady Rohana? —preguntó Kindra.

El sol estaba alto sobre el campamento. Jaelle había llorado hasta el agotamiento y yacía sobre la arena entre ellas, laxa, como un animalito exhausto. Rohana estaba medio sentada, medio recostada contra una pila de alforjas. Había envuelto al niño desnudo y lo llevaba dentro de su túnica, contra su pecho, donde el niño se movía, vivaz y buscando el alimento que todavía no sabía que le sería negado. Rohana palmeó tiernamente el bulto cálido.

—¿Qué otra cosa puedo hacer, Kindra? Juré a Melora que sus hijos serían para mí

como los míos propios en todos los aspectos.

—Es un varón de la sangre de Jalak —dijo Kindra ferozmente—; ¿acaso tus parientes y la sangre de tu hermano adoptivo no piden venganza, y no que lo cuides? ¿No hay acaso una guerra de sangre y una vida entre tú y el hijo de Jalak, señora? —Desenvainó el cuchillo y lo entregó a Rohana, la empuñadura hacia delante—. Le costó la vida a Melora, que nunca alcanzó su libertad, arduamente ganada; y es el hijo de Jalak. Venga a tus parientes, señora.

Estremecida, descompuesta de horror, Rohana supo que Kindra sólo decía la verdad. Los hombres de los Dominios de Ardais y de Aillard se hubieran hecho eco de sus palabras: el hijo de Jalak debe pagar por los crímenes de Jalak.

Sintió que el niño se movía contra su cuerpo, fuerte y cálido. *El hijo de Melora, y yo lo tomé de su cuerpo muerto.* Miró a Jaelle, que estaba acurrucada junto a ellas, con los ojos cerrados como negación. *Ella también es hija de Jalak. ¿También debe pagar?*

—Rohana —dijo gravemente Kindra—, él morirá, hagas lo que hagas. No hay nadie que lo amamante, ni alimento, ni cuidados apropiados. No rompas tu corazón por él, déjalo allí, junto a su madre.

Lentamente, Rohana sacudió la cabeza. Devolvió el cuchillo, mirando a los ojos de la Amazona.

—Las guerras de sangre y las venganzas son para los hombres, Kindra. Estoy contenta de ser mujer y no estar atada a una ley tan cruel. Que la vida de este niño, no su muerte, compense la muerte de mi hermano adoptivo; Ardais perdió un hijo con Valentine, de modo que este niño se llamará Valentine. —Posó las manos, como en un ritual, sobre el pequeño cuerpo movedizo—. Y será hijo adoptivo de Ardais, en lugar del que murió a manos de Jalak.

Kindra puso el cuchillo a un lado, alzó el rostro donde se insinuaba una sombría sonrisa.

—Bien dicho, señora. Sin duda, una Amazona hubiera dicho lo mismo, pero no tenía idea de que fueses tan libre como para dejar de lado las leyes de tu propio clan y de tu propia casta.

—Espero ser siempre lo bastante libre como para ignorar leyes tan crueles —dijo Rohana con violencia—. ¡Puede que él muera, como dices, pero no será por mi mano, y espero poder salvarlo!

Kindra asintió.

—Que así sea. Hablaré con Rima. Ella ha criado antes niños sin madre. También nuestras mujeres mueren a veces en el parto, y Rima conoce todos los secretos de la Casa del Gremio de Arilinn. —Se incorporó diciendo—: Hay otro retoño de Melora que necesita tu cuidado; ocúpate de ella, señora.

Se alejó para reunirse con las otras Amazonas, que enterraban a Melora en la colina, al otro lado del pozo de agua. Rohana se volvió hacia Jaelle y empezó a acariciarle suavemente el pelo.

—Jaelle —instó—, no llores más, querida. Sé que nada puede aliviar tu pena, pero no debes enfermarse con tanto llorar. Juro que siempre seré una madre para ti. Vamos, querida, mírame —rogó—. ¿No quieres ver a tu hermanito? Necesita a alguien que lo ame y lo consuele, ¿sabes? Tú tuviste a tu madre durante doce años, Jaelle; este pobrecito la perdió antes de haberle visto el rostro. No tiene a nadie más que a su hermana, ¿no vendrás a ayudarme a consolarlo?

Jaelle se desprendió de ella, apartándose con un violento estremecimiento de asco, mientras sus sollozos volvían a hacerse frenéticos. Rohana, desesperada, la soltó. Jaelle no había hablado desde la muerte de Melora; Rohana temía que durante los últimos momentos de la vida de Melora, plenos de terror y espanto, en el temor de la muerte, la mente de la niña se hubiera abierto violentamente a la pavorosa comunicación telepática, que su don latente hubiera despertado en ese infernal instante de conmoción y agonía.

Nadie podría culpar a Melora por haber buscado contacto, de la única manera en que todavía podía, con su amada hija. ¿Pero qué le había sucedido a Jaelle?

Como si percibiera la desesperada inquietud de Rohana, el bebé empezó a agitarse y a enojarse una vez más dentro de su túnica. Le acarició, pensando en las largas leguas que se extendían todavía entre ellos y Carthon, donde al menos podría hallar una nodriza para el niño.

Para él era una simple cuestión de supervivencia: si se le cuidaba y se le alimentaba, sobreviviría. ¿Pero qué ocurriría con Jaelle? No moriría, pero ¿qué consecuencias produciría el reciente shock en ella? Sólo el tiempo lo diría.

Tal vez las Amazonas puedan hacer por ella más que yo. En su mente, yo formo parte de aquel momento de terror y muerte. Pero tal vez ellas puedan consolar y ayudar a Jaelle.

Debía dejarla con ellas, al menos hasta que Jaelle se calmara y recobrar el sentido. Después —y Rohana miró ansiosamente el pelo suave y enmarañado de Jaelle, pero sin atreverse a tocarlo— sólo el tiempo juzgaría su decisión.

Doce días más tarde, Rohana miró hacia abajo desde la cima del paso que conducía al valle de Thendara.

—Jaelle —llamó, volviéndose—, ¡ven aquí y mira la ciudad de tus antepasados!

Obedientemente, la niña se adelantó para mirar la antigua ciudad que se extendía por el valle a sus pies.

—¿Es ésta la ciudad del Comyn? Nunca he visto una ciudad tan grande; Shainsa no es ni la mitad de grande. —Miró hacia abajo con fascinación y, aparentemente, con temor, observando los grandes edificios, con el castillo Comyn más a lo lejos—. Dime, parienta, ¿es cierto que los Comyn descienden de los Dioses? Mi... He oído decirlo, y he oído... he oído a alguien que lo negaba. ¿Cuál es la verdad?

¡Con qué habilidad evita tanto el nombre de su madre como el de su padre! En doce días no ha hablado de ninguno de los dos.

—Sólo puedo decirte lo que yo misma he oído —dijo Rohana—. Según la historia, Hastur, hijo de Aldones, Señor de la Luz, llegó a nuestro mundo en Hali; cortejó y conquistó a Cassilda, hija de Robardin, madre de los Dominios, y así todos aquellos que tienen sangre Hastur son familia de los Dioses. Si eso es cierto, o sólo una bella fábula, sé lo mismo que tú; pero esto sí es cierto, más allá de cualquier cuestión: todos los que tienen sangre Hastur, todos sus parientes de los Siete Dominios, tienen los poderes del *laran*, los dones psi que los distinguen de todos los otros hombres nacidos en este mundo.

—Entonces, ¿todos los del Comyn tienen sangre Hastur?

—En un principio, sí, aunque en los grandes días de las Torres fueron separados en las siete familias que ahora llamamos los Dominios. Todos son de la estirpe de Hastur y Cassilda. Pero es seguro que ninguno de nosotros es un Dios ni nada semejante, mi niña.

Ojalá lo fuéramos. Sabría mejor qué hacer contigo, pequeña. Rohana suspiró, tocando el cálido bulto en el que dormía el bebé de Melora, puesto dentro de su túnica para darle calor; en estas cumbres hacía frío incluso en el verano. Jaelle ya no era abiertamente hostil con Rohana, pero tampoco había recurrido a ella en busca de consuelo. Tampoco había deseado tocar a su hermanito, y ni siquiera mirarlo.

Cada una de las Amazonas —incluso las dos mujeres neutralizadas, Leanne y Camilla— habían compartido la carga del niño recién nacido en aquellos penosos primeros días, antes de llegar a Carthon y hallar una nodriza para él. Todas ellas habían prescindido de parte de su azúcar para prepararle la papilla y, sabiendo que Rohana estaba exhausta y agobiada por la pena, habían tomado turnos para llevarlo y para tratar de apaciguar su voluntarioso llanto. Sólo Jaelle había ignorado inexorablemente a su hermano; y se había negado a tenerlo en brazos y a mirarlo, a pesar de que Kindra, a quien la niña adoraba, se lo había sugerido repetidamente.

Como si sus pensamientos le hubieran llegado, Valentine empezó a agitarse y a

quejarse, y Rohana hizo una seña a la nodriza de Carthon; ésta se adelantó, tomó al niño de brazos de Rohana y, abriendo su vestido, puso el niño al pecho. Era, pensó Rohana, una mujer singularmente estúpida —*yo no le permitiría criar ni siquiera a un cachorro, por no hablar de un niño*—, pero Valentine crecía con su leche, y por ahora eso era todo lo que importaba.

¿Debe permitirse acaso que alguna mujer viva siendo tan ignorante que es tan sólo un animal lechero? Las Amazonas Libres la despreciaban abiertamente, y con ese orgullo típico de los estúpidos a ultranza, la nodriza las trataba también con menosprecio. Rohana —que compartía el desprecio por la mujer, pero que necesitaba sus servicios— trataba de mediar para conseguir una paz inestable.

Rohana estiró la espalda (la bolsa en la que llevaba al bebé durante el día le daba calambres en los hombros) y trató de prever el inmediato porvenir. Había jurado a Melora que criaría a los hijos como si fueran propios. Su esposo no pondría objeciones; a menudo había dicho que le gustaría tener más niños y lamentaba que Rohana sólo le hubiera dado tres. Pero ahora era Rohana quien reaccionaba, tras la primera alegría por haber salvado la vida del hijo de Melora. *¿Qué me he echado encima? Mi hijo mayor es casi adulto, mi hija ya tiene cinco años y, como dos de nuestros hijos son varones, Gabriel accedió a no tener más. Y ahora, cuando ya creía haber terminado con eso, ¡otra vez tengo que enfrentar todas las preocupaciones y problemas que implica la crianza de un pequeñín! Sin duda Gabriel volverá a hablar de tener otro niño para que éste no se críe solo.*

¿Soy solamente un instrumento para darle hijos?, pensó, y se horrorizó de sí misma. Rápidamente desvió sus pensamientos hacia otro lado: *¿Qué lugar puede haber en los Dominios para el hijo de un hombre de la Ciudad Seca? Y Jaelle, tan fría y reservada, ¿me aceptará alguna vez?*

Era demasiado esperar que ella encontrara consuelo en el niño. Yo misma soy una madre, ése fue el mayor consuelo para mí, que quedara algo de Melora... pero Jaelle es una niña. Ella sólo ve que el pobrecito Val le ha robado a su madre...

Kindra acercó su caballo al de Rohana.

—Señora —dijo—, ¿es allá donde los terranos están construyendo su espaciopuerto? ¿Qué quieren aquí esos hombres de otro mundo?

—No lo sé.

Rohana observó la gran grieta color tierra; más allá de la ciudad de Thendara, donde aparentemente varios kilómetros del valle habían sido roturados por las enormes máquinas, y el terreno había sido nivelado hasta lograr una planicie antinatural y pavorosa. Parte del área había sido pavimentada, y los edificios brotaban con formas extrañas y desconocidas.

—He oído decir que nuestro mundo se encuentra en un punto de cruce de sus rutas estelares; aparentemente, ellos tienen tantas caravanas entre los mundos como nosotros entre las ciudades del País de los Lagos. No sé qué es lo que comercian, nadie se ha molestado en decírmelo, aunque creo que Gabriel lo sabe. —Imaginó que

Kindra le lanzaba una mirada de desdén. *¿Por qué debería estar satisfecha en la ignorancia? ¡Oh, malditas sean estas Amazonas! ¡Están haciendo que lo cuestione todo: a mí misma, a Gabriel, mi vida!*

Su voz se tornó áspera y temblorosa.

—Esta gente, que se llama a sí misma el Imperio Terrano, llegó primero a Caer Donn, cerca de Aldaran, e inició la construcción de un espaciopuerto. Pequeño; no podían construir uno tan grande en medio de esas montañas, y trataron con los aldaranes. Hastur les ofreció un lugar aquí para que construyeran su espaciopuerto en un clima que les agradaría más (he oído decir que nuestro mundo les resulta frío), y de ese modo podemos vigilar lo que hacen; pero, por supuesto, no tenemos nada que ver con ellos.

—¿Por qué no? —preguntó Kindra—. Me parece que una especie que puede viajar de una estrella a otra con tanta facilidad como yo entre este sitio y Nevarsin, tendría mucho que enseñarnos.

—No lo sé —dijo Rohana rígidamente—; así lo ha dispuesto Hastur.

—Qué afortunados son los hombres de los Dominios, que tienen un hijo de Hastur para que los instruya —dijo Kindra, mientras alzaba sus cejas grises—. Una mujer estúpida como yo hubiera creído que una especie que puede establecer caravanas comerciales entre las estrellas, podría superar incluso la sabiduría de un Hastur.

Rohana se sintió irritada por el sarcasmo, pero también demasiado en deuda con Kindra para manifestar su irritación.

—He oído que lo explican así: Hastur cree que en el modo de vida de los terranos hay muchas cosas que podrían ser una amenaza más seria de lo que creemos. Para empezar, han arrendado el espaciopuerto por quinientos años, de modo que tenemos mucho tiempo para elegir qué es lo que queremos aprender de ellos.

—Ya veo —dijo Kindra, reflexionando, observando la enorme grieta en el horizonte, donde se deslizaban extrañas máquinas y donde crecían formas desconocidas contra el cielo.

También Rohana quedó en silencio. A medida que recorrían el último kilómetro, tuvo la asombrosa impresión de cambiar de mundo. Durante casi cuarenta días había vivido en un mundo tan ajeno al que consideraba propio como el mundo de los terranos allá abajo; después, se había habituado a él, y ahora debía volver a cambiar de mundo, disponerse a retornar al suyo.

Al principio, el mundo en el que vivían las Amazonas le había parecido duro e incómodo, extraño y solitario. Después, había advertido que la mayor parte de lo que percibía como ajeno no tenía nada que ver con la carencia de comodidad física. Era algo diferente. Era fácil acostumbrarse a largas horas de cabalgata, a ropas feas y poco familiares, a bañarse en un arroyo o en un río, a dormir en tiendas o bajo el cielo.

Pero no era nada fácil abandonar el respaldo familiar o las protecciones

conocidas, las maneras de pensar habituales. Hasta el momento de emprender este viaje, no había advertido hasta qué punto todas sus decisiones, incluso las pequeñas decisiones personales, habían estado a cargo de su padre y hermanos o, desde su matrimonio, de su esposo. Incluso minucias tales como *¿me pongo un vestido azul o uno verde?*, *¿sirvo pescado o aves esta noche para la cena?*, habían sido decididas menos por sus propios gustos y preferencias que por los deseos de Gabriel. No se había dado cuenta, hasta que no tuvo a su cargo a Jaelle y el recién nacido Val, cuánto de lo que les había dicho a los niños o de lo que había hecho por ellos había estado basado, abiertamente o no, en lo que Gabriel pudiera pensar acerca del trato que daba a sus hijos.

La asaltaba repetidamente una idea extraña, penosa, casi traidora: *Ahora que sé tomar mis propias decisiones, ¿volveré a estar satisfecha cuando Gabriel decida por mí?*

O, si retrocedo, ¿será solamente porque es mucho más fácil hacer exactamente lo que se espera de una mujer de mi casta?

Para entonces ya habían transpuesto los grandes portales de la ciudad, y la gente se apiñaba para observar el espectáculo de una dama del Comyn en compañía de una banda de Amazonas. Dentro de la ciudad, Kindra envió a la mayoría de las Amazonas a la Casa del Gremio en Thendara. Acompañada solamente por Kindra, la nodriza con el bebé y Jaelle, Rohana se dirigió hacia el castillo Comyn.

En la suite que había pertenecido al clan Ardais por incontables años, Rohana convocó al escaso plantel de criados que permanecía allí durante todo el año —la mayoría de los servidores volvían al castillo Ardais con sus amos cuando terminaba la temporada de sesiones del Concejo— y ordenó que prepararan habitaciones confortables para la nodriza y el bebé, que Kindra fuera tratada y honrada como huésped, y que Jaelle, a quien presentó como su hija adoptiva sin entrar en mayores detalles, ocupara un cuarto próximo al suyo y que se le suministraran ropas adecuadas.

Después despachó un mensaje a la Princesa Consorte en el que le anunciaba su retorno, y llamó a su propia criada personal, preparándose para lo inevitable: la conmoción de la mujer ante su pelo rapado, sus ropas completamente inadecuadas, el estado de sus manos y su tez, ásperas por la vida al aire libre.

Será peor todavía cuando regrese a Ardais. ¿Por qué debo estar siempre bella? No soy bailarina, ni cantante lírica. Y hace mucho tiempo que logré un buen matrimonio. ¡Pero algunos pensarán que mi tez y mi pelo fueron un precio muy alto por el rescate de Melora!

Era lo mismo, aunque se rebeló contra las exclamaciones y los regaños que le hizo la mujer por haberse puesto en ese estado, le pareció igualmente bueno tenderse en el agua caliente, aromatizada con bálsamo, suavizar su piel áspera con cremas y lociones curativas, y vestirse otra vez con suaves prendas femeninas.

Cuando estuvo lista, se le comunicó que Lady Jerana las recibiría; y que Lord

Lorill Hastur deseaba recibir también a la líder de las Amazonas Libres. Cuando Rohana transmitió esta orden real —pues, aunque estaba velada por una cortesía exquisita, eso es lo que era—, Kindra sonrió burlonamente.

—Sin duda, desea asegurarse de que no he comprometido a los Dominios en una guerra con las Ciudades Secas.

—Tonterías —dijo con irritación Rohana—. Él también es pariente de Melora, ¡estoy segura de que quiere agradecértelo!

—Bien, señora, sean cuales fueren sus deseos, a mí me corresponde obedecer a Lord Hastur —dijo Kindra—, así que ya veremos.

Cuando trajeron a Jaelle, Rohana quedó sin aliento ante la sorprendente belleza de la niña. Esa belleza había estado oscurecida por el polvo del viaje y las ropas prestadas. Era alta para su edad, su piel era muy pálida, moteada con unas pocas pecas claras; le habían lavado el pelo, que pendía hasta su cintura, del color del cobre nuevo. La habían ataviado con un delicado vestido verde, del mismo color de sus ojos. Verdaderamente, pensó Rohana, era una hija de la cual cualquier familia del Comyn podría estar orgullosa. ¿Pero se darían cuenta? ¿O sólo verían en ella a la hija de Jalak?

Lady Jerana, la Princesa Consorte de Aran Elhalyn (era una Aillard por nacimiento y era prima de Rohana), una mujer lánguida, de pelo claro y con aspecto de malcriada, saludó a Rohana con el abrazo destinado a los parientes, besó fríamente a Jaelle y habló graciosamente a Kindra.

¿Por qué no habría de ser graciosa? Es todo lo que tiene que hacer en la vida, pensó Kindra.

—De modo que ésta es la niña de nuestra querida Melora —dijo Jerana, mirando a la niña de arriba abajo—. Lástima que sea también la hija de Jalak; será difícil arreglar para ella un matrimonio adecuado a ambas cosas. ¿Tiene *laran*?

—No lo sé. No la he hecho probar —dijo Rohana con frialdad—. He tenido otras cosas en qué pensar.

—Un pelo rojo tan brillante —dijo Lorill Hastur— suele indicar un grado extraordinario de poder *psi*; si así fuera, se la podría enviar a una torre, y eso eliminaría la cuestión del matrimonio.

Rohana pensó que en cualquier caso era demasiado pronto para preocuparse por el matrimonio de una huérfana de sólo doce años, que aún no se había recuperado de numerosas conmociones, pero no dijo nada de eso. Sospechó que, de todos modos, Lorill había captado la idea. Era un hombre menudo, de aspecto serio, que tenía más o menos la edad de Rohana; al igual que el de muchos Hastur su llameante pelo ya había empezado a encanecer. Frunció el ceño en dirección a Jaelle y dijo sin ningún tacto:

—Supongo que no hay ninguna duda de que es verdaderamente la hija de Jalak. Si Melora hubiera estado ya embarazada cuando la secuestraron, o si pudiéramos postular eso como lo realmente ocurrido...

Jaelle se mordía el labio; Rohana temía que rompiera a llorar. Dijo fríamente que, desafortunadamente o no, no había ninguna duda acerca de la paternidad de esa niña.

—Supongo que Jalak está muerto.

Kindra dijo que no lo sabían con seguridad.

—Pero no hubo persecución, Lord Hastur, y cuando llegamos a Carthon, ya había rumores de cambio en la Gran Casa de Shainsa.

—Por supuesto, sabes qué es lo que me preocupa —dijo Lorill Hastur—. Tu audaz acción... estoy hablando de ti, Rohana; sé que la Amazona Libre sólo hizo aquello para lo cual la empleaste... tu audacia podría habernos lanzado a una guerra contra las Ciudades Secas.

Los ojos de Kindra se cruzaron con los de Rohana y le hizo una mueca breve, vengativa. Podría haber dicho en voz alta: «Te lo dije.»

—¡Lorill, tú también eres pariente de Melora! ¿Debería haberla dejado morir en la esclavitud, y a su niño en manos de Jalak?

El hombre pareció profundamente perturbado.

—¿Cómo podría decir eso? Yo amaba a Melora; no puedo expresar la pena que me causa el hecho de que no haya vivido lo suficiente para disfrutar de su libertad. Como hombre, y como pariente de ella, ¿qué otra cosa podría decir? Pero la paz de los Dominios está en mis manos. No puedo ir a la guerra para enderezar las equivocaciones de una persona, porque, si no, no soy mejor que un habitante de las Ciudades Secas, con sus interminables tiranías, sus guerras sangrientas y sus venganzas. Debo tratar de hacer lo mejor para todos dentro de estos Dominios, Rohana; tanto para los Comyn como para los ciudadanos comunes. ¿Y qué con respecto a nuestros granjeros y ciudadanos pacíficos que viven en la frontera con las Tierras Secas? ¿Deben vivir sumidos en el temor de sufrir las represalias de los de las Ciudades Secas? Y si las treguas que hemos logrado con tanta dificultad se quebrantan, eso es todo lo que pueden esperar que ocurra.

De repente, Rohana sintió lástima por él. Sólo decía la verdad. Sus sentimientos personales no podían entrar en conflicto con sus deberes para el Concejo. Era el más cercano pariente vivo de Melora; el deber que no había cumplido, por buena que fuera la razón, había sido asumido por mujeres. Eso era algo que un Hastur no digería fácilmente.

—Pariente, eso tiene poca importancia ahora. Lo que importa es la tutoría de los hijos de Melora.

—¿Hijos? —preguntó Jerana—. ¿Tiene otros?

—Un hijo. Ella murió al dar a luz, señora. —Rohana miró a Jaelle con inquietud. Jerana debía haber tenido tacto suficiente para hacer salir a Jaelle antes de discutir su futuro, pero a Rohana no le correspondía sugerirlo.

—Oh, pueden ser criados en alguna parte —dijo Jerana—. Si Melora hubiera vivido, supongo que tendríamos que haber hecho algo por ellos, pero no se puede esperar que nos responsabilicemos por los hijos de un tirano de las Tierras Secas.

Hazlos criar en alguna parte y olvídate de ellos.

Hasta Lorill hizo un gesto de disgusto ante la brutal falta de tacto.

—Juré a Melora antes de que muriera que criaría a sus hijos como si fueran míos —dijo Rohana con firmeza. *Melora conocía a nuestros parientes mejor que yo, parece.*

—Oh, bien. —Jerana se encogió de hombros—. Imagino que sabes lo que haces. Si Gabriel no pone objeciones, decídelo tú.

Rohana advirtió que a Jerana le alegraba terminar con el asunto tan rápidamente.

Lorill Hastur se volvió hacia Kindra.

—¿Has sido tú quien llevó a cabo el rescate, *mestra*?

—Mis mujeres y yo, Lord Hastur.

—Tenemos entonces una enorme deuda —dijo Lorill Hastur, y Rohana advirtió que trataba de suavizar la indiferencia de Jerana—. Hiciste lo que yo y mis parientes debimos haber hecho. ¿Qué recompensa deseas, *mestra*?

—Señor —respondió Kindra con dignidad—, Lady Rohana ha pagado a mis mujeres con generosidad; tú no me debes nada.

—Sin embargo, hay una vida entre nosotros —insistió Lorill.

—No, porque fracasé. Mi deber era devolver a Lady Melora a sus parientes —objetó la Amazona Libre.

Rohana sacudió la cabeza.

—No fracasaste, Kindra; Melora murió libre, y murió feliz. Pero me corresponde a mí y no a ti, Lorill, ofrecerle cualquier otra recompensa que desee.

Kindra los miró a los dos, y fue a situarse junto a Jaelle.

—Bien, ya que me ofrecen un presente —dijo—, esto es lo que pido: quiero criar a Jaelle.

Lorill Hastur dijo, atónito:

—Imposible. ¡Una niña de sangre Comyn no puede ser educada por las Amazonas Libres!

También Rohana se sintió por un momento convulsionada por la petición... ¡Qué presunción! Pero las palabras de Lorill la irritaron tanto como la rudeza de Jerana.

—Hermosas palabras, Lorill. Pero estabas dispuesto a quedarte tranquilamente sentado en Thendara y permitir que Jalak la criara encadenada. —Hizo una seña a Jaelle para que se acercara a ella—. Jaelle, antes de que tu madre muriera, le juré que te cuidaría como si fueras mi propia hija, nacida de mi cuerpo. Sé que ella deseaba que te tuviera en mi casa, que te educara como hija mía. Pero tienes doce años, y si mi propia hija, a los doce años, me dijera «Madre, no quiero vivir contigo, quiero vivir con tal y cual», entonces, si eligiese una madre adoptiva en quien yo pudiera confiar, consideraría cuidadosamente sus deseos. Has escuchado lo que Kindra te ha pedido y... —miró con furioso desafío a Lorill Hastur, por encima de la cabeza de Jaelle— *a mí* me corresponde decidir. Pero ¿no quieres venir conmigo a Ardais y ser *mi* hija? —rogó—. Yo amaba a tu madre, y también seré una madre para ti. Mi hija y

sus amigas serán tus hermanas y compañeras de juegos, y tú serás educada como lo fuimos tu madre y yo, como *Comynara*, tal como corresponde a nuestra casta.

Jaelle, querida, eres todo lo que tengo de Melora...

La dura carita estaba impasible, extrañamente seria.

—¿Y cuando crezca, pariente?

—Entonces, nacimiento o no nacimiento, Jaelle, arreglaré para ti un matrimonio tan bueno como el de mi propia hija... —Y entonces supo, repentinamente, que había perdido. El rostro de Jaelle cobró una fría expresión.

—Sólo quiero vivir —dijo— donde nunca esté sometida a ningún hombre. Si Kindra quiere hacerse cargo de mí... —fue y puso su mano en la de la Amazona Libre—, entonces eso es lo que pido, parienta.

Rohana pensó, casi desesperada: *Es demasiado tarde para tratarla como una niña. Ha visto tanto que ha madurado antes de tiempo.*

Aun así, era una hija del Comyn, y debía tener *laran*.

—Kindra —dijo Rohana gravemente—, no debe ser neutralizada. Prométemelo.

El rostro de Kindra mostró una expresión ultrajada.

—Veo que no has entendido mucho de las Amazonas, señora. No neutralizamos a las mujeres.

—Vi a dos de tu banda... Leanne y Camilla...

—No neutralizamos a nuestras mujeres —repitió implacablemente Kindra—. A veces, alguna mujer se siente tan enloquecida de odio contra su propia femineidad que puede persuadir o sobornar a algún curador para que quiebre la ley; a menudo vienen a nosotras después, y nosotras no podemos rechazarlas: habitualmente, no tienen otro lugar donde ir, pobres almas. Pero las mujeres que llegan a nosotras antes, suelen aprender a respetarse, no a odiarse. No creo que, si ella crece entre nosotras, llegue a odiarse de esa forma.

Pasó sus brazos suavemente alrededor de los hombros de la niña, se volvió hacia Jaelle y le habló directamente, pero no como si le hablara a una niña; le habló como a una igual, y Rohana sintió una emoción extraña que al cabo de un momento, incrédula, identificó como envidia.

—Sabes, Jaelle, que según las leyes de nuestro Gremio todavía no puedes ser aceptada como Amazona; incluso nuestras propias hijas deben esperar hasta alcanzar la edad legal en que cuentan como mujeres, para casarse o para elegir. Cuando tengas quince años, se te permitirá hacer esa elección; hasta entonces, sólo serás mi hija adoptiva.

—Creo —dijo Lady Jerana con hostilidad— que todo este asunto es ultrajante. ¿No puedes detenerlo, Lorill?

Rohana pensó, con una furia que no creía poseer, que ya había sido lo bastante ultrajante el hecho de discutir sobre la niña delante de ella como si fuera sorda, muda, ciega y débil mental. Lorill Hastur pareció hacerse eco de esa misma indignación.

—Rohana tiene derecho a elegir el lugar donde Jaelle será criada, Jerana —

sentenció—; ella te consultó primero, y tú preferiste no ejercer tu privilegio de decidir. Ahora defenderé el derecho de elección de Rohana.

¡Bien por ti, Lorill! Lo miró agradecida, pensando que la dirección del Concejo no sería, seguramente, una tarea muy placentera. El rostro tonto y bonito de Jerana estaba colmado de resentimiento.

—Bien, Rohana, al menos no tendrás que preocuparte por encontrar a alguien que se case con la hija de Jalak; siempre he oído decir que las Amazonas Libres están ansiosas por hallar muchachas bonitas a las que convertir a su antinatural modo de vida, poniéndolas en contra del matrimonio y de la maternidad, haciendo de ellas enemigas de los hombres y amantes de las mujeres. Has sido muy astuta al permitir que Jaelle fuera con ellas...

Pálida de furia, Rohana sintió deseos de abofetear la boca sonriente de Jerana, silenciar sus sucias insinuaciones. Después, al ver que Kindra sonreía, supo que su estancia entre las Amazonas había cambiado algo para siempre.

Volvería a su antigua vida, y al mundo de las mujeres. Tal vez durante el resto de sus días adecuara sus decisiones a los invisibles vientos del capricho de Gabriel.

Pero una cosa nunca volvería a ser igual, y era una diferencia que cambiaba el mundo.

Rohana sabía, ahora, que vivía esa vida por elección, no porque su mente fuera demasiado estrecha como para imaginar otra vida, sino porque, tras haber conocido otra vida y haberla evaluado, había decidido que aquello que su mundo tenía de bueno —su profundo afecto por Gabriel, su amor por sus hijos, la responsabilidad de Ardais, que demandaba la mano de su dueña— superaba lo que en él le resultaba más difícil o duro de aceptar.

Y así, nada que una mujer como Jerana pudiera decir podría volver a herirla o a enfurecerla nunca más. Jerana era simplemente una mujer estúpida, de mente estrecha, poco imaginativa y despreciable: jamás había tenido oportunidad de ser otra cosa. Kindra valía cien veces más que Jerana. *Soy libre. Ella nunca podría serlo*, pensó Rohana.

—Lamento que lo sientas así, Jerana —dijo casi amablemente—, pero a mí me parece una feliz elección para Jaelle; tú no quisiste hacerte cargo de ella y, como no la amas, es mejor así. Yo sería sin duda egoísta si pretendiera tener a Jaelle atada a mis faldas, sólo para consolarme de mi pérdida.

—¿Se la entregas a esa... esa Amazona Libre, vergüenza y escándalo para todas las mujeres?

—Yo la conozco, Jerana, y tú no —respondió serenamente Rohana. Extendió los brazos hacia Jaelle—. Te dije que si mi propia hija hiciera una elección así, yo la escucharía. Entonces, que sea lo que tú quieres.

Abrazó a la niña, y por primera vez la niña la abrazó muy fuerte, besándola en la mejilla mientras sus ojos resplandecían.

—Te entrego a Kindra para que ella te eduque, Jaelle —dijo Rohana—. Te pido

que seas para ella una hija obediente, y que no me olvides.

Después, soltando a Jelle, extendió los brazos hacia la Amazona Libre.

Las manos callosas y tostadas por el sol de la otra mujer se posaron en las suyas, los ojos grises la miraron directamente.

—Señora —dijo la Amazona suavemente—, que la Diosa haga conmigo lo que yo con Jelle.

La mente de Rohana estaba abierta al contacto. Una vez más, por última vez, sintió la inmensa bondad, la solidez de la Amazona; supo que confiaría a Kindra su vida... o cualquier otra vida que le fuera igualmente apreciada. Se sorprendió al sentir que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Pensó: *Casi deseo ir yo también contigo...*

—También yo lo deseo, Rohana —dijo Kindra en voz alta.

No hubo ahora ningún formal «señora»; las dos habían ido ya demasiado lejos. Rohana no pudo hablar, ni siquiera para decir adiós; puso la mano de Jelle en la de Kindra y se alejó.

Lo último que Rohana escuchó, cuando Jelle abandonó la sala de audiencias junto a Kindra, fue la ansiosa pregunta de la niña:

—Madre adoptiva, ¿me cortarás el cabello?

SEGUNDA PARTE

MAGDA LORNE

AGENTE TERRANA

Transcurren doce años entre la primera y la segunda parte

Si en algún lugar de la Galaxia había algún trabajo más ruidoso que el de la construcción de un espaciopuerto, Magda Lorne esperaba no tener que escucharlo nunca.

Además, era un trabajo largo. Al parecer, la construcción de éste se había prolongado durante la mayor parte de la vida de Magda. Ella había nacido en Caer Donn, el primer asiento del Imperio Terrano en Darkover; tenía ocho años en la fecha del traslado del Cuartel General aquí, a Thendara, y desde entonces el espaciopuerto estaba en construcción.

La violencia de la tormenta otoñal había logrado amortiguar, pero no apagar, el rugido de las máquinas constructoras, aunque las montañas que se alzaban detrás de la ciudad habían desaparecido detrás de un velo de blanca nieve, y hasta la vieja ciudad, más allá del Cuartel General, se había tornado invisible. Magda traspuso las pesadas puertas antitormenta y entró en los departamentos de las mujeres solteras, dejando fuera el ruido y la tormenta. El interior era hermético, a prueba de ruidos. Las lámparas eran aquí amarillas, normales en la Tierra. Al menos este edificio estaba terminado, pensó, y era silencioso. Durante todo su breve matrimonio con Peter, habían vivido en los Departamentos para el Personal Casado, que no estaban terminados y que aún no habían sido insonorizados. Y se preguntaba, algunas veces, hasta qué punto la perpetua tensión provocada por el ruido no habría contribuido a la disolución del matrimonio. Se encogió de hombros, descartó la idea y abrió la puerta de su habitación. *Jamás hubiera funcionado, independientemente de cuáles fueran las condiciones. No creo haber estado nunca enamorada de Peter, y estoy absolutamente segura de que él nunca estuvo enamorado de mí. Simplemente, habíamos estado juntos demasiado tiempo,* siguieron sus pensamientos, recorriendo una ruta ya familiar, *no el suficiente, no el suficiente para que nuestros sistemas se liberaran de ello. Cuando eso pasó, advertimos que ninguna otra cosa nos unía.*

Recordando su matrimonio con Peter, sus ideas siguieron la irritante y lisa senda familiar. *¿Dónde está? Nunca ha estado tanto tiempo lejos. Espero que no le haya ocurrido nada.*

Se ordenó gravemente a sí misma no preocuparse. Al igual que ella, Peter Haldane era un graduado de la Universidad del Imperio en Antropología Alienígena; al igual que ella, había sido criado en Cottman IV, planeta al que los nativos llamaban Darkover, y al igual que ella, cuando regresaron al planeta que era y no era su hogar, habían ido directamente a trabajar en Inteligencia del Imperio. El Imperio podía llamar *Inteligencia* al trabajo que hacían, y creer que era espionaje elaborado, pero para Magda, para Peter y para otros como ellos —que no eran muchos aquí, en Darkover— era el mejor entrenamiento para un antropólogo: mezclarse con la gente de ese mundo, llegar a conocerla como jamás llegarían a conocerla otros antropólogos, no criados allí. Evidentemente, Peter se hallaba cumpliendo alguna

misión prolongada en alguna parte. ¡Pero esta vez había sido tan larga!

Y además estaban los sueños...

Magda sabía que debía informar acerca de los sueños. Durante su curso de Psicología Alienígena, le habían probado en busca de potencial *psi*, y sus resultados habían sido muy altos. De todos modos, se resistía a informar oficialmente acerca de sus sueños recurrentes —todos los cuales, sin excepción, le advertían que Peter Haldane estaba en problemas—, como si el hecho de hacerlo pudiera conferirles algún tipo de realidad. *Los sueños son sólo sueños, eso es todo...*

No obstante, cuando terminó de quitarse la pesada capa exterior de ropa, se dirigió al botón del comunicador.

—¿Personal? Aquí Lorne. ¿Eres tú, Bethany? ¿Haldane no se ha comunicado, no ha enviado ningún tipo de mensaje en las últimas veintiocho horas?

—Ni una palabra, Magda —replicó la mujer de la oficina de coordinación—. Lo sabía; todavía sigues prendada de Peter, ¿verdad? Cada veintiocho horas pides noticias de él.

—¡Prendada, demonios! —dijo Magda con irritación—. Por si lo has olvidado, conozco a Peter desde los cinco años; crecimos juntos, y estoy preocupada. —Y es por eso, pensó, cortando la conexión, *que no informo sobre los sueños. Estoy harta y enferma de que todas las aburridas mujeres de aquí pasen el tiempo especulando acerca de cuánto falta para que Peter y yo volvamos a unirnos. ¿Se pondrán tan pesados como para que uno de nosotros tenga que pedir transferencia y abandonar Darkover? ¡Maldición, yo crecí aquí, éste también es mi hogar!*

¿También Peter lo sentirá así? Nunca hablamos de eso. Nunca hablamos mucho de nada, fuera de la cama. Eso fue gran parte del problema...

Todavía estaba irritada cuando se despojó de la vestimenta darkovana que usaba fuera de las puertas del Cuartel General. Llevaba la vestimenta común de una mujer de Thendara: una larga falda de tela pesada, tejida con un dibujo de tartán, una túnica de cuello alto bordado y mangas largas, y sandalias de cuero fino hasta el tobillo. Tenía el pelo oscuro y largo, recogido sobre la nuca y apretado con la hebilla en forma de mariposa que todas las mujeres empleaban en los Dominios. La de Magda era de plata, la de una mujer noble era de cobre, la de una mujer pobre sería tallada en madera o incluso en cuero; pero ninguna mujer casta exponía en público su cuello desnudo.

Colgó sus ropas de Darkover, frotando antes sus pliegues con una aromática mixtura de especias; en la Ciudad Vieja era tan importante oler adecuadamente como tener el aspecto correcto. Se dio una ducha y se puso sus ropas terranas, delgadas calzas carmesí y una túnica con el emblema del Imperio en la manga. Le parecieron heladas, y pensó que no tenía sentido usar delgadas telas sintéticas aquí, y luego elevar la temperatura del edificio hasta que resultaran prácticas. Con eso sólo se lograba que los terranos no se adaptasen al clima.

Es lo mismo que las luces amarillas, normales en la Tierra, en todos los sitios del

Cuartel General; con eso sólo se logra que nadie se adapte al sol rojo. Lo sé, es la política del Imperio en todas partes y, ya que es probable que el personal del espaciopuerto sea transferido al otro lado de la Galaxia con pocos días de preaviso, por supuesto que tiene sentido mantener un conjunto de condiciones estables.

Pero es duro para aquellos de entre nosotros que realmente vivimos aquí...

Estaba tratando de decidir si se haría enviar comida a su habitación o si iría a la cafetería para comer acompañada, cuando volvieron a llamarla por el comunicador.

—Aquí Lorne —dijo, de mal humor—. Estoy fuera de servicio, ya sabéis.

—Lo sé... aquí, Montray. Magda, tú eres experta en lenguas de Darkover, ¿verdad? ¿No hay una inflexión especial para dirigirse a la nobleza, y un modo femenino?

—Ambas cosas. ¿Quieres una conferencia encapsulada o una referencia bibliotecológica? Mi padre compiló el texto estándar, y yo estoy trabajando en una revisión.

—Ninguna de las dos cosas. Quiero que traduzcas —dijo el coordinador—. Eres la única mujer experta residente, y temo ofender mortalmente a la dama con algún giro idiomático impropio. He oído hablar de los diversos géneros tabú, pero no sé casi nada de ellos, y eso es un hecho.

—¿La dama? —La curiosidad impulsó a Magda: rara vez se veían mujeres nobles en las calles de Thendara.

—Una dama del Comyn.

—Buen Dios —exclamó Magda. Pocas veces había visto a algún miembro de esa casta real y distante; hasta los hombres del Comyn, si es que sentían alguna necesidad de hablar con uno de los representantes del Imperio, cosa que no ocurría a menudo, vacilaban en convocarlos a Thendara—. ¿Una de las mujeres del Comyn te ha mandado llamar?

—¡Nada de mandarme llamar! La dama está en mi despacho en este momento —contestó Montray, y Magda pestañeó.

—Estaré allí en tres minutos —dijo. Sus tareas normales no incluían trabajar como traductora, pero entendía que Montray no deseara emplear al personal regular.

Esto no tenía ningún precedente; una mujer del Comyn en el despacho de Montray...

Magda se puso su ropa de exterior. Se había quitado la hebilla en forma de mariposa; empezó a recoger su largo pelo sobre la cabeza. Ciertamente los darkovanos sabían que los terranos iban a la Ciudad Vieja con ropas darkovanas, del mismo modo que los terranos sabían que un considerable número de darkovanos que trabajaban en la construcción del espaciopuerto recibía dinero por pasar información acerca de los extraños a las autoridades de Darkover. Pero ninguna de ambas partes lo reconocía oficialmente. Para Magda era importante parecer simplemente una traductora terrana. Pero la nuca desnuda le picaba.

Debo actuar como si no supiera nada acerca de cuál es el grado de exposición y

desnudez adecuado para una mujer en Darkover. Pero se sentía desnuda e inmodesta; soltó su trenza y la dejó pender libremente sobre la espalda.

El ruido había descendido ahora hasta el nivel de un rumor nocturno; sus pies, calzados con zapatos ligeros, resbalaban sobre las aceras cubiertas de aguanieve. Le gustó entrar en el edificio del Cuartel General Temporal, donde el Coordinador Temporal Russ Montray —todavía Darkover no era suficientemente importante en el Imperio para que se le asignara un Legado para las relaciones con los residentes nativos— la recibió en el despacho exterior.

—Me alegro de que hagas esto por mí, Magda. No les hará daño saber que contamos con algunas personas capaces de hablar su lengua realmente como es debido.

Era un hombre regordete, casi calvo, de unos cuarenta años, que solía parecer preocupado; aun en su despacho, con calefacción central, con el termostato puesto al máximo, siempre parecía tener —y tenía— frío.

—Llevé a la dama a mi despacho interior —dijo, y abrió la puerta para Magda.

En un *cahuenga* (la lengua franca de la Ciudad Comercial) pobre y vacilante dijo:

—Lady Ardais, le presento a mi asistente, Magdalen Lorne, que hablará con usted con mayor facilidad que yo. —Y a Magda—: Dile que su visita nos honra, y pregúntale qué podemos hacer por ella. Debe de querer algo, pues, si no, nos habría hecho llamar en vez de venir aquí.

Magda le lanzó una mirada de advertencia; adivinó, por el destello de inteligencia de los ojos de la dama, que comprendía terrano estándar, o era una de las ocasionales telépatas que, según se rumoreaba, se podía hallar en Darkover.

—*Domna* —empezó—, nos honras con tu gracia. ¿Cómo podemos servirte?

La mujer alzó los ojos, buscando los de Magda; ésta, que había pasado su vida en Darkover y conocía los matices, pensó: *Esta mujer es de las montañas; las de las tierras bajas son más tímidas con los extraños*. Tal como lo exigía la costumbre para los miembros del Comyn, había traído un guardaespaldas —un hombre alto y uniformado con los colores verde y negro de la Guardia de la Ciudad— y una acompañante, pero ésta no les prestaba ninguna atención.

—Soy Rohana Ardais —dijo suavemente—. Mi esposo es Gabriel-Dyan, Guardián de Ardais. Hablas bien nuestra lengua, hija mía; ¿puedo preguntarte dónde la aprendiste?

—Pasé mi infancia en Caer Donn, señora, donde los ciudadanos se mezclaban con los terranos más de lo que se acostumbra aquí; todos mis compañeros de juegos fueron niños de Darkover.

—Ah, eso explica por qué hablas con el acento de los Hellers —comentó Rohana.

Magda, estudiándola con los ojos del observador entrenado, vio a una mujer pequeña y menuda, mucho más baja que ella. Era difícil calcular su edad, pues en su rostro no había arrugas deladoras, pero no era joven; el pesado cabello cobrizo, recogido sobre la nuca y retenido por una cara hebilla con forma de mariposa de

cobre y engastada con gemas verdes, estaba literalmente veteado de gris. Estaba bien vestida y abrigada, con un pesado vestido de gruesa lana verde, tejida y teñida, y elaboradamente bordada. Se mantenía erguida con gran dignidad, pero sus manos, entrelazadas en el regazo, se retorcían nerviosamente.

—He venido aquí, en contra de la voluntad de mis parientes, para pedir un servicio a los terranos. Tal vez sea una tontería, una tonta esperanza... —Vaciló, y Magda le dijo que sería un honor servir en algo a Lady Ardais—. Se trata de mi hijo —dijo Rohana—: ha desaparecido. Tememos algún juego sucio. Después, un trabajador empleado aquí, en la construcción de estos grandes edificios (por cierto que no es un secreto que muchos de ellos reciben dinero por decirnos todo lo que deseamos saber acerca de tu gente), uno de esos trabajadores, que conoce un poco a mi hijo, nos informó que había sido visto aquí, trabajando. Esto ocurrió hace algunos meses, pero finalmente nos pareció que valía la pena investigar cualquier rumor...

Sobresaltada, Magda tradujo las palabras de Rohana al coordinador.

—Es verdad que empleamos a muchos darkovanos. Pero... ¿tu hijo, señora? La mayoría de los que empleamos sirven como trabajadores comunes, manejando las máquinas, haciendo la carpintería de los edificios...

—Nuestro hijo es joven, y está hambriento de aventuras, como todos los de su edad —explicó Rohana—. A él, sin duda, le parecería una gran aventura mezclarse con hombres de otro mundo. No vacilaría en trabajar como albañil o pavimentador para lograrlo. Y, como digo, fue reconocido aquí. —Entregó a Montray un pequeño paquete envuelto en seda; él lo desenvolvió lentamente, mirando a Magda mientras ésta traducía las palabras de Rohana—. He traído un retrato de mi hijo, tal vez puedan preguntar por él a los responsables de los grupos de trabajo de nuestra gente, y saber cuándo fue empleado aquí por última vez.

Dentro del envoltorio de seda había una cajita de cobre; Montray la abrió y encontró un retrato en miniatura. Sus cejas se alzaron cuando lo miró.

—Mira esto, Magda.

Se lo entregó, y ella vio un detallado retrato pintado de Peter Haldane.

—Por sus expresiones, advierto que los dos reconocen a mi hijo —dijo Lady Rohana.

La primera idea de Magda fue: *¡Esto es imposible, demencial!* Después, la cordura la rescató. *Un parecido casual, nada más. Una coincidencia fantástica.*

Montray estaba en el comunicador.

—Quiero un dossier de personal y fotografías de Peter Haldane, Bethany. Magda —le dio la espalda—, puedes explicárselo.

Magda lo intentó. Veía algunas gotas de sudor junto a la línea de nacimiento del pelo de la dama; si se debían al nerviosismo o a la temperatura del despacho de Montray, era algo que Magda no podía decir.

—¿Parecido casual? Imposible, niña. Fue reconocido por el color de su pelo, y ese color de pelo sólo lo tienen los del Comyn, o los de sangre Comyn.

—No es raro entre los terranos, señora —dijo Magda. Ella sabía esto, Peter había hecho bromas al respecto. «Los de Darkover piensan que soy el bastardo de algún noble»—. Entre nosotros, no implica ningún rasgo de nobleza; sólo significa que nuestros padres tenían pelo rojo y una cierta estructura racial.

Magda se interrumpió con la entrada de Bethany, que traía la carpeta con una fotografía en colores de Peter Haldane. Se la entregó a Rohana sin ningún comentario.

Rohana la estudió un momento y después alzó los ojos, con el rostro pálido.

—No puedo comprenderlo. ¿Estás segura de que no es uno de nosotros, con algún disfraz que pueda haberte engañado?

—Muy segura, señora; conozco a Peter Haldane desde la infancia.

—¿Cómo puede ser? Un terrano tan parecido a uno de nosotros... —Su voz tembló—. Advierto que cualquiera puede ser engañado, si este hombre usara ropas darkovanas. ¿Y también este hombre ha desaparecido? —Magda tardó muchas horas en darse cuenta de que ella no le había dicho nada a Rohana acerca de esa desaparición—. Extraño. Bien, veo que deberé buscar noticias de mi hijo en otra parte.

Después de despedirse formalmente de Montray, se volvió hacia Magda, tocándole ligeramente una mano. La miró con una mirada larga y penetrante.

—De algún modo, pienso que esta cuestión no ha terminado —dijo—. Te agradezco tu cortesía. Tal vez llegue el día en que yo pueda ayudarte, mi niña; hasta entonces, te deseo lo mejor.

Magda estaba casi demasiado sorprendida para hablar; se las arregló para pronunciar unas formales palabras de agradecimiento, pero, amablemente, Rohana le hizo un gesto de despedida, llamó a su acompañante y al sudoroso Guardia y partió.

A solas con Magda, Montray explotó:

—¡Bien! ¿Qué piensas de esto?

—Creo que la pobre mujer está mortalmente preocupada por su hijo.

—Casi tan preocupada como lo estás tú por Haldane, ¿eh?

—Mucho más. Peter es un adulto, y totalmente responsable de sí mismo. ¿Por qué habría yo...?

—¡Maldito sea si sé por qué deberías estar preocupada, pero lo estás! —dijo Montray—. Y adivino que el hijo de ella también es un hombre adulto. Pero en un condenado mundo feudal como éste, donde batirse a duelo es el deporte más popular, supongo que es una verdadera causa de preocupación el que el hombre de la casa no regrese.

—Feudal no es de ningún modo el adjetivo adecuado para describir...

—De acuerdo, de acuerdo, Magda, tú estás enterada de todos los matices y detalles; yo no, ni deseo enterarme. Todo lo que quiero es irme de este condenado lugar; puedes quedarte con mi empleo en el momento en que logre que me transfieran... es decir, podrías, si en este mundo se permitiera que una mujer lo

aceptara. Yo diría que también tú deseas irte. El asunto es: comprendí casi todo lo que te dijo la dama. Parece que has establecido un contacto útil. No es fácil para una mujer hacer gran cosa en este mundo, pero si tienes relación con alguien en los más altos niveles, en el Comyn...

Magda descubrió que no deseaba explorar ese punto en aquel momento. Bastante molesta, recordó a Montray que había acudido a su llamada estando fuera de servicio; él le dijo que pidiera paga extra y la dejó ir.

Sin embargo, cuando regresó a su habitación, al quitarse sus pesadas ropas, pensó en lo que él le había dicho. Rohana había hablado formalmente al principio, y al llamar «hija mía» a Magda, lo había hecho con la inflexión empleada habitualmente para dirigirse a una criada o a un inferior —o a alguien como un traductor—. Pero al final la había llamado «mi niña», en el tono íntimo que hubiera utilizado para dirigirse a una mujer joven de su propia casta. ¿Era tan sólo una amabilidad casual?

Afuera, la nieve se había convertido en denso granizo; Magda fue hasta la ventana, corrió las cortinas y miró el silencioso rugir de la tormenta a través del cristal doble insonorizado.

Estás allí fuera en alguna parte, Peter, pensó. ¿Qué estás haciendo? Si realmente existe algo semejante al ESP, yo debería ser capaz de comunicarme contigo de algún modo. Maldición, Peter, ven a casa, estoy preocupada, maldito seas.

Pensó: Cómo se reiría Peter de mí. Está en alguna parte, siguiendo algún oscuro rastro.

Magda se tenía por una buena oficial de Inteligencia; y sabía que a Peter se le consideraba talentoso. Una mujer no podía hacer gran cosa en Inteligencia en un planeta como Darkover, en el que rígidos códigos y tabúes regulaban la conducta femenina; Magda sabía que en otra parte, en un planeta un poco menos patriarcal, en el que hombres y mujeres fueran iguales, podría tener más horizonte para sus capacidades. *Sin embargo, Darkover es mi hogar...*

Uno de los peores momentos, durante las tensas semanas que habían precedido a la disolución del breve matrimonio, había sido aquel en que Peter la acusara de estar celosa, celosa porque a él se le permitía hacer más cosas que a ella en un mundo como Darkover. Y por supuesto, era cierto...

Oh, Peter, vuelve a casa, estoy preocupada. Sintiéndose tonta, aunque tomándolo en serio, Magda se esforzó por concentrarse —como había hecho en el Instituto New-Rhine-Rakakowski, en la Tierra, donde había obtenido significativos resultados en ESP—, para intentar enviar un mensaje, si ello era posible. *Peter, Peter, todos nos preocupamos. Al menos haznos saber que estás a salvo.*

Pero no experimentó sensación alguna de comunicación y, finalmente, agotada, percibiendo que había hecho un esfuerzo idiota, Magda abandonó y se fue a la cama.

Esa noche soñó con Peter Haldane, pero él se reía de ella.

El invierno avanzó y el frío se hizo más constante. Magda, que había nacido en las montañas, no sufría demasiado el frío; al menos, no cuando usaba ropas apropiadas. Pero la mayoría de los terranos se encerraban como animales en sus madrigueras invernales, aventurándose al exterior sólo en caso de necesidad; y las tripulaciones de las naves espaciales que llegaban limitaban al mínimo su estancia, sin salir siquiera al espaciopuerto y sin ir jamás a la Ciudad Vieja.

Incluso Magda, indiferente a la desaprobación oficial, usaba cada vez más su atavío darkovano cuando estaba en el Cuartel General, padeciendo la incomodidad de las largas faldas y los pesados abrigos a cambio de su calor. Una tarde en que entró después de pasar un día en la Ciudad Vieja, nevaba tan densamente que la idea de cambiarse de ropa para ponerse las finas telas sintéticas terranas le pareció una locura; entró directamente a Personal, a la sección en que se registraban sus observaciones. La hermosa asistente de Montray, con un suéter abrigado, la miró con envidia.

—No te culpo por vestirme de nativa. Casi estoy tentada de pedir transferencia a tu sección para poder vestirme de manera adecuada al clima. No sé cómo te las arreglas para andar por ahí vestida con esas cosas... ¡pero parecen que abrigan!

Magda esbozó una sonrisa.

—La pregunta de siempre.

—La respuesta de siempre, me temo —dijo Bethany con gravedad—. Ni una palabra de Peter. Esta mañana el jefe lo sacó de la lista de personal activo; oficialmente, se lo considera PDES, provisionalmente desaparecido en servicio. Paga suspendida y sujeto a contacto oficial, y todo lo demás.

Magda sintió dolor. Estaba en marcha el mecanismo para declararlo *Desaparecido, presumiblemente muerto*.

—Nada es definitivo todavía —dijo Bethany, tratando de consolarla—. Tal vez encontró algún lugar donde quedarse y simplemente se estableció allí durante el invierno. No podría viajar con este clima, aun cuando estuviese bien.

La sonrisa de Magda sólo pudo percibirse como un adelgazamiento de sus labios.

—Ni siquiera es invierno todavía. Faltan casi cuatro meses para que llegue el momento en que los viajes resulten imposibles y todo el comercio se suspenda hasta el deshielo de primavera. Ni siquiera se han cerrado los pasos de los Hellers.

—¡Estás bromeando! —Bethany miró afuera, hacia la rugiente tormenta, y se estremeció—. Pero tú sabrás, ya que has estado ahí afuera. En verano, creo que tienes un trabajo buenísimo, ya que no tienes otra cosa que hacer que mezclarte con la gente de la ciudad y escuchar los rumores. Pero en este clima... me sorprende que no llamaran *Invierno* a este planeta.

—No podían hacerlo, ya hay otro que se llama así. Lee los registros algún día. Hablando de registros, será mejor que me ocupe del mío.

—¿Verdaderamente eso es todo lo que haces... Escuchar rumores?

—Eso y mucho más. Tomo nota de las modas preferidas por las mujeres, tomo nota como lingüista de nuevas expresiones y cambios del argot local... los idiomas cambian constantemente, ya sabes.

—¿Realmente cambian?

—¿Acaso usas ahora las expresiones que usabas cuando tenías siete años? No importa el que un agente use algunas expresiones inadecuadas, la gente capta ciertas expresiones de sus padres, y todo el mundo tiende a usar las que eran comunes cuando ellos mismos eran adolescentes, que es la edad en que se establecen las relaciones entre pares. Lo único que no puede hacer un agente encubierto en la zona darkovana es hablar como si hubiera aprendido el idioma de un libro; de modo que trabajo todo el tiempo para mantenernos al día. Montray se salva de eso porque siempre recibe a la gente como terrano, y es un cumplido el que hable con cierta dificultad el idioma de ellos; si lo hablara demasiado bien, estaría ejerciendo una sutil forma de dominio que despertaría todo tipo de resistencias psicológicas en los darkovanos que tratan con él. Se da por sentado que ellos tienen que hablar mejor que él. Pero los agentes que trabajan en la zona darkovana no pueden cometer errores, ni siquiera en argot. Y todo el mundo debe mantenerse actualizado con respecto a las expresiones comunes.

Bethany parecía perpleja. Magda le aclaró las cosas.

—Bien, mira: por ejemplo, hay una palabra que significa literalmente «animadora» o «mujer cantante». Está en los textos estándar. Pero si llamaras así a un baladista, o a alguna de las sopranos solistas de las orquestas de Thendara, su hermano o su padre te desafiarían a duelo... desafiarían a un hombre; una mujer que utilizara ese término sería considerada muy vulgar y maleducada.

—¿Una «animadora»? —Bethany repitió la palabra, azorada—. ¿Por qué? Suena bastante inofensivo.

—Porque durante décadas esa palabra en particular ha sido un eufemismo cortés, es decir, la clase de palabra que se puede utilizar delante de las damas por «prostituta». Ninguna mujer respetable de Darkover se ensuciaría la boca con la palabra *grezalis*, que es el vernáculo por «ramera», y ningún hombre, salvo un patán, la utilizaría ante una mujer. La respetable soprano de un concierto es una «intérprete lírica», ¡y no lo olvides si asistes a un concierto en Thendara!

Bethany se estremeció.

—No tenía idea de que el trabajo de traductora fuera tan complicado.

—Es así, hay que tomarse mucho trabajo para evitar ofender. Una de mis principales tareas consiste en revisar los discursos y declaraciones oficiales para asegurarme de que nuestros traductores y escritores de discursos hayan evitado cualquier palabra que pueda tener, accidentalmente, connotaciones ofensivas. Por ejemplo: ¿sabes que nuestras declaraciones oficiales, no sólo en Darkover, están repletas de expresiones de amistad y hermandad? Bien, la expresión más común para

«amigo y hermano» en idioma *casta*, que es el idioma oficial en Thendara, es un término absolutamente prohibido para las declaraciones oficiales que se hagan aquí.

—¿Por qué, en nombre del cielo?

—Porque la expresión más corriente para decir «amigo y hermano», si no tiene la inflexión justa, puede meterte en problemas increíbles. En la inflexión impersonal, expresa los más puros sentimientos de caridad fraterna y preocupación humana, y es perfectamente adecuado para el uso diplomático oficial. De todos modos, es peligrosa, porque gran parte de nuestros funcionarios simplemente no pueden pronunciar el idioma lo bastante bien, y aunque tengan la intención de utilizar la inflexión impersonal, es probable que se tenga la impresión de que usan la otra. Y si usas esa palabra, la misma palabra, en la inflexión personal, significa «hermano» en el sentido de la intimidad y la proximidad familiar, y es demasiado familiar; en tanto que, si por azar la usas en la inflexión íntima, estarás definiendo a la persona a la que te diriges como homosexual... y como tu amante. ¿Te das cuenta ahora de por qué es un término absolutamente prohibido en el lenguaje oficial?

—¡Por Dios! ¡Por cierto que me doy cuenta! —Bethany lanzó una risita—. ¡No es raro que Montray tenga su propio lingüista particular para que le escriba sus discursos! —Las dos mujeres intercambiaron una risa ahogada; la ineptitud de Montray con respecto al idioma de Darkover alimentaba las bromas más corrientes del Cuartel General—. ¿Y es por eso que tú revisas todos sus discursos personalmente? Lo sabes todo acerca de Darkover, ¿verdad, Magda?

Apenada, Magda sacudió la cabeza.

—No, por cierto que no. Ningún terrano puede saberlo todo. —*Y si algún terrano pudiera, no sería una mujer.* La idea era tan amarga como siempre. Pero ella la dejó de lado—. Hubiera sido diferente si el Cuartel General terrano hubiera seguido en Caer Donn. Allí, los terranos y los darkovanos se encontraban más o menos como iguales, y podíamos mezclarnos con ellos como terranos. No había necesidad de agentes encubiertos. Pero aquí tenemos que trabajar clandestinamente, el Comyn se ha negado absolutamente a cooperar. Nos arrendaron terreno para un espaciopuerto, nos permiten contratar trabajadores para tareas de construcción y nos autorizaron a construir la Ciudad Comercial, pero fuera de eso... ¡Oh, diablos, Beth! ¿No aprendiste todo eso en Orientación Básica?

—Sí, aprendí. Clase B Cerrada, comercio muy limitado, personal del espaciopuerto restringido a la Ciudad Comercial, nada de confraternizar.

—Entonces, ¿te das cuenta? Ningún niño terrano tendrá la oportunidad que Peter, Cargill y yo tuvimos... de crecer jugando con niños de Darkover, aprender el idioma en el mismo terreno. Es por eso que somos tan pocos los que podemos pasar, en la zona darkovana, por oriundos de Darkover... y yo soy la única mujer que puede hacerlo.

—Entonces, ¿por qué no dejaron el Cuartel General en... cómo era... Caer Donn? ¿No eran mucho más amistosos allí?

—En parte, por el clima —dijo Magda—. Si crees que esto es frío, deberías ver el invierno en los Hellers. Todo llega a un punto muerto, desde la noche de mitad del invierno hasta el deshielo de primavera. El clima de Thendara es agradable, bueno, digamos moderado, en comparación. Además, estaba el problema de los caminos y el transporte. En Caer Donn, no hay lugar suficiente para la clase de espaciopuerto que deseaba el Imperio, al menos si no se nivelaban una o dos montañas, y el Concejo Ecológico de la Tierra no hubiera dado permiso para eso, aun cuando los nativos no hubieran puesto objeciones. Allá, en Caer Donn, los aldaranes reinan sobre kilómetros y kilómetros de montañas, bosques, valles, pequeñas aldeas, castillos aislados y unos pocos miles de personas. En los Dominios, hay cinco ciudades de buen tamaño y una docena de ciudades pequeñas, y Thendara sola tiene casi cincuenta mil habitantes. De modo que el Imperio no tenía elección. Pero eso implica que los agentes, los antropólogos y los lingüistas del Imperio deben trabajar clandestinamente, y todavía estamos elaborando los parámetros. Hay literalmente miles de cosas que todavía no sabemos acerca de esta cultura. Y la política del Comyn de no ayudarnos en absoluto es un terrible obstáculo; no le prohíben a la gente que trabaje con nosotros, pero la gente de aquí simplemente no hace nada que el Comyn desapruébe. Y eso significa que los pocos de nosotros que podemos pasar por darkovanos estamos prácticamente en condiciones de establecer nuestros propios términos, porque incluso el hecho de mantenerse actualizado con el idioma es un trabajo clandestino complejo y dificultoso. Por supuesto que yo no puedo hacer aquí todas las cosas que podría hacer un agente varón. Una de las principales tareas de un agente varón, en lo referido a lingüística, es mantenerse al tanto de las bromas sucias, y por supuesto que yo no las escucho.

—¿Por qué tendría alguien necesidad de saber las bromas sucias? ¿Acaso para la sección de Referencia Folklórica?

—Bien, también para eso. Pero principalmente para evitar referencias accidentalmente ofensivas... o intencionalmente graciosas. Tú creciste en la Tierra, ¿acaso dirías, en un contexto serio y formal, que fulano o mengano *está siempre en el medio*?

—No, a menos que deseara que mis interlocutores perdieran seriedad y empezaran a burlarse. Ya entiendo lo que dices, tienes que identificar y limitar las bromas sucias corrientes o las que son antiguas pero especialmente conocidas. Pero tú no te enteras de las bromas sucias...

—No, yo tengo mi especialidad. Mencioné que hay expresiones que no son utilizadas por las mujeres, ni ante ellas, por la gente educada. Hay también expresiones especiales que son utilizadas particularmente por las mujeres. Darkover no es una de esas culturas que tienen un idioma femenino especial... Hay algunas, Sirius Nueve, por ejemplo, ¡y eso sí que es la verdadera pesadilla de un traductor! Pero ninguna cultura está completamente libre del «habla de las mujeres». Ni siquiera la Tierra. Por ejemplo, en mi texto de historia del idioma, me encontré con una nota

al pie que decía que en una de las principales culturas pre-espaciales, las mujeres solían referirse a la menstruación como «la maldición».

—¿Verdaderamente? ¿Por qué?

—Dios lo sabrá. Soy lingüista, no psicóloga —le dijo Magda—. Escucha, Beth, esto es divertido... pero no estoy haciendo mi trabajo.

Magda se inclinó sobre el teclado y empezó a escribir sus notas del día en la terminal del ordenador para que fueran analizadas, programadas y clasificadas por los expertos que más tarde las codificarían.

En Thendara se está haciendo popular una broma, escribió. La escuché tres veces durante los últimos cinco días. Los detalles varían, pero básicamente se refiere a dos (tres, cinco) terranos que se encuentran en un elevador externo en el puerto; el elevador se descompone, dejando a los terranos varados durante varias horas entre el primer y el segundo nivel (el lapso es de tres días en otra versión), esperando la reparación. Implicaciones: los terranos son tan adictos al transporte mecánico que bajar un piso de escaleras les resulta física o psicológicamente imposible. Esto implica: el concepto darkovano de que los terranos son físicamente débiles, incapaces de esforzarse. En segundo término: ¿envidia del acceso que los terranos tienen a las maquinarias, de la comodidad de los estilos de vida terranos? La frecuencia cada vez mayor de bromas acerca de los terranos, que en general parecen referirse a nuestro estilo de vida con especial referencia a la comodidad física, implicaría...

—Magda —interrumpió Bethany—, acabo de recibir un flash de Montray... ¿Le digo que estás aquí?

Magda asintió.

—Oficialmente, todavía estoy de servicio.

Bethany habló por el comunicador, escuchó un momento y luego dijo:

—Entra.

Dentro, Montray frunció el ceño con irritación al ver las ropas darkovanas que llevaba Magda.

—Un mensajero acaba de traer un recado del castillo Comyn —dijo—. Uno de los peces gordos de allí, un tal Lorill Hastur, me ha mandado llamar, pidiendo también que tú, tú y nadie más, me acompañe para traducir. Me imagino que tu amiga, la dama de Ardais, ha estado comentando tu particular pericia con el idioma. Así que tengo un problema. —Frunció el ceño—. Sé perfectamente bien que no está de acuerdo con el protocolo, y tal vez sea incluso inadecuado, llevar a una mujer como traductora oficial a la zona darkovana. Por otra parte, comprendo que uno no puede ignorar simplemente un pedido del Comyn. ¿Quiénes son los Hastur, de todos modos?

Magda se preguntó cómo era posible que Montray hubiera vivido en Darkover, aunque fuera en el Cuartel General terrano, durante más de un año, y no supiera todavía precisamente quiénes eran los Hastur, ni por qué.

—Los Hastur son la más prominente familia del Comyn —dijo—. Lorill Hastur es el verdadero poder que se oculta detrás del trono. El príncipe, Aran Elhalyn, en cambio, es popularmente conocido como «el que mantiene caliente el trono con su trasero real, que es su parte más útil». Durante los últimos doscientos años, la mayoría de los Hastur han sido estadistas; también solían ocupar el trono, pero descubrieron que eso interfería con el serio asunto de gobernar, de modo que cedieron las funciones ceremoniales a los Elhalyn. Este Lorill es Primer Consejero, lo que equivale más o menos a un Primer Ministro, y tiene además el poder de un juez de la Suprema Corte.

—Ya veo. Supongo que es importante no ofenderlo, entonces. —Montray regañó a Magda—. ¡No puedes ir como traductora oficial terrana con esa ropa, Lorne!

—Estoy segura de que esta ropa los ofenderá mucho menos que lo que normalmente uso cuando estoy aquí —dijo Magda—. ¿O acaso no sabes que la vestimenta común de una mujer terrana se consideraría, en Darkover, como algo indecente incluso para una prostituta?

—No, no lo sabía —dijo Montray—. Supongo que será mejor que siga tu consejo; se supone que tú eres la experta en las costumbres de las mujeres.

Pero cuando traspasaron las grandes puertas y dejaron atrás al hombre de la Fuerza Espacial que estaba de guardia, con su uniforme de cuero negro, Montray volvió a irritarse.

—¿Ves en qué me has metido? Probablemente ese hombre piense que me he buscado una chica darkovana.

Magda sacudió la cabeza, recordándole que los guardias de la Fuerza Espacial la conocían y estaban acostumbrados a verla con ropas darkovanas; nunca iba a la Ciudad Vieja con otro atuendo. Pero, demasiado tarde, se le ocurrió que tal vez pusiera a Montray en problemas en la zona darkovana. Los terranos no eran precisamente populares en la Ciudad Vieja, y el espectáculo de un terrano que escoltaba a una respetable mujer darkovana sin duda podía causar problemas si es que algún agitador darkovano quería aprovechar la situación.

Esto es idiota. Sé quince veces más que Montray acerca de Darkover; sin embargo, según el protocolo más estricto, ni siquiera estoy capacitada para ser traductora oficial, y menos aún para una posición más elevada; sólo porque soy una mujer, y Darkover es un mundo donde las mujeres no ocupan esas posiciones.

Entonces, por el accidente del sexo, estoy permanentemente descalificada para el trabajo que mejor conozco, en tanto un idiota como Montray necesita un lingüista especialmente calificado para que le escriba sus discursos, y dos más para que lo lleven de la mano en caso de que se pierda o tenga que preguntar por su destino a doscientos metros más allá de nuestras puertas. Yo debería tener el puesto de Montray. ¡Él ni siquiera está calificado para el mío!

Montray temblaba; Magda no sintió ninguna simpatía por él. Montray sabía cómo era el clima; tenía autorización para vestirse de manera acorde, o para modificar el

uniforme oficial de cualquier manera que le pareciera adecuada, pero ni siquiera tenía la imaginación necesaria para hacerlo.

Debo marcharme de este condenado mundo. Hay muchos planetas en los que podría hacer la clase de trabajo para el que estoy mejor preparada.

Pero Darkover es el planeta que mejor conozco. ¡Y aquí sólo soy adecuada para hacer un trabajo de mujer!

Y sólo puedo hacerlo, incluso, porque soy terrana. ¡Las mujeres darkovanas ni siquiera hacen esto!

En las puertas del castillo Comyn, un hombre con el uniforme verde y negro de la Guardia de la Ciudad les preguntó adónde iban. Usó el modo altanero, y Magda se irritó.

Montray no lo hubiera advertido, pero Magda le contestó rígidamente que habían sido personalmente convocados por Lord Lorill Hastur. El guardia se alejó y regresó casi inmediatamente; esta vez habló respetuosamente, diciendo que Lord Hastur había ordenado que se los condujera inmediatamente a su presencia.

Los pasillos del castillo Comyn eran ventosos, fríos y estaban desiertos. Magda sabía que en esta época del año la mayoría de los Comyn se habían retirado a sus propiedades esparcidas en los Dominios; sólo se reunían aquí durante la temporada de Concejo, a mitad del verano. El Dominio Hastur se hallaba lejos, en el límite con los Hellers; supuso que Lord Hastur había permanecido aquí solamente porque los acontecimientos de la capital habían requerido su presencia. Estudió cuidadosamente los corredores, los tapices y los ornamentos, ya que deseaba sacar todo el provecho posible de una oportunidad que tal vez nunca volviera a tener; ninguna mujer podía tener un cargo oficial en Darkover, y probablemente no volviera a entrar al castillo Comyn.

Finalmente, los condujeron a una pequeña cámara de audiencias donde los esperaba Lorill Hastur: un hombre serio y delgado, con pelo rojo oscuro estriado de blanco en las sienes. Los saludó con frases corteses, que Magda tradujo automáticamente. Había visto que la única otra persona que se hallaba en la habitación era Lady Rohana Ardais.

De haberle sido preguntado, Magda hubiese dicho que no creía en la precognición y que era escéptica con respecto al ESP. Sin embargo, en el momento en que vio a la delgada mujer de pelo color cobre, ataviada con un vestido violeta azulado, tranquilamente sentada en un banco acolchado, lo supo.

Esto tiene que ver con Peter...

—Mi pariente ha hecho el largo viaje desde Ardais especialmente para mantener esta conversación —dijo Lorill Hastur—. ¿Quieres explicarlo todo, Rohana?

—Vine porque me sentí obligada a hacerlo, porque fueron amables conmigo cuando fui a consultarles sobre mi hijo. —Aparentemente hablaba con Montray, pero era obvio que sus palabras estaban dirigidas a Magda.

—Mi esposo y yo acabamos de recibir un mensaje de Rumal di Scarp.

Magda no supo controlar del todo un estremecimiento que la invadió mientras traducía.

—Sain Scarp es el más notorio escondite de bandidos de los Hellers —explicó a Montray. (Cuando era niña, esa palabra era utilizada para lograr que sus amiguitos se portaran bien: «¡Te llevarán los hombres de Sain Scarp!»)

Lady Rohana continuó.

—Rumal odia mortalmente a los hombres de Ardais; el padre de mi esposo colgó a media docena de sus hombres de las murallas del castillo Ardais. De modo que ahora Rumal nos ha enviado un mensaje: que tiene prisionero a nuestro hijo Kiryl en el *forst* de Sain Scarp; y ha puesto un rescate que debemos pagar antes de mitad del invierno, pues si no Kiryl nos será enviado... —Rohana tembló un poco—... en pedazos.

—Señora —dijo Montray—, manifiesto mi más profunda solidaridad. Pero el Imperio Terrano no puede involucrarse en disputas privadas...

Los ojos de Rohana centellearon. No esperó a que Magda tradujera.

—Veo que todavía no has comprendido. Cuando regresé al castillo Ardais después de hablar contigo, encontré que mi hijo estaba sano y salvo en casa; se había demorado por congelamiento de sus pies, y vino cuando estuvo en condiciones de viajar. Cuando recibimos el mensaje de Sain Scarp, él estaba en la misma habitación que nosotros, y pensó que era una tremenda broma.

Magda palideció, sabiendo de antemano cuáles serían las próximas palabras de Rohana.

—Entonces, por haber visto el retrato que me mostraste, supe quién era el que estaba prisionero en Sain Scarp. Tu amigo —dijo a Magda—. ¿Es tu amante? —Utilizó el término cortés, para el cual el equivalente terrano más próximo era «futuro esposo»; el modo despreciativo hubiera significado algo así como «concupino».

Magda se obligó a hablar a pesar del miedo. Toda su infancia transcurrida escuchando cuentos de bandidos en los Hellers le cerraba la garganta.

—Era mi... —buscó el preciso equivalente darkovano de «esposo», pues había al menos tres formas de matrimonio en Darkover...— mi compañero libre. Nos hemos separado, pero fuimos amigos desde la infancia y estoy profundamente preocupada por su seguridad.

Montray, que había seguido todo esto con dificultad, estaba irritado.

—¿Está segura? Es raro que alguno de mis hombres se interne tanto en los Hellers. ¿No podría ser algún otro pariente que se parezca a su hijo, señora?

—Rumal envió esto junto con el mensaje —dijo Rohana, y mostró un colgante de hombre que pendía de una fina cadena de cobre—. Sé que no es de mi hijo; fue hecho en Dalereuth, y este tipo de pieza no se vende en los Hellers, donde casi nadie las usa.

Montray lo hizo girar entre sus dedos, incómodo. Era un medallón tallado de alguna piedra semipreciosa verde-azulada, engastada en una filigrana de cobre finamente trabajada.

—Tú conoces a Haldane mejor que yo, Magda. ¿Reconoces esto?

—Yo se lo regalé.

Magda sintió la boca seca. Había ocurrido poco antes de su breve matrimonio, la única vez que ambos habían viajado juntos a las llanuras de Dalereuth. Lo había comprado para sí misma, pero Peter lo había admirado de manera tan extravagante que Magda, quien después de todo no podía usar un adorno de hombre, se lo había dado como presente, a cambio de... se llevó las manos temblorosas a la nuca, rozando la hebilla de plata en forma de mariposa, que siempre usaba.

Él me quitó la que llevaba puesta, y me puso esta... como sólo un amante se atrevería a hacer... y yo se lo permití...

—Eso es bastante concluyente —dijo Montray—. Maldito sea, podría haber hecho alguna otra cosa en vez de internarse solo en los Hellers. ¿Qué posibilidad hay de que este bandido... este Di Scarp lo deje en libertad si descubre que tiene al hombre equivocado?

—Ninguna —dijo Hastur—. Los bandidos de las montañas recuerdan demasiado bien aquellos primeros años en Caer Donn, cuando los aldaranes hicieron creer a los terranos que podían utilizar sus armas contra ellos. Espero, por su propio bien, que ese joven no revele su identidad.

—¿Acaso eso no prueba que estábamos en lo cierto al ayudar a los aldaranes, y que ustedes se equivocaron al detenernos? —inquirió Montray—. Ellos siguen atacando a su pueblo con más furia que nunca, y el Pacto de Darkover no permite que se les ataque de manera efectiva. ¡Tendrían que habernos permitido exterminarlos!

—Respetuosamente, debo negarme a discutir la ética del Pacto contigo —dijo Hastur—, ya que ha mantenido a Darkover libre de grandes guerras durante cientos de años, y no es tema de discusión. Todavía recordamos nuestras Épocas de Caos.

—Todo eso está muy bien —repuso Montray—, ¿pero acaso no significa nada que un inocente espectador sea asesinado en una disputa que no tiene nada que ver con él, y que se respalde esa acción impidiendo que nuestra gente lo rescate?

—Significa mucho —dijo Hastur, y sus ojos centellearon con súbita furia—. Podría recordarte que no es en absoluto un espectador inocente, ya que se metió en esta situación por su propia voluntad. Nosotros no le pedimos que viajara a los Hellers y, por lo demás, tampoco le dimos permiso. Fue por propia elección y por propósito vuestro, o propio, no lo pedimos nosotros. Pero tampoco le prohibimos que fuera, y verdaderamente no es asunto nuestro si sufre la misma suerte a la que se arriesgan nuestros propios hombres cuando van allí. También podría recordar que no teníamos ninguna obligación de contarte lo que le ocurría. Tampoco te negamos permiso para que lo rescates, si puedes hacerlo tan secretamente como él cuando viajó hasta allí.

Montray sacudió la cabeza.

—¿A los Hellers, con el invierno tan cerca? Imposible. Me temo que estás en lo cierto: él sabía a qué se arriesgaba, sabía lo que le ocurriría si lo atrapaban. Me temo

que tendrá que afrontar lo que le ocurra.

—¿No pensarás... abandonarlo... eliminarlo así? —preguntó Magda, horrorizada. Montray suspiró profundamente.

—A mí tampoco me gusta, Magda. ¿Pero qué otra cosa podemos hacer? Él conocía los riesgos; todos vosotros sabéis cuáles son.

Magda se estremeció hasta la médula, como si se le erizaran todos los vellos del cuerpo. Sí, ésa era la regla del servicio de Inteligencia. *La primera y la última regla es el secreto. Si uno se mete en problemas, no hay manera de sacarlo de allí.*

—Podemos pagar rescate —estalló Magda—. ¡Yo misma me ofrezco a pagarlo, si tú no quieres!

—Magda, no es eso. Con gusto pagaríamos por liberarlo, pero...

—Imposible —dijo Lorill Hastur—. Rumal di Scarp jamás negociaría con los terranos; en el mismo momento en que se entere de que su prisionero es un terrano lo asesinará con todo placer... por medios que preferiría no describir delante de oídos femeninos. La única esperanza de ese hombre es ocultar su origen. —Se volvió hacia Magda y dijo, sin mirarla directamente, con toda cortesía (gesto que hablaba muy bien de los modales y el vestido darkovano de ella)—: De no haberlo sabido, te hubiera tomado por una mujer de los Hellers. ¿Tu amigo habla el idioma y conoce nuestras costumbres tan bien como tú?

—Mejor —dijo Magda con honestidad. Su mente volaba. *¡Debemos pensar en algo! ¡Debemos hacerlo!*—. Lady Rohana, evidentemente todavía creen que es tu hijo. ¿No es posible que tú negocies con ellos su rescate?

—Ésa fue mi primera idea. Con gusto lo haría para salvar una vida. Pero mi esposo me ha prohibido, definitivamente, acercarme a Sain Scarp para cumplir esa misión. Mucho trabajo me costó convencerlo de que me diera consentimiento para venir a informarles.

—Magda, no tiene sentido. La única esperanza es que Peter escape por su cuenta —dijo Montray—. Si vamos nosotros y tratamos de rescatarlo, sólo lograremos apresurar su muerte.

—Si yo fuera hombre —dijo ella con ferocidad—, ¡yo misma iría y negociaría su rescate! ¡No hay ningún hombre vivo en los Hellers que pueda reconocerme como terrana! Si pudiera usar el nombre de la señora, y negociar como pariente... —Se volvió dirigiéndose directamente a Rohana:

—¡Ayúdame a pensar la manera!

Sé que puede hacerlo, si quiere. Es su propia ley, esta dama del Comyn, y hará lo que le parezca correcto sin que nadie se lo prohíba...

Rohana se dirigió a Hastur:

—Te dije que esta muchacha tenía espíritu y fuerza. No desobedeceré a Gabriel, no vale la pena discutir, pero la ayudaré si puedo. —Se volvió hacia Magda—. ¿Estarías dispuesta a ir tú misma a los Hellers? ¿Con el invierno que se avecina? Muchos hombres vacilarían antes de emprender ese viaje, mi niña. —Una vez más le

habló como a una joven de su propia casta.

—Señora —dijo Magda con firmeza—, nací cerca de Caer Donn, no le temo a las montañas, ni tampoco al peor clima.

—¡No seas tan condenadamente tonta, Magda! —intervino bruscamente Montray—. Se supone que eres la experta en costumbres femeninas en Darkover, ¡pero hasta yo sé que ninguna mujer puede viajar sola y sin protección! Puedes tener suficiente coraje, o suficiente necesidad, pero es imposible que viajes sola, aquí, en este planeta. Explíqueselo usted, señora —pidió a Rohana—. ¡Sería imposible! ¡Maldición, yo también admiro su espíritu, pero hay cosas que las mujeres simplemente no pueden hacer aquí!

—Tienes razón —asintió Rohana—. Nuestras costumbres hacen que eso sea imposible para una mujer. Es decir, para una mujer común. Pero hay una manera, sólo una, en que una mujer puede viajar sola sin peligro y sin escándalo. Solamente las Amazonas Libres no aceptan las costumbres que limitan a las otras mujeres.

—No sé gran cosa de las Amazonas Libres —dijo Magda—. Sólo he oído el nombre. —Miró a Rohana directamente a los ojos—. Si tú crees que puedo hacerlo...

—Una vez empleé a una Amazona Libre para una misión que ningún hombre quería emprender. En ese momento, fue un escándalo. —Miró a Lorill con una sonrisa traviesa como si, pensó Magda, estuviera evocando un recuerdo compartido—. Así que no causará gran escándalo, o al menos no un escándalo que yo no pueda tolerar, cuando se sepa que he enviado a una Amazona Libre a Sain Scarp para negociar en mi lugar la liberación de mi hijo. Y si, por casualidad, Ruml di Scarp oye el rumor de que mi hijo Kiryl está a salvo en Ardais, sólo pensará que ha capturado en cambio a algún pariente o adoptivo de nuestra casa, a quien estamos rescatando por amabilidad o por mala conciencia, y se burlará de nosotros por ser tan tontos, pero de todas maneras aceptará el rescate y estará contento de conseguirlo. Creo saber lo suficiente de las Amazonas Libres como para posibilitar que pases por una de ellas, sin problemas. Pero puede haber peligros en el camino, muchacha; ¿sabes defenderte?

—Todos los miembros de Inteligencia, tanto hombres como mujeres, son entrenados en combate sin armas y con cuchillo.

Rohana asintió.

—Eso había oído decir —repuso, y Magda deseó saber cómo había llegado precisamente esa información a oídos darkovanos.

¡Probablemente de la misma manera en que nosotros nos enteramos de cosas acerca de ellos!

—Regresa ahora —dijo Rohana—. Arregla las cosas para el viaje, y para pagar el rescate, y vuelve a encontrarte conmigo mañana al amanecer. Me ocuparé de que tengas las ropas y objetos adecuados, y de que sepas comportarte como una Amazona Libre.

Montray estalló.

—¿Realmente vas a cometer esa estupidez, Magda? ¡Amazonas Libres! ¿No son mujeres soldado?

Rohana rió.

—Es fácil darse cuenta de que tú no sabes nada acerca de ellas —dijo—. Por cierto, ¡es consolador pensar que hay algo que los terranos todavía no han logrado descubrir acerca de nosotros! —Magda tuvo que hacer una mueca ante eso—. Sí, muchas de ellas son soldados mercenarios; otras son rastreadoras, cazadoras, domadoras, herreras; comadronas, ordeñadoras, confeccionistas, panaderas, baladistas y vendedoras de queso. Trabajan en cualquier oficio honesto; que una de ellas sirva de mensajero y que negocie en un problema de familia es completamente respetable, tal como están las cosas.

—Me importa un cuerno que sea respetable o no —le increpó Magda a Montray, y Rohana sonrió aprobadoramente.

—Bien —dijo—. Entonces está arreglado. —Le dio la mano a Magda, con una sonrisa cálida—. Es una lástima, pero tendrás que cortarte ese hermoso cabello.

Magda despertó en la luz gris del amanecer, escuchando el sonido metálico de la cellisca que caía sobre el techo del refugio para viajeros. Era su séptima noche en el camino, y hasta ahora el clima había sido bueno.

Tenía hasta la noche del solsticio de invierno. Si el clima era razonable, tenía mucho tiempo. ¿Pero acaso se podía esperar que el clima fuera razonable, en los Hellers y en esta época del año?

Procedente del otro extremo del refugio, oía el sonido de los cascos y de la crujiente respiración de su caballo y del animal de carga, una bestia astada de las Kilghard Hills, más adecuada para el clima montañoso que cualquier caballo. Se preguntó qué hora sería; todavía estaba demasiado oscuro.

No se le ocurrió lamentar la ausencia de su cronómetro, y ni siquiera pensó en él. Al igual que todos los terranos autorizados a trabajar clandestinamente en cualquiera de los planetas del Imperio, ella había pasado por un largo e intenso condicionamiento destinado a lograr que le resultara virtualmente imposible actuar de cualquier manera que no fuera acorde con el personaje que le habían asignado: en su equipaje no había ningún objeto que estuviera manufacturado fuera de este mundo. Era un hábito de años: todo el mundo, en Inteligencia, aprendía los mecanismos casi hipnóticos que implicaban que, en el momento en que partía de la Ciudad Comercial, Magdalen Lorne, de Lingüística, desapareciera y fuera dejada atrás; incluso su nombre desaparecía, acurrucado en un rincón de su mente inconsciente. Magdalen no tenía un equivalente darkovano preciso, y cuando era niña, cerca de las montañas de Caer Donn, sus compañeros de juego la llamaban Margali.

Inquieta, se dio vuelta dentro de su saco de dormir, llevándose nerviosamente los dedos a la cabeza rapada. La sentía extraña, fría, inmodesta.

Lady Rohana, en la breve sesión informativa que había precedido a su partida, también se había solidarizado con ella por el corte de pelo.

—Una vez viajé de incógnito con una banda de Amazonas Libres —le dijo—, y tuve que cortarme el pelo; todavía recuerdo hasta qué punto me conmocionó eso. Recuerdo que lloré, y que ellas se rieron de mí. Probablemente haya sido peor para mí que para ti: tú no tienes que rendirle cuentas a nadie, pero yo sabía que mi esposo se pondría furioso cuando se enterara.

—¿Y se puso furioso? —había preguntado Magda.

Rohana había esbozado una sonrisa reminiscente.

—Terriblemente. Ya estaba hecho, de modo que no podía hacer nada, pero durante casi un año sentí su furia, hasta que mi pelo volvió a crecer hasta lo que él consideraba una longitud respetable.

Magda percibió que la cellisca empezaba a menguar y salió de su saco de dormir. Temblando en la cabaña, sin un fuego, se vistió rápidamente con las ropas que le había dado Lady Rohana: pantalones anchos, una túnica interior de mangas largas y

cuello alto, de lienzo bordado, una sobretúnica forrada de piel y una capa de montar. La dama había tomado también la medida del pie de Magda, y enviado a una criada a comprar botas en el mercado. Magda se acordonó las botas altas y llevó a sus animales afuera, para alimentarlos con el pienso guardado en el granero cercano, colocando la cantidad necesaria de monedas en la caja que allí había destinada a ese fin. De a uno, los llevó hasta el abrevadero, rompiendo el hielo acumulado en el agua con el pequeño martillo que llevaba en la montura. Mientras las bestias comían y bebían, entró, hizo rápidamente un fuego pequeño e hirvió un poco de agua para preparar la mezcla molida y precocida de cereales y nueces que daba como resultado una especie de papilla instantánea. Mezclada con un poco de fruta seca, se la podía comer si uno se habituaba.

El rescate estaba a salvo, oculto en sus alforjas, convertido en las barras de cobre que eran la moneda común en Darkover. En dinero terrano no representaba más que el salario de un par de meses de un buen agente; probablemente, ni siquiera se tomaran la molestia de descontarlo de la paga extra de Peter.

¿Por qué estoy haciendo esto? Peter es un hombre adulto, capaz de afrontar sus propios riesgos. No soy su guardiana. Ni siquiera soy ya su esposa. No le amo tanto, ya no, no ahora. Entonces, ¿por qué? Pero no tenía respuesta, y la pregunta se agitaba en un rincón de su mente cuando emprendió la marcha. Se detuvo junto al poste indicador que se hallaba cerca del refugio para localizar los tres siguientes refugios que encontraría en su camino. Uno estaba a una distancia razonable para una gran caravana que llevara mucha carga; otro se hallaba a un día de marcha para un grupo que viajara a paso cómodo pero con mucho equipo; había un tercero a un día de dura marcha para un viajero solitario. *Tal vez pueda dormir allí esta noche...* Abandonó el poste y siguió por la senda, sintiendo una leve inquietud que no podía identificar; luego entendió.

Estoy fuera de carácter, leyendo este poste indicador. La mayoría de las mujeres de Darkover no sabe leer... La alfabetización no era de ninguna manera universal, ni siquiera entre los hombres de Darkover, aunque la mayoría de ellos podía leer un cartel o garrapatear su propio nombre; entre las mujeres era extremadamente rara, y sus compañeritas de juego darkovanas de Caer Donn habían quedado atónitas y un poco escandalizadas —y algo envidiosas— cuando se enteraron de que Magda sabía leer porque su propio padre le había enseñado. *Fuera de carácter. Maldición, todo este viaje está fuera de carácter.*

Magda azuzó su caballo y apuró la marcha. Rohana le había advertido:

—Viajé con las Amazonas Libres, pero no como una de ellas. No me engaño: sé que no conozco todos sus hábitos y costumbres. Si estuviera en tu lugar, evitaría todo encuentro con Amazonas verdaderas, pero la mayoría de la gente de las montañas por donde viajarás no sabe nada de ellas. De modo que si eres cuidadosa, nadie cuestionará tu disfraz.

Y durante siete días no había tenido problemas, aunque una vez hubiese tenido

que compartir el refugio de viajeros con dos hombres, mercaderes de las montañas lejanas. Por ley y por costumbre, estos refugios, establecidos siglos atrás, e inspeccionados y provisionados incluso en épocas de guerra por las patrullas fronterizas, eran sagrados lugares de neutralidad y debían ser compartidos por todos los que llegaran: cualquier otra actitud hubiera condenado a los viajeros a morir de frío a la intemperie. Por ley, incluso las disputas de sangre quedaban suspendidas dentro de estos refugios, y Magda había oído decir que eso había ocurrido durante los incendios forestales. Los hombres habían observado brevemente el pelo corto y la vestimenta de Amazona de Magda, habían pronunciado unas pocas palabras formales y luego la habían ignorado por completo.

Pero desde entonces no se había encontrado con nadie; lo avanzado de la estación había hecho que la mayoría de los viajeros se quedara en sus casas junto a la chimenea. Las nubes se habían adelgazado y desaparecido, y el gran sol rojo de Darkover, que algún poeta de la zona terrana había bautizado como El Sol Sangriento, se alzaba entre las cumbres, inundando las altas planicies nevadas con llameantes matices de oro y carmesí. Mientras Magda ascendía hasta el paso, le pareció que un mar de llamas bañaba las altas cumbres, un brillo de soledad que la alegraba y la excitaba.

Pero el amanecer acabó, y no quedó nada más que el solitario silencio del camino. Silencio, y demasiado tiempo para pensar, para preguntarse una y otra vez: *¿Por qué estoy haciendo esto? ¿Estoy todavía enamorada de ese bastardo?*

¿Orgullo, tal vez, para permitir que un hombre que compartió mi cama, por breve que haya sido el lapso, sea abandonado a la muerte sin que nadie lo ayude?

O tal vez, mientras crecíamos en Caer Donn, cuando sólo éramos unos pocos entre los niños de Darkover, absorbimos el código de ellos, la ética de ellos. Lealtad, obligaciones de parentesco. Para el Imperio, Peter es solamente un empleado, y es prescindible. Para mí, para cualquier darkovano, esa idea resulta ultrajante, una verdadera obscenidad.

Cruzó el paso antes de que el sol hubiera ascendido una hora en el cielo, con los oídos doloridos por la altura, y empezó a bajar hacia el siguiente valle. A mediodía se detuvo en una pequeña aldea montañesa y se dio el lujo de comprar un cuenco de sopa caliente y algunas tortas fritas en una casa de comidas. Algunos niños curiosos se reunieron a su alrededor y Magda supuso, por la ansiedad que mostraban, que veían a muy pocos extraños; les dio algunos dulces que extrajo de sus alforjas y se demoró para que sus animales descansaran antes de escalar hasta el paso siguiente, disfrutando de su primera comida fresca desde la partida de Thendara.

Todos eran tan curiosos como gatitos; le preguntaron de dónde venía, y cuando ella les dijo que de Thendara, se quedaron mirándola como si hubiera dicho «del fin del mundo». Supuso que para estos niños, que nunca habían salido de sus montañas, Thendara era verdaderamente el fin del mundo. Pero cuando le preguntaron qué hacía, ella sonrió y dijo que eso era un secreto de su patrona. Lady Rohana le había

dado autorización para usar su nombre.

—También te daré un salvoconducto —le había dicho—, con mi sello. Al pie de las montañas hay muchos que nos deben servicios a Gabriel y a mí.

También le había recomendado que sólo tuviera contactos fugaces con las Amazonas genuinas, pero que si por casualidad se encontraba con alguna, seguramente le preguntaría cuál era su Casa del Gremio, y el nombre de la mujer que le había tomado juramento.

—En ese caso —había agregado Rohana—, puedes decir Kindra n’ha Mhari; hace tres años que murió —y su rostro se ensombreció fugazmente—, pero era una amiga querida, y no creo que se enojara si utilizases su nombre. Pero si los Dioses lo quieren, llegarás a Sain Scarp y regresarás, confiemos, sin tener que utilizarlo.

Magda había terminado de comer y estaba abrevando sus animales en la aldea cuando vio que un par de hombres entraban a caballo en la plaza. Por el corte de sus capas supo que eran de la parte más lejana de los Hellers; tenían barba y llevaban en sus cinturones unos cuchillos de aspecto maligno. Observaron a Magda y también, le pareció, sus alforjas, con una mirada que la inquietó. Interrumpió el abrevado de sus caballos, montó y tomó el camino que salía de la aldea. Esperaba que los hombres se detuvieran allí un buen rato, para descansar, y así no volver a verlos.

Durante largo trecho el camino ascendía entre laderas muy boscosas. El hielo y la nieve se fundían bajo el sol del mediodía, y el camino estaba encenagado; dejó que su caballo decidiera el ritmo de la marcha, y cuando la senda se hizo más escarpada, desmontó para guiarlo. Se detuvo en un recodo, donde los árboles se hacían menos densos por la terrible altitud, y miró la estrecha línea del camino por donde había venido, que había quedado muy abajo. Vio, con consternación, un par de hombres que parecían los mismos que ya había observado en la aldea. ¿Estarían siguiéndola?

No seas paranoica. Ésta es la única ruta hacia el noroeste, hacia los Hellers; ¿acaso eres la única que tiene algo que hacer aquí?

Se acercó al borde con cuidado, para no resbalar por el acantilado cenagoso y enlodado, y miró a los hombres que cabalgaban por la senda. ¿Podía estar segura de que eran los mismos hombres? Sí, pues uno de ellos cabalgaba en un caballo ruano, que no era nada común en estas latitudes; era altamente improbable ver dos de ellos en el mismo día. Como para dispersar sus últimas dudas, uno de ellos miró hacia arriba; aparentemente vio la figura de Magda en la cima del acantilado y le dijo algo a su compañero; ambos desviaron sus caballos hacia la ladera, bajo cuya protección ya no serían visibles desde arriba.

Magda sintió que el pánico la invadía y la acuciaba, una sensación física como un calambre en los músculos de las piernas. Apresuradamente volvió a montar, ordenándose con toda severidad mantener la calma. *Estoy armada. He tenido entrenamiento de combate desde los dieciséis años, desde que supe que iba a entrar en Inteligencia.* Sabía que en cualquier otro mundo se hubiera esperado que considerara este incidente como una rutina, fuera hombre o mujer. Aquí había estado

protegida por las costumbres darkovanas.

Si se producía una lucha —y posó la mano sobre el cuchillo por un momento, tratando de ganar seguridad—, lo mejor sería atrincherarse en el paso. Podría defenderse mejor que en las laderas. ¿Pero era necesario llegar a la lucha? Los agentes terranos eran entrenados para evitar las confrontaciones siempre que era posible. Y ella hubiera apostado que ni siquiera las Amazonas Libres andaban por allí buscándose problemas.

De repente supo que no podría, realmente no podría obligarse a atrincherarse aquí y hacerles frente. Se ordenó permanecer quieta y pensarlo de nuevo, pero ya mientras trataba de aclarar sus ideas guió a su caballo montaña abajo, azuzándolo más de lo que haría un buen jinete (conocía un proverbio montañés desde la infancia: «En un camino escarpado, deja que tu caballo decida el paso»), a pesar de saber que estaba casi galopando montaña abajo, y oía los guijarros deslizarse y caer bajo los cascos de su caballo.

Al poco rato, advirtió que no podía seguir así; si alguno de sus animales caía y se quebraba una pata, ella se encontraría sin transporte, atrapada allí. Detuvo al caballo, palmeándole los flancos agitados como disculpa. *¿Qué pasa conmigo, por qué salí huyendo?* Detrás de ella, el camino al paso estaba desnudo y vacío. *Tal vez no me estuviesen siguiendo en absoluto...* Pero sentía esa vaga inquietud, esa «corazonada» en la que, durante sus años de trabajo como agente exitosa, había aprendido a creer; y su corazonada le decía ahora, alto y claro: *Corre, ocúltate, desaparece, vete.* La mujer que la había entrenado, en un mundo muy lejano, le había dicho: «Todos los buenos agentes clandestinos poseen algún poder *psi*. Si no, no sobreviven demasiado en el servicio.»

¿Y ahora qué? Ella no podía aventajarlos, cargada como estaba de equipaje y con el animal de transporte. Tarde o temprano, ellos la alcanzarían, y entonces habría combate.

Miró el suelo, cubierto con nieve que se derretía y lodo, un revoltijo amorfo y pardo. *Es una suerte. Sobre nieve fresca verán sus huellas... y verían en qué lugar salí de la senda, lo que sería aún peor...* Pero en el agua cenagosa y el lodo todas las huellas desaparecían con la misma rapidez con que se marcaban. Abandonó la senda, llevando a los animales a través de una pequeña brecha de los árboles; regresó para borrar, con mano rápida, las marcas que había dejado en la nieve al cruzar el borde; después llevó las bestias a cierta distancia del camino, atándolas en un bosquecillo de árboles perennes, donde no pudieran ser vistas.

Después regresó, descubrió un punto de observación oculto entre los árboles y la maleza, y mascó nerviosamente un poco de fruta seca mientras esperaba para ver el éxito de su treta.

Pasó casi una hora antes de que los jinetes que había visto aparecieran en la ladera azuzando a sus caballos tanto como podían hacerlo en la senda lodosa. Pero ninguno de ellos miró en dirección a Magda cuando pasaron rápidamente. Cuando estuvieron

fuera del alcance de la vista, Magda, estremecida, salió de su escondite. De manera automática, advirtió que tenía las rodillas débiles y temblorosas, y las palmas de las manos sudorosas y húmedas.

¿Qué pasa conmigo? ¡No me estoy comportando como una agente entrenada... y ni siquiera como una Amazona Libre! ¡Me estoy comportando como... como una conejita!

Y de todos modos, ¿por qué siento pánico? Hice lo que era más sensato. Cualquiera de nuestros agentes, hombre o mujer, en cualquier mundo, y en mi situación, hubiera hecho exactamente lo que hice. Mantenerse libre de problemas...

Sin embargo, sabía, a pesar de sus racionalizaciones, que su huida no había sido producto de la reflexión, ni había estado basada en la orden de evitar un combate siempre que fuera posible. Simplemente, había sido una huida. *Sentí pánico. Eso es todo. Sentí pánico y salí corriendo.*

Me comporté como... como... Repentinamente lo supo. *No como una agente terrana. No como una Amazona Libre, sino como una muchacha darkovana común, convencional.*

De la clase que me obligué a ser en Thendara. La clase de muchacha que me enseñaron a ser cuando era pequeña, en Caer Donn...

El corto día invernal estaba tocando a su fin, y ella pensó: *Esta noche acamparé aquí, en los bosques. Les daré un buen trecho de ventaja. Mañana ya habrán pasado por dos o tres aldeas pequeñas, y con suerte pensarán que he hallado un lugar para quedarme en alguna de ellas, y abandonarán.*

O quizá fueran respetables mercaderes dedicados a sus propios asuntos, apresurados por regresar a sus hogares, con sus hijos y esposas, reflexionó.

Armó su pequeña tienda. Era una concesión, la máxima protección posible para el clima cruel, con los mínimos posibles de peso y de tamaño; una combinación de tienda minúscula y saco de dormir excesivo. Era el modelo común para viajar en Darkover. Ya sabía que ninguna persona cuerda pasaba nunca una noche afuera si podía evitarlo, y por eso los caminos estaban flanqueados por todos esos refugios y cabañas para viajeros, y por eso eran sagrados lugares de neutralidad.

Pero de todas maneras pasó esa noche al aire libre. Por suerte, el clima se mantuvo bueno, incluso la nevada anterior al amanecer fue muy leve; pero Magda supo, cuando salió de su tienda tiritando, que no era buen signo. Las nubes se arremolinaban, negras y espesas, hacia el norte, y un viento alto había empezado a inclinar las puntas de los árboles perennes, amenazando con una severa tormenta.

En el solitario silencio del camino siguió reflexionando sobre su fracaso. Por más que lo racionalizara, era un fracaso, la había invadido el pánico.

Siempre me he obligado a comportarme de esa forma en la zona darkovana. Era el condicionamiento estándar de Inteligencia: construir una persona, un personaje para el planeta en que se estaba trabajando, y nunca salirse de él, ni siquiera por un instante, antes de regresar a la zona terrana.

Pero la personalidad que me construí para Thendara no funcionará aquí. A causa de la particular sociedad de Darkover, y por la forma en que viven las mujeres. Era diferente para los hombres. Pero yo era la única mujer; y nunca advertí cuánto me había alejado del entrenamiento común de una agente...

Trató de pensarlo todo de nuevo, de determinar los cambios básicos que tendría que haber introducido en su personaje darkovano para cumplir esta misión, pero el intento la puso tan terriblemente ansiosa que tuvo que abandonar. *El problema es que he sido entrenada para no pensar en la Tierra fuera de la Zona. Ahora estaba tratando de controlar un proceso tan automático como el de la respiración, y eso no funcionaba.*

No puedo ser una Amazona Libre. No sé lo suficiente acerca de ellas. De modo que sólo puedo ser mi personaje darkovano básico, que finge ser una Amazona Libre. Lady Rohana parecía considerar que era lo bastante efectivo como para engañar a gente sin demasiado conocimiento de las Amazonas Libres, pero espero no encontrarme con ninguna Amazona verdadera.

Esa idea tuvo en ella otra de esas extrañas y pequeñas repercusiones que, durante años, había llamado «corazonadas», y en las que había aprendido a confiar. Ésta, sin embargo, hizo que se le helara la sangre; tuvo que envolverse más en la capa para combatir el frío estremecimiento que le bajaba por la espalda. *¡Sería mi mayor desgracia encontrar a un par de ellas!*

Peter siempre dijo que yo tenía cierto talento para fingir. Mejor que me acostumbre a pensar en él por su nombre darkovano.

Experimentó un súbito momento de terror ciego cuando advirtió que el nombre no se le ocurría, y en su mente se hizo un vacío. Sólo duró unos pocos segundos, y el pánico cedió cuando lo recordó. *Piedro. Eso es allá, en los Hellers. En las tierras bajas lo llamarían Pier... ¿por qué no habré podido recordarlo?*

Era una hora después del mediodía cuando pasó ante las cabañas del refugio; estaban vacías, y vaciló, tentada de quedarse a pasar la noche allí. Pero ya había perdido buena parte del día y siempre tenía presente el plazo del solsticio de invierno. No sólo debía estar en Sain Scarp para entonces, sino que además debía tener tiempo para regresar a Thendara antes de que las tormentas invernales cerraran todos los pasos. *No nos imagino acampando en el umbral de Rumal di Scarp durante todo el invierno.*

Tampoco deseaba particularmente pasar todo el invierno varada en cualquier parte, a solas con Peter. *Antes solía soñar con algo que nos aislara, para tener tiempo de estar a solas, los dos juntos... Incluso ahora sería... placentero... Exasperada, Magda se ordenó acabar con eso. Se preguntó, casi irritada, si Bethany no habría estado en lo cierto: ¿estaba todavía enamorada de Peter? Debería haber buscado otro amante inmediatamente después de nuestra separación. Dios sabe que tuve oportunidades. Me pregunto por qué no lo hice.*

Se fijó en el cartel anunciador, y descubrió que había otro refugio a sólo medio

día de viaje. Mientras dejaba atrás las cabañas, volvió a sentir ese curioso estremecimiento de la «corazonada», pero se dijo ferozmente que no debía ser supersticiosa. *¡Tengo miedo de seguir adelante, así que busco razones y llamo ESP a mi miedo!*

El camino se hizo más empinado y accidentado; a mitad de la tarde las nubes eran tan espesas sobre la montaña que Magda se encontró cabalgando en medio de una densa manta blanca de niebla. El penumbroso mundo gris estaba colmado de ecos; ella podía oír el sordo sonido de los cascos de su caballo, delante y detrás de ella, como invisibles compañeros espectrales. El valle había desaparecido, y también las laderas más bajas; cabalgaba sola en las alturas, por una estrecha senda que dominaba al mundo conocido. Nunca había tenido miedo de las alturas, pero ahora empezó a temer por la estrechez del penumbroso camino, por la blanca nada que la rodeaba por todos lados y que podía ocultar algo —o, peor, nada—. Su mente no dejaba de pensar en los acantilados y los abismos en los que un animal, al pisar mal, podía desbarrancarse por la ladera hasta aplastarse en las invisibles rocas que se extendían muy abajo...

A medida que aumentaba la oscuridad, la niebla se disolvía hasta convertirse en una lluvia delgada y después en una nieve espesa, que caía rápidamente, borrando el sendero y los hitos del camino. La nieve se congelaba a medida que caía, y el lodo del suelo empezó a crujir y a partirse debajo de los cascos del caballo; luego, el viento empezó a aullar entre los árboles y, cuando éstos se hicieron menos densos, a rugir azotando el sendero, golpeando su rostro con heladas agujas de escarcha. Se levantó el cuello de la capa y se envolvió en la bufanda para cubrirse la boca y la nariz, pero el frío le hacía gotear las fosas nasales, y el agua se congelaba sobre su boca, convirtiendo la bufanda en un bloque de hielo. La nieve se depositaba en sus pestañas, helándose e imposibilitándole la visión. Su caballo empezó a resbalar sobre el sendero helado, y Magda desmontó para conducirlo, a él y al tambaleante animal de carga; se alegró de llevar puestas las botas altas hasta la rodilla: las suaves sandalias de una mujer, bajas o altas hasta el tobillo, o los blandos mocasines hubieran quedado empapados en un momento.

Debí haberme quedado en aquel refugio. A eso se refería mi corazonada. ¡Maldición, tendría que prestarme más atención a mí misma!

Se le congelaban los pies, y empezó a preguntarse seriamente si no tendría ya un principio de congelamiento en las mejillas. Normalmente soportaba bien el frío, pero ahora estaba helada hasta los huesos; su gruesa túnica forrada en piel y la capa parecían vestidos de seda, apropiados para ir a un baile.

Severamente, se ordenó no tener miedo. La mujer que la había entrenado en Inteligencia le había dicho que la especie humana era la más resistente de todas las que se conocían dentro del Imperio. El planeta nativo de la humanidad, la Tierra, había tenido extremos de temperatura y, antes de la civilización, se habían desarrollado tipos étnicos que podían vivir, y lo habían hecho, en casas sin

calefacción y hechas con bloques de hielo, o en desiertos ardientes que quemaban la piel. Ella bien podría sobrevivir a la intemperie, aun con esta tormenta.

Pero el congelamiento podría demorarme más allá del plazo fijado.

La luz de su farol resplandeció sobre uno de los carteles en forma de flecha que indicaban la presencia de un refugio para viajeros. Su astada bestia de carga echó la cabeza hacia atrás y relinchó. Magda se salió del camino y se desvió por una senda angosta que conducía hasta un oscuro edificio que apenas divisaba. Bajo sus pies, el suelo crujía por la escarcha helada y muy pisoteada. Cuando atravesó los árboles, vio la masa de dos edificios; era uno de los refugios más grandes, que tenía lugar aparte para los animales. Entonces masculló un juramento. Por el resquicio de la puerta se veía una luz débil: el refugio estaba ocupado.

Oh, maldición. Debería continuar. ¿Para qué arriesgarme? Pero tal vez el refugio siguiente estuviera a medio día de marcha; y además estaba empapada, muerta de frío, casi congelada. Sus mejillas estaban insensibles, y le ardían los ojos. Sólo para salir de este viento durante uno o dos minutos...

Mientras ella pensaba, su caballo y el animal de carga tomaron la decisión: se soltaron de su mano, dirigiéndose sin vacilar al establo a oscuras. Había allí un buen olor, polvoriento, a heno y pienso. Parecía cálido y acogedor. Ella colocó su farol en lugar seguro, y se puso a desensillar el caballo, descargando también a la otra bestia. *No tendría coraje para llevarlos otra vez afuera con este clima.* Ya había en el establo varios caballos y otros animales de carga, que comían su pienso; Magda alimentó a los suyos, después se sentó y, a la luz de su farol, se quitó las botas. Exhaló un suspiro alarmado al ver las manchas blancuzcas sobre la piel enrojecida, debajo de sus medias húmedas. *Necesito fuego, pensó, y algo caliente para restablecer la circulación.* Había vivido en Darkover gran parte de su vida, y conocía perfectamente las señales de peligro. No había manera, ahora, de pensar en acampar al aire libre.

Simplemente, debía confiar en la neutralidad tradicional de los refugios para viajeros, y en el disfraz que llevaba. Después de todo, no había producido ninguna excitación ni ningún interrogatorio por parte de los mercaderes con los que se había cruzado antes.

Alzó sus alforjas y se dirigió al edificio principal. Casi automáticamente, se levantó el cuello de su capa para cubrirse el cuello desnudo; después, reflexivamente, lo dejó en su lugar. Su vestimenta de Amazona y el pelo corto eran la mejor protección que podía tener en esta situación; los modales y las ropas comunes de una mujer hubieran tomado insólita su aparición.

Abrió la puerta y entró a la luz de varios faroles. Había dos grupos de viajeros en el largo cuarto con piso de piedra, uno en cada extremo, en torno a las chimeneas. Cuando vio a los hombres que se hallaban cerca de la puerta, se descorazonó, casi deseó haberse quedado a pasar la noche en los bosques. Era un grupo de hombres de aspecto rudo, que llevaban capas de corte extraño, y Magda imaginó en sus ojos algo

más que curiosidad impersonal cuando todos se dieron vuelta para observar a la recién llegada.

Las leyes del camino indicaban que era Magda quien debía hablar primero. Pronunció las palabras formales, casi rituales, escuchando su propia voz, que sonó suave y casi infantil en el enorme cuarto lleno de ecos:

—Como recién llegada ruego autorización de todos aquellos que han llegado antes que yo para compartir el refugio.

Uno de los hombres, enorme y robusto, con feroces bigotes rojizo-dorados, pronunció el recibimiento formal:

—Sé bienvenida, entra en paz a este lugar neutral, y vete luego en paz.

Sus ojos se detuvieron sobre ella con una mirada que le erizó la piel. No era tan sólo que el hombre no estuviera afeitado, o que su ropa no estuviera nada limpia; eso podía atribuirse al clima malo y a los azares del viajero. Era algo que vio en sus ojos. Pero las leyes del refugio debían protegerla. Aferró sus alforjas y se internó en la habitación, más allá de los hombres. Ambas chimeneas habían sido ocupadas, pero podía hacer un fuego pequeño en el nicho de piedra que había en la pared central. Ni siquiera debía esforzarse por encenderlo, ya que podía pedir una antorcha. (Pero no, decidió, al hombre grandote de bigotes.)

En el otro extremo, cinco o seis personas se hallaban reunidas; se volvieron cuando Magda habló y una de ellas, una figura alta y delgada, casi demacrada, se acercó a ella.

—Sé bienvenida, hermana —dijo, y Magda escuchó asombrada la voz. Una voz de mujer, ronca y grave, pero indudablemente femenina—. Ven y comparte nuestro fuego.

Por los infiernos de Zandru, pensó Magda, invocando en su desazón a un dios darkovano, ¿y ahora qué?

Son Amazonas Libres.

¡Y de las verdaderas!

La mujer alta y delgada no esperó la aquiescencia de Magda.

—Soy Camilla n'ha Kyria —dijo—, y viajamos a cumplir una misión en Nevarsin. Ven, pon tus cosas aquí. —Alivió a Magda de su carga y la condujo hasta el fuego—. ¡Estás casi helada, niña! Será mejor que te quites esas cosas empapadas, si es que tienes ropa seca para ponerte; si no, una de nosotras puede prestarte algo hasta que tus cosas se sequen junto al fuego.

Señaló el sitio donde las mujeres habían colgado unas sogas y unas mantas para lograr intimidad; a la luz del farol que habían puesto allí, Magda vio claramente a la desconocida. Era alta y demacrada, con un rostro profundamente marcado por la edad, y por lo que parecían cicatrices de heridas de cuchillo, y tenía el pelo gris. Se había quitado la capa y la túnica, y sólo llevaba puesta la túnica interior bordada típica de las mujeres de Thendara; debajo de ella, su cuerpo era tan estrecho y delgado que Magda advirtió qué era: una *emmasca*, una mujer sometida, en la

adolescencia, a la ilegal operación de neutralización.

Magda se ocultó tras la cortina de mantas y se quitó la ropa húmeda, poniéndose otro par de pantalones y otra túnica seca. Se alegró de la intimidad que le ofrecían las mantas, no tanto por los rudos hombres que estaban en el otro extremo —difícilmente podrían haberla visto en el refugio en penumbras—, como por las otras mujeres. ¿Habría acertado Lady Rohana con todos los detalles de su vestimenta?

Una mujer delgada, con el pelo del exacto color de las barras de cobre recién fundido, asomó la cabeza a través de las mantas.

—Soy Jaelle n’ha Melora, líder electa de esta banda. ¿Tienes los pies congelados? —preguntó, agachándose para observar cuidadosamente los pies de Magda.

—No, no lo creo —respondió Magda, y Jaelle le tocó un pie con un dedo cuidadoso.

—No, has tenido suerte. Iba a decir que Camilla tiene algunos remedios para el congelamiento, si los necesitabas, pero creo que hasta tus mejillas están bien; saliste del viento justo a tiempo. Ponte las medias, entonces, y acércate al fuego.

Magda juntó su ropa mojada y la colgó en las sogas que las otras mujeres habían puesto para secar sus propias ropas. Sobre un pequeño enrejado, encima de un lecho de brasas, se asaban algunas aves pequeñas, y había una cacerola colgada de un gancho, donde se cocinaba una sopa humeante. Olía tan bien que a Magda se le hizo agua la boca.

—¿Podemos saber cuál es tu nombre y a qué Casa del Gremio perteneces, hermana? —dijo Jaelle.

Magda dio su alias, y dijo que era de la Casa de Temora; deliberadamente eligió la ciudad más lejana que conocía, esperando que la distancia se encargara de justificar cualquier pequeña diferencia en sus modales y en su manera de vestir.

—¡Qué noche para viajar! No creo que haya siquiera un saltamontes que se mueva entre este sitio y Nevarsin —dijo Jaelle—. ¿Has viajado desde Temora? Sin duda, tus ropas están hechas en Thendara; ese cuero y ese bordado se encuentran generalmente en las montañas de Venza.

No le quedaba más alternativa que admitirlo.

—Sí, así es —dijo Magda—, una vestimenta tan cálida que no se puede comprar en la costa... es como tratar de pescar en las Ciudades Secas. Mi patrona fue generosa al proporcionarme la ropa adecuada para el viaje... ¡Y menos mal, ya que me enviaba a los Hellers en esta época del año!

—¿Compartirás nuestra comida?

La prudencia le dictaba tener lo menos posible que ver con esas mujeres desconocidas. Sin embargo, ellas parecían dar por hecho que permanecerían juntas, y una negativa podía causar comentarios y producir sospechas. Además, la comida olía tan bien, después de días enteros de comer papilla, que parecía tonto negarse. Magda prefirió dar la respuesta cortés más usual:

—Con gusto, si se me permite contribuir con algo.

Jaelle pronunció la respuesta esperada:

—No es necesario, pero será bienvenido.

Magda fue hasta sus alforjas para buscar algunas golosinas que había llevado justamente para una ocasión como esta. La mujer que estaba cocinando aceptó los dulces con una exclamación de placer.

—También estos dulces han sido hechos en el valle de Thendara. ¡No he probado nada de esto durante años, y me temo que todas resultaremos terriblemente golosas! ¡Salvo Jaelle, que odia los dulces, como una verdadera habitante de las Ciudades Secas!

—Cierra tu tonta boca —dijo Jaelle, dirigiéndose bruscamente a la cocinera, y la otra mujer, mayor, se enfurruñó. Magda advirtió ahora que todas las otras eran mayores que Jaelle, aunque la mayoría, salvo Camilla, parecían jóvenes. *Tan joven y es líder electa; ¡estoy segura de que es menor que yo! Y bella. ¡Creo que nunca vi una mujer tan bella!*

Jaelle, al igual que el resto, usaba la informe vestimenta de las Amazonas: pantalones sueltos, túnica; pero esa ropa no llegaba a ocultar el esbelto cuerpo femenino, el delicado entronque de la cabeza rojiza erguida sobre los hombros, los rasgos delicados y pálidos y tan regulares que hubieran sido casi comunes, salvo por los ojos, que eran muy grandes y enmarcados por espesas pestañas oscuras.

—Ya has conocido a Camilla —dijo Jaelle—. Ésta es Sherna —agregó, señalando a la mujer que cocinaba—, y ésta es Rayna, y aquélla es Gwennis. Y en unos minutos, tendremos lista la comida. Oh, hay dos letrinas en este refugio; hemos tomado ésta —señaló— para nuestro propio uso, de modo que no necesitas pasar entre los hombres para... —Pronunció, con total desparpajo, una palabra que Magda jamás había oído en boca de una mujer darkovana; sólo la había visto en los libros de texto, pues ningún hombre la habría utilizado delante de ella.

Será mejor que no hable mucho. Entre ellas, al menos... ¡no usan los eufemismos que se consideran corteses para las mujeres!

Advirtió, también, que fuera de la letrina que las mujeres habían tomado para sí, pendía un burdo signo que prohibía la entrada a los hombres. La antropóloga entrenada que había en ella elaboró otra suposición: *Esperan que sepa leer. Y algunas de ellas, al menos, saben escribir.* También eso le resultó bastante sorprendente.

—Vamos, ven a comer —dijo Sherna, sirviendo sopa caliente en la taza de Magda; luego dividió una de las aves asadas y le alcanzó una parte. Al igual que las otras, Magda se sentó sobre unas mantas para comer. Se ordenó no estar nerviosa; muchas veces antes había comido en compañía de darkovanos.

La Amazona que Jaelle le había presentado como Gwennis —Magda supuso que tendría alrededor de treinta años, una bonita mujer que llevaba una túnica de lienzo azul—, preguntó:

—¿Podemos conocer la naturaleza de tu misión, Margali, si no es secreta?

Magda había empezado a sospechar que esta clase de cortés interrogatorio era

usual entre bandas de Amazonas que no se conocían. En cualquier caso, tras haber aceptado la invitación a compartir fuego y comida, no podía confinarse en un silencio descortés. *Fui una condenada tonta. Debí haber acampado en los bosques.* Pero, más allá de las paredes del refugio, todavía podía escuchar el aullido de la tormenta, que la desmentía.

—No es secreta, pero es un asunto de familia de mi patrona.

Rayna, una mujer alta y esbelta, con el pelo tan ondulado que se encrespaba en torno a su cabeza como si fuera un halo a la luz de las llamas, dijo:

—¿Y sin duda te sentirás orgullosa de darnos su nombre?

Lady Rohana previó esto. Bendita sea; nunca me hubiera atrevido a dar su nombre sin su autorización.

—Es mi privilegio servir a Lady Rohana Ardais en una misión a Sain Scarp.

Camilla, que se hallaba sentada junto a Jelle, apretó los labios y echó un vistazo rápido a los hombres de aspecto rudo, que estaban ahora sentados en torno a su propio fuego, engullendo comida directamente de una marmita.

Magda pensó: *¿Podrán ser bandidos? ¿Será posible que sean de Sain Scarp?* La idea le produjo otra «corazonada»; no escuchó que Jelle le hablaba y le pidió que le repitiera lo que le había dicho.

—Dije: ¿la señora Rohana sigue tan inválida por aquella caída del caballo? ¡Pobre anciana, y tan pronto después de perder a su esposo, además... qué tragedia!

Al cabo de un momento de incredulidad, Magda advirtió lo que estaba ocurriendo. Sólo podía actuar con audacia. Dejó su plato haciendo despliegue de orgullo herido.

—Has tenido noticias más recientes que yo, o me estás probando, *hermana* —dijo, pronunciando el apelativo usual con mucha ironía—. La última vez que vi a la señora Rohana estaba fuerte y saludable, y llamarla anciana hubiera sido un grave insulto; no creo que tenga más de veinte años más que yo. En cuanto a su esposo —exploró rápidamente su memoria en busca del hombre—, no he tenido el privilegio de conocer a dom Gabriel, pero ella dijo que estaba vivo y en buen estado de salud. ¿O acaso hay en los Dominios otra Lady Rohana, a quien no he tenido el privilegio de conocer y servir?

El adorable rostro de Jelle mostró ahora una expresión perturbada y contrita.

—No debes enojarte conmigo, Margali —dijo—. Lady Rohana es mi parienta, y la única que ha sido amable con la desgracia de la familia. Como imaginarás, su honor me es muy preciado, y jamás permitiría que se utilizara su nombre sin permiso. Te ruego que me perdones.

—Será mejor que veas el salvoconducto que llevo —dijo Magda, secamente.

—Oh, por favor —y Jelle parecía mucho más joven—, ¡no te molestes! Sherna, sírvele un poco de vino. Bebe con nosotras, Margali. ¡No te enojés!

Magda aceptó el vino, mientras el sudor invadía las palmas de sus manos; se las secó furtivamente en la túnica. *Es mi mala suerte. Pero me las arreglé. ¿Qué más me*

echarán encima? Sorbió el vino, masticando unos dulces y unas nueces que Rayna hacía circular; habían sido especiadas, y advirtió que Jaelle, que no había aceptado las golosinas de Magda, comía las nueces especiadas con gran placer.

Es joven. ¡Pero mejor que no la subestime!

Un estallido de ruidos procedente de los hombres de la otra chimenea la interrumpió, y ella se dio la vuelta para observarlos. Estaban bebiendo mucho, pasándose una botella y riendo ferozmente, con tanta fuerza que ahogaban el aullido de la tormenta. Trató de escuchar, pensando: *Si son de Sain Scarp, tal vez sepan algo de Pedro...*

La mano de Camilla se cerró sobre su muñeca como un cepo, Magda casi gritó de dolor.

—Qué vergüenza —exclamó la vieja Amazona, con una voz que cortaba como un cuchillo—. ¿Es así como enseña a comportarse a sus hijas la Casa de Temora, muchacha desvergonzada, mirando a los hombres como si fueras una ramera de la calle? ¡Dales la espalda, mocosa maleducada!

Magda liberó su mano de un tirón de esos viejos dedos acerados. Sus ojos se llenaron de lágrimas de ultraje y humillación.

—Sólo me preguntaba si serían bandidos... —susurró.

—Sean lo que fueren, no son nada para nosotras —dijo la mujer mayor con tono firme y definitivo. Magda se frotó la muñeca, preguntándose si no le quedaría marcada.

Estoy haciendo todo mal. Será mejor que mantenga la boca cerrada y me vaya a la cama tan pronto como pueda.

Se tendió sobre sus mantas, fingiendo dormir. Siguieron las risas y los cantos de los borrachos. Alrededor del fuego de las mujeres se llevaba una conversación más suave, algunas risas y bromas tranquilas... Estaban haciéndole bromas a Sherna sobre algo que había ocurrido durante la fiesta del solsticio de verano. Magda no comprendió nada del asunto. Las mujeres impermeabilizaron sus botas de gamuza cortas, acomodaron sus alforjas, limpiaron los utensilios de cocina y empezaron a aprestarse para irse a dormir.

Alguien dijo:

—Me gustaría que Rafi estuviera aquí con su arpa; ¡sería mejor una canción que todo ese barullo! —Lanzó una mirada rápida de soslayo, sobre el hombro, a los borrachos de la otra punta pero, según advirtió Magda, no se dio vuelta para mirarlos. ¿La etiqueta de las Amazonas?

—Rafi estaba conmigo cuando castigamos a esas dos mujeres en la ciudad de Thendara —dijo Camilla—. ¿Las recién llegadas, tú, Sherna, tú, Rayna, no os enterasteis? Tú, Margali, que vienes de Thendara, ¿no te has enterado de la historia en el mercado?

—¿Qué historia? —dijo Magda, que no podía fingir dormir tan profundamente como para no responder.

—¿Tampoco tú sabes nada? Bien, nos enteramos de que en la Jaula Dorada... ¿Conoces la Jaula Dorada? —preguntó, esperando hasta que Magda asintió.

La Jaula Dorada era un famoso burdel que no estaba lejos de la Zona Terrana; Magda sabía que allí concurrían asiduamente los hombres del espacio y a veces algunos turistas del Imperio.

—Nos enteramos de que dos «animadoras» —y pronunció irónicamente el término cortés— se habían cortado mucho el pelo y realizaban una exhibición particularmente indecente... estoy segura de que todas podéis imaginar los detalles... que era anunciada como «Los secretos amorosos de las Amazonas Libres». Así que Rafaella y yo...

—Querida tía —dijo Jaelle, bostezando—, sé desde los catorce años, y todas las demás también lo saben, que hay en este mundo amantes de las mujeres, y que hay falsas amantes de mujeres, y que algunos hombres no tienen nada mejor que hacer con su virilidad que no sea permitirse perversas fantasías sobre ellas. ¿Crees que estamos tan aburridas como para que debas entretenernos con historias sucias, mi querida Camilla?

—¿Entonces no sabéis cómo castigamos a esas perras por fingir ser Amazonas y colmar nuestro nombre de desgracia y escándalo? ¿No lo adivinas, Margali?

—No —dijo Magda, que no confiaba lo suficiente en sí misma como para agregar algo más. *Esto es un relato en mi beneficio. De alguna manera me he delatado. Esa vieja emmasca tiene ojos de águila.*

Camilla prosiguió, saboreando las palabras, mientras sus ojos se demoraban sobre Magda.

—Bien, Rafi y yo fuimos allí de noche, cuando el despreciable público se había marchado, llevamos a esas perras desvergonzadas a la plaza principal, las desnudamos y les afeitamos la cabeza hasta dejarlas calvas como un huevo, y también sus partes privadas, y les pusimos alquitrán, y después aserrín.

—Lástima que no estuve allí —dijo Jaelle, con ojos que centelleaban de placer salvaje—. ¡Les hubiera acercado una antorcha y las hubiera contemplado arder!

—Oh, bien, las dejamos en ese estado para que los guardias las encontraran; no creo que después de una vergüenza semejante hayan vuelto a fingirse Amazonas para hacer su sucio numerito. ¿Qué te parece, Margali?

Magda trató de que su voz sonara firme, pero tenía un nudo en la garganta, y sabía por qué: terror ciego.

—Probablemente no lo hicieron más, pero siempre he oído decir que una *grezalis* se dedica a su comercio porque es demasiado estúpida para aprender algún otro oficio, así que tal vez la lección no les haya servido de mucho.

—Fuiste demasiado dura con ellas —dijo Sherna—. Yo le hubiera dado ese trato al sucio pervertido que manejaba el lugar. Fue él quien puso en escena ese repugnante espectáculo; no era culpa de las mujeres.

—Por el contrario, pienso que recibieron poco castigo —dijo Jaelle—.

Avergonzar a esas mujeres es inútil; si tuvieran vergüenza, jamás hubieran estado en esa situación.

—Todas las mujeres no se convierten en rameras por propia voluntad — argumentó Sherna—; ¡de alguna manera tienen que ganarse la vida!

—Siempre hay alguna alternativa —dijo Camilla, con voz cortante como una espada. Y eso acabó con todos los comentarios.

Magda, observando el sombrío rostro de la anciana, volvió a preguntarse: *¿Qué clase de experiencia puede hacer que una mujer se odie tanto a sí misma como para que la neutralización le parezca preferible a la posibilidad de conservar algún rastro de la función femenina?* La operación de neutralización era ilegal en Darkover desde hacía siglos, pero ni siquiera la más estricta vigencia de las leyes había logrado desterrarla por completo.

Jaelle volvió a bostezar, pidiendo a Rayna, que era la más alta, que apagara el farol. Otra de las mujeres se ocupó del fuego, para que algunas brasas se mantuvieran encendidas toda la noche. Magda apoyó la cabeza sobre las alforjas, imitando a las demás, y puso el cuchillo que llevaba en su bota cerca de su cabeza.

Ahora que parecía haber pasado el peligro y había cedido el miedo a ser descubierta, se encontró más alegre. Había aprendido más sobre las Amazonas Libres en una noche que lo que doce años en la zona darkovana le habían podido enseñar a todos los agentes. Estaba segura, porque antes de dejar su puesto había leído todo lo que se sabía acerca de ellas, incluyendo el folklore, los rumores y las bromas sucias, y todo eso cabía en un impreso del tamaño de su mano. *Si salgo de ésta, tendré algo de qué jactarme por el resto de mi vida: pude pasar una noche entera con ellas sin ser descubierta.*

Una tras otra, las Amazonas se quedaron dormidas. La vieja Camilla roncaba suavemente. Sherna y Gwennis, acostadas lado a lado, hablaron en susurros durante algunos minutos, y luego se durmieron. Magda, a pesar del largo día de cabalgata, estaba demasiado cansada y tensa como para dormir. El ruido procedente del otro fuego no se atenuó, sino que creció; Magda se preguntó si no sería deliberado, una manera de expresar la hostilidad que los hombres no se atrevían a demostrar abiertamente. Había charlas en voz muy alta, cantos de borrachos, algunos de ellos de naturaleza tan procaz que Magda supuso que jamás hubieran sido entonados directamente delante de ninguna mujer que tuviera la más pequeña pretensión de respetabilidad.

Escuchó durante un rato, después se aburrió y empezó a irritarse. ¿No había leyes que regularan el uso educado de los refugios, que determinaran hasta qué hora un grupo podía seguir haciendo barullo cuando compartía el refugio con otro grupo de viajeros? Maldición, ¿seguirían haciendo tanto ruido toda la noche? Era sorprendente que las Amazonas lo toleraran, pero era evidente que su código les impedía reparar siquiera en el grupo de hombres.

Los cantos terminaron; hubo un breve alboroto, se produjo una disputa, luego

acallada, y en otro alboroto Magda oyó que los hombres decían en voz muy alta: «... prisionero en Sain Scarp...»

Magda se puso tensa, esforzándose por escuchar aunque sólo fuera una sola palabra más, pero el alboroto de los hombres borrachos se lo impidió. *¡Sabes algo de Peter! ¡Si al menos pudiera escuchar!*

Entremezclada en la conversación, le pareció distinguir la palabra Ardais —no podía estar segura— y se decidió. ¡Debía escuchar! Todas las Amazonas dormían ya. Se deslizaría muy silenciosamente junto a la pared... Se había desvestido parcialmente; se incorporó y se puso los pantalones y la túnica interior en la oscuridad; se libró silenciosamente de las mantas y se deslizó descalza junto a la pared, oculta por las sombras. Pudo ver que Jaelle dormía boca abajo como una niña, con la cabeza apoyada sobre un brazo doblado. Magda fue en puntillas hasta el otro extremo de la habitación, conteniendo en aliento; su recompensa fue escuchar que uno de los hombres decía: «... ese cachorro de Ardais...» y luego «... lo enviará de regreso a mitad del invierno...»

—¿Y qué respuesta dio la dama?

—¿Crees que me dice tantas cosas? Todo lo que sé... —Pero la continuación fue ahogada por un estallido de risas, y después uno de los hombres se puso en guardia.

—¿Qué fue eso?

—Rata o ratón, probablemente. Pásame la jarra, tú...

Magda se quedó petrificada, pero el primero se incorporó, caminando súbitamente hacia el sitio en el que ella se encontraba, oculta en las sombras; Magda giró para escaparse, perdió pie y cayó de boca. Por encima de ella escuchó una tremenda carcajada. Al instante siguiente, unas manos duras cayeron sobre ella y sintió que la alzaban en vilo y la llevaban hasta el centro del círculo de hombres.

El que la sostenía la puso de pie, gruñendo audiblemente:

—Alguna rata o ratón, ¿eh, Jerral?

Magda vio que su captor era el hombre grandote, de bigotes, el que la había atemorizado en cuanto entró al refugio. Se inclinó hacia ella, levantándole el mentón con una mano grande como un jamón.

—¿Cansada de dormir sola, *chiya*? —Usó la palabra por «muchachita», que en la intimidad familiar es afectiva; fuera de ella, es despectiva—. ¿Quién de nosotros te interesa, eh? Apuesto a que soy yo, ya te vi mirarme antes.

Magda trataba locamente de recuperar el aliento, de pensar. ¡No quería, no podía luchar con esos hombres, ni implorarles piedad!

—Sí, todos nosotros hemos oído hablar de las Amazonas Libres —dijo un hombrón de barba negra, dándole un codazo en las costillas al captor de Magda—. ¡Despertemos a las otras para que se unan a la fiesta! ¿Qué te parece, conejita, viniste aquí para ver si teníamos un trago para ti?

Oh, Dios, ¿qué he hecho? Soy responsable de haber roto la paz del refugio, si es que he involucrado a las otras en esto, si he hecho que estos hombres piensen que...

Furtivamente buscó su cuchillo y advirtió, horrorizada, que lo había dejado junto a sus alforjas.

—¿Qué ocurre, *chiya*? ¿Te has quedado sin habla? Bueno, muy pronto te haremos soltar la lengua —dijo el grandote que la había atrapado, y ella sintió su aliento fétido y caliente en la cara, y el maligno y pinchudo bigote que le raspaba la mejilla. Él le desgarró la túnica de un tirón.

—¡Eh, además es bonita! Deja de protestar, Rannar, ya te tocará el turno, pero yo atrapé a ésta. ¡Si quieres una chica, ve y despierta a otra!

Pasó sus manos sobre el cuerpo desnudo de la joven. Ella se soltó, lo tomó del brazo y trató de hacerle una llave de judo; él se hizo a un lado, profiriendo un grito burlón.

—¡Eh, bonita, yo sé un truco cien veces mejor que ése! ¿Así que también sabes luchar? Verdaderamente podemos divertirnos un rato con ella —dijo, burlón. Magda tenía los brazos insensibles.

¿*Qué me ocurre?* Sintió que él la tomaba del hombro, retorciéndoselo con crueldad; no pudo contener un grito de dolor.

—Ahora basta de tonterías, preciosa. Sé una buena chica y no te haremos daño, no, no te haremos ningún daño —masculló, pasando sus manos calientes por encima de los pechos de ella. Magda lo abofeteó duramente en la boca; retrocediendo, furioso, borracho, le asestó un golpe que la lanzó al suelo, casi desmayada.

—¡Maldición, perra, nada de eso! ¡Sujétala, Rannar...!

Ella luchó y se debatió, jadeante, en silencio por miedo a hablar y que se le escapara alguna palabra en terrano estándar. Los hombres se apiñaron a su alrededor, lanzando gritos de aliento al hombre que la retenía. Magda había recibido entrenamiento en combate sin armas desde los dieciséis años; trató de recobrar el aliento, de reunir la fuerza necesaria para dar un golpe efectivo, pero descubrió que la tenían aprisionada con demasiada fuerza.

¿*Por qué no puedo defenderme?* ¿*Cómo he llegado a esto?* De repente, del mismo modo en que se dice que un ahogado ve toda su vida en un solo pantallazo, supo la respuesta.

Durante años, me he condicionado psicológicamente para actuar como una muchacha darkovana común. Y éstas son demasiado tímidas para luchar... esperan que los hombres las protejan. Estoy condicionada para eso, y así cancelé mi entrenamiento de agente terrana...

Empezó a gritar casi sin darse cuenta...

Súbitamente, una luz centelleó ante los ojos de Magda; una antorcha cayó, cegando al hombre que la retenía. Éste retrocedió, aullando. Entonces hubo lo que parecía una docena de cuchillos desnudos y apuntando hacia los captores de la joven.

—Soltadla —dijo una voz baja y firme; Magda vio el rostro de Jaelle por encima de la antorcha. El hombre que la había apresado retrocedió; Magda empujó al otro, se liberó y se puso de pie, envolviéndose con su túnica rasgada. El hombre de los bigotes gritó algo obsceno y corrió hacia delante, aferrando su espada; hubo un centelleo de aceros, un choque, un aullido y el hombre cayó, tocándose un muslo desgarrado por un cuchillo. Magda vio sangre en la hoja de Jaelle. Una de las mujeres ayudó a la joven a cubrirse con su ropa rasgada, mientras los hombres se apiñaban, mascullando.

—Cuidado —dijo Gwennis, secamente; las mujeres retrocedieron con los cuchillos formando una muralla ante ellas. Magda, arrojada a un lado, observó el lento y sombrío avance de los bandidos, la feroz barricada de los cuchillos de las mujeres. Todo parecía terriblemente claro mientras ella esperaba el choque: las rudas caras amenazantes de los hombres, los rostros igualmente decididos de las mujeres, la luz de la antorcha, los oscuros haces de sombra, hasta el diseño del suelo de piedra parecieron grabarse para siempre en su memoria. Más tarde no pudo saber cuánto había durado esa espera, clara, enfocada —parecieron horas, días— del choque inevitable, el entrechocar de las espadas, mientras la tensión aumentaba y aumentaba. Tenía deseos de chillar. *Oh, no lo hagáis, no lo hagáis, yo no quería...* y alzó una mano para cubrirse la boca y no gritar.

Entonces uno de los hombres lanzó un obsceno juramento, dejando caer la espada.

—Al infierno con todo esto. No vale la pena. Bajad los cuchillos, muchachas. ¿Paz?

Ninguna de las mujeres se movió, pero el jefe de los bandidos —el hombrón de barba negra que había sostenido a Magda— hizo una seña a sus hombres, quienes uno a uno bajaron sus espadas. Cuando el último acabó de hacerlo, las mujeres se relajaron lentamente, dejando caer la punta de sus cuchillos en dirección al suelo de piedra.

—Habéis roto la paz del refugio al poner las manos sobre una de nosotras —dijo Jaelle—. Si informo de esto a alguna patrulla todos seríais declarados fuera de la ley, y cualquiera podría mataros durante un lapso de tres años. —La extraña belleza de su rostro a la luz de la antorcha, con el pelo cobrizo como un halo en torno de sus pálidas facciones, hacía un extraño contraste con la dureza de sus palabras.

—No lo harás, ¿verdad, *mestra*? —dijo el jefe de los bandidos, borracho—. No estábamos haciéndole ningún daño.

—Todas pudimos ver cuán satisfecha se sentía ella con esas atenciones —dijo

Jaelle secamente.

—Diablos, ella fue quien vino a nosotros —dijo el hombre de bigotes—, ¿cómo podíamos saber que no estaba buscando un rato de diversión?

La herida del muslo del individuo todavía sangraba, pero Magda pudo ver ahora que no era profunda: dolorosa tal vez, y humillante, pero no invalidante ni peligrosa. Jaelle ni siquiera había intentado matarlo.

Ahora la joven se volvió hacia Magda; sus ojos resplandecían como fuego verde a la luz de la antorcha, y Magda se sintió enferma de miedo y vergüenza. *Soy responsable de todo esto.*

—¿Fuiste a ellos por tu propia voluntad? ¿Buscabas, como dice él, un poco de diversión?

—No. No lo hice —dijo Magda en un susurro. Apenas si podía escuchar su propia voz.

—Entonces... —la voz de la líder de las Amazonas era cortante como un latigazo—, ¿qué estabas haciendo para que ellos pudieran pensar que era así?

Magda abrió la boca para decir «Quería escuchar lo que estaban diciendo», pero se interrumpió antes de pronunciar una sola palabra. Camilla se lo había advertido: espiar a los hombres no era la conducta apropiada de una Amazona. No podía ser la desgracia de estas mujeres, que la habían protegido sin tener ninguna obligación de hacerlo; no podía hacer caer sobre ellas la vergüenza ni el menosprecio. La habían aceptado, dándole comida y compartiendo el fuego; vestida como Amazona, ella había violado uno de sus más estrictos códigos de conducta. Ahora sabía que debía mentir, rápido y bien, con una mentira que no involucrara a las Amazonas en su mal gesto.

—Tuve... tuve un calambre —dijo con voz temblorosa—, y en la oscuridad fui hacia el lado equivocado, buscando la letrina. Cuando vi que me había equivocado, traté de retirarme antes de que me vieran, y me resbalé y caí.

—¿Veis? —dijo Jaelle a los hombres. Sus ojos recorrieron el rostro de Magda.

Sabe que estoy mintiendo, por supuesto. Pero sabe por qué. Eso era todo lo que podía hacer para enmendar su error.

—Habéis quebrantado la paz del refugio —dijo Jaelle—, y eso tiene una pena de tres años sin protección de la ley. Y habéis intentado violar a una mujer aquí, y por eso nuestra pena es la castración. Sois afortunados porque vuestro hombre no tuvo éxito. Y ahora, reunid todas vuestras pertenencias y marchaos. Según la ley, no debemos compartir el refugio con delincuentes fuera de la ley, ni con violadores.

—¿Con esta tormenta, *mestra*? —dijo Barbanegra, y la consternación que mostraba su voz de ebrio fue realmente cómica.

—Deberíais haber escuchado la voz de la tormenta antes de quebrar la paz del refugio —dijo Jaelle, con voz tan dura como la piedra—. ¡Fuera, vamos, como los sucios animales que en realidad sois! ¡Y si uno de vosotros llega a poner un pie en el umbral mientras aún estemos aquí, juro que le cortaré los *cuyones* y los asaré sobre el

fuego! —Hizo un gesto con el cuchillo—. ¡Fuera! ¡Basta de charla! ¡Fuera!

Torpemente, borrachos, mascullando obscenidades, juntaron sus pertenencias; gruñendo y furiosos, pero ante el brillo de los cuchillos de las mujeres, ante su espera masiva e imperturbable, se marcharon. Cuando la puerta se cerró detrás del último, Jaelle habló.

—Rayna, Gwennis, vigilad que no molesten a nuestros caballos y que no se metan con nuestra carga. —Entregó la antorcha a Sherna y se acercó lentamente a Magda—. Tú. ¿Estás herida? ¿Hicieron algo más grave que desgarrarte la ropa y manosearte?

—No. —Los dientes de Magda entrechocaban entre sí a causa de la conmoción y la reacción. *He engañado en todo. A las Amazonas, por haberme comportado de manera impúdica con los hombres. He fracasado en la misión que me trajo, por no saber que por espiar me arriesgaba a tanto.* Se sentía enferma, avergonzada, exhausta por la violencia de sus emociones.

Jaelle la rodeó con un brazo, sosteniéndola. El gesto no fue amable, sino de desprecio.

—¡Que alguien le dé un poco de vino antes de que acabe por caerse desmayada a nuestros pies! —dijo.

La acomodó sobre un banco; Camilla le llevó una copa a los labios. Magda la rechazó.

—No quiero...

—¡Bebe, maldita seas! —Camilla la obligó a tragar; Magda tragó, se ahogó, volvió a tragar.

—¡Tú! —dijo Camilla con furia—. ¡Te lo advertí, perra! ¿Quién te dejó salir de la Casa del Gremio en este estado, sin saber cómo comportarte? Si no hubieran estado borrachos como monjes en la fiesta de solsticio de invierno, hubiera estallado una pelea, y todas podríamos haber sido violadas, o asesinadas. ¡Mereces una buena paliza, y que te enviemos de nuevo a la Casa del Gremio!

Sherna había vuelto a encender el fuego; las otras regresaron del establo.

—Se han marchado —informó Rayna—, y que tengan buen viaje. Espero que se congelen en la tormenta.

Jaelle estaba de pie, dando la espalda al fuego, con aspecto formidable. Camilla hizo que Magda se adelantara hacia ella.

—Jaelle, tú eres nuestra líder electa; a ti te corresponde ocuparte de ella. ¡Si tú quieres, le pegaré hasta que brote sangre, y será un placer!

—Suéltala, Camilla —ordenó por fin Jaelle—, si decido que debe ser golpeada, yo misma puedo hacerlo. Bien —dijo dirigiéndose ahora a Magda—, ¿qué tienes que decir en tu defensa?

Todavía no ha terminado. Debo seguir fingiendo.

—Tú no eres mi líder elegida —replicó en un estallido desafiante—. ¿Acaso te debo alguna explicación de mi conducta?

—Podrías habernos involucrado a todas con tu estupidez, con tu falta de criterio... ¡o lo que haya sido! —le espetó Jaelle, furiosa—. ¿Cuál es una de nuestras reglas básicas? ¡Nunca te metas en algo de lo que no puedas salir! Nadie fuerza a una mujer a una situación de peligro, pero si te has expuesto a algún riesgo, debes afrontarlo. ¡Ahora has confirmado una de las sucias historias que cuentan de nosotras, que sólo combatimos en grupo y que nunca nos enfrentamos limpiamente a nuestros enemigos! Sí, maldita seas, creo que me debes una explicación, y no sólo a mí... a todas nosotras.

Eso era justo.

—Oí parte de lo que estaban diciendo —dijo honestamente—, y me pareció que tenía algo que ver con el asunto que me trajo hasta estas montañas. Me pareció que tenía que escucharlos.

Jaelle reflexionó por un momento, frunciendo el ceño. Magda advirtió, incongruentemente, algo que no había visto hasta ese mismo momento; Jaelle, que estaba allí de pie tan segura y confiada, no llevaba puesta más que su ropa interior. Todas ellas estaban igual. Y en algún lugar de su mente, la antropóloga entrenada, nunca fuera de servicio, tomaba notas: *De modo que eso es lo que las Amazonas Libres usan como ropa interior.*

Camilla habló con aspereza.

—No la escuches, Jaelle. ¿Botas de hombre, con un cuchillo en ellas? ¿Y quién la dejó salir de la Casa del Gremio en este estado, para desgracia de todas? Cualquiera muchacha de la Casa del Gremio, incluso a los quince años, sabría cómo defenderse de una violación, aunque estuviera desarmada. ¡Aquí hay algo raro!

—Sí, muy raro —asintió Jaelle—. Alguien ha sido irresponsable al dejarla andar sola por ahí sin saber todavía cómo debía comportarse. Avergüenzas a quien sea que te haya tomado el juramento —le dijo a Magda—. ¿Quién fue? ¡Danos su nombre, ella es responsable de tu conducta!

¡Que Dios me ayude, ahora sí que estoy atrapada! Bien, esa mujer está muerta, me lo dijo Rohana, de modo que no meteré en problemas a ninguna persona viva.

—Hice el juramento ante Kindra n'ha Mhari —dijo.

—¡Mientes! —Jaelle alzó el brazo y dio a Magda un bofetón que la hizo tambalear. Volvió a cruzarle la cara—. ¡Mientes, perra! —dijo temblando—. Kindra n'ha Mhari fue mi madre adoptiva; viví con ella siete años antes de su muerte, y conozco a cada una de sus ahijadas de juramento por su nombre y personalmente. ¿Cómo te atreves a calumniar a una mujer muerta? ¡Mientes, mientes, mientes!

A Magda le dolía la cabeza por los golpes. ¿Y ahora qué? ¿Ahora qué?

La anciana Camilla acercó su rostro al de Magda; estaba pálida y temblaba.

—Si fueras un hombre, te retaría a duelo. Kindra n'ha Mhari me acogió cuando yo estaba sola y desesperada; ¡he sido miembro de su banda durante treinta años, y la amaba como si fuera mi hermana melliza! ¡No sé quién eres, ni qué eres, que te atreves a utilizar su nombre, pero no volverás a hacerlo! Rayna, Gwennis, buscad en

sus alforjas; ¡veremos si hay en ellas algo que nos dé la clave de quién es esta sucia perra impostora!

Rayna empezó a revisar las pertenencias de Magda a la luz de la antorcha. Finalmente, extrajo el salvoconducto y se lo extendió a Jaelle.

—Lleva el nombre y el sello de Lady Rohana. Está falsificado, sin duda, pero será mejor que lo veas, Jaelle.

Jaelle lo hizo girar entre sus manos con curiosidad, lo acercó a la luz para ver mejor.

—Enciende el farol, Rayna, necesitaremos luz para cualquier cosa que vaya a ocurrir —dijo—. No puedo leer en esta penumbra.

Cuando el farol fue encendido se quedó examinando el documento durante cierto tiempo y finalmente habló.

—No es falso —confirmó—. Conozco la letra de mi parienta perfectamente bien, y el sello es genuino. —Leyó en voz alta—. «... Se requiere de aquellos que deben lealtad al Dominio de Ardais que ayuden tanto como puedan...»

—Robado —dijo Camilla, mientras su boca hacía una mueca despectiva.

—No, porque tiene su nombre y una buena descripción de ella. —Fue hasta Magda y le entregó el salvoconducto—. ¿Verdaderamente mi parienta te dio esto?

—Así es.

—Nada ni nadie puede obligar a Rohana a hacer algo que no desee hacer —dijo Jaelle—, y nunca supe que prestara su nombre para alguna maldad. ¿Verdaderamente estás cumpliendo una misión en su nombre?

Magda asintió.

—Pero no eres una Amazona, ¿verdad? —Prosiguió Jaelle—. ¿Cómo fue que te hiciste pasar por una, Margali... si ése es verdaderamente tu nombre?

—Es el nombre que me dieron cuando era niña. —Magda parpadeó, y por un momento temió echarse a llorar. Pero siguió hablando con firmeza—. Mi misión es honorable, y fue Lady Rohana quien me sugirió que me vistiera y comportara como Amazona. —Alzó la cabeza, aún dolorida por los golpes de Jaelle—. ¡No he avergonzado a nadie! De haber evitado este campamento, no hubiera ocurrido nada; pero en medio de esta tormenta, no quería dormir al aire libre.

—No —dijo Jaelle—, apenas si escapaste del congelamiento. De modo que creíste que podías pasar la noche con nosotras sin delatarte...

—Y después me pareció que esos hombres sabían algo de gran importancia para mi misión. Algo tan importante que nada más parecía importar.

—¿Por qué usas botas de hombre? ¿Sólo por ignorancia?

—Lady Rohana me proporcionó las botas —dijo Magda—, pero a mí no me parecieron mal.

Camilla soltó repentinamente una carcajada.

—Le dije a Lady Rohana que su ignorancia de nuestras costumbres causaría problemas alguna vez... ¡pero ocurrió muchos años después de lo que creía! Bien,

tenía buenas intenciones, supongo que si no te hubieras encontrado con Amazonas verdaderas podrías haber pasado, sin duda, por una de nosotras.

—¿Pero no tenías miedo de viajar por los Hellers, sola y con el invierno tan próximo? —preguntó Jaelle con curiosidad.

Unas pocas horas antes, Magda hubiese dicho «No, no tenía miedo». Ahora, tras haber experimentado el miedo, fue más honesta consigo misma.

—Tenía miedo, sí. Pero me parecía que mi misión era más importante que el miedo.

Por primera vez, los ojos de Jaelle parecieron más amables.

—¿De modo que creíste que la ropa de Amazona te protegería? Bien, el disfraz casi nos engañó, por un rato, y me parece que en general trataste de conducirte de manera que no avergonzaras nuestra vestimenta ni nuestro nombre. Pero ¿por qué se te ocurrió emprender sola esta misión, muchacha? ¿No había ningún hombre a quien pudieras recurrir, ningún pariente, padre o tutor, señor o guardián? ¿Cuál es la misión que te hizo viajar sola?

Como no se le ocurrió ninguna idea mejor, Magda dijo la verdad, o al menos tanto como se atrevió.

—Un pariente cercano... (*Un esposo es un pariente, maldición, al menos por matrimonio...*) está prisionero en Sain Scarp, y se pide un rescate; si no se entrega ese rescate para el solsticio de invierno, será torturado y asesinado.

—¿Y ningún hombre de tu familia ni de tu casa quiso ayudarte? No lo comprendo —dijo Jaelle—. Si tenías derecho a recurrir a Lady Rohana, también tenías derecho a recurrir a su esposo o a sus hijos.

—No tenía derecho a recurrir a Lady Rohana —dijo Magda con firmeza—. Ella me ayudó por pura amabilidad y caridad, porque no tenía quién me ayudara.

—Ah, eso es típico de ella —dijo Jaelle—. Ningún perro herido llegó en vano hasta su puerta. —Suspiró y bostezó, cubriéndose la boca con una mano pequeña, tan graciosa que era difícil creer que había herido a un hombre y golpeado a Magda con esas mismas manos pequeñas—. Bien, no soy tu guardián, y tus asuntos no son cosa mía; normalmente, me sentiría obligada a ayudar a cualquiera que estuviera bajo la protección de mi parienta. Pero hay un punto más serio en esta cuestión. Me parece, verdaderamente, que has demostrado tener un espíritu casi digno de una genuina Amazona, al aventurarte sola en los Hellers a esta altura del año, en vez de llamar a algún hombre para que te protegiera. Fuiste estúpida, sí, fuiste desafortunada; pero si la estupidez fuera un crimen, la mitad de la raza humana sería castigada a cada momento y... ¿cómo dice el proverbio? *Si la mala suerte fuera queso, las granjeras estarían sin empleo*. De todos modos —frunció el ceño—, no se le puede permitir a nadie que se disfrace de Amazona Libre. ¡Camilla nos ha contado cómo fue castigado ese disfraz!

Magda se estremeció, pero se obligó a hablar con audacia.

—Tú misma lo has dicho: no hice nada que os avergonzara. Y sé que a Lady

Rohana se le permitió viajar con tu banda, vestida como una de vosotras.

—Es cierto. Pero la ley exige que, antes de esa autorización, la mujer en cuestión tenga el permiso de la líder electa, y el consentimiento de cada una de las mujeres que deban viajar en su compañía.

—Entonces, dame ese permiso —desafió Magda, y Jaelle esbozó una sonrisa inesperada.

—Desearía que las leyes del Gremio lo permitieran —dijo a media voz—. Es una verdadera lástima que Rohana no sepa cuán inflexibles son esas leyes. Si me hubiera mandado a buscar, si hubiera pedido esa autorización antes de tu aparición vestida de Amazona, creo que... —Suspiró—. Bien, la ley no me autoriza a darte permiso después de haber invadido la intimidad de mis mujeres con tu disfraz; sin saberlo, tal vez, ignorando que cometías un delito, pero de todos modos la has invadido. Hubo una época, y si no estamos alerta tal vez vuelva a repetirse en Darkover, en que éramos constantemente invadidas por enemigos, espías que procuraban aprender algo acerca de nuestras modalidades y puntos débiles, o que querían andar por ahí difamándonos para nuestro perjuicio. La pena para un hombre que nos invada, disfrazado, es la muerte o la mutilación, y podemos elegir entre ambas según las circunstancias. Para una mujer, el castigo es siempre el mismo: antes de partir, la mentira debe convertirse en verdad. Quiero decir que debes hacer el juramento de las Amazonas Libres, aquí y ahora.

La primera reacción de Magda fue: *Oh, ¿eso es todo?* Jaelle detectó el alivio en el rostro de la otra, pero su voz se endureció.

—No te atrevas a tomarlo con ligereza —dijo—, pues si juras, y más tarde traicionas tu juramento, cualquier Amazona Libre de Darkover puede matarte; ¡eres mujer muerta en el mismo momento en que asomes tu nariz por esa puerta!

A Magda se le ocurrió, súbitamente: *Un juramento hecho bajo coacción no es válido.* Ésa era la Magda terrana; al instante, Margali, la muchacha de Darkover, que había crecido en Caer Donn absorbiendo ese estilo de vida, los códigos, las creencias de sus compañeros darkovanos con más intensidad que los de sus padres, pensó: *No puedo traicionar un juramento, ¿cómo podría?*

El conflicto era terrible; se sintió despedazada. *He ido y venido entre dos mundos con impunidad; ahora debo pagar el precio, ¡y no sé si puedo hacerlo!* Se cubrió el rostro con las manos, en un intento de ocultar sus emociones. *Si me niego, ¿me matarán aquí y ahora?*

—¿Harás el juramento?

—¿Qué elección tengo? —dijo Magda.

—Ninguna, me temo. He jurado a mis mujeres, y a todas las mujeres del Gremio, que nadie nos invadirá para llevar luego nuestros secretos al exterior. Si no juras, simplemente deberemos llevarte prisionera hasta la Casa del Gremio más próxima, y tenerte allí hasta que estés dispuesta a jurar, o hasta la noche del solsticio de invierno, cuando nuestro Gremio realiza reunión general y nuestras jueces puedan escuchar tu

historia y decidir qué hacer contigo. Tal vez no se exija ningún castigo, se te permita jurar que mantendrás en secreto todo lo que has visto, y quizá se te permita partir.

—Eso lo juraría con mucho gusto —dijo Magda, y lo decía en serio.

—Pero no tengo poder para tomarte ese juramento. Eso sólo puede ocurrir en la noche del solsticio de invierno, en presencia de una juez, y sólo después de haber evaluado las características del caso; por ejemplo, si tuvieras varios niños y no hubiera otra persona que pudiera hacerse cargo de su cuidado, o si ya hubieras hecho el juramento de Celadora en una torre. Si lo prefieres, entonces, podemos llevarte ahora a la Casa del Gremio de Neskaya, que sólo está a diez días de marcha de aquí, y dejarte allí para que te juzguen en el solsticio de invierno.

¡Y para ese momento Peter ya estaría muerto tras la tortura!

Creo que tendré que hacer ese condenado juramento. Me dará tiempo para decidir qué hacer...

Probablemente el juramento sólo implicara —y recordó los pocos juramentos darkovanos cuya forma y contenido conocía— una promesa de no dañar a las Amazonas Libres y de no traicionar ninguno de sus secretos. *Y no conozco ninguno, ¡de modo que puedo prometerlo con tranquilidad! Puedo hacerlo honorablemente.*

¿Pero si hay algo más? Sintió una suerte de desesperación.

—Haré el juramento —dijo, luchando por mantener firme la voz.

Jaelle asintió.

—Pensé que lo harías —dijo—. Ven, hagámoslo de una vez, entonces; todas estamos cansadas, y tú más que nadie, me imagino. Ven aquí, acércate al fuego y ponte entre nosotras.

Magda obedeció. Jaelle estaba de pie directamente ante el fuego, dando la espalda a las llamas; Magda volvió a advertir lo joven que parecía. ¿Qué edad podía tener? Veintidós... veintitrés... ¡no podía tener más! Las mujeres formaron un círculo en torno a ellas. Camilla se aproximó a Jaelle.

—Eres joven para esto —le dijo en voz baja—, ¿no quieres que yo le tome juramento?

Jaelle le acarició la mejilla arrugada.

—Querida tía, siempre estás dispuesta a ahorrarme cosas y protegerme, pero si soy lo bastante mayor para ser líder electa de una banda, seguramente lo soy también para castigar a las intrusas o para tomar un juramento.

Se dirigió a Magda.

—Descubre tus pechos.

Sobresaltada, confundida, Magda empezó a tirar torpemente de los lazos de su túnica desgarrada. En ese momento, parte de ella, la agente entrenada que nunca dejaba de tomar mentalmente notas para usos ulteriores, estaba excitada —la antropóloga graduada que participaba en una inusual costumbre tribal secreta—; pero el resto de ella era tan sólo una muchacha asustada, avergonzada como se hubiera sentido cualquier muchacha criada en Caer Donn, de tener que estar con el cuerpo

desnudo ante desconocidos. Siguió tironeando torpemente los lazos; Sherna se acercó y le quitó la túnica para que quedara desnuda hasta la cintura delante de todas, temblando. Apretó los puños, resistiéndose al impulso de cubrirse con las manos, mientras una a una de las mujeres se acercaban a inspeccionar sus pechos desnudos.

Éste debe de haber sido un antiguo método para asegurarse de que no eran invadidas por hombres disfrazados. Apuesto que había una época en que la candidata —o el intruso— tenía que desnudarse completamente, de pies a cabeza. Se mordió fuertemente los labios para no estallar en una risa nerviosa... o en lágrimas. ¡Me siento como un caballo en el mercado!

Cuando todas las mujeres terminaron de mirarla, Jaelle volvió a hablar.

—¿Ya hemos verificado todas que es realmente una mujer, y no un hombre disfrazado que ha venido a burlarse de nosotras? —preguntó—. Si hay alguna duda, haremos que se desnude completamente, cualquiera de vosotras tiene el derecho de exigirlo así.

Magda ya no se sentía capaz de someterse a esa verificación de su suposición; se quedó allí temblando, con los ojos bajos. Pero nadie hizo la demanda, y Jaelle asintió.

—Que así sea, te aceptamos como mujer. Ahora, tú te has cortado el pelo y has venido ante nosotras por tu propia voluntad; de modo que te pido que repitas el juramento que se hacía en la época de Varzil la Buena, al Gremio de Amazonas Libres, según la Carta Constitucional que se guarda en Nevarsin. En presencia de testigos, repite después de mí: De hoy en adelante, renuncio al derecho de casarme, salvo como compañera libre. Ningún hombre establecerá conmigo un vínculo *di catenas* ni viviré en ninguna casa de hombre como *barragana*.

Tropezando con las palabras, mientras Jaelle la urgía de tanto en tanto, Magda repitió las palabras.

—... ningún hombre establecerá conmigo un vínculo... —*Nada, pensó, es poco probable que alguna vez quiera casarme di catenas, por el viejo ritual religioso, y tampoco es probable que ninguna mujer terrana lo desee. Y una barragana es simplemente una mujer mantenida, una concubina.*

—Juro estar preparada para defenderme por la fuerza si soy atacada por la fuerza, sin recurrir a la protección de ningún hombre.

Magda repitió las palabras, sintiendo otra vez que se desintegraba. *Soy dos... la terrana Magda, la darkovana Margali... ¡y se están separando! ¿Quién soy? ¿Quién seré después de esto?*

—... sin recurrir... a la protección... de ningún... hombre...

Me enseñaron a defenderme sola desde los dieciséis años. En cualquier otro mundo podría hacerlo. Aquí estaba protegida, y cuando finalmente me tocó hacerlo, no pude. De no ser por la banda de Jaelle, me hubieran golpeado y tal vez violado en masa. Tal vez habría sobrevivido —suele ocurrir— pero hubiera sido un infierno vivir con eso.

—Juro que de hoy en adelante no seré conocida por el nombre de ningún hombre,

sea padre, guardián, amante o esposo, sino simple y solamente como... —Jaelle se interrumpió—. ¿Cuál era el nombre de tu madre?

Magda buscó locamente en su memoria el equivalente darkovano de «Elizabeth». *¿Qué me ocurre? Lo he escuchado varias veces. ¡Me estoy desintegrando!*

—Ysabet —dijo después de una pausa considerable.

—... Como Margali *nikhya mic* Ysabet —dijo Jaelle, pronunciando las palabras completas, sin las abreviaturas comunes, y Magda las repitió, mordiéndose los labios, debatiéndose para lograr controlarse. Hasta ahora, nada en el juramento la había perturbado o asustado, pero esto sí. Conocida solamente como Margali n'ha Ysabet. *Oh, papá, ¿también tengo que abandonar tu nombre? No me importó abandonar el de Peter cuando nos separamos. Pero tú, papá, tú... ¿también debo renunciar a ti?* El rostro de David Lorne, canoso, amable, erudito, parecía oscilar en su mente, mientras sacudía la cabeza como si le reprochaba algo. *Oh, Dios, Peter, ¿vales tanto como para hacer esto?* Margali n'ha Ysabet... Magdalen, hija de Elizabeth. ¿Sólo eso?

—Juro no entregarme de hoy en adelante a ningún hombre, salvo en el momento y ocasión que yo misma decida, por mi propia voluntad y deseo; nunca ganaré el pan como objeto del deseo de hombre alguno.

Bien, ninguna mujer sensata objetaría jurar que no se convertirá en prostituta. Entonces, súbitamente, se sintió perturbada. Si una mujer no tenía ocupación propia... eso significaba... ¿una esposa?

—Juro que de hoy en adelante no daré hijos a ningún hombre, salvo por mi propio placer, elección y momento; no daré hijos a ningún hombre para la herencia, la casa, el clan, el orgullo o la posteridad; juro que yo sola determinaré la crianza de cualquier hijo que tenga, sin considerar la posición, el lugar o el orgullo de ningún hombre...

La terrana Magda pensó: *Bien, eso tiene sentido.* Pero la muchacha criada en Caer Donn se asfixiaba mientras pronunciaba esas palabras. *Peter deseaba un hijo. Yo no, pero estaba avergonzada de no desearlo; estuve casi tan decepcionada como él cuando descubrí que no estaba embarazada. Deseaba tanto complacerle. Sabía que le había fallado... y ahora ya nunca podré... nunca podré compensarle...* Para su vergüenza, se oyó sollozar en voz alta. *Él lo deseaba tanto, y le fallé en eso, le fallé en todo...*

Jaelle esperó que los sollozos se calmaran, repitiendo inexorablemente:

—... la posición, el lugar o el orgullo de ningún hombre...

Magda repitió las palabras, pero descubrió que las decía llorando. Usó toda su voluntad para obligarse a guardar la calma. *¿Qué me está ocurriendo? ¿Por qué me estoy despedazando de este modo?*

—De hoy en adelante, renuncio a ser leal a cualquier familia, clan, guardián o señor, y juro ser leal solamente a las leyes de la tierra como ciudadana libre; al reino, la corona y los Dioses.

Magda repitió mecánicamente las palabras. Estaba casi demasiado agotada de

emoción como para escucharlas o comprender su significado.

—No recurriré a ningún hombre en busca de protección, apoyo o socorro, y únicamente deberé lealtad a mi madrina de juramento, a mis hermanas del Gremio y a mi patrón durante mi época de empleo.

¿Y qué pasa con mi lealtad al Imperio? Magda repitió las palabras obligándolas a pasar a través del nudo que tenía en la garganta.

—Y juro, además, que las integrantes del Gremio de las Amazonas Libres, todas y cada una de ellas, serán para mí como mi madre, mi hermana o mi hija, de mi misma sangre, y que ninguna mujer unida por juramento al Gremio recurrirá a mí en vano...

Magda descubrió que una vez más las lágrimas le anudaban la garganta. Pensó: *Mi madre hace mucho que ha muerto. Nunca tuve una hermana, y jamás tendré una hija. Sin embargo, juro...*

Jaelle la tomó de las manos, aferrándolas entre las suyas.

—Margali n’ha Ysabet —le dijo suavemente—, te acepto ante la Diosa como ahijada de juramento; de aquí en adelante serás para mí y para todas las mujeres del Gremio como hija y hermana. Aquí, en presencia de testigos, te declaro a partir de este momento unida por juramento al Gremio de las Amazonas Libres, sólo sometida a nuestras leyes, y te doy la libertad del Gremio: y como muestra te doy esta bienvenida. —Abrazó a Magda y la besó solemnemente en la boca—. Arrodíllate —le dijo suavemente— y repite: Desde este momento, juro obedecer todas las leyes del Gremio de las Amazonas Libres y cualquier orden de mi madrina de juramento, los miembros del Gremio o la líder que elija durante mi temporada de empleo. Y si traiciono algún secreto del Gremio, o no cumplo mi juramento, me someteré a las madres del Gremio para las sanciones disciplinarias que ellas elijan; y si no cumpliera, que la mano de cada mujer caiga sobre mí, que me maten como a un animal, entreguen mi cuerpo insepulto a la corrupción, y dejen mi alma a merced de la Diosa.

Demasiado tarde para arrepentirse. Confundida, desesperada, Magda se escuchó pronunciar a tropezones las palabras que la condenaban a traicionar a alguien. *Haga lo que haga ahora, he cometido perjurio. ¿Qué haré, qué haré?*

Jaelle la ayudó a incorporarse, la abrazó.

—No llores, hermana —le dijo con suavidad, usando la palabra en su inflexión íntima—. Ya sé, es un paso muy grande y muy solemne, y pocas de nosotras lo hemos dado sin derramar lágrimas.

Camilla la envolvió en su túnica.

—¡Pobrecita, estás helada hasta los huesos! Jaelle, ¿cómo permitiste que hiciera ese larguísimo juramento, casi desnuda? ¡Una vez que la vimos, debiste haber interrumpido la ceremonia y permitirle que se cubriera! —Agregó una manta sobre la túnica de Magda y la hizo acercarse al fuego.

Jaelle rió, disculpándose.

—Perdóname, Margali, nunca antes tomé juramento, estaba nerviosa, temía olvidarme algunas palabras...

—Bebe esto, te hará dejar de temblar. —Gwennis le alcanzó la taza que le habían dado antes, que no había terminado. Oyó sus propios dientes castañetear contra el borde de la taza; bebió lentamente, tratando de controlarse. Todas se apiñaron a su alrededor, abrazándola, consolándola.

—¡No te sientas mal, todas lloramos, tú no lloraste tanto como yo! —susurró Rayna.

—Ahora debes perdonarnos el haber sido tan duras contigo antes —dijo Jaelle—. Ahora todas somos tus hermanas. A partir de esta noche, todas las Amazonas son tus hermanas, pero aquellas que presenciamos tu juramento somos tu familia, algo especial, para siempre. —Miró con afecto a todas—. ¿No es así? Camilla me cortó el pelo hace nueve años.

—¿Cómo te atreves a reñirla por haber llorado, Jaelle? —dijo Gwennis en tono de broma privada—. Tú no lloraste, ¿recuerdas?

—Pero yo crecí entre vosotras —dijo Jaelle—. Ahora terminaremos esta botella de vino en honor a nuestra hermana, y después debemos dormir. Mañana pensaremos en la mejor manera de enviarla a la Casa del Gremio, pero esta noche lo celebraremos.

Ahora son todas tan amables conmigo. No lo merezco. Magda estaba ya calmada, y también exhausta.

—¿Adónde me llevaréis? —le preguntó a Gwennis.

—A la Casa del Gremio de Neskaya, o tal vez a la de Thendara, que es nuestra propia Casa —respondió Gwennis—. Todas las Amazonas recién juramentadas deben pasar medio año en la Casa del Gremio, aprendiendo nuestras costumbres y desaprendiendo las viciosas costumbres que te han enseñado desde la infancia, todas aquellas cosas que, según te dijeron, eran adecuadas para una mujer. Tu niñez te encadena; allí te enseñarán a liberarte, a ser aquello que puedes ser.

¡Oh, Dios! ¡Hice este juramento para evitar que me enviaran a la Casa del Gremio, para ganar tiempo! ¿He cometido perjurio para nada, entonces?

Cada una de ellas tenía algo que decirle. Sherna, que era una muchacha bonita y robusta, vino y se arrodilló a su lado.

—Acudí a las Amazonas hace dos años, cuando me di cuenta de que no tenía parte en la propiedad de mi padre; todos mis hermanos la tenían, pero yo no; para mí no había nada más que el matrimonio con algún hombre que pudiera ayudar a mis hermanos a manejar las tierras de mi padre. Rechazaron a dos hombres que me gustaban porque, según dijeron, no compartirían el techo con ellos, y quisieron obligarme a que aceptara a un amigo de ellos. Así, cuando me enteré de que no tenía derecho a negarme, que tendría que casarme siguiendo la voluntad de ellos y no la mía, me corté el pelo y fui a la Casa del Gremio. ¿Sabes qué era lo que más temía? —Sonrió, con una sonrisa tan graciosa que Magda tuvo que imitarla—. ¡Temía que me

dijeran que nunca más podría acostarme con un hombre! Pero, pensé, eso es mejor que casarme para complacer a mis hermanos...

Jaelle se sentó junto a ella.

—Es costumbre que la madrina y la ahijada del juramento intercambien obsequios —dijo—. Pero no tengo regalo para ti, Margali. No preví esta situación. Debo pensar en algo.

Son tan amables conmigo. Tan terriblemente amables. Actúan como si yo fuera su hermana recuperada después de mucho tiempo. El juramento significa tanto...

—Mi misión —dijo Magda—... os dije que era de vida o muerte...

—Discutiremos eso mañana —contestó Jaelle—. Es probable que ya no debas lealtad a ningún hombre, ni siquiera a un pariente. Pero ahora todas debemos dormir.

Las mujeres terminaron el vino y volvieron a sus mantas. Rayna apagó el farol. Todo estaba muy silencioso, salvo por el distante aullar de la tormenta, que se atenuaba. Camilla, que estaba acostada cerca de Magda, extendió una mano en la oscuridad y le dio unas gentiles palmadas en la mejilla.

—No fuiste la primera que pasó todo el juramento tiritando —le dijo—. Cuando juré, yo... sabes que soy *emmasca*... no tenía formas de mujer, de modo que tres de los testigos se negaron a creer que no era un hombre y hubo que desnudarme. Después de eso, Kindra estaba tan perturbada que también ella se olvidó de cubrirme. Yo me sentía tan humillada que me pasé horas llorando; pero todo eso ocurrió hace media vida, y ahora puedo reírme. Algún día tú también reirás, hermana. Que duermas bien.

—Igualmente... hermana —dijo Magda con dificultad. Era la primera vez en la vida que pronunciaba esa palabra en la inflexión íntima.

Una a una, las mujeres se durmieron. Magda estaba casi demasiado cansada como para poder pensar claramente. *¡No puedo ir a una Casa del Gremio y dejar que Peter muera torturado! Un juramento hecho bajo coacción no es válido... mi primera lealtad es hacia el Imperio.*

Estaba agotada; contra su voluntad, el sueño empezó a invadirla. Su mente parecía reproducir ecos y fragmentos del juramento. *No tendré hijos, salvo por mi propia voluntad... ¿Deseaba entonces el hijo de Peter? Si no, ¿por qué lloré de esa forma? ¿O sólo deseaba desearlo... porque le había fallado?*

Casi dormida, pensó que en realidad preferiría ir a la Casa del Gremio de no ser por su misión. *Podría ser tan fuerte y efectiva aquí, como Amazona, como en cualquier planeta donde las mujeres sean libres.*

Haga lo que haga, cometo perjurio. Puedo traicionar el juramento que hice a mis hermanas... o traicionar mi lealtad anterior al Imperio. Toda la vida, sin saberlo, he sido dos mujeres: una terrana, otra darkovana. Y ahora estoy desgarrada. Debo traicionar a alguien, o Peter muere torturado.

¿Vale Peter el sacrificio de mi integridad? ¿Puedo abandonar también eso cuando hay una vida en juego?

El sueño la atrapó súbitamente, y cayó en él como si fuera una oscuridad sin fondo.

Soñó con Peter Haldane; yacía en la oscuridad, sobre piedra, solo, con frío y atemorizado. Y le pareció que, tal como lo había hecho en dos o tres ocasiones durante su breve relación amorosa, Peter le extendía las manos y apoyaba la cabeza sobre el pecho de Magda: entregado, vulnerable, ya no preocupado por mantener la máscara de fuerza, de infalibilidad masculina. Ella lo besaba en sueños, tranquilizándolo, y él le susurraba: «Tú eres la única en quien puedo confiar, Mag. Confío en ti. Todos los demás quieren cortarme la cabeza, pero tú no. No tengo miedo de ti, Mag; eres la única a quien no temo.» Y ella tenía ganas de llorar, pero sabía que no podía hacerlo, que ahora le correspondía ser fuerte por los dos... En el sueño, ella enjugaba las lágrimas de Peter y lo consolaba diciéndole: «Darkover tampoco es un mundo fácil para los hombres.» Pero cuando se despertó estaba sola, en su lecho solitario.

Magda se despertó tarde; ya era de día y las Amazonas habían encendido fuego y estaban preparando el desayuno. Cerró los ojos, fingiendo dormir, sabiendo que ya no podía demorar más la decisión.

Hice el juramento para ganar tiempo. No quiero traicionarlo. He aprendido —y lo he aprendido demasiado tarde— que soy casi más darkovana que terrana, y un juramento es sagrado. Pero eso no importa ahora. No puedo permitir que Peter muera, solo y torturado. Soy una agente terrana, y Peter es mi colega.

Una vez que hubo formulado todo esto con claridad, todas las razones emocionales contrarias la invadieron; pero con gran esfuerzo las eliminó, mientras su rostro adquiría una calma rígida. *He tomado mi decisión. Ni siquiera pensaré en otra posibilidad.*

¿Ni siquiera si es una decisión equivocada?

¡Basta! ¡No más vacilaciones!

Empezó a preguntarse cómo la pondría en práctica. Ellas planeaban enviarla a la Casa del Gremio de Neskaya, que estaba a buena distancia de allí. Pero en una dirección diferente a la de Nevarsin, que era el lugar al que ellas debían ir. Sin duda, no alterarían su ruta para llevarla a Neskaya; una, o como máximo dos de ellas estarían encargadas de eso. Magda fingiría sumisión hasta que estuvieran tranquilas y confiaran en ella —*¡qué hábil soy para la traición!*—, después se escaparía y tomaría el camino más rápido a Thendara. *Me buscarán en Sain Scarp, y si voy directamente allí, tras haber traicionado mi juramento, tendrán derecho a matarme en cuanto me vean y Peter morirá torturado. Una vez que llegue a Thendara... ¿qué?*

Todo lo que puedo hacer es decirle a Montray que he fracasado, que —literalmente— envió a una mujer a hacer el trabajo de un hombre y, en este mundo, una mujer no puede arreglárselas con eso. Tendrá que enviar a otro. Apenas si quedará tiempo todavía.

¿Ya mí, qué me espera en este mundo, después de eso?

Nada.

Magda aceptó el hecho de que esa actitud implicaba el exilio de su propio mundo, que era Darkover. Nunca podría volver a su antiguo trabajo en Thendara; si llegaba a pisar la zona darkovana, cualquier Amazona Libre tenía legítimo derecho a matarla en cuanto la viera. Tendría que pedir traslado a cualquier otro lado.

A un planeta en el que una mujer tenga algo genuino que hacer. Pensó, sombríamente, que, al menos, su éxito con las Amazonas Libres —he cuadruplicado todo el conocimiento existente acerca de ellas— originaría alguna oferta digna de su capacidad.

La idea de abandonar Darkover le produjo un dolor agudo, casi físico. Pero no había otro camino. Sabía que ya no podría tolerar la vida usual de una mujer en este mundo, ni tampoco el trabajo limitado que una mujer podía hacer aquí para el

Imperio.

Si pudiera vivir aquí como Amazona Libre... pero el precio de mantener su juramento era que Peter muriera torturado.

Él también era darkovano. ¿Acaso aceptaría su vida, sabiendo que yo la he comprado al precio de romper un juramento y de sacrificar mi integridad?

La idea era demasiado dolorosa para tolerarla. Se obligó a levantarse, a interrumpir ese interminable cuestionamiento inútil.

Jaelle, ya vestida, estaba de pie ante el fuego, preparando una infusión de grano tostado; Magda la había probado algunas veces en Caer Donn. Le sirvió una taza y le dijo:

—Pedí que te dejaran dormir; debías de estar agotada. Las otras están afuera, con los caballos, preparando la partida. Esta mañana, tú y yo emprendemos el camino hacia la Casa del Gremio, donde se inscribirá tu nombre en la Carta.

—Te he dicho que mi misión es de vida o muerte —contestó Magda, en un último intento desesperado de conmover a la otra—. Mi pariente morirá torturado si no lo rescato para mitad del invierno.

Jaelle le echó una mirada comprensiva.

—Por juramento, hermana —agregó sin embargo—, has renunciado a tu lealtad hacia cualquier hombre, casa, familia o clan. Ahora sólo nos debes lealtad a nosotras.

Magda apretó los puños, completamente desesperada.

—Cuando llegemos a la Casa del Gremio —indicó Jaelle con amabilidad—, puedes exponer tu caso ante las madres del Gremio, es posible que cuando te hayan escuchado decidan que tu petición no viola el juramento y que envíen a alguien en tu lugar para llevar el rescate. Ya habrá tiempo para eso. Pero no tengo poder para tomar esa decisión.

Magda le dio abruptamente la espalda.

Que así sea, pensó sombríamente; *será por encima de ti, Jaelle, aunque tenga que matarte.*

Las otras mujeres regresaron del establo, riendo, charlando, conversando sobre el viaje que las esperaba.

—Las demás podéis partir cuando lo deseéis —dijo Jaelle—, pero debéis elegir otra líder; Margali y yo iremos a Neskaya.

—¡Oh, Jaelle —protestó Gwennis—, aceptaste esta misión porque tu hermano está allá y no lo has visto durante años! ¡Designa a una de nosotras para que lleve a Margali a Neskaya! Con gusto iré en tu lugar.

Jaelle rió, sacudiendo la cabeza.

—¡Pero si acabo de reprender a Margali, recordándole que debe lealtad al Gremio, no a los parientes! En cuanto a mi hermano, un muchacho de más diez años tiene poca necesidad de la visita de su hermana adulta; puedo verlo en Ardais a mitad del verano y, de todos modos, ¡sin duda, dom Gabriel ya le ha enseñado lo suficiente sobre la desgracia de la familia, y seguramente él preferirá ahorrarse mi visita!

—¿Tu hermano es un monje, entonces? —preguntó Magda.

—¡Oh, no! Pero lo han enviado allí, como a otros muchos hijos del Comyn, a aprender a leer y a escribir y a escuchar algo de historia. Es el adoptivo de Rohana; lo vi una sola vez desde que tenía tres años.

Fingiendo interés, Magda preguntó cuál era la naturaleza de la misión.

—En Nevarsin, los monjes conservan los registros de muchos conocimientos perdidos desde las Épocas del Caos. No les enseñan a las mujeres, y ni siquiera se nos permite ocupar las casas de huéspedes, pero tenemos permiso para utilizar su biblioteca. Nuestras mejores escribas, poco a poco, están transcribiendo sus libros de anatomía y cirugía, así como aquellos referidos al parto y a las enfermedades de las mujeres, libros que podrían darnos, ya que para los monjes no pueden ser de utilidad. Sólo se nos permite tener allí dos escribas por vez; Rayna y Sherna van a reemplazar a las dos mujeres que han permanecido medio año allí, y Gwennis va a atender una casa para ellas en la aldea, mientras Camilla escolta a las otras en su regreso.

Magda jugó con un cuenco de la papilla en polvo. Sentía curiosidad, pero no hizo más preguntas. No le resultaba natural mostrarse amistosa con una mujer a la que tal vez tuviera que matar.

Al poco rato, las otras se marcharon, dejando solas a Magda y Jaelle. Mientras ensillaban sus caballos, Jaelle descubrió que el suyo tenía una herradura floja.

—Ojalá lo hubiera advertido antes de que Gwennis se marchara —dijo—. No es herrera, pero la he visto hacer reparaciones de emergencia. Bien, tendremos que detenernos en la próxima aldea. ¡Mira esto! —Le entregó la herradura a Magda, que se quedó con ella en la mano mientras Jaelle se agachaba a inspeccionar el casco de su caballo.

Podría golpearla con esto y escapar ahora...

Pero esperó demasiado. Jaelle giró la cabeza y extendió la mano para que le alcanzara la herradura, que luego guardó dentro de su alforja.

Era una mañana brillante, casi sin nubes, y soplaba un viento frío y arrachado. Jaelle olfateó el viento, empezó a montar... y en ese momento Magda escuchó un salvaje alarido, y dos hombres salieron corriendo de los bosques, con sus cuchillos desenvainados. Con una conmoción momentánea, Magda reconoció a dos de los bandidos de la noche anterior: el jefe de barba negra y el hombrón de los bigotes al que Jaelle había herido. Magda se oyó gritar una advertencia; Jaelle giró como un remolino, a medias sobre la montura. De inmediato entró en liza, apoyada contra su caballo, mientras los dos hombres casi la ocultaban a la vista de Magda. Magda pensó: *¡Corre! ¡Escapa ahora! ¡Ellos te están abonando el trabajo de tener que matarla!*

Pero ya había desenvainado su propio cuchillo y corría hacia ellos. Barbanegra giró y Magda sintió que el cuchillo le desgarraba el brazo, un dolor como fuego, mientras ella le hundía su propio cuchillo profundamente en el pecho; sintió que golpeaba el hueso y resbalaba. Él cayó al suelo con un gruñido. Jaelle aún luchaba

con el otro; vio que la joven tenía un gran tajo en la mejilla. Después la oyó gritar de dolor, al caer el cuchillo del bandido sobre su pecho, Jaelle se desplomó y Magda sintió que en ese mismo instante su propio cuchillo se hundía en la espalda del hombre.

El bandido cayó con un sonido brusco: el aire que se escapaba de los pulmones que ya no respiraban. Lentamente, sintiendo náuseas, Magda retiró su cuchillo.

No he peleado con nadie desde el entrenamiento de combate, hace diez años.

Ahora he matado a un hombre y herido a otro.

Miró a Jaelle, que yacía inconsciente, casi debajo del cuerpo del hombre al que Magda había matado. *¿Está muerta?* La idea no le causó alivio, sino una desgarradora agonía. *Luchó por mí, anoche. Y yo la hubiera traicionado...*

Jaelle se movió, y Magda advirtió que la vida de la joven aún se interponía entre ella y su misión. Todavía sostenía el cuchillo ensangrentado con el que había matado al bandido. Vio que los ojos de Jaelle caían sobre el arma, pero se quedó inmóvil, mirando a Magda sin decir palabra. Magda supo repentinamente que no podría matar a esa mujer que yacía a sus pies sobre la nieve, sangrante e indefensa.

¿De qué sirve la vida de Peter si la pago con una muerte? Lo salvaré honorablemente si puedo, no de otro modo.

Se arrodilló junto a Jaelle. La joven tenía el rostro cubierto de sangre, y más sangre manaba de su hombro. Alzó las ropas pegajosas que cubrían la herida.

El cuchillo del bandido había dado bajo la clavícula y había abierto una herida en dirección a la axila; una herida fea, dolorosa y peligrosa, pero no necesariamente fatal, le pareció a Magda. Volvió a desenvainar el cuchillo y limpió el filo, vio que Jaelle tenía un ojo abierto —el otro estaba cerrado por la herida del rostro— y que observaba el cuchillo.

—Tengo que cortar la tela para poder detener la sangre —dijo con irritación.

Cortó la túnica de Jaelle y la separó suavemente de la piel; la joven jadeó de dolor, pero no gritó.

—¿Los... has matado a los dos? —dijo solamente, humedeciéndose los labios.

—Uno está muerto, con seguridad. El otro, no lo sé; pero no está en condiciones de hacernos daño —respondió Magda.

—Vendas... —dijo Jaelle, respirando audiblemente—... en mis alforjas...

Magda se incorporó, eludiendo al bandido muerto y el caballo de Jaelle, que al oler la sangre estampó sus cascos en el suelo, inquieto. Alejó al caballo y descargó las alforjas, buscando dentro de ellas; halló dos o tres rollos de vendas y algo que parecía un pequeño y primitivo botiquín de primeros auxilios. *Esa herida probablemente necesite puntos, pero yo no puedo hacerlo.* Hizo un vendaje a presión, y lo arrolló sobre el hombro de Jaelle; luego, dedicó su atención a la larga herida del rostro: estaba abierta hasta el hueso. Jaelle dijo con voz ronca y asustada:

—No puedo ver... con ese... ojo...

Magda fue hasta el pozo que estaba detrás del refugio, extrajo agua helada, volvió

y limpió la horrible herida. Las pestañas se separaron, un poco más de agua mostró que el ojo se había pegado con la sangre procedente de un pequeño corte en el párpado. Magda separó los párpados y Jaelle suspiró de alivio.

—¿Puedes caminar? No puedes quedarte aquí, sobre la nieve.

Magda se arrodilló, rodeó a la otra con un brazo, y se las arregló para ponerla de pie; Jaelle trató de caminar, pero cayó contra Magda. De alguna manera, Magda se las arregló para llevarla hasta el refugio y tenderla sobre uno de los bancos de piedra. Encendió fuego y puso agua a hervir, pensando que un poco de té de corteza o de infusión de cereal les haría bien a ambas. Y si Jaelle estaba inconsciente —y eso parecía—, sería mejor que se mantuviera caliente. Sin saber dónde había guardado Jaelle sus mantas, Magda buscó las suyas y envolvió a la joven; después, puso una piedra en el fuego, pensando que podría calentarla, envolverla con algo y ponerla a los pies de la mujer herida. Cuando el agua hirvió, preparó el té y salió para llevar los animales al establo —de todas maneras, por ahora, no irían a ninguna parte—. El segundo bandido estaba definitivamente muerto. Tuvo que apartarlo del camino para poder llevar a los caballos y la bestia de carga hasta el establo.

Cuando regreso al refugio, Jaelle estaba consciente.

—Creí que te habías ido —susurró.

Remotamente, como algo que podría pensar alguna otra persona, a Magda se le ocurrió la idea: podría haber escapado. Después de haber hecho todo lo posible, podría haberla dejado para que se recuperara allí, sin sentirse demasiado culpable. Ahora, eso era algo que ya no podía hacer. *He jurado tratar a todas las Amazonas como a mi propia madre, hermana o hija...*

Buscó las palabras para decir:

—Estamos unidas por el juramento... hermana.

Jaelle extendió la mano, con un gesto de desprotección que causó dolor a Magda, que recordaba lo rápidas y hábiles que habían sido esas mismas manos.

—Te dije —susurró la joven—, que madrina y ahijada de juramento intercambiaban regalos. No pedí un regalo tan grande.

Magda se sintió incómoda.

—Será mejor que no hables. ¿Tienes frío? —Buscó otra manta, puso la piedra caliente a los pies de Jaelle y la incorporó para que bebiera un poco de té hirviente.

Jaelle la tomó de la manga.

—Atiende tu propia herida.

Magda la había olvidado.

—Sólo es un rasguño.

—De todos modos... Algunos bandidos de las montañas... envenenan sus armas —dijo Jaelle con dificultad—. Haz lo que te digo.

Para el momento en que Magda terminó, Jaelle estaba dormida o inconsciente otra vez. Y todo el día permaneció dormida o inconsciente. Magda se preparó un poco de sopa con carne seca y trató que Jaelle comiera, pero la joven solamente

gimió y masculló, apartándole las manos; Magda supo que tenía fiebre. Una vez se despertó y pidió claramente un poco de agua, pero cuando Magda se la trajo había vuelto a caer en el estupor y no podía tragar.

¿Hay alguna herida que yo no vea? ¿O los cuchillos habrán estado verdaderamente envenenados? Magda se encontró luchando contra el terror y el espanto. *¡No quiero que muera! ¡No quiero!*

Al anochecer, Jelle tenía la piel muy caliente, y Magda no pudo despertarla ni por un momento. Jelle mascullaba y se agitaba; una vez, trató de arrancar con la mano libre la venda de su rostro. Magda le quitó la mano, pero pocos minutos más tarde la joven volvió a dar tirones al vendaje. Magda, pensando que si lo aflojaba se haría daño y empeoraría la cicatriz, tomó un rollo de vendas y ató las manos de Jelle. No estaba preparada para oír gritar a la joven: salvajes aullidos de pánico y terror.

—¡Oh, no... no, no, no... no me encadenen las manos, no...! ¡Madre... no los dejes... no, no, no... Oh, no! —y luego, la voz se convertía en un susurro.

Magda jamás había visto tanto terror. No pudo tolerarlo. Rápidamente, cortó las ataduras y levantó las manos de Jelle, una tras otra, para mostrarle que las tenía libres.

De alguna manera, el gesto atravesó el delirio de Jelle, que dejó de gritar y se quedó inmóvil. Más o menos una hora más tarde, empezó a inquietarse y a llevarse otra vez la mano al vendaje del rostro, pero a Magda no se le ocurrió repetir el gesto que tanto había aterrorizado a la joven; en cambio, tomó las manos de la inconsciente mujer en las suyas, con firmeza.

—No debes hacer eso —le dijo suavemente—, quédate quieta porque, si no, te harás daño. No te ataré las manos, pero quédate quieta. —Repitió estas palabras varias veces, con variaciones.

Jelle abrió los ojos, pero Magda sabía que no la veía.

—Kindra —masculló. Y después—: Madre. —Pero dejó sus manos en las de Magda sin luchar. Una vez dijo, a alguien que no estaba allí—: Duele. Pero no lloré.

La mayor parte de esa noche, Magda la pasó sentada junto a Jelle, escuchando sus susurros delirantes, sosteniéndole las manos con firmeza cada vez que la joven trataba de desgarrarse los vendajes o, como empezó a hacer más tarde, cuando trataba de levantarse, en la creencia —eso dedujo Magda de lo que Jelle decía en su delirio— de que se la necesitaba urgentemente en otra parte. Magda no tenía nada para combatir la fiebre; había algunos medicamentos en las alforjas de Jelle, pero Magda no sabía cómo utilizarlos, ni qué eran. Varias veces le pasó por la frente una esponja empapada en agua fría del pozo, y también intentó hacerla beber, pero la muchacha la apartaba y se negaba a beber. Cerca del amanecer, la herida se calmó; Magda no sabía si estaba dormida o si había caído en coma y agonizaba. En cualquier caso, no podía hacer nada. Se recostó junto a la mujer inconsciente y cerró los ojos para descansar un momento; repentinamente, el refugio se llenó de una luz gris, y Jelle estaba allí,

tendida, con los ojos abiertos, mirándola.

—¿Cómo te sientes, Jaelle?

—Como el infierno —dijo Jaelle—. ¿Hay un poco de agua, té o algo? No he tenido la boca tan seca desde que partí de Shainsa.

Magda le trajo algo para beber; Jaelle lo bebió, sedienta, y pidió más.

—¿Te quedaste a mi lado toda la noche?

—Hasta que te dormiste; tenía miedo de que te desgarraras los vendajes. Lo intentaste varias veces.

—¿Deliraba? —Cuando Magda asintió, Jaelle dijo con una sonrisa burlona—: Eso lo explica todo; soñé que estaba otra vez en las Ciudades Secas y que Jalak... Bien, era una tontería terrible, pero pocas veces me he alegrado tanto de despertarme. —Se llevó una mano a los vendajes.

—Mucho me temo que te quedará una cicatriz terrible.

—En la Casa del Gremio hay algunas mujeres que creen que las cicatrices son una buena propaganda de sus habilidades —dijo Jaelle—, pero... bien, yo no soy una luchadora.

Magda sonrió al oírla.

—Yo diría que eres una buena luchadora.

—Quiero decir, no soy profesional. Normalmente, no me empleo como soldado o guardaespaldas —dijo Jaelle, y se movió con inquietud—. No recuerdo gran cosa después de que me cortaste la túnica.

—Te contaré más, una vez que haya curado tu herida —dijo Magda. Jaelle había tenido una fiebre tan alta que Magda temía encontrar la herida infectada, pero al menos ya no sangraba, a pesar de que los bordes tenían mal aspecto.

—¿Envenenada? —preguntó Jaelle—. Tengo un poco de polvo de *karalla* en mis alforjas; evitará que se cierre demasiado rápido, mientras aún esté infectada.

Siguiendo sus indicaciones, Magda echó sobre la herida el polvo gris, antes de volver a vendarla. Jaelle estaba exhausta y pálida, pero coherente; tomó un poco de sopa, con la ayuda de Magda, y un poco más de agua.

—¿Tú los mataste a los dos? ¡Me sorprende!

—También me sorprendió a mí —confesó Magda.

Con inquietud, Jaelle se tocó el vendaje del rostro.

—No soy una de esas mujeres que se jactan de exhibir sus cicatrices, pero tal vez tenga que fingir que lo soy. ¡Mejor marcada que enterrada... o ciega! Una vez, Camilla me dijo que hay hombres a quienes las mujeres con cicatrices de heridas de cuchillo les parecen irresistibles. —Cansada, volvió a recostarse sobre la manta enrollada que le servía de almohada—. Fue una herida estúpida, verdaderamente. Gwennis, hasta la vieja Camilla, podrían haberlos puesto en fuga sin recibir ni un rasguño.

Cerró los ojos y volvió a dormirse. Estuvo somnolienta, o semidormida, casi todo el día, pero la fiebre no volvió. Magda tenía poco que hacer, después de haber

alimentado a los animales. Pensó enterrar a los bandidos muertos, pero era una tarea que excedía sus fuerzas. Permaneció cerca de Jaelle, por si necesitaba algo. Ver el vendaje sobre el rostro de la joven la perturbaba profundamente. *¡Era tan bella! En la zona terrana, podrían dejar como nueva esa herida; aquí, supongo que llevará la cicatriz hasta el día de su muerte.*

Una vez más, se le ocurrió que ahora, con Jaelle en camino de recobrase, podría huir, dejándola allí para que se recuperara, sin tener en la conciencia su muerte. Pero la idea era ya muy remota.

Al otro día, Jaelle ya podía levantarse y caminar un poco, moviendo el brazo con cuidado; insultaba a causa del dolor, pero de todos modos podía moverse.

—No quiero que los músculos se congelen, ni que el brazo pierda fuerza —dijo con irritación, cuando Magda le dijo que tuviera cuidado para que la herida no volviera a abrirse—. Sé lo que hago.

Ahora que ya no sentía sueño por la conmoción y el agotamiento, tenía bastante dolor, y eso la ponía irritable e inquieta. A última hora de la tarde, Magda, al despertar tras un breve descanso, encontró que Jaelle la observaba fijamente, como si tratara de recordar algo. *¿Recuerda haber pensado que yo la iba a matar?* Magda recordó, con cierta consternación, el momento en que había tenido a Jaelle a su merced, sin saber muy bien qué haría. Jaelle se había quedado tan inmóvil como un animal herido que esperara el golpe de gracia del cazador...

—No esperaba que te quedaras conmigo —dijo por fin, suavemente—. Sabía que habías pronunciado el juramento en contra de tu voluntad. Es costumbre que la madrina y la ahijada de juramento intercambien regalos; sé que tú me has regalado la vida.

—¡No! —Magda no podía tolerar pensar en su propia indecisión. Se incorporó y salió del refugio, mirando el bajo cielo gris, cargado de nieve no caída. Faltaban pocos días para el solsticio de invierno, y ese día Peter Haldane sería ejecutado de manera espantosa, sufriendo castigo por la disputa de sangre entre Rumal di Scarp y el clan Ardais.

Magda se apoyó contra el muro exterior y se entregó a un llanto inevitable, desesperado.

Al cabo de largo rato, sintió que alguien le tocaba suavemente el brazo: Jaelle estaba allí, muy pálida y perturbada.

—¿Es tan querido para ti... el pariente de tu misión?

Exhausta, luchando por controlarse, Magda sólo logró sacudir la cabeza y decir:

—No es sólo eso.

—Entonces dime qué es, hermana. —Jaelle le cogió la mano—. No te quedes aquí, en el frío.

Recordó que Jaelle no debía exponerse al frío con su herida sin curar, y Magda le permitió que la condujera al interior. Jaelle se tambaleó y cayó contra ella; Magda la sostuvo y la recostó sobre uno de los bancos de piedra.

—Ahora, cuéntame, hermana.

Magda sacudió la cabeza, agotada.

—Ya te lo conté todo.

—Pero esta vez, que sea la verdad, ¿quieres? No te comprendo, Margali. Mentías y no mentías mientras pronunciabas el juramento. Decías la verdad y no la decías. Hasta tu nombre... es tu nombre, pero tienes otro nombre. Cuéntame.

Magda bajó las defensas.

—¿Cómo lo supiste?

—Nací como hija del Comyn —dijo Jaelle—, tengo algo de *laran*. —Magda no conocía el significado de la palabra tal como la había utilizado Jaelle; usualmente significaba talento o don—. No he sido entrenada para usarlo adecuadamente. Lady Rohana, que es parienta de mi madre, deseaba enviarme a una torre para que me entrenaran, pero yo no quise nada de ninguno de ellos. De modo que mi don es errático; no puedo utilizarlo siempre que lo deseo, y a veces aparece cuando no lo deseo: cae sobre mí, indeseado. Eso ocurrió cuando pronunciaste tu juramento; pude sentir en mi interior que estabas desgarrada entre dos cosas, y muy atemorizada... No había necesidad de sentir tanto miedo. Y ahora puedo leer tus pensamientos, pero sólo un poco, Margali... si ése es tu nombre. Estás juramentada, y también yo... ambas juramos no dañarnos ni traicionarnos. ¡Cuéntame, hermana!

—Nací en Caer Donn —dijo Magda con cansancio—. Mi verdadero nombre, el que me dieron mis padres... es Magdalen Lorne, pero los niños de Darkover con los que jugaba no podían pronunciarlo, me llamaban Margali, y ése es mi nombre tanto como el otro.

—¿Los niños... de Darkover? —murmuró Jaelle, y sus ojos estaban muy abiertos, casi con miedo—. ¿Qué eres tú, entonces?

—Soy... soy... —Magda se debatió, mientras las palabras se trababan en su garganta. Era básico: *Nunca se le dice a un extraño quién eres. Nunca.*

Jaelle no es una extraña. Es mi hermana por juramento. De repente, todo el conflicto se disipó. Se disolvió el nudo de su garganta, y le pareció que por primera vez respiraba libremente desde que había entrado al refugio varias noches atrás. Habló con voz firme.

—Mi padre y mi madre eran terranos, súbditos del Imperio; yo soy de Darkover, nacida en Caer Donn, pero soy agente de Inteligencia y experta en lingüística para el Imperio, y trabajo en Thendara.

Lentamente, Jaelle asintió.

—De modo que eso era —dijo por fin—. Algo he oído de los terranos. Una de las nuestras, de la Casa del Gremio de Thendara, una *emmasca* que puede hacerse pasar por hombre... aunque todas ellas pueden, muchas no quieren... bien, fue contratada entre los trabajadores que construyen el espaciopuerto, y nos contó algunas cosas acerca de tu gente. Pero no sabía que los terranos fueran humanos, salvo por la forma.

Magda sonrió ante la expresión.

—Los registros del Imperio —dijo— consignan que los darkovanos y los terranos proceden del mismo tronco.

—¿Lady Rohana sabe que eres terrana?

—Sí, allí me vio por primera vez.

—Eso explica por qué recurriste a ella —dijo Jaelle, que pensaba en voz alta—. Tu pariente, ¿también es terrano?

—Sí, pero fue hecho prisionero por Rumal di Scarp debido a una casual semejanza con el hijo de Lady Rohana.

—¿Se parece a Kiryl? Eso no me lo hará más querido —dijo Jaelle—. Amo a Rohana, pero Kiryl es otra cuestión. Pero eso no importa ahora. ¿Amas mucho a ese hombre? ¿Es tu amante entonces?

—No —dijo Magda lentamente—, aunque por un tiempo fuimos... —vaciló, luego usó la palabra darkovana—... compañeros libres. Pero es más que eso. Pasamos la infancia juntos, y él no tiene a nadie más. Para mis superiores de Thendara, él es... prescindible; de modo que me impuse la obligación de salvarlo de la muerte y la tortura.

Jaelle se mordió un labio y frunció el ceño, tocando nerviosamente el vendaje que le cubría la mejilla.

—Debo pensar —dijo—. Tal vez... ¿estás bajo contrato, obligada legítimamente a cumplir un servicio? Por ley, una Amazona Libre está obligada a cumplir con cualquier trabajo para el que se haya contratado por su voluntad, y legalmente se podría decir que debes cumplir con tu trabajo y hacer honor a las condiciones de tu empleo. —Una vez más, pensaba en voz alta—. Dices que no lo amas. ¿Qué es lo que sientes por él, entonces?

—No lo sé. —Magda escarbó en su mente y se sorprendió al decir—: Me siento protectora.

Jaelle la observó con una intensa mirada ceñuda, que hizo que Magda se preguntara si la joven estaría leyendo sus pensamientos.

—Sí —dijo—, creo que ningún hombre ha significado más que eso para ti; todavía no. Pienso que tienes el verdadero espíritu de una Amazona, y si hubieras nacido entre nosotros, creo que finalmente habrías acudido a las Amazonas. Eso debe de haber sido lo que Rohana vio en ti.

Permaneció un rato en silencio, pensando; de repente, rió.

—Hay sólo un hombre viviente al que amo menos que a Rumal di Scarp —dijo—. ¡Me encantaría birlarle la presa a Rumal! Y tú estás obligada a obedecer todas las órdenes legítimas de tu empleadora. Y hay una vida entre nosotras, y además, debo ofrecer un regalo a mi ahijada de juramento. ¡Iré contigo, Margali, a Sain Scarp!

Magda volvió a experimentar un sentimiento de lealtades en conflicto.

—Jaelle, nunca podré agradecerte esto, pero primero debes saber algo: esto te causará muchos problemas en Thendara. Lorill Hastur ha prohibido a todos los habitantes de los Dominios que tomen parte en este asunto.

—No has escuchado bien —respondió Jaelle—. Yo hago mi voluntad, sin cumplir con la ciega voluntad de Hastur. Al igual que todos, debo obedecer las leyes de la tierra, pero los caprichos de Hastur no son todavía las leyes de Thendara, y Lorill Hastur no tiene derecho a prohibir a una Amazona Libre, regida por la Carta, que acepte cualquier trabajo legal. Lorill Hastur es mi pariente, aunque la única vez que me vio y habló conmigo no parecía demasiado ansiosa por aceptar el parentesco; pero no es el guardián de mi conciencia. Las Amazonas Libres no deben lealtad a ningún señor, ni siquiera si se designa hijo de Hastur. Y me parece que si los terranos pudieron darte a ti, una mujer y nacida en Caer Donn, la fuerza y el espíritu necesarios como para que te aventuraras sola en los Hellers, y la... —Vaciló, desviando los ojos—. Y al mismo tiempo, la integridad suficiente para hacer honor a un juramento, incluso sometida a tanta presión, entonces me parece que los terranos podrían tener algo que enseñarle a Hastur, y que las Amazonas Libres deberían ser sus aliadas y amigas. De modo que te daré autorización y te ayudaré a rescatar a tu amigo.

—¡No debe saberse que Peter es terrano! —dijo Magda con ansiedad.

—¡No, por cierto! A Rumal le encantaría colgarlo de las murallas de su castillo al instante. —Jaelle extendió las manos hacia Magda y agregó—: Creo que mañana podré cabalgar; partiremos, entonces, hacia Sain Scarp.

A la mañana siguiente, antes de abandonar el refugio, Jaelle insistió en desnudar los cuerpos de los bandidos muertos; una tarea desagradable, ya que se habían congelado por el frío. Los arrastraron hasta sacarlos del camino.

—Los *kyorebni* y los lobos carroñeros harán el resto —dijo Jaelle alegremente—. No podríamos haberlos sepultado con la tierra tan helada, de modo que ellos pueden hacer el trabajo por nosotras.

Cuando partieron, el día se anunciaba sombrío y nublado, y Magda se preocupó por Jaelle: la exposición al frío, con una herida sin cicatrizar, podía resultar peligrosa. Sin embargo, una vez que el paso de Scaravel estuviera cerrado, por más que se apresuraran, no podrían llegar a Sain Scarp antes de la noche de solsticio de invierno.

Fueron a buen paso durante los tres primeros días, pero al cuarto empezó a nevar mucho, y Jaelle parecía preocupada cuando empezaron a ascender por el camino que conducía al paso.

—Si pasamos antes del anochecer, no hay nada que temer; Sain Scarp está a dos días de marcha más allá del paso, y no hay nada más alto que Scaravel. Pero si nos demoramos hoy, o si tenemos que cruzar Scaravel en la oscuridad... —Quedó en silencio, frunciendo el ceño, obviamente preocupada.

Cerca del mediodía llegaron a una pequeña aldea montañesa, donde compraron un poco de sopa caliente y consiguieron pienso para los animales. Estaban a punto de marcharse cuando, de repente, las cinchas del animal de carga de Magda se cortaron y la carga se deslizó; la bestia gruñía y gemía, asustada por el peso que colgaba de su panza. Magda corrió a librar al animal de la carga que oscilaba, pero la asustada bestia pateaba y coceaba, y pasó media hora antes de que Magda, aun con la ayuda de Jaelle, pudiera calmarla y quitarle la carga, desatando la única correa que había resistido. Después, tuvieron que buscar un artesano que pudiera remendar la cincha o hacer una nueva; y cuando Jaelle regresó, tras haber hablado largo rato con el hombre (su dialecto era tan cerrado que Magda no podía comprenderlo), la joven tenía una expresión grave.

—Lady Rohana, con su escolta, cruzó Scaravel hace tres días, en camino a Ardais —dijo—. Desde entonces, ningún otro viajero lo ha atravesado. Tal vez ya esté bloqueado; si no, es casi seguro que esta tormenta lo bloquee hasta el deshielo de primavera. Pase lo que pase, debemos cruzar Scaravel esta noche, pues si no, no podremos llegar a tiempo a Sain Scarp. Busquemos un poco más de esa buena sopa de guisantes antes de emprender la marcha; esta noche no conseguiremos nada de comida caliente.

Cuando estaban a menos de una milla y media de la aldea, Magda se dio vuelta y miró hacia atrás, y vio que la densa nevada ya había borrado las luces de la población. Jaelle se cubrió la herida de la mejilla con su bufanda; su voz sonaba ahogada debajo de ella.

—Si la gente de la aldea no viviera a la sombra de Sain Scarp... y probablemente pagada o atemorizada por ellos... creo que hubiéramos dejado los caballos aquí para cruzar a pie. Pero no me atreví a presionar tanto su honestidad. En las montañas hay un proverbio: «No confíes tu hueso al perro de otro hombre.»

Apenas había pasado una hora cuando tuvieron que encender los faroles de sus monturas; las pequeñas lámparas alimentadas con resina, arrojaban una tenue luz a su alrededor, en un diámetro de pocos pies, pero más allá la luz se disolvía en la niebla, contra la cortina de nieve que caía. El sendero estaba profundamente encajado entre rocas, lo que alegró a Magda, ya que la nieve había borrado todas las señales y corrían el riesgo de desviarse del camino y de no volverlo a hallar. Pero cuando le dijo eso a Jaelle, la joven rió a través de su bufanda.

—¡Simplemente, sigue adelante hasta que no puedas avanzar más! Yo estoy contenta con esta nevada; tan cerca de Sain Scarp, Scaravel no es un paso para viajar sola, y menos con buen tiempo. ¡No dudo de que así atraparán a tu amigo! ¡Pero en una noche como ésta, hasta los bandidos estarán en casa, junto a la chimenea!

Subieron y subieron, y Magda empezó a sentir el sordo dolor interno en los oídos, causado por la enorme altura; ninguna cantidad de bostezos ni ninguna maniobra con los dedos en los oídos podían eliminar por completo esa molestia. El frío era cruel, y empezaron a sentir el viento de las alturas, que les arrojaba nieve contra la cara y la apilaba en el suelo, tanto que empezaron a hundirse hasta las rodillas y tuvieron que desmontar, llevando de la brida a los caballos, que remoloneaban. Avanzaron lentamente en contra del viento, cada una de ellas aislada en su propia cáscara de oscuridad y silencio. Para Magda, el mundo se redujo a un círculo de menos de tres metros de diámetro, que la contenía junto con la mitad delantera de su caballo, la cola del caballo de Jaelle delante y el suave golpeteo de la bestia de carga astada que apoyaba cuidadosamente sus anchos cascos detrás del farol. Nada había fuera de este estrecho círculo: sólo oscuridad y un viento que aullaba como todos los demonios del legendario noveno infierno de Zandru. Subir y subir, con los músculos de las rodillas protestando a cada paso, y sin aliento. Se envolvió la gruesa bufanda sobre el mentón, y sintió que el viento la congelaba, junto con la humedad de su aliento, convirtiéndola en una máscara de hielo.

Sintió que tropezaba con algo duro y suave al mismo tiempo, retrocedió ante la intrusión de alguna otra cosa en su cáscara privada, y descubrió que era Jaelle, que había situado a su caballo de través, bloqueando el camino. Acercó la cabeza a Magda y gritó:

—¡Detengámonos a comer algo, parece que han pasado horas desde la última vez que comimos, y más arriba será peligroso detenerse!

Formaron un triángulo con los animales, colas contra belfos, y permanecieron en el centro de ese rústico refugio, comiendo un poco de carne seca y fruta, que fue lo primero que Magda encontró en sus alforjas. El mundo se había hecho tan pequeño que Magda se encontró mirando con fijeza el pequeño diseño de pájaros azules tejido

en los mitones de lana de Jaelle, y preguntándose si la misma Jaelle los habría tejido.

Entonces, por encima de ellas, cayendo de las alturas y ahogando incluso el rumor del viento, llegó un grito agudo, pavoroso; un prolongado aullido electrizante que hizo doler los oídos a Magda y que casi la paralizó físicamente. El sonido la hizo jadear, pero entonces supo qué era, incluso antes de que Jaelle le dijera:

—*Banshee*. Eso me temía; esperemos que el viento distorsione su sentido de la dirección. Y recuerda que preferiré a los caballos, de modo que quédate aquí, protegida.

Magda había oído hablar del grito paralizante de esos grandes carnívoros no voladores que vivían por encima de la línea de las nieves y que eran atraídos por el calor y los movimientos de su presa. Otra vez se oyó el espectral aullido, y a Magda le pareció que la carne que estaba masticando se había convertido en cuero dentro de su boca.

Jaelle trataba de hacerse oír por encima del aullido del viento.

—¿Qué, Jaelle?

—Aquí tenemos que decidir. No soy experta en Scaravel, pero he estado aquí a la luz del día, y supongo que tú no. Más arriba, el sendero se estrecha, de modo que no podremos girar en redondo, y no hay siquiera un lugar plano donde pasar la noche. Más adelante, deberemos avanzar obligatoriamente, porque no hay dónde detenerse hasta no estar del otro lado. Pero ahora parece estar abierto. Es un riesgo, de todos modos, pero es tu riesgo, y tu cabeza. ¿Intentarlo en la oscuridad, o esperar aquí? No es un camino particularmente bueno, ni siquiera a la luz del día.

Magda pensó en el estrecho sendero, en los terribles carnívoros de las alturas, en sus propias piernas doloridas y en su cara quemada por el viento. Y Jaelle, en realidad, no estaba lo bastante bien como para viajar. *No es la misión de Jaelle. Si la llevo a la muerte...*

—¿Qué aconsejarías?

—No aconsejaría nada, trataría de no estar en este lugar. Pero como estoy aquí, probablemente seguiría adelante. De todos modos, no quería que sigieras pensando que es seguro, porque no lo es. Ésta es tu última oportunidad de perder el coraje.

Y era la última oportunidad. Si no cruzaban Scaravel esa noche, y si a la mañana el paso estaba bloqueado por la nevada de la noche...

—¿Pero y tú, Jaelle? —dijo Magda—. Todavía no estás fuerte.

—Hay casi tanto riesgo en subir como en girar aquí y volver abajo —repuso Jaelle—; y si nos quedamos aquí, podemos congelarnos. Yo puedo hacerlo, si tú puedes.

Magda no estaba segura, pero tras haber llegado hasta allí, no sentía deseos de retroceder ni de abandonar. Tragó el último bocado de carne seca.

—Está bien —dijo—; entonces lo intentaremos. ¿Quieres que vaya delante? Hasta ahora, lo has hecho tú.

—De aquí en adelante no seremos nosotras quienes abramos camino; dejaremos

que lo hagan los caballos, y nos quedaremos entre ellos... ¡por si algún *banshee* anda por aquí merodeando en busca de su cena de medianoche!

El sendero era verdaderamente empinado ahora, pero entre los dos caballos, apiñadas en la estrecha huella, las ráfagas de viento las alcanzaban con menor ferocidad. La nieve se quebraba bajo sus pies, y tuvieron que aferrarse a sus monturas para no resbalar. El sendero se retorció sinuosamente entre grandes rocas que ofrecían un poco de resguardo contra el viento, pero de tanto en tanto Magda veía, entre las patas de los caballos o sobre sus lomos, un distante y pavoroso espectáculo: grandes abismos y acantilados, o vertiginosos golfos de vacío a los costados del camino, y entonces, bajando rápidamente los ojos hasta el mundo cerrado —los caballos a ambos lados, Jaelle muy cerca de su hombro—, se alegraba de que la oscuridad ocultara los enormes abismos que se abrían a los lados. Avanzaban dificultosamente, lado a lado, tan próximas que Magda podía oír la laboriosa respiración de la otra mujer; una y otra vez, procedente de las alturas, llegó hasta ellas el pavoroso y desmoralizante grito de los *banshee*. Los caballos se agitaron y cocearon; el caballo de Magda levantó la cabeza y ella tiró de las riendas, tratando de calmar al inquieto animal.

—¿Los faroles de las monturas no atraerán también a los *banshees*?

—No, son ciegos —dijo Jaelle—. Perciben el calor y el movimiento, eso es todo. Recuerdo...

Magda nunca llegó a escuchar lo que la otra recordaba. En aquel momento hubo otro fuerte y estridente aullido de *banshee* —esta vez casi encima de ellas— y un gemido del animal de carga que las seguía, y el caballo de Magda se encabritó, debatiéndose al bordo mismo del abismo. La bestia de carga cayó, gritando, coceando en la nieve, y por encima de su cuerpo que se debatía, Magda vio una enorme cabeza desnuda, como de gallinazo, y un tremendo cuerpo desproporcionado, mientras el pico se hundía en la suave panza del animal y escarbaba, chorreando sangre. Magda desenvainó su cuchillo, retrocediendo para esperar el momento de atacar. La cabeza desnuda se volvió en su dirección, acechante, ondulante. Y Jaelle la tomó de la muñeca y la echó hacia atrás.

—¡Déjalo comer! —le susurró con firmeza—. ¡Es demasiado tarde para salvar al animal, y si está satisfecho no nos atacará!

Magda sabía que lo que Jaelle le decía tenía sentido, pero los gritos de la bestia agonizante, los relinchos aterrados de los otros caballos y el horrible hedor de la enorme bestia carroñera la descomponían. Se cubrió el rostro con las manos cuando los perversos espolones golpearon, junto con el malvado pico, una y otra vez, mientras el *banshee* comía su ración. Jaelle llevó a Magda detrás de los caballos, y ambas mujeres permanecieron allí ocultas, tratando de no ver ni escuchar mientras la criatura comía, produciendo sonidos engullentes.

¡Dios, esos espolones! ¡Un golpe de ellos casi abrió en dos a la bestia de carga!, pensó Magda.

Pareció pasar mucho tiempo antes de que el *banshee* levantara su enorme cabeza, moviéndola de lado a lado sin mayor interés; después, se obsequió con un bocadito final y se marchó pesadamente. Los espolones dejaron grandes huellas de sangre y suciedad sobre la nieve. Magda, luchando por controlar la náusea, se incorporó lentamente. La astada bestia de carga yacía casi inmóvil y —éste era el último horror— relinchando suavemente, todavía con vida. Magda no pudo soportarlo. Se inclinó ágilmente, le clavó el cuchillo en el pescuezo y el animal, con una última convulsión, quedó inmóvil. Detrás de los caballos, Jelle estaba tendida sobre la nieve, vomitando.

Magda se acercó a ella.

—¡Vamos! ¡Ayúdame a sacarle la carga, y a ponerla sobre nuestros caballos! ¡Y después vámonos rápido como el demonio de aquí, antes de que todos los hermanos y hermanas de esa cosa vengan a buscar su parte!

Jelle apareció, enjugándose el rostro con la manga. Su rostro lucía grotesco, rojo y congestionado.

—¡Oh, eso fue... horrible... horrible!

—Lo fue. Pero podría haber sido muchísimo más horrible si hubiera atrapado a una de nosotras —dijo Magda, y se inclinó para cortar las correas que sujetaban la carga al cuerpo semidevorado. *¡La misma correa que con tanto cuidado repusimos en la aldea!* Con ayuda de Jelle, consiguió liberar la carga del animal muerto, aunque sus manos se llenaron de sangre mientras lo hacía. Magda puso la carga sobre el lomo de su caballo.

—Podemos repartirla mañana —dijo—. Ahora, será mejor que sigamos.

Atontadas por el horror y la fatiga, las mujeres continuaron el ascenso, tambaleándose, cada vez más arriba; y de repente, al salir de una curva del sendero, ya no ascendieron más. Se hallaban en la cima del paso de Scaravel, y no había más camino que hacia abajo. Magda estaba incluso demasiado cansada para sentirse aliviada. Jelle se tambaleaba por el cansancio, y Magda deseó que pudiera cabalgar. Sin duda, la joven no podría continuar mucho trecho más.

La marcha era más fácil ahora, aunque los caballos mostraban cierta tendencia a resbalar y tropezar; al poco tiempo, Magda sintió que su dolor de oídos disminuía, y eso le indicó que perdían altura. Recordó haber oído que los *banshees* sólo anidaban por encima de la línea de los bosques; cuando llegaron al primer bosquecillo pelado, con densas ramas enredadas por el viento, sintió que la tensión escapaba de ella como si fuera agua.

Siguió avanzando unos treinta metros más, con paso vacilante, y encontró un espeso bosquecillo donde los animales estarían más protegidos del viento y de la nieve que aún caía. Jelle estaba atontada; se quedó allí parpadeando, inconsciente de lo que ocurría. Sola, Magda ató los caballos y los cubrió con mantas, consiguió armar una de las diminutas tiendas, quitó a Jelle su capa y sus botas endurecidas por la nieve y la envolvió en mantas. Cayó dentro de las suyas sin despojarse de nada más

que las botas. La tienda era demasiado pequeña para dos —Magda había creído que era demasiado pequeña incluso para una persona—, pero la claustrofobia era mejor que el tiempo que tenía que invertir para armar la otra; además, necesitaban todo el calor que pudieran darse. Pensó, mientras se quedaba dormida: *Traería a los caballos también, si pudiera meterlos dentro.* Ni siquiera el distante gemido de otro *banshee* —¿o del mismo que las había atacado?— pudo mantenerla despierta.

El tiempo aclaró durante la noche, y al despertar contemplaron un mundo deslumbrantemente blanco, con árboles perennes casi doblados en dos bajo el peso de la nieve. Cuando Magda curó las heridas de Jelle, advirtió que se veían blancuzcas y maceradas; se habían helado, y eso empeoraría la cicatrización, pero no había nada que hacer al respecto. Usó un poco del agua que había hervido para la papilla para tratar de limpiarlas, pero no podía hacer demasiado. Jelle comió desganadamente, pero comió, y Magda se puso contenta; ese aspecto helado y atontado que la joven había adquirido la había asustado. Cuando terminó de comer, Jelle señaló una cumbre baja en la cordillera siguiente.

—Sain Scarp —dijo—. Si el buen tiempo se mantiene, llegaremos allí mañana.

Magda tenía buena vista, pero, por más que se esforzó, no pudo ver más que árboles.

Jelle rió.

—Dudo mucho de que Ruml di Scarp nos trate como a invitadas, ¡de modo que no tendremos gran fiesta de solsticio de invierno este año! ¡Pero seguramente tu pariente preferirá comer papilla en el camino antes que celebrar un banquete con Ruml! Y si el tiempo se mantiene, podemos llegar a Ardais para esa fecha; desde aquí no podrás verlo, aunque, si tienes buena vista, se lo distingue desde la cima de Scaravel. ¡Pero ahora no voy a regresar para verlo!

Ahora que estaban verdaderamente a la vista de su destino, Magda se encontró interrogándose nuevamente acerca de Peter. ¿Cómo se sentiría al ser rescatado por una mujer? Una hora más tarde, mientras cabalgaban por el sendero sobre la nieve que se fundía, Jelle enunció la misma pregunta.

—Tu pariente... ¿No se resentirá su orgullo al aceptar que sea una mujer quien lo rescate? ¿O los terranos no tienen esa clase de orgullo?

—Usualmente no. En otras palabras, usualmente los hombres y las mujeres comparten los riesgos igualitariamente —dijo Magda. *Pero Peter creció en Darkover, como yo. Y yo descubrí que mi entrenamiento darkovano era demasiado fuerte incluso para el Imperio. ¿Acaso eso le hará daño, le destruirá como lo haría con un hombre de Darkover?*

Y de pronto Magda comprendió algo de sí misma que nunca había advertido antes.

Criada como lo fui, en Caer Donn, sólo un darkovano podría haberme atraído; dicen que la manera en que una reacciona al sexo opuesto está condicionada antes de los siete años de edad, Ninguno de los terranos que conocí parecía apropiado,

ninguno tenía la longitud de onda emocional —o sexual— apropiada para mí. Los códigos sexuales eran erróneos. De modo que Peter era literalmente el único hombre que conocía con quien reaccioné como con un varón.

Y cuando estuve madura para una relación amorosa, él era el único hombre que conocía, literalmente el único. No es que me importara más que los demás: simplemente, no había otros.

Se dio cuenta de que probablemente ésta fuera la interpretación más importante de su vida, y decidió que de alguna manera debería atenerse a ella, incluso después de volver a ver a Peter.

Sain Scarp era una enorme fortaleza aislada, más allá de un largo lecho rocoso. Al día siguiente, a mediodía, las dos mujeres cruzaron el lecho rocoso y Magda, al menos, tuvo la sensación de que había ojos que las observaban desde la torre más lejana. Cuando cruzaron, un hombre grande y de aspecto rudo las detuvo, preguntándoles qué deseaban.

Ahora. Ésta es la culminación de todo; todo lo otro que ha ocurrido —incluso el juramento de las Amazonas, que dividió mi vida en dos— ha sido para esto.

—Soy la Amazona Libre Margali n’ha Ysabet —dijo (y qué extraño sonaba)—, y he venido enviada por Lady Rohana Ardais. Hay aquí un prisionero cuyo rescate debo pagar. Dile esto a Rumal di Scarp. —Esperaron, temblando en el frío aire claro, hasta que se presentó el jefe de los bandidos.

Después nunca pudo recordar el aspecto de Rumal di Scarp, salvo que parecía un hombre pequeño para cargar con el peso de los rumores y las horribles historias que se contaban de él: un hombre pequeño, delgado, con rostro de halcón y ojos feroces. Detrás de Rumal, con las manos atadas, Magda vio una figura esbelta y familiar. ¡Peter! Se le veía delgado y pálido; su rostro estaba sombreado por una estrecha barba cobriza, y estaba vestido con harapientas ropas montañosas, pero Magda lo reconoció de inmediato.

Rumal di Scarp se acercó lentamente a ellas.

—Bien, *mestra*, me dicen que quieres pagar un rescate. ¿Quién eres?

Silenciosamente, Magda tendió su salvoconducto; Rumal lo tomó, se lo entregó al enorme bandido que estaba a su lado, quien le sobrepasaba físicamente tanto como el hombre pequeño parecía sobrepasarlo en los otros aspectos. El hombre se lo leyó en voz alta a Rumal.

—Lady Rohana Ardais... da poder para tratar una cuestión familiar...

Rumal tomó el salvoconducto, lo arrugó despectivamente y se lo arrojó otra vez a Magda.

—¡Muy galantes son los hombres de Ardais, que envían mujeres a pagar el rescate de sus parientes varones! —comentó, riendo—. ¿Por qué debo tratar contigo?

—Porque yo soy parienta de Lady Rohana —dijo Jaelle—, y si no cumples con tu

palabra diré en todas partes, desde los Hellers a Dalereuth, que Rumal di Scarp no cumple con sus tratos. ¡Y entonces podrás quedarte aquí, preparando sopa con los huesos de tus cautivos, ya que no te servirán para otra cosa, porque nadie volverá a pagar una sola moneda de rescate!

Rumal hizo un gesto despectivo e indicó que acercaran a Peter.

—Bien, aquí está el heredero de Ardais, sano y salvo, tan saludable como un caballo del mercado de primavera. Y ahora, señoras mías —usó la inflexión íntima, más peyorativa aún— veamos el color de ese rescate.

Magda sabía que sus manos temblaban mientras contaba las barras de cobre. Rumal se encogió de hombros, indicó con un gesto al hombrón que envolviera con una tela el dinero del rescate y que se lo llevara.

—Ya tienes a tu pariente. Llévatelo, pues.

Jaille lo miró, desafiante.

—¿Su caballo y su equipo? —preguntó.

—Oh, eso —dijo Rumal—. Lo guardo para cubrir el costo de haberle alimentado desde la primera nevada hasta la mitad del invierno, pues si no, el rescate se hubiera hecho demasiado pesado para que lo cargara un solo caballo. —Se dirigió irónicamente a Peter—: Adiós, señor; afortunado es el hombre tan amado por sus parientes que éstos confían su rescate a una mujer. Ocúpate de agradecer debidamente a estas damas por su cortesía, mi señor, ya que sin duda sólo sus ruegos convencieron a los hombres de tu clan de que debían rescatarte. Y ahora... —Hizo una profunda y graciosa reverencia, cuya gracia misma hizo que Magda se estremeciera de horror, mucho más que si el hombre hubiera sido feo o deforme—. Buen viaje, caballero; que la travesía sea afortunada, y feliz el regreso al hogar.

Peter le dedicó una reverencia igualmente profunda e irónica.

—Agradezco tu hospitalidad, *messire* di Scarp. Ojalá pase una noche en cada uno de los infiernos de Zandru antes de que tenga que volver a probarla.

—Un discurso grosero —se mofó Rumal—, pero el color del dinero no se hace más brillante con las palabras corteses, ni tampoco más opaco con las palabras rudas. —Giró sobre sus talones y se alejó sin mirar atrás.

Peter extendió un brazo y asió con fuerza las manos de Magda. Las de él temblaban.

—Eres tú —dijo—. Soñé... soñé... —Su voz se quebró, y por un momento ella pensó que rompería en sollozos, pero él logró controlarse, asiéndole los dedos hasta hacerle doler.

—¡Estás tan delgado y pálido! —dijo Magda, apenada—. ¿No te daban comida?

—Sí, sí, pero no era lo que hubiera esperado, aquí en los Hellers —respondió él, todavía aferrado a las manos de la joven.

—Hay un caballo para ti, al otro lado del lecho rocoso —interrumpió Jaille—. Lo compramos en la aldea más próxima. Pensé que era probable que Rumal se quedara con el tuyo, tal como ocurrió. Espero que te resulte adecuado.

—*Mestra*, montaría un conejo, o caminaría desde aquí a Thendara con los pies descalzos... ¡Es tan bueno estar fuera de esas murallas! —dijo él—. Vamos, alejémonos de aquí... ¿Cómo ha ocurrido esto? Había perdido toda esperanza de que alguien supiera dónde estaba, o cómo había muerto.

Jaelle lo examinaba con curiosidad, mientras los tres se aproximaban al lugar donde habían dejado los caballos.

—¡No puedo creerlo! ¿No es una broma? ¿No eres mi primo Kiryl? ¿Realmente eres... terrano?

—Lo soy —contestó Peter, y miró a Magda con curiosidad—. ¿Quién... y qué...?

—Es mi amiga y hermana, Peter —dijo Magda suavemente—, y sabe quiénes somos, de modo que no es necesario fingir.

Peter se inclinó sobre la delgada mano de Jaelle.

—¿Cómo puedo manifestarte mi agradecimiento, *mestra*? La noche del solsticio de invierno está demasiado próxima para fingir que no tenía miedo.

Jaelle miró hacia atrás y vio que Rumal y sus hombres se habían detenido a observarlos desde el otro lado del lecho rocoso.

Con una risa vacilante, añadió:

—Ahora, sin duda, creo que no eres mi primo Kiryl. Creo que hubiera preferido que lo colgaran despedazado de las murallas de Rumal antes que confesar que tenía miedo. —Al cabo de un momento prosiguió—: Sin duda, se preguntan por qué no me saludas como parienta.

Magda creyó que en cualquier otra persona, las palabras hubieran tenido un casi intolerable tono de coquetería, pero Jaelle sólo parecía incómoda.

—Será un placer para mí... parienta —dijo Peter, y se inclinó para darle un abrazo de hermano, y un beso en la mejilla.

Jaelle se sonrojó y bajó los ojos; de repente, con suavidad, Peter volvió a tomar la delgada mano de Jaelle, se inclinó y depositó un leve beso en su muñeca.

Magda, que observaba, pensó inesperadamente: *Estoy libre de él. Antes, me hubiera sentido terriblemente celosa... de ver esa mirada en sus ojos, dedicada a otra mujer. Casi me volví loca cuando bailó con Bethany en la fiesta de fin de año el año pasado. Ahora no me importa. Durante tanto tiempo su amor, su culpa, su preocupación habían sido parte de ella misma que ahora se sentía fría, llana, vacía. Ahora podía mirarlo con simpatía, con preocupación por su delgadez y palidez... Como si fuera mi hermano, mi niño. Pero no mi amante. Ya no.*

Jaelle empezó a alejarse, pero entonces, súbitamente, tomó la mano de Peter.

—No puedo creerlo. Eres tan parecido a mi primo Kiryl, y sin embargo... ¡Déjame ver tus manos! ¿Cuántos dedos tienes?

—El número normal —dijo Peter—. Cuatro y el pulgar... ¡Oh, Dios mío! —Estaba mirando la esbelta mano de Jaelle, que yacía entre las suyas—. Tienes seis dedos en cada mano —dijo, como atontado.

—Sí. La sangre Ardais y la sangre Aillard... los que la tienen poseen un dedo

más —explicó Jaelle—. ¿Es algo desconocido entre los terranos? Rohana es Aillard por nacimiento, y su esposo es un Ardais, y todos sus hijos tienen manos de Aillard. —Empezó a reírse histéricamente—. Si Rumal se... hubiera tomado la molestia... de contar tus dedos... —agregó, convulsionada por la risa— ahora estarías colgando... en pedazos... de las murallas de su castillo.

Aparentemente, no podía parar de reír; Magda se acercó y trató de calmarla, y al fin, con reticencia, pero temiendo que fuera la única manera de detenerla, la tomó de los hombros y la sacudió con fuerza. Jaelle empezó a llorar tan histéricamente como se había reído.

—Estarías muerto... —prorrumpió entre sollozos—... estarías muerto...

Ha cabalgado demasiado, todavía no está fuerte. Magda se dirigió a Peter.

—¿Puedes llevarla en tu montura? Debemos irnos de aquí antes del anochecer. — Y observó con cuánta ternura Peter alzaba a Jaelle hasta su montura, montaba él mismo y sostenía a la laxa muchacha, abrazándola. Magda también montó y tomó las riendas del caballo de Jaelle, conduciéndolo detrás, y mucho tiempo después advirtió que entonces ya sabía qué ocurriría.

TERCERA PARTE

JAELE N'HA MELORA

AMAZONA LIBRE

El cielorraso estaba pintado de azul, con un diseño dorado de estrellitas. Al principio, Jaelle no pudo darse cuenta de dónde estaba. Después, recordó que había dormido en esa habitación durante su única visita prolongada al castillo Ardais, cuando tenía dieciséis años.

—Antes de renunciar a tu herencia de *Comynara* —le había advertido Kindra, hablándole con mayor seriedad que nunca—, debes conocer primero aquello a lo que estás renunciando.

De modo que Jaelle había ido a Ardais, protestando, para quedarse allí medio año completo. No había sido feliz; se había sentido, le dijo una vez a Rohana con rebeldía, como un pez en un árbol.

¡Pero ya no tengo dieciséis años! ¿Por qué estoy aquí?

Cambió de posición y, al sentir el agudo dolor en el hombro, recordó. ¿Dónde estaban sus compañeros terranos? Habían llegado de noche, tarde, y ella les había dicho a los criados que avisara a Lady Rohana que su parienta había venido para pasar la noche del solsticio de invierno, y que había traído con ella a dos amigos. Recordó que Rohana los había recibido a todos graciosamente, y que se había consternado al ver el rostro vendado de Jaelle. El resto estaba oscuro, borrado.

Yacía en una enorme cama, y llevaba puesto un camisón con mangas largas, con lazos en el escote y en los puños. Supuso que pertenecía a Rohana, o a su hija; ella no poseía ninguna prenda así, y era demasiado fina para pertenecer a alguna criada. Una de las mangas había sido cortada para acomodar el vendaje sobre su hombro; también su rostro tenía un vendaje reciente. Miró a su alrededor y vio una segunda cama cerca de la ventana, y a la mujer terrana que dormía en ella, pero justo en ese momento Magda se dio la vuelta y la miró.

—Te ves mejor —dijo—. Cuando te trajeron aquí, anteanoche, pensé que agonizabas. —Magda se levantó y se acercó a Jaelle. También ella llevaba puesto un camisón con encaje, aunque era tan alta que sólo le cubría a medias las piernas. Su oscuro pelo corto estaba recién lavado y se rizaba sobre sus mejillas.

—No recuerdo nada desde que llegamos aquí —dijo Jaelle—. ¿Fuiste tú quien me trajo hasta aquí o fue...? —Vaciló, ya que no recordaba el nombre darkovano de Peter y no deseaba utilizar su nombre terrano por si alguien las oía.

—No, el mismo dom Gabriel te hizo ese honor.

Jaelle sonrió burlonamente.

—¡Pobre dom Gabriel! ¡Cuánto le desagrado al esposo de mi parienta! ¡O, al menos, cuánto le desagrada tener a una Amazona en la familia!

—Parecía genuinamente ansioso por ti —protestó Magda, y Jaelle rió un poco.

—¡Oh, tratará con amabilidad cualquier cosa que pertenezca a Rohana: perros falderos, Amazonas Libres, hasta terranos, me imagino! —Sintió que la sonrisa le causaba un dolor punzante en el rostro—. ¿Lo sabe?

—Rohana sólo le dijo que éramos amigos tuyos —replicó Magda—. Después, me advirtió que la casa estaría colmada de invitados para la fiesta del solsticio de invierno, y que debíamos ser cuidadosos. Por supuesto, cuando dom Kiryl conoció a Peter, se mostró tremendamente curioso. Preguntó quién era, y Peter le contó el cuento de siempre: que había nacido en Caer Donn, que no conocía el nombre de su padre. Dom Kiryl dijo entonces: «Después de haberte visto, creo poder dar el nombre, al menos, del clan de tu padre.» Y, al igual que tú, miró de inmediato las manos de Peter.

Jaelle volvió a recostarse, atónita. *¿Tan cansada al cabo de estar sentada sólo unos minutos?* El hombro le latía como si estuviera incendiándose.

—¿Dónde... dónde está?

—Dormido en la habitación vecina —dijo Magda, señalando una puerta intermedia—. Lady Rohana se disculpó por poder ofrecernos solamente estas habitaciones; yo le dije que, de todos modos, tú no podías quedarte sola de noche. Ayer dormiste todo el día; ni siquiera te despertaste cuando domna Alida vino a vendarte las heridas.

—De modo que he perdido un día —dijo Jaelle. Ahora recordaba, de manera borrosa, cómo habían llegado hasta allí. Rumal di Scarp esperaba que fuesen directamente a Ardais y le resultaría sospechoso verlos marcharse en cualquier otra dirección. En cualquier caso, Scaravel estaba bloqueado por la nieve. Magda había opinado que, como Lady Rohana había dispuesto esta misión, tenía derecho a conocer su éxito.

Jaelle también recordaba cómo Peter había cabalgado a su lado, cómo la había ayudado cada vez que se detenían para que los caballos descansaran. Gran parte de ese tiempo, ella lo había pasado atontada por el cansancio y el dolor, pero recordaba el modo en que él la había instado a comer; cómo, cuando ya no podía sostenerse en su montura, él la había llevado en su propio caballo, abrazándola para sostenerla. Todo lo demás era borroso, pero recordaba, con aguda memoria táctil, el contacto de los brazos de él, rodeándola. Se había sentido avergonzada de su propia debilidad, y también bastante satisfecha, ya que le permitía apoyarse contra él y recostar la cabeza sobre su hombro durante el mareo del dolor y de la fiebre...

Pensó, con un ramalazo de culpa: *No recurriré a ningún hombre en busca de protección...* y cerró los ojos, sintiendo que lágrimas de debilidad le caían por las mejillas. Sintió también que Magda le apoyaba suavemente una mano en la muñeca.

—Avisaré a Lady Rohana que estás despierta —dijo.

Al poco rato llegó Rohana, pequeña como una reina, ataviada con un vestido orlado de piel; se inclinó y besó a Jaelle en la mejilla libre de vendas.

—¿Cómo te sientes, niña? ¿Y cómo fue que te hiciste esa espantosa herida? Margali me ha dicho muy poco, sólo que luchaste por ella.

—Supongo que no te dijo que me salvó la vida —apuntó Jaelle—, ni tampoco que ha hecho el juramento del Gremio, y que es mi hermana.

Rohana preguntó con mucha gravedad:

—¿Está permitido, muchacha, que una terrana ingrese en el Gremio por juramento?

—Las madres del Gremio tendrán la última palabra sobre eso —replicó Jaelle—, pero la Carta no excluye a ninguna mujer; es el juramento, no la filiación, el que hace que una Amazona entre en la Carta. Y mi hermana prefirió cumplir con su juramento; prefirió quedarse y luchar por mí, y cuidarme más tarde, cuando fácilmente podría haberme abandonado a la muerte.

—Entonces es de nuestra familia, querida —dijo Rohana con suavidad.

Aliviada, Jaelle volvió a caer en un sueño exhausto —o en un estupor—, y por encima de su cabeza los ojos de Rohana se cruzaron con los de la terrana.

—Algún día tendrás que contarme cómo ocurrió todo eso.

—Yo misma no estoy segura —dijo Magda, esbozando una sonrisa de confusión—, pero haré honor a mi juramento, pase lo que pase.

—¿Por ella? ¿Sólo por amistad?

—No. No del todo. Tal vez... —Magda vaciló, buscando las palabras—. Tal vez porque debo servir a dos mundos, y creo que de esta manera es como mejor respondo a ambas lealtades.

—¿Y tu esposo? ¿Qué dirá de esto?

—No es mi esposo legal; nos separamos hace más de un año. Por cierto que no es el guardián de mi conciencia.

—Pensé... —Rohana se interrumpió. Como a todos los telepatas, la horrorizaba la idea de interferir en cualquier cuestión personal. Pero al ver a Magda en la Ciudad Comercial le había parecido que la terrana estaba totalmente comprometida con su ex amante, y había sentido algún remordimiento al verla ataviada como Amazona. Le había parecido que, a pesar del espíritu y la fuerza, que le habían causado admiración, Magda era demasiado femenina para el rol que debía desempeñar. Le había parecido que Magda era muy semejante a ella misma, obligada a asumir un papel de hombre por razones dignas de una mujer.

Se sintió completamente desconcertada; y era una sensación nueva para Rohana. También se le planteaban cuestiones que creía haber esclarecido, sin ninguna duda, años atrás. Se sintió feliz de interrumpir el autocuestionamiento cuando Magda le preguntó:

—¿Es correcto que Jaelle duerma tanto? ¿Está peor de lo que yo pensé?

—No lo sé. Alida dice que ninguna de las dos heridas se está curando como debiera. Hoy sabrá más.

—Es culpa mía —dijo Magda, mirando a Jaelle con aprensión. ¿Estaría dormida o inconsciente otra vez?—. Se agotó tratando de ayudarnos.

Las manos de Rohana se cerraron muy suavemente sobre las de ella. Magda aún no sabía lo suficiente acerca de la casta telepática para comprender que el gesto era muy raro, ya que indicaba confianza.

—Mi querida niña, no te eches la culpa. Desde que Kindra murió, nadie, absolutamente nadie ha podido lograr que Jaelle haga algo que no desee, o impedirle que haga su propia voluntad; de modo que lo que haya hecho lo hizo libremente. — Miró a Jaelle con una ternura triste y distante.

Cuando Rohana volvió a hablar, Magda sintió que en realidad no se dirigía a ella.

—En muchos aspectos, me es más querida que mi propia hija. Sin embargo, hace muchos años que sé que debo permitirle elegir su propio camino.

Giró para irse.

—Domna Alida la verá esta mañana. Tiene entrenamiento de torre, y gran pericia en estas cuestiones —avisó antes de marcharse.

Poco después, apareció Peter por la puerta intermedia.

—¿Cómo está Jaelle? —preguntó preocupado en voz baja.

Magda le repitió lo que le había dicho a Rohana, y él sacudió la cabeza, desanimado.

—Odio pensar que se ha puesto en peligro por nosotros —dijo—. Pero escúchame, Magda: debemos irnos de aquí pronto, tan pronto como podamos. Sabes que no podemos quedarnos aquí para el solsticio de invierno, como espera Lady Rohana... ¡alguien podría reconocernos!

—Rohana no nos delatará.

—Tal vez no. Pero entre los criados hay dos o tres hombres de Caer Donn que podrían reconocerme... recordarme de la época en que los terranos y los montañeses podían mezclarse libremente. Si lo hacen...

Magda comprendía, pero por el momento parecía sentir otra preocupación más importante.

—No puedo irme sin autorización de Jaelle —dijo—; tal vez no pueda irme en absoluto. Sin duda, no puedo irme mientras ella esté enferma y pueda necesitarme. — Con súbita furia, le espetó—: ¿Acaso un juramento no significa nada para ti?

—No un juramento que debiste pronunciar por la fuerza —dijo Peter—, y que, en cualquier caso, no tenías derecho a pronunciar. Sé que te obligaron, pero aun así...

Era el mismo razonamiento que había hecho Magda, y eso la enfureció más que nunca, mientras él proseguía, con tono persuasivo:

—Sé que siempre te ha gustado fingir que eres de Darkover, y que te enorgullece tu habilidad para ello. Pero hay un momento en que es necesario olvidar todo eso. Tu primera lealtad es hacia el Imperio... ¿debo recordártelo?

Peter le había tomado las manos; Magda se desasíó bruscamente de las de él.

—¡Entonces di que elegí! ¡Siento que puedo prestar más servicios de este modo, pero si se trata de elegir...! —Temblaba entera.

—No advertí que éstos eran tus sentimientos —dijo él, conciliador—; sabes que jamás interferiría en un asunto de conciencia, Mag. Pero ¿por qué esta joven significa tanto para ti? No es propia de ti esta clase de... esta clase de actitud emocional con respecto a otra mujer. No es muy... —Vaciló, resistiéndose a decirlo, y Magda, que

había adivinado lo que él no quería decir, volvió a montar en cólera.

—¡Piensa lo que se te antoje! ¡Si crees eso, puedes creerte cualquier cosa!

—Mag, yo no dije que creyera...

—Eres un tonto, Peter —dijo ella, disgustada—. ¿Realmente crees que ninguna mujer puede ser leal a otra por humanidad e integridad simplemente? Jaelle me salvó la vida; ¿y tengo que recordarte que si ella no hubiera arriesgado su propia vida para cruzar el paso de Scaravel con una herida reciente, tú todavía estarías contando los días que faltan para el solsticio en los calabozos de Rumal? ¿Y quieres que la abandone sin saber siquiera si vivirá, si morirá o si quedará marcada de por vida?

—¿Necesitas quedarte tú? ¡Creí que todas estas personas eran sus parientes más próximos!

—Sí —aceptó Magda—, pero por juramento ella ha tenido que renunciar a toda su familia; como ahijada de juramento, soy la pariente más cercana que tiene bajo este techo.

Magda pronunció estas palabras con absoluta convicción, sabiendo que, a despecho del profundo afecto que Rohana albergaba por Jaelle, la dama hubiera dicho lo mismo. Rohana había dado por sentado que Magda tenía el deber, y el derecho, de permanecer con Jaelle y cuidarla; y eso estaba por encima de los derechos de la propia Rohana. Camilla había dicho, bromeando, que Rohana todavía ignoraba las costumbres de las Amazonas Libres. Pero, de todas maneras, sabía perfectamente lo que significaba cada una de ellas para las otras; mucho más, la joven lo sabía, que la misma Magda.

La furia de Peter había tenido corta vida, como de costumbre.

—Probablemente tú lo sepas mejor, Mag; suele ser así. Y la fiesta del solsticio de invierno es un momento de hospitalidad; probablemente un par de huéspedes extra no sean advertidos. —Se acercó a Jaelle y se quedó allí mirándola.

—Qué bella es —dijo suavemente—, o qué bella sería, sin esa terrible cicatriz. ¿Cómo puede una mujer así renunciar al amor y al matrimonio?

Jaelle abrió el ojo que no tenía vendado; su visión era borrosa y desenfocada.

—No renunciamos al amor... —dijo—... sólo al matrimonio... a la servidumbre... —Extendió la mano, y Peter se arrodilló junto a la cama, tomándole la mano entre las de él. Ella volvió a cerrar los ojos, pero no le soltó.

Seguía allí arrodillado cuando Lady Rohana entró, con la hermana de dom Gabriel, que, según le habían dicho a Magda, era una *leronis*. Ese título se traducía, habitualmente como «hechicera» o «sabia». Magda sospechaba que en este caso significaba «sanadora». Su nombre era Alida. Era una mujer pequeña y delgada, con llameante pelo rojo, algunos años más joven que Rohana y con una especie de indefinible arrogancia que, por algún motivo, hizo pensar a Magda en Lorill Hastur.

Lady Alida inclinó la cabeza, esbozando el más ligero saludo cortés en dirección a Magda. Ignoró a Peter. Retiró las mantas de Jaelle y empezó a desatar el camisón cortado; después miró a Peter, dándole una orden inconfundible. Él había crecido en

las montañas cercanas a Caer Donn y comprendió perfectamente bien; en realidad, era incluso escandaloso que hubiera estado en el cuarto mientras Magda no estuviera completamente vestida. Soltó la mano de Jaelle, pero ella rápidamente volvió a aferrarla, abriendo los ojos.

—¡Quiero que se quede! —dijo, y su voz sonó infantil, por lo que Magda se preguntó si no estaría otra vez delirando.

Lady Alida se encogió de hombros.

—Quédate, entonces, si ella lo quiere. Pero cógele la otra mano, y no me molestes.

Peter obedeció, y Alida, con alguna ayuda de Rohana, quitó los vendajes para examinar las feas heridas. Hasta Magda pudo advertir que no estaban curando correctamente, y que se veían hinchadas e infectadas. El limpio tajo de la cara se había enrojecido y difundido, el cortecito del párpado estaba tan hinchado que Jaelle no podía abrir ese ojo.

—¡Ésta es una herida envenenada! ¿Cómo la recibió?

Brevemente, Magda relató la pelea con los bandidos. Lady Alida hizo una mueca de fastidio.

—¡Ésa no es tarea de mujeres!

Jaelle se sonrojó de furia.

—No necesito que me digas que no apruebas mi forma de vida, parienta, ¡pero la cortesía impide que insultes a mi hermana y huésped delante de mí! —dijo Jaelle con aspereza.

—Alida no quería ofender... ¿verdad, parienta? —dijo Rohana apresuradamente.

Alida no prestó la menor atención a ninguna de ellas.

—¿Qué le ha pasado a tu herida, *mestra*?

Al cabo de un momento, Magda advirtió que se dirigía a ella, y se arremangó la manga del camisón que llevaba puesto.

—Se está curando.

—Pero no como debería —dijo Alida, mientras sus dedos leves y fríos rozaban suavemente la roja cicatriz, todavía hinchada e inflamada—. Un tajo como éste debería haberse cerrado hace mucho tiempo, sin que quedara siquiera una marquita. Por lo que veo, todavía te causa dolor, ¿no es cierto?

—Sí, un poco —dijo Magda. Había tenido tan poca experiencia con heridas que había creído que era natural. Vio que Peter miraba, sorprendido y consternado, su brazo desnudo y herido, y se bajó la manga para cubrir la cicatriz.

—Jaelle debe de haber sido herida primero, y por eso recibió la mayor parte del veneno —dijo Alida.

Rohana pareció ansiosa.

—¿Puedes ayudarla, Alida?

—Oh, sin duda. Aprendí a tratar esta clase de heridas en la torre de Neskaya, no es gran cosa. Cuando eras joven, tuviste entrenamiento de torre en Dalereuth, ¿puedes

ayúdame ahora?

Rohana asintió.

—Sin duda.

Pero Rohana observó, levemente perturbada, mientras Alida desenvolvía la joya matriz. Sabía que debía hacer salir a los dos terranos. Ésa, sabía, era una de las razones por las que Lorill Hastur había prohibido cualquier contacto serio entre terranos y darkovanos: no quería que se enteraran de nada acerca de las antiguas ciencias de matriz. Sin embargo, si insistía en hacer salir del cuarto a Magda y a Peter, debería explicar el motivo.

No le había dicho a nadie que eran terranos, pero estaba segura de que Gabriel lo había adivinado. Al ver la increíble semejanza que había entre Peter y su hijo Kiryl, y oír que él era el prisionero de Sain Scarp, debió de enterarse; pero en realidad no deseaba enterarse, advirtió Rohana, de que ella había contrariado sus deseos una vez más. *Porque entonces yo tendría que decirle, en pocas palabras, que él no es el guardián de mi conciencia; y ni siquiera ahora creo que Gabriel desee saber aquello que en realidad pretende ignorar.*

Y la mujer, Magda, era la hermana de juramento de Jelle, y tenía derecho a quedarse. En cuanto al hombre... vio que Jelle se aferraba a su mano, vio la ternura que había en sus ojos, y supo lo que ninguno de ellos dos sabía todavía.

—Basta, Lady Alida. No quiero nada de tus brujerías —dijo débilmente Jelle.

—Debo hacerlo, muchacha. Hay veneno en la herida y se está corriendo hacia el ojo: puedes perder la visión. Si no lo intento ahora...

—No me importa —repuso Jelle, con gran agitación—. No permitiré...

—Basta, Jelle —intervino Rohana con severidad—. ¡Te estás comportando como una niña asustada que no se deja curar una herida! ¡No pensé que fueras tan cobarde!

—Sé que me tenías miedo cuando eras niña, Jelle —comentó Alida, más amablemente—, pero esperaba que lo hubieras superado.

—No tengo miedo —dijo Jelle, temblando de furia—, ¡pero no permitiré que hurgues en mi mente! ¡Una vez en la vida es suficiente!

De pronto, Rohana recordó el episodio al que se refería Jelle. Durante aquella larga visita a Ardais, que ella había exigido antes de que Jelle hiciera el juramento de las Amazonas, había insistido en que la joven fuera probada para calcular su potencial de *laran*; la hija de Melora, con el pelo llameante que marcaba a la casta telepática, seguramente tendría algunos de los dones del Comyn. Jelle se había mostrado asustada y reticente, pero fue imposible convencer a Rohana. Alida había conducido la prueba, y Jelle se había puesto pálida como una muerta y parecía muy enferma. Fue la única vez en que Rohana vio llorar a Jelle después de la muerte de su madre. Cuando Rohana la hubo consolado, Alida le había dicho:

—Sí, tiene *laran*. Creo que es una telépata poderosa, pero por alguna razón lo está bloqueando. Por supuesto, podría romper sus defensas, pero si después podré volver a

armarlas... eso es otra cuestión. Y como has autorizado que se criara con las Amazonas, creo que la vida de una torre le resultaría insoportable. Déjala elegir su propio camino.

Rohana lo había dejado así. Había cumplido con la ley que exigía que todos los niños de sangre Comyn —legítimos o ilegítimos, y según la ley Jaelle era ilegítima— debían pasar la prueba. No era necesario hacer más. Estaba segura de que la conmoción del contacto telepático establecido con su madre agonizante era lo que había forzado a Jaelle a bloquear su propio *laran*, pero no había tratado de averiguarlo.

¿Pero el miedo de Jaelle era todavía tan agudo? Cuando Jaelle la insultó, domna Alida, sin ofenderse, tan sólo respondió:

—Estás enferma, Jaelle. No sabes lo que dices. ¿Realmente deberé someterte a la indignidad de atarte las manos?

Magda casi gritó:

—¡No, no debes hacer eso!

—Jaelle —dijo Rohana, persuasiva—, no eres una de esas Amazonas a las que tanto les agrada jactarse y comparar sus cicatrices.

—Si quiere terminar sus días con el aspecto de un marcado veterano de las campañas de Corresanti, eso es asunto de ella —repuso Alida fríamente—. ¡Lo único que me preocupa es su vista!

Peter todavía sostenía la mano de Jaelle. Alzó su mano libre y acarició con ternura la tersa piel de la mejilla de Jaelle, por debajo de la cicatriz.

—Eres tan bella —dijo como si ambos estuvieran solos en la habitación—. Sería espantoso permitir que se arruinara esa belleza.

Jaelle movió la otra mano hacia él, con torpeza; y Magda supo —todos supieron— que ya no protestaría.

Eso no fue justo, pensó Magda. Jaelle es demasiado vulnerable. Peter no debió hacerlo.

Lady Alida movió la mano, y Magda vio que sostenía una piedra azul... ¿una gema? Un brillante centelleo, un desvanecedor y tortuoso destello... Magda desvió los ojos, incapaz de tolerar la visión.

—Estabas demasiado ocupada insultándome y no me dejaste explicarte, Jaelle —dijo tranquilamente la *leronis*—, pero para esto no necesito tocar tu mente. Estoy por hacer un trabajo muy delicado de reconstrucción celular, de modo que debes quedarte tan quieta como te sea posible, y debes tratar de poner tu mente en blanco, para que tus pensamientos no interfieran. Puedes dormir si lo deseas; si lo haces, todo será mucho mejor. No creo que sientas ningún dolor, pero si te duele debes decírmelo de inmediato, para que tu dolor no anule mi trabajo.

Magda escuchó con curiosidad y asombro. ¿Hipnosis? ¿Todo eso acerca de poner la mente en blanco...?

—Rohana, debes controlar —instruyó Alida—. Y debes advertirme si me acerco

demasiado a los nervios, o a los pequeños músculos que están cerca del ángulo del ojo —recomendó Alida, y una vez más la gema azul centelleó en su mano. Magda sintió una pequeña agitación en su interior, casi una náusea. Alida alzó la vista, con el rostro remoto e imperturbable ahora, mirando a Magda sin verla realmente.

—No mires directamente la matriz, *mestra*; muchas personas no pueden soportarlo.

Magda desvió los ojos, pero la piedra seguía atrayéndolos. *Falsedad, tonterías; ¿pero qué van a hacerle a Jaelle?*

Rohana se aproximó a Jaelle, inclinándose sobre ella, ignorando a Peter, que seguía arrodillado junto a la cama, sosteniendo las manos de la joven. Rohana hizo correr la punta de sus dedos encima del rostro de Jaelle, casi sin tocarla; luego bajó por el hombro desnudo hasta la hinchada y horrible herida. A Magda le pareció que una línea de luz se desprendía de los dedos de Rohana, y empezaba a brillar sobre la piel de Jaelle... *Como si pudiera ver los huesos debajo de la piel...*

Rohana dijo: *No, no los huesos, las corrientes nerviosas que hay entre ellos...* Pero Rohana no había hablado, ni siquiera había levantado la cabeza; estaba concentrada en Jaelle.

Alida sostenía la piedra ante sus ojos con una mano, con el rostro invadido por una calma casi inhumana. Ahora Magda veía, alrededor de las dos heridas, un pulso sordo, una especie de resplandor alrededor de la carne inflamada.

—Ahora —dijo Alida, y Rohana empezó a desplazar sus dedos a lo largo de la herida, desde la clavícula hasta el hombro. No tocaba a Jaelle, pero a medida que las pequeñas líneas de luz se desplazaban con sus dedos, la carne hinchada parecía moverse y ondular, mientras opacos colores se arremolinaban en ella; temblaba y cambiaba de color, desde un inflamado rojo hasta un infectado púrpura y luego casi hasta un negro opaco, y las luces latían en la carne. Magda contuvo el aliento; ¿sería una espectral ilusión hipnótica? De la herida manó sangre.

—Cuidado —dijo Rohana con voz impasible.

La ondulada superficie de la herida abierta palideció lentamente, volvió a tornarse púrpura y, a medida que se hacían más brillantes las luces que la rodeaban, se volvió roja y luego, de un saludable color rosado...

Rohana desplazó las manos, acercando la punta de sus dedos a la repulsiva herida que cruzaba el rostro de Jaelle. Alida acercó más la piedra azul y Magda, observándola sin náuseas esta vez, descubrió que estaba atrapada en lo que ocurría. Con una curiosa doble visión vio las corrientes nerviosas debajo de la piel, las capas de tejido infectadas y abiertas, los músculos dañados, y el veneno depositado alrededor del ojo... sintió, con cierta tensión en su mente, lo que estaba haciendo Alida: haciendo que su conciencia penetrara más y más en las células, ejerciendo diminutas presiones (*¿Cómo? ¿Cómo?*) sobre cada una de ellas de forma que hizo sentir verdaderamente la sangre y el veneno como presiones contra las líneas de luces de los nervios, y Magda sintió también las diminutas y delicadas membranas, las

presiones sobre ellas...

—Cuidado —volvió a decir Rohana, con voz baja y neutral, pero para Magda, profundamente internada en la conciencia de Alida, dura como un chillido de advertencia; y con infinita precaución, Alida disminuyó las presiones cuidadosamente intrincadas, alejó su toque de un pequeño vaso sanguíneo dañado, sintió y casi vio las diminutas tensiones de fluido tan cercanas al ojo, los relucientes mecanismos internos del globo y los conductos lacrimales, tan cerca, peligrosamente cerca. *Disminuye justo allí...* Algo en la mente de Magda dijo: *Psicoquinesis*, el poder mental de ejercer delicados cambios celulares. Toda su conciencia parecía sumergida dentro de esa leve presión. Miró a Jaelle como si estuviera muy lejos. *Como si estuviera arriba, cerca del techo y mirando hacia abajo...* Los cambios de perspectiva la mareaban.

De alguna manera, Magda pensó: *Yo también puedo hacerlo* y descubrió que su atención se había centrado en la herida de su propio brazo; sintió las presiones internas, de algún modo las obligó a entrar en su conciencia, sintió un leve ramalazo de violento dolor, como si estuviera fuera de ella, que se desvaneció sin dejar rastros...

Sacudió la cabeza, para aclarársela. Estaba firmemente erguida sobre sus propios pies, y Alida había cubierto la piedra azul. Magda parpadeó, como si estuviera ebria, y miró a Jaelle, sorprendida y consternada. Ya no había una herida infectada que atravesara la mejilla de Jaelle, sino solamente una estrecha cicatriz rojiza, todavía en carne viva, de donde manaba una gota de sangre limpia. La herida del párpado había desaparecido y el ojo cerrado, debajo de las pestañas, ya no estaba hinchado.

Alida exhaló un profundo suspiro de cansancio. Mecánicamente, Magda se levantó la manga observando con perplejidad el sitio en donde el bandido le había asestado el cuchillo envenenado. Ya no había allí ninguna inflamada línea roja; sólo una firme cicatriz blanca, que tenía aspecto de estar completamente curada. *¿Lo soñé?*

Alida guardó la piedra envuelta en el escote de su vestido. Miró a Magda, con expresión inquisitiva, pero no le habló.

—¿Jaelle? —preguntó.

Rohana rozó levemente la frente de Jaelle.

—Creo que está dormida.

—Bien, mientras duerme, las heridas acabarán de curarse —dijo Alida, e hizo un gesto hacia Peter—. Déjala.

Él trató de retirar la mano suavemente, pero ella tenía los dedos muy apretados. Él buscó una posición cómoda y dijo:

—Me quedaré.

Magda fue de puntillas junto a Jaelle y volvió a cubrirle el hombro y el pecho con el camisón, tapándola luego con las mantas. Después, siguió a Alida y a Rohana fuera de la habitación. Alida se tambaleó, casi cayéndose contra la puerta; Rohana la sostuvo, ayudándola a incorporarse.

—Ve a descansar, Alida —dijo—. Y te lo agradezco, en nombre de Jelle.

La mente de Magda vacilaba. ¡No era una ilusión! Esa herida terrible, infectada, de la que manaba pus... y ahora, al cubrir a Jelle con el camisón, ni siquiera necesitaba vendaje, y estaba casi curada. Además, también su propio brazo: parecía una herida muy antigua. Y de alguna manera, con la ayuda de la piedra azul, todo esto se había logrado gracias a los poderes de la mente. *Poder psi. Nunca creí en él, no realmente. Pero lo vi...*

Rohana vio que Magda temblaba, así que la abrazó y la calmó suavemente, tal como había hecho con Alida.

—Descansa, muchacha. Es un trabajo agotador —dijo—. ¿Por qué no nos dijiste que tenías *laran*?

Y Magda sólo pudo balbucear, confundida y agotada:

—¡Ni siquiera sé qué significa esa palabra!

En la víspera del solsticio de invierno, la demorada cellisca bajó desde los Hellers, una espesa oleada de viento aullante y nieve que sin duda entorpeció los preparativos del festival. Los huéspedes ya habían llegado, pero Lady Rohana dijo a sus invitados, un poco desilusionada, que las ceremonias habituales deberían suspenderse. Normalmente, todos aquellos que vivían a un día de cabalgata del castillo Ardais hubieran hecho una visita para compartir los festejos.

Magda expresó su cortés decepción por el fracaso de la fiesta, pero en realidad se sentía secretamente aliviada por no tener que enfrentarse con mayor cantidad de desconocidos. En lo personal, no tenía miedo. Dom Gabriel no causaría problemas a los invitados de su esposa, fueran quienes fueren, y la fuerte tradición de hospitalidad que existía en los Hellers hacía improbable que las personas tuvieran entre sí algún trato desagradable. Pero bien podía suceder que, después, otros terranos sufrieran una vigilancia mayor y que sus viajes fueran más restringidos.

Lady Rohana tenía regalos para ellos: largas capas de viaje, orladas de piel. Con tacto, también les ofreció alguna ropa más adecuada para el festival, señalando que sólo tenían con ellos ropa de viaje, que no era apropiada. Magda aceptó con alivio, Jaelle con una risa burlona.

—¡Mi pariente es cobarde, ya que le pide a Rohana que haga cosas en su lugar! —dijo la joven cuando Rohana se hubo marchado—. Margali, tú eres traductora de profesión: ¡mira si puedes interpretar esto de la misma manera que yo! Tal vez las palabras no sean muy claras, pero conozco perfectamente la música, y la melodía es algo así: «¡Me niego a tener a dos Amazonas con pantalones en mi mesa de banquetes!»

Magda, por cortesía, decidió no comentar la actitud de su anfitrión, pero sentía que probablemente Jaelle tuviera razón. La joven ya estaba levantada ahora, aunque confinada a su habitación, pero se recuperaba con tanta rapidez que Magda aún dudaba de lo que veían sus ojos. Pero allí estaba: la cicatriz curada en la clavícula, la línea roja —perceptible, un poco alarmante, pero ya no desfigurarte— que le cruzaba la mejilla.

¡Esto hace que la ciencia médica terrana parezca primitiva!, pensó Magda.

Pero si era fuerza *psi*, ¿cuál era la función de la piedra azul? ¿Era tan sólo un focalizador? Magda sabía que no tendría descanso mientras no conociera las respuestas a estas preguntas. La clave parecía ser esa extraña palabra, *laran*, que coloquialmente se traducía como arte, pericia, don o talento; suponía que una *leronis* era alguien que utilizaba el *laran*, y que los significados de «sabia» o «hechicera» eran secundarios. Jaelle confirmó esta suposición, agregando que *laran* significaba un talento congénito para los poderes *psi*, y aunque ella misma poseía un poco, se había negado a recibir entrenamiento. Cuando Magda repitió el comentario que le había hecho Rohana —que aparentemente la misma Magda poseía *laran*—, Jaelle calló y se

negó a seguir hablando.

A mitad de la tarea llegaron los vestidos prometidos para el festival, transportados por una de las criadas de Rohana. El de Magda era de color óxido, orlado con piel de marta, y mangas anchas con un sesgo dorado; era uno de los vestidos más bonitos que había visto, y le quedaba bien. Se lamentó un poco cuando se lo puso y se cepilló luego el pelo oscuro y lacio, pensando en la hebilla en forma de mariposa que ya no volvería a usar.

—¿Entre las mujeres terranas se considera el pelo muy corto como una vergüenza? —preguntó Jaelle.

—Oh, no. La mayoría de las mujeres al servicio del Imperio llevan el pelo un poco más largo que los hombres, pero yo he vivido en Darkover casi toda mi vida, y conservé el pelo largo para poder mezclarme sin llamar la atención, de modo que estoy acostumbrada a él —respondió Magda—. ¡Casi esperaba que me dijeran que las Amazonas no pueden usar vestidos de mujer! ¿Es una simple cortesía hacia dom Gabriel, Jaelle?

Jaelle rió alegremente. Se había puesto el delicado vestido verde que Rohana le había enviado. Dijo que el vestido había sido confeccionado para su prima, la hija de diecisiete años de Rohana, que se llamaba Elorie, pero a quien usualmente llamaban Lori. Ajustándolo un poco en la cintura, le sentaba perfectamente bien. Mientras se cepillaba el pelo hasta convertirlo en un reluciente yelmo cobrizo, recogido con un par de hebillas doradas que extrajo de sus alforjas, Jaelle respondió:

—¡Oh, no! ¿Acaso crees que usamos pantalones de manera compulsiva, como los hombres, tonta? Pues no, los usamos cuando tenemos que montar, o trabajar como hombres, pero en la Casa del Gremio, o cuando trabajamos dentro, usamos cualquier cosa que nos resulte cómoda. No estamos obligadas a usar nada en particular; simplemente nos negamos a aceptar la ley social que prohíbe a las mujeres usar ropas confortables en nombre de la modestia o de la costumbre. La única cosa que no podemos usar, por regulación de nuestra Carta, es una espada. —Una vez más rió—. De tanto en tanto, Kindra me regañaba porque gastaba demasiado en adornos... ¡probablemente tengo tantos vestidos bonitos como Rohana, o más, porque no necesito rendirle cuentas a nadie de cómo gasto mi dinero!

Magda se sintió un poco aliviada; no la enloquecía en particular la ropa hermosa, pero le hubiera resultado extraño tener que pasar el resto de su vida vestida con rústica ropa de trabajo.

—¡No tenía idea de que fueras tan bonita! —dijo Jaelle con deleite cuando se disponían a bajar—. ¡La primera vez que te vi parecías un conejo semicongelado, y después no he tenido tiempo de fijarme!

Magda sí había advertido la asombrosa belleza de Jaelle, incluso con ropa de Amazona; con el vestido verde, quitaba el aliento. Su opinión fue confirmada cuando Peter se reunió con ellas en el vestíbulo, fuera de las habitaciones, pues observó a Jaelle con asombrado deleite. Ella le sonrió tímidamente y bajó los ojos; Magda supo

que la muchacha se sentía incómoda al recordar cómo se había aferrado a él cuando estaba débil y enferma. Jaelle no le ofreció la mano como lo había hecho durante su enfermedad; extrañamente, esta omisión pareció crear mayor intimidad que un gesto abierto. *Entonces ella reaccionó ante él como lo hubiera hecho una niña. Ahora es muy consciente de que él es un hombre y ella una mujer*, pensó Magda.

—Me siento muy feliz de verte recuperada, Jaelle —dijo Peter suavemente, y, con algo del mismo pudor de la muchacha, giró hacia Magda y le ofreció el brazo. Magda lo tomó, en general porque había sentido la tensión y la incomodidad del hombre, y resolver las indecisiones de él era para ella una vieja costumbre.

—¿Has advertido cómo se parece esto a nuestras propias celebraciones? Las salas decoradas con ramas verdes, el gran fuego, los regalos... ¡hasta el olor del pan especiado!

Ella sabía que él estaba diciendo simplemente lo primero que se le ocurría, para disimular la incomodidad; esa actitud le produjo una antigua emoción, una mezcla de ternura y exasperación tan familiar que sintió un viejo temblor interior.

—Estás muy hermosa, Magda. Pero echo de menos tu adorable cabello largo... —Extendió la mano para tocar la desnuda nuca de Magda: un gesto de intimidad que sólo se permitía a los amantes. Magda se sintió incómoda.

—No hagas eso, Pedro —dijo, usando deliberadamente el nombre darkovano para recordarle dónde estaban. Sin embargo, sabía que producía el efecto contrario: sólo servía para recrear la antigua intimidad.

—Margali —dijo él, pronunciando el nombre darkovano de ella como una caricia especial.

Magda vio que Jaelle los miraba, y soltó la mano de Peter como si quemara, de modo que entraron al Gran Salón uno al lado del otro, pero no juntos.

En la chimenea ardía el gran fuego del solsticio de invierno, y ante él se erguía don Gabriel, señor de Ardais, un hombre alto y marcial, con rojizo pelo canoso, vestido de verde y escarlata. Cuando Jaelle se acercó a él y le hizo una reverencia formal, él le dio un breve abrazo de pariente, depositando un beso en la mejilla de la joven.

—Me alegra que estés recuperada, Jaelle. Te deseo un buen año, y toda la felicidad posible.

—Agradezco tu hospitalidad, en mi nombre y en el de mis amigos, tío —dijo Jaelle, y se adelantó para recibir el cálido abrazo de Rohana y para intercambiar saludos con sus primos. Magda y Peter quedaron ante el señor de Ardais, quien se inclinó sobre la mano de Magda, alzando los ojos para mirarla con un sonrisa intrigada y amable. Magda pensó en lo que le había dicho Jaelle: «¡Tratará amablemente cualquier cosa que pertenezca a Rohana: perros falderos, Amazonas Libres, hasta terranos...!»

Por un momento le pareció que Jaelle había sido demasiado dura con él; a juzgar por el roce de su mano, sintió que era un hombre decente y amable, aunque un poco

limitado por los prejuicios de su casta y sin demasiada imaginación. De todos modos, si Rohana lo amaba y le obedecía, debía tener más virtudes de las que Jaelle podía apreciar en él.

—Sé bienvenida, *mestra*, como amiga de mi parienta; que la fiesta te resulte agradable, y afortunado el año.

Magda recordó el saludo de año nuevo que se estilaba en su infancia, en Caer Donn.

—Mi año se iluminará con el recuerdo de tu hospitalidad; que los fuegos de tu corazón no se enfríen nunca, Lord Ardais —dijo, y vio que la perplejidad crecía en los ojos del hombre. Mientras se adelantaba para intercambiar saludos formales con Rohana y sus hijos adultos, Magda pensó: *Obviamente, sabe que somos terranos. ¿Le sorprende que conozcamos las fórmulas ordinarias de cortesía?* Se preguntó si Lord Ardais realmente creería que una especie que podía crear un imperio galáctico estaba compuesta por patanes ignorantes sin ningún sentido de los buenos modales...

Lady Alida, sentada ante una de las largas mesas, alzó los ojos, miró directamente a Magda y le indicó con un gesto que se acercara; a ella no se le ocurrió ninguna manera cortés de ignorar la invitación. La dama de Comyn usaba un vestido de fiesta de color azul pálido, tenía el pelo rojizo dorado recogido sobre la nuca. Indicó a Magda que se sentara a su lado, y la joven sintió una vez más el cosquilleo de una «corazonada». Alida era una dama del Comyn, una *leronis*, y dotada de poder *psi*. Apenas un rastro de ese poder en Jaelle había delatado a Magda. ¿Qué podía hacer ahora para no traicionarse?

Durante un tiempo, todo el mundo concentró su atención en las exquisiteces que había sobre la mesa: una sopa clara en la que flotaban unas rebanadas doradas de deliciosos hongos; pequeños y sabrosos bocadillos calientes de distintas clases; pan especiado de todo tipo, y diferentes formas ornamentales. Pero cuando los criados retiraron estas cosas y trajeron los platos principales —vestidos con ropa de fiesta, y compartiendo luego la mesa—, Alida se volvió hacia Magda y le dijo:

—Mientras tu hermana de juramento estaba enferma y necesitaba de tus cuidados, yo no me atreví a apartarte de su lado, *mestra*. Pero ahora está bien. —Y miró a Jaelle, que reía entre Peter y su primo, obviamente bromeando acerca del parecido que existía entre ellos—. Quería hablar contigo. ¿Nunca te han hecho la prueba del *laran*, Margali?

—No, nunca.

—Pero seguramente eras consciente de tu talento innato, ¿verdad?

—No —repitió Magda, y un leve ceño frunció la alta y pálida frente de la dama.

—Pero seguramente... como bien sabes, el *laran* se despierta normalmente durante la adolescencia... ¿nunca tuviste ningún indicio? ¿O te comprometiste tan temprano con la vida de una Amazona Libre que no requeriste que se te hiciera la prueba?

Eso hubiera sido un buen escape, pero la mentira se podría descubrir muy

fácilmente, sólo bastaba mirar los registros para advertir que Magda se había convertido muy recientemente en Amazona Libre. Recurrió entonces a la verdad literal.

—Hasta el otro día, señora, no tenía la más remota idea de que poseyera algo de *laran*. Fue una sorpresa para mí.

—Bien, cuando termine el festival del solsticio de invierno, tendremos que someterte a una prueba apropiada —dijo Alida, como si la cuestión ya estuviera resuelta.

¿Cómo haría, se preguntó Magda, para librarse de eso? Con marcado alivio, recordó otra cosa. Jamás se hubiera creído capaz de hablar de eso con verdadero placer.

—Después del solsticio, señora, mis compromisos me obligan a ir a la Casa del Gremio. —No dijo más, señalando cortésmente a su anfitriona los músicos que habían venido a entretenerlas y que más tarde tocarían durante el baile.

Pero ya se había dicho lo suficiente para arruinar el apetito de Magda. ¿Qué haría ahora?

Cuando la comida concluyó, los invitados más viejos se reunieron alrededor del fuego para conversar y recordar (Magda sabía que estas fiestas caseras, que se realizaban cuando el clima impedía cualquier trabajo exterior, eran reuniones de amigos que sólo se veían una vez por año), mientras los más jóvenes se dirigían al salón de abajo para bailar. Magda había aprendido a bailar de niña —una niña no podía llegar a los ocho años en Caer Donn sin aprender a bailar, y a hacerlo bien—, y conocía casi todas las danzas.

Aunque participó con placer cuando Jaelle y Lori la unieron a una rueda con otra docena de muchachas, no sabía cuáles eran las reglas de las Amazonas con respecto a bailar con los hombres, algo que ocurrió cuando las danzas grupales se interrumpieron para dar lugar a las danzas de parejas. Pero al cabo de un rato, al ver que Jaelle bromeaba y coqueteaba con todos los invitados, acabaron sus vacilaciones. Aceptó las invitaciones, disfrutando de ellas en dos niveles: como agente terrana que tomaba notas mentales (¿volvería a ser eso alguna vez?) y, para su propia sorpresa, como la joven que había sido en Caer Donn, que por primera vez se mezclaba con muchachos. Era, literalmente, la primera vez desde su infancia que se sentía verdaderamente en compañía de sus pares.

Hasta ese momento, Magda no había advertido realmente hasta qué punto su inusual niñez, entre dos mundos, le había quitado la capacidad de mezclarse con personas de su propia edad. La infancia de Caer Donn la había preparado, emocional y socialmente, para pasar la adolescencia y la madurez en el mismo mundo; en cambio, antes de la adolescencia, había sido aislada en la Zona Terrana con otros niños cuya formación era la típica del Imperio, y a los dieciséis años se la había enviado fuera del planeta para recibir entrenamiento. Se había sentido apartada y totalmente ajena entre los muchachos y muchachas de su propia edad, en el Imperio.

Más tarde, cuando pudo volver a frecuentar a la gente de Darkover en el curso de su trabajo, tuvo que someterse a muchas restricciones con respecto a los contactos puramente personales; y, en cualquier caso, las mujeres de Darkover sólo frecuentaban a los hombres en sus propias casas y bajo el adecuado control de sus familias.

Pero ahora, como invitada de Rohana, podía mezclarse libremente. *Si hubiera estado un poco expuesta a esto cuando tenía veinte años, jamás me habría casado con Peter.* La idea la perturbó por alguna razón, y le alegró atender a un joven vasallo de dom Gabriel que se le acercó a solicitarle una danza. Al cabo de un momento, el joven le preguntó:

—¿Tu nombre es... Margali?

—Sí, así me llaman.

—¡Eso me pareció! Tenías otro nombre, pero ninguno de nosotros podía pronunciarlo, de modo que te llamábamos así. Eres la hija de *Toroku* Lorne, ¿verdad? —El título era el equivalente de «erudito» o «profesor», y así llamaban a su padre los niños locales—. Te conocí cuando éramos niños; solías tomar lecciones de baile con mis hermanas, Tara y Renata. Soy Darrill, hijo de Darnak.

Entonces Magda recordó a Darrill y a sus hermanas. Una vez, cuando era pequeña, había pasado una noche del solsticio de invierno con Renata; había jugado con ellos, de visita en su casa, y la habían llevado luego de regreso a su propia casa en el Cuartel General. Darrill era entonces un niño mayor, fuera de su órbita de relación.

—Creí que todos los terranos se habían marchado a Thendara y que ya no regresarían a los Hellers. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Soy invitada de Lady Rohana para la fiesta del solsticio, o más bien, soy invitada de su parienta Jaelle.

—¿Saben quién eres realmente? —demandó Darrill—. Soy hombre juramentado de dom Gabriel, ¡y si estás aquí con falsas pretensiones, Lord Ardais lo sabrá!

—Lady Rohana conoce mi verdadero nombre y mis propósitos —dijo Magda, tratando de dominar su temblor interno—. Puedes preguntarle si lo deseas. Y supongo que, si ella lo sabe, también lo sabrá dom Gabriel.

—Eso imagino —dijo Darrill, esbozando una mueca—, pero si la dama lo sabe, en realidad no tiene demasiada importancia que lo sepa dom Gabriel, ya que desde aquí al Kadarin todo el mundo está enterado de que es la dama quien gobierna la casa, con la asistencia de dom Gabriel cuando él lo desea.

Magda le preguntó por sus hermanas; el joven le dijo los nombres de sus esposos, y le contó cómo les iba. Se preguntó si realmente era seguro pasar tanto tiempo con alguien que sabía verdaderamente quién era ella. Pero podría ser peor tratar de evitarlo; esa conducta resultaría sin duda sospechosa. Una vez que él superó el temor de que la joven fuera una espía, pareció aceptar con bastante naturalidad el hecho de que ella estuviera allí.

¡Debería ser normal! ¡Los darkovanos y los terranos deberían tener la oportunidad de estar juntos, así no podrían construir barreras de ignorancia y desconfianza! ¡Lorill Hastur está equivocado, equivocado, equivocado!

Cuando él se marchó —al parecer, con reticencia— ella se encontró junto a Jaelle, que había hecho una pausa, sin aliento después de una danza rápida.

—Creo que Camilla tenía razón —dijo, riendo—. Hay muchos hombres a quienes las mujeres con cicatrices les resultan irresistibles. ¡Nunca he sido tan popular!

—Casi esperaba que las Amazonas no estuvieran autorizadas a reparar en los hombres... ¡como Camilla me advirtió tan severamente que no debía mirarlos! — Ahora Magda podía reírse de aquel episodio.

—Oh, eso sólo ocurre cuando hay trabajo que hacer, o cuando los hombres pueden considerar que esa mirada es una especie de... de... invitación —dijo Jaelle—. En algunas oportunidades, he trabajado con hombres, y ellos no repararon en mí más que en cualquiera de los otros trabajadores. Aprendemos a no causar problemas... ya aprenderás, cuando estés en la Casa del Gremio, el modo en que una Amazona puede viajar sola con una banda de doce hombres, y ser aceptada como uno más. Pero también sé cómo debo comportarme cuando deseo que me acepten como mujer... ¡en el festival del solsticio de invierno, por ejemplo! O en el del verano, cuando las danzas... en Thendara, por ejemplo, no se interrumpen en toda la noche... ¡y siguen en los jardines! Y ya conoces el proverbio: «No es necesario recordar lo que se hace bajo las cuatro lunas después que éstas se han puesto...» Aunque personalmente, nunca me ha gustado esperar cuarenta días para ver si tendré o no un niño para la primavera... —Se interrumpió, y luego dijo amablemente—: Lo siento... es como hablar con Rohana: a veces me olvido de que has sido entrenada para hablar con la cortesía propia de las damas. ¡No quería escandalizarte, hermana!

Por supuesto, Magda no se había escandalizado ante sus palabras, pero advirtió que no conocía para nada esta faceta audaz de Jaelle. Y ella misma había sido educada para observar los rígidos tabúes sexuales de las mujeres montañesas. Esa educación la había confundido durante su entrenamiento fuera del planeta, y había tendido a hacerla frecuentar cada vez más la compañía de Peter, que también los respetaba y, en cierto grado, los compartía.

—En todo caso —continuó Jaelle—, a nadie le importa demasiado lo que ocurre en esos festivales; hasta dom Gabriel hará la vista gorda a lo que ocurre en las galerías y en los rincones oscuros, cuando las llamas del fuego estén por extinguirse... Usualmente, la gente mayor se va a la cama temprano, y deja que los jóvenes hagan lo que les plazca. —Se aproximó a Magda y le susurró, mientras sus ojos resplandecían de picardía—: ¡Hay un proverbio que afirma que una no domina completamente un idioma mientras no ha hecho el amor en él! Vi que Darrill te miraba... Estoy segura de que le encantaría enseñarte...

Magda sintió que le ardían las mejillas, y Jaelle le dio una palmadita en el hombro.

—No me burlo de ti, hermana. Algún día también aprenderás a tomar bien nuestras bromas. ¡Aquí está Pedro, que por fin viene a bailar contigo!

Pero, en cambio, el joven tomó del hombro a Magda, y le dijo:

—Quiero hablar contigo un momento. —La condujo hasta la mesa de los refrescos y sirvió un poco de vino de la gran jarra de cristal—. ¿Qué te dijo Darrill? —le preguntó en voz baja.

—Sólo que me había reconocido —respondió Magda—, y me preguntó si dom Gabriel sabía quién era yo.

—A mí me preguntó lo mismo —agregó Peter—. Le dije que como Lady Rohana sabía quién era yo, seguramente dom Gabriel también lo sabría. —Vaciló un momento antes de llenar su copa.

—No —dijo Magda—, ya he bebido suficiente. Me siento un poquito mareada. —Y se dedicó a comer una confitura.

—Te vi bailar con Darrill —dijo Peter, celoso—. ¡Parecías divertida!

—Es cierto. ¿Tú no te divertiste? ¡Antes nunca tuve oportunidad de hacer algo así! ¡Y lo he echado de menos!

—Nunca se me ocurrió que te gustara —replicó Peter—. Los últimos tres años he ido al festival del solsticio de verano, en Thendara; si se me hubiera ocurrido, te habría llevado conmigo. Pero —vaciló—... en los festivales públicos... no en las casas particulares como ésta, donde todo es muy decoroso, sino en los bailes públicos, donde se mezcla todo el mundo, la fiesta a veces resulta un tanto salvaje. Danzas hasta el amanecer, parejas en los jardines y todo eso: nunca se me ocurrió que te gustaría ir.

De pronto Magda experimentó un súbito resentimiento: a él le parecía adecuado ir, aunque la fiesta se tornara un tanto... *salvaje*. Sin embargo, había decidido, sin consultarla... ¡que esa clase de entretenimiento no era adecuado para ella!

—Podrías haber dejado que yo misma lo decidiera —le dijo secamente.

Él alzó la mano para volver a tocarle la nuca; un roce sugestivo, que despertaba recuerdos que ella había tratado de olvidar.

—Estaba celoso, querida —le susurró.

Ella sintió una furia súbita, casi completamente irracional. ¿Cómo se atrevía a tomar decisiones por ella? ¿Acaso se había sentido libre para tomar una amante casual en esos festivales, como un privilegio que creía poder negarle a ella, exactamente como si fuera su padre o su guardián?

Aún seguía muy cerca de ella, acariciándole la nuca: Magda podía sentir la calidez de su aliento. Estaba un poco bebido, no demasiado. Como ella misma, también él había sido entrenado para tener mucho cuidado con el alcohol o con otras drogas que alteraban la mente, y conocía y vigilaba cuidadosamente sus límites. Era un buen agente, pensó ella, un agente con talento, y sintió que el viejo afecto la invadía, de modo que no se alejó cuando él la rodeó con un brazo y la condujo tras la protección de unos cortinados. Allí empezó a murmurarle algo al oído.

—Habla en *casta* —le dijo Magda con brusquedad—. ¿Acaso has olvidado dónde estamos?

Él la besó en la boca.

—¡Es bueno estar vivo! —dijo con violencia—. Es la noche del solsticio de invierno... y yo sabía que iba a morir. Sabía que no había ninguna esperanza de rescate. Oh, Magda, Magda, Magda... —Su voz se acalló. Volvió a besarla, con tanta fuerza que le hizo daño—. Y estoy vivo, y tú estás aquí, y ambos estamos juntos otra vez.

Al principio ella no protestó, creyendo que era un mero acceso de gratitud, conciencia de estar vivo y no muerto; pero el beso no tardó en hacerse más apremiante, más personal.

—¿Tienes idea de cuánto te deseo, de cuánto te necesito, de cuán miserablemente te he echado de menos?

Suavemente, Magda trató de poner cierta distancia entre ella misma y las urgentes caricias de él, pero él susurró contra su cuello:

—¡Tú también lo sientes, sé que sí! Tú me deseas tanto como yo a ti, pues de otro modo no habrías venido a buscarme.

En contra de su voluntad, Magda sintió que le respondía; pero una fría voz racional decía en el fondo de su mente: *Ahora que te has librado de él, ¿de veras quieres volver a empezar ese desdichado asunto?* La excitación del festival, algunas copas, la atmósfera permisiva generalizada, que distendía por una vez la rigidez de las reglas, el hecho de que él hubiese estado solo largo tiempo y necesitase una mujer... eso era todo, y nada más. No se engañaría hasta el punto de creer que había algo más. Suave pero inexorablemente, se desprendió de sus manos.

—Lo siento, Peter.

—Mag, Mag, te necesito tanto. ¿No sabes que nos pertenecemos?

—Lo siento, realmente lo siento —dijo ella, con un suspiro—. Hasta hace poco, también yo lo creía así. Pero ahora ya no me siento culpable con respecto a ti. Ahora tan sólo lamento no poder darte lo que deseas.

—¿Hay algún otro? Ese Darrill...

—No, no, nada de eso. No seas tonto, Peter. ¡No lo he visto desde que tenía nueve años!

Nunca había habido nadie más. Hasta ahora, podría haber jurado que nunca lo habría.

—Mag, tú sabes que nunca puede haber nadie más, para ninguno de los dos; no, al menos, en este mundo.

Eso, pensó ella, era en parte cierto; habían compartido su niñez en Darkover, el aislamiento de sus pares que les había impedido hallar una pareja satisfactoria en otra parte; se habían reunido por saber que ambos eran lo único de que disponían. Ahora, ella se sentía disgustada por eso, y más aún ante el hecho de que él lo diera por supuesto.

—No, Peter. Sea lo que fuere lo que me estás pidiendo, no.

—Te quiero a ti —dijo él, dolorido—. Te quiero para siempre. Quiero volver a casarme contigo. ¡Magda, Magda, ven conmigo ahora! Nuestras habitaciones están juntas, es como si fuera deliberado...

—Sabes que no soy libre de casarme. Ahora —dijo ella con suavidad.

—¡Oh, eso! Ese juego de las Amazonas al que estás jugando...

—No es un juego. —La suavidad de su voz era lo que daba mayor decisión a sus palabras.

—¿Te has cortado la femineidad junto con el pelo? —preguntó él con amargura.

—No —replicó ella—. No lo creo. Pero tampoco creo que la femineidad signifique que tengo que irme a la cama contigo simplemente porque estás solo —había empezado a utilizar una palabra más ruda—... y deseas una mujer.

Él la acarició con suavidad, intensamente, y ella odió su propia excitación.

—También tú me deseas —repuso él, triunfante—. ¡Tú sabes que es cierto!

—Si te deseo —dijo, con repentina furia—, ¡es cosa mía, y no tuya, a menos que yo lo decida! Oh, Dios, Peter, ¿por qué no comprendes? ¿Lo único que quieres es que sea amable contigo?

—Yo compensaré eso —dijo él, tratando de abrazarla, pero ella se libró de él.

—¡Pero yo no quiero, y eso es definitivo! Peter, déjame ir. ¡Jaelle nos está mirando!

Se alejó, sólo unos pocos centímetros, pero con tanta resolución que bien podría haber estado en una de las lunas. Al ver que él se sonrojaba con el rubor feroz del orgullo ofendido, casi lo lamentó, pero ninguna otra cosa más amable hubiera logrado convencerle. Él tragó con esfuerzo y se alejó; ella le observó mientras se acercaba a Jaelle, vio que la joven le tendía la mano, sin nada de la timidez que había mostrado más temprano. Peter tomó los esbeltos dedos en su mano y aunque Magda no podía escuchar lo que decían, los vio alejarse juntos.

Miró con cierta tristeza cómo bailaban en el centro de la pista. Ahora estaba verdaderamente libre de Peter. Y de repente, con una conciencia nueva, supo lo que había hecho.

Ya lo había visto cuando se marchaban de Sain Scarp. Tal vez fuera tan sólo química, tal vez fuera algo más; pero de todas maneras, había sido inmediata e inconfundible. La debilidad y la enfermedad de Jaelle había disfrazado la respuesta de Peter, convirtiéndola en una caballerosidad protectora y encubridora.

Pero todo el tiempo lo otro había estado allí, detrás de la amabilidad y la protección impersonal. Ella había vuelto a verlo cuando Jaelle se había aferrado a él en su delirio. Y ahora, sintiéndose casi humillada, supo por qué Peter había acudido a ella esta noche, y no era precisamente porque la encontrara irresistible.

Peter era, antes que nada, un agente terrano, y conocía las reglas. Y una de ellas, una de las principales, era ésta: nunca, nunca te involucres seria o profundamente con una mujer nativa del planeta donde trabajas. Se toleraban las relaciones casuales, e

incluso se aprobaban (todos los espaciopuertos del Imperio tenían un distrito reservado), pero se prohibía cualquier cosa más seria.

Y fuera lo que fuese aquello que existía entre Peter y Jaelle, era muy real y también muy serio. Peter había tratado, en un intento desesperado y último, de protegerse de esa relación que podía resultar desastrosa para él, dadas las reglas que gobernaban su vida. Magda era segura, era alguien de su propia clase. Y sin embargo... no del todo.

Él es como yo; de alguna manera, su sexualidad debe ser darkovana, tal como la mía. No reacciona ante otras mujeres. Pero yo estoy bastante cerca; entonces, de algún modo, se ha satisfecho conmigo, tal como yo con él. Por un tiempo.

Si Magda lo hubiera aceptado, esa noche, tal vez él podría haber resistido a su poderoso y peligroso deseo de Jaelle. Pero Magda le había rechazado, tras herir su orgullo masculino; y Peter había ido directamente a Jaelle para curarse la herida.

Ahora, con repentino temor, Magda descubrió que estaba preocupada por ellos dos. Peter podía poner en peligro su carrera por Jaelle. Y Jaelle... ¿a qué se arriesgaría? No era una muchacha de los bares del espaciopuerto, sino una mujer del Comyn y, si Magda no se equivocaba, profundamente enamorada.

Con irritación, la joven trató de descartar todo el asunto. Definitivamente, no era cuestión de ella. Jaelle no era una niña; sólo tenía uno o dos años menos que Magda y, a juzgar por la manera en que había estado hablando, era lo bastante sofisticada para cuidarse sola. En cuanto al peligro que corría la carrera de Peter, en realidad Jaelle no estaba libre para casarse.

Pero mientras se quedó allí observando a un grupo de hombres que bailaban con antorchas una antigua danza de la espada, se preguntó a qué lugar, al amparo de las sombras, habrían ido Peter y Jaelle...

De algún modo, la noche había perdido su brillo. A medianoche, más o menos, dom Gabriel, Rohana y Lady Alida, con casi toda la gente mayor, dijeron buenas noches y se retiraron, pidiendo amablemente a sus huéspedes más jóvenes que se quedaran a divertirse hasta la hora que quisieran.

Darrill volvió a buscar a Magda, y la instó acompañarle a una de las largas galerías donde, según dijo, había algunos hermosos murales antiguos. Por la manera en que le habló y la tocó, Magda estuvo perfectamente segura de que él no tenía gran interés en esos murales. Le dio alguna discreta excusa, y cuando él se marchó, la joven se preguntó por qué no había aceptado el desafío. Peter y Jaelle habían desaparecido hacía rato, y no habían regresado; se preguntó qué galería estarían explorando ellos. Por lo que le había dicho Jaelle, Magda sabía que no se consideraba particularmente reprensible el hecho de compartir una buena cantidad de besos —o más, si se lo deseaba— la noche del solsticio de invierno.

Tarde o temprano, ahora que me he librado de Peter, debo averiguar cómo reacciono con otro hombre...

Después, enojada consigo misma, pensó: *Maldición, ¡antes de complicarme la*

vida con otro hombre, quiero saber más de mí misma! ;Quiero saber qué soy para mí misma, para no tener que verme siempre a través de los ojos de un hombre!

Un desconocido se acercó y la invitó a bailar; ella alegó un gran cansancio, salió del Gran Salón y se dirigió a la habitación que compartía con Jaelle. Ésta no había regresado. Magda se quitó el bello vestido, se aprestó para irse a la cama y se acostó. Suponía que se quedaría despierta, preocupada por Peter y Jaelle; pero, en cambio, cayó casi de inmediato en un profundo sueño.

Horas más tarde, se despertó para ver a Jaelle de pie en el vano de la puerta, descalza, con el rostro sonrojado y el pelo corto revuelto. Sus ojos eran muy brillantes. Cruzó la habitación y se sentó en la cama de Magda.

—No esperaba que regresaras hasta más tarde —dijo Magda con ligereza.

Podía oler el aliento dulce y pesado de Jaelle; supo que había estado bebiendo y que no estaba sobria.

—Oh, no te enojas conmigo, hermana —dijo Jaelle—. No quería que esto ocurriera, sé cómo te sientes.

—¿Enojarme? —Magda se incorporó y abrazó a Jaelle—. Querida —usó la palabra *breda*—, ¿qué derecho tengo de enojarme? ¿Crees...? —De repente, advirtió qué era lo que Jaelle creía—. ¿Crees que estoy celosa?

—Este tipo de cosas resulta más fácil en el solsticio de verano, cuando hay jardines —dijo Jaelle con una risita—. Hemos pasado casi toda la noche en las largas galerías. —Le castañeteaban los dientes, aunque Magda no podía saber si era por frío o por excitación nerviosa—. Debería... debería haberme ido con él, como me pidió. —Miró la puerta que comunicaba con la habitación de Peter—. Pero... pero quería estar segura... no me gusta decidir apresuradamente las cosas y... no quería —agregó mirando a Magda con expresión implorante—... no quería pisarte el ruedo del vestido.

De manera incongruente, Magda advirtió que tomaba nota mentalmente de la curiosa expresión. Mientras tanto, abrazó estrechamente a la joven.

—Jaelle, lo que hubo entre Peter Haldane y yo ocurrió hace mucho, mucho tiempo. —A medida que lo decía, supo que era verdad—. ¿Le amas, *breda*?

—No lo sé —respondió Jaelle—. No estoy segura. Nunca me he sentido así antes.

Magda se descubrió preguntándose si Jaelle sería virgen. A juzgar por sus audaces bromas y por sus comentarios sofisticados, no lo había creído, ¿pero acaso una mujer con experiencia podía ser tan insegura? Como si Jaelle hubiera captado directamente la idea de la mente de Magda —y ésta ya estaba convencida de que era posible—, musitó, bajando la mirada:

—Es una tontería, ¿verdad? He estado a punto de hacerlo varias veces. Antes de pronunciar el juramento, cuando Kindra vio que me gustaba... bromear y coquetear con los hombres, me dijo que antes de jurar debía tomar un amante, probarme de esa manera; dijo que algún día tal vez me pareciera muy pesado no poder casarme. Pero, de algún modo, jamás encontré a alguien en quien pudiera... en quien pudiera confiar

hasta ese punto.

Tras una pausa añadió, con tono defensivo:

—Así que nunca pasé de reírme y coquetear. Ni siquiera herí a ningún hombre, ni lo dejé ofendido. Pero ahora —se la veía pesarosa y muy grave—, ahora ya no río. Creo que tengo miedo ahora que... que le amo, que le deseo... creo que tengo más miedo ahora que cuando era una jovencita y la idea de entregarme a un hombre me resultaba atemorizante, como una puerta que se abriera hacia la esclavitud y la sumisión... ¡Ya no me conozco! —Su voz temblaba, y toda ella estaba al borde del llanto—. ¡No sé qué quiero! Oh, Margali, Margali... hermana, ¿qué haré?

Magda se sintió desgarrada, impotente. *¿Qué puedo decirle?* Podía comprender que para Jaelle, criada entre mujeres muy unidas por el juramento, resultaba completamente natural recurrir a otra mujer en busca de consuelo y de consejo. *Estoy obligada a tratar a todas las mujeres como a mi madre, mi hermana, mi hija...* ¡Que Dios me ayude, no sé qué decirle! ¡Siempre he vivido según reglas tan distintas! Si una de sus propias amigas de la Zona Terrana —por ejemplo, Bethany— hubiera recurrido a ella con una pregunta semejante, Magda podría haberle respondido con una broma casual e incluso dura. Pero con Jaelle no podía hacer eso.

¿Qué le hubiera dicho Rohana? Finalmente, con una voz tan temblorosa como la de la misma Jaelle, le respondió.

—Querida —dijo—, no puedo aconsejarte. No sé si alguien podría hacerlo. Debes hacer lo que sientes que es correcto. —Después, para su propia sorpresa, descubrió que estaba susurrando las palabras del juramento de las Amazonas Libres—: Juro que no me entregaré a ningún hombre salvo en el momento y ocasión que yo decida, por mi propia voluntad...

Hubo un momento de silencio, y luego Jaelle murmuró como para sí:

—En el momento y oportunidad que yo decida. —Y sonrió, abrazando fuertemente a Magda, quien de alguna manera, por instinto, había pronunciado las palabras precisas. Por un instante, sintió los labios de Jaelle sobre su mejilla; después, sin una palabra, la joven le oprimió la mano y se dirigió, con los pies descalzos, hacia la puerta de comunicación, que un momento más tarde cerró detrás de ella.

No regresó.

Día tras día siguió cayendo la nieve de los cielos grises, como si ya no supiera detenerse. Entonces, diez días después del solsticio de invierno, Magda se despertó con la voz de Jelle, sentada en su cama:

—¡Despierta, hermana, brilla el sol!

Magda corrió a la ventana. El cielo estaba colmado de nubes bajas y espumosas que filtraban una débil luz solar; en el patio de abajo, unos hombres con palas limpiaban la nieve de los caminos, mientras otros traían los caballos, cuya respiración parecía vapor en el aire frío, para los huéspedes que se marchaban.

Con rapidez, Magda se vistió con sus prendas de viaje, sin lamentarlo. Cada día que permanecía allí aumentaban las posibilidades de que se revelara su verdadera identidad.

Lentamente, Jelle empezó a vestirse. Desde el solsticio, había pasado todas las noches con Peter, aunque había tenido la precaución de que los criados de dom Gabriel no la encontraran allí por la mañana. Cuando Magda se burló un poco de ella por lo que le parecía una hipocresía, la joven le había dicho:

—No me importa ni un *sekal* lo que dom Gabriel pueda pensar de mí; no es mi guardián y no debo darle cuenta de mis actos a ningún hombre. Me importa aún menos lo que sus criados puedan pensar de mí. Los criados lo saben, sin duda; siempre saben estas cosas. Pero si ninguno de ellos me ve allí, ninguno se verá en la obligación de informar a dom Gabriel. Y aunque probablemente también él lo sepa, ya que no es tonto, si los criados se lo dijeran directamente, él se sentiría forzado a pedirle a Rohana que me reprendiera por avergonzar a las mujeres del Comyn de este modo, compartiendo la cama con un plebeyo. Y por su tranquilidad de conciencia, Rohana sentiría que tendría que reprenderme, aunque cuando yo tenía dieciséis años ambas acordamos que ella no era mi tutora ni tampoco la guardiana de mi conciencia. Y ella trataría de no ofenderme, porque sabe que soy una mujer adulta y, por ley, dueña de mis actos, y yo trataría de no ser ruda porque la quiero. Y después de que todos nos obligáramos a decir todas esas cosas, yo seguiría durmiendo con Peter siempre que se me antojara; de modo que me parece más prudente no desencadenar toda la cuestión.

El razonamiento pareció complicado a Magda, pero tenía que admitir que probablemente les ahorrara problemas a todos. Incluso era posible que dom Gabriel, al comunicársele la novedad directamente, se sintiera obligado a citar personalmente a Peter para que éste le rindiera cuentas. Por el juramento de las Amazonas, Jelle había declarado su independencia de cualquier tutoría, pero Magda le había oído decir a la misma joven que algunos hombres se negaban a reconocer la Carta de las Amazonas.

Peter se les unió en el pasillo; tomó la mano de Jelle mientras los tres avanzaban por el corredor y Magda, que los observaba, pensó que el viaje de regreso a

Thendara, ellos tres solos, probablemente fuese incómodo en muchos aspectos. No le molestaba en absoluto la felicidad de Jaelle —ya nadie que los viera un minuto juntos podía dudar de que fueran felices—, pero iba a ser incómodo y ella, Magda, tendría que soportar la mayor parte de esa incomodidad.

La familia de Ardais solía comer, junto con un puñado de los invitados de la casa y los funcionarios de la propiedad, en un pequeño comedor alejado del Gran Salón. Al entrar, escucharon un estallido de risas. Dom Kiryl estaba contando una historia divertida, que era uno de los pasatiempos habituales a mitad del invierno, cuando todas las actividades al aire libre se tornaban imposibles.

—... Y todo el mundo tenía que llevar una pequeña antorcha para descongelar lo que decía, pues, si no, nadie lo escuchaba; y este hombre del que hablo hizo bastante dinero recogiendo discursos congelados en una carretilla y repartiéndolos entre sus dueños. Sólo que no fue tan cuidadoso como debía, y no se aseguró de devolver cada discurso al propietario correcto, de modo que cuando llegó el deshielo de primavera y todas las palabras se descongelaron, hubo muchísimos problemas. El dueño de la recua de mulas descongeló lo que les había gritado a sus animales, y descubrió que tenía las palabras de una anciana dama que hablaba con sus pájaros; y la joven madre que reprendía a sus hijos se encontró con las palabras del conductor de las mulas, y los niños se pasaron el día gritando; y la joven esposa que decía a su esposo que tendrían su primer hijo, se encontró con lo que la Amazona Libre le había dicho al hombre que... —Se interrumpió y se ruborizó al ver a Jaelle, que reía—. ¡Mis disculpas, prima!

—Pariente —dijo Jaelle con sequedad—, he escuchado casi todas las bromas que hay sobre las Amazonas Libres, y la mayoría las escuché en la Casa del Gremio, en boca de mis hermanas. Te las haría conocer, pero casi todas herirían tu delicada sensibilidad masculina. —Ahora les tocó a todos el turno de reír—. Termina tu historia, pariente; ésta no la conozco.

Kiryl trató de retomar en el punto en el que se había interrumpido.

—La dama aristocrática que atendía a sus invitados se quedó con la cháchara de los hombres de la peor taberna de la aldea; en tanto la Celadora que instruía a la joven novicia se encontró con lo que el habitante de las Ciudades Secas le gritaba a su mancebo...

—Suficiente —dijo dom Gabriel, echando una mirada a Lady Alida—. Me parece que es un cuento para las barracas, hijo, no para la mesa de tu madre. —Levantó la vista hasta los recién llegados, mientras sus cejas se alzaban inquisitivamente al ver la ropa de Amazona que llevaban las mujeres.

—Tío —dijo Jaelle—, con tu permiso, viajaremos a Thendara hoy; es un viaje largo en esta época, y mi hermana tiene obligaciones que atender en la Casa del Gremio.

—Imposible —dijo Lord Gabriel—. Esto es sólo una interrupción de la nevada, muchacha; mañana a esta hora nevará más que nunca. Esta tormenta durará al menos

otros diez días; hoy sólo se marchan los huéspedes que viven a pocas horas de distancia. Tú deberías quedarte, como mínimo hasta el deshielo de primavera.

—Eres muy amable, señor de Ardais —dijo Peter—, pero no podemos abusar de tu hospitalidad.

—No alcanzaríais a marchar más de un día sin veros nuevamente bloqueados por la nieve —dijo dom Gabriel—. Me parece una insensatez pasar el resto de la tormenta en una tienda o en un refugio de viajeros cuando podéis quedaros cómodamente aquí.

Magda y Peter sabían que estaba en lo cierto. Y sin duda, el clima de los Hellers en esta época era proverbial: desde el solsticio de invierno hasta el deshielo de primavera, sólo los locos o los desesperados se atrevían a alejarse más de una hora de sus propios hogares.

Hacia la tarde, el día volvió a oscurecerse; a la mañana siguiente, las ventanas estaban cubiertas por una capa de nieve blanca, mientras el viento aullaba entre las torres de Ardais como un *banshee* tras su presa. Y durante el desayuno, dom Gabriel dijo con tono triunfal:

—¿Lo veis? ¡Será mejor que os quedéis todos aquí hasta el deshielo de primavera!

Después, Lady Alida llevó aparte a Magda.

—Hoy mismo, *mestra*, debemos arreglar tu prueba; ya no podemos demorarla más.

Magda fue invadida por un pánico tan intenso que le pareció imposible que la *leronis* no lo percibiera. En cuanto pudo escabullirse, fue en busca de Lady Rohana y la encontró en su salita privada, trabajando con las cuentas de la propiedad. Al principio, esa actividad había sorprendido a Magda, pero ahora sabía que Lady Rohana tejía todas las hebras del gobierno de Ardais con su esbelta mano de seis dedos.

—Perdona que te moleste, señora; ¿puedo hablarte a solas un momento?

Rohana le indicó que entrara y despidió a la dama de compañía sin la cual, al parecer, no podía caminar ni doce pasos.

—Por cierto, esto otro puede esperar hasta el deshielo de primavera, de ser necesario. ¿Qué te preocupa, niña?

Magda experimentó un arrollador sentimiento de presunción: ¡había venido a quejarse a una dama del Comyn acerca de otra mujer de la misma casta!

—Lady Alida está decidida a hacerme una prueba de *laran* —dijo, vacilando—, y temo que una exploración de mi mente nos cause problemas a todos.

Rohana se puso muy seria. *Es mi culpa; debí haber despedido a los terranos.*

—Ambas nos sorprendimos al advertir que participabas en la comunicación mientras trabajábamos con la matriz —dijo—. ¿Has sido entrenada para ello entre los tuyos?

Magda sacudió la cabeza.

—Entre nosotros, no hay muchos que creen siquiera que esos poderes existen, señora. Los que sí creen en ellos, o que alegan ser capaces de utilizarlos, son considerados ignorantes, supersticiosos y crédulos.

—Eso había escuchado. —Rohana sabía que ésa había sido una de las razones por las que Lorill Hastur había prohibido frecuentar a los terranos. *No creen en esos poderes; una vez que se convenzan, se tornarán ávidos por saberlo todo acerca de ellos, y por explotarlos.*

—Crean en ellos o no, tú parece poseer *laran*, niña. ¿Cómo es eso?

—No lo sé, señora. Durante toda mi vida he tenido corazonadas, pero creía que no era más que un cierto talento para sintetizar algunas cosas subliminales... por debajo de los niveles de la percepción consciente. Y en algunas oportunidades, mis sueños no han sido... tonterías, sino que me han dicho cosas que yo no sabía conscientemente, de modo que aprendí a prestarles atención.

Rohana, pensativa, apoyó la barbilla sobre la mano. Esto implicaba que deberían volver a evaluar todo lo que sabían acerca de los terranos.

—Lorill cree que los terranos y los darkovanos son especies diferentes, y que los terranos son inferiores, y se sirve de la falta de *laran* como prueba.

—Señora, se supone que tampoco yo debo decir esto fuera de la Zona Terrana, pero Lord Hastur está equivocado. No es una convicción, sino un hecho demostrable: los terranos y los darkovanos son una sola especie. Sabemos con certeza que Darkover fue colonizado por terranos mucho tiempo atrás, por una de las naves que llamamos Naves Perdidas. En una época anterior a las naves más rápidas que la luz, las que tenemos ahora, hubo otras naves que pertenecieron a la Tierra; aún no existía el Imperio; algunas de esas naves se perdieron y nunca más se supo de ellas. Los idiomas de Darkover demuestran que el planeta fue colonizado por una nave de la que se conoce incluso el nombre, y los de sus tripulantes. Es probable que en Darkover se haya perdido este conocimiento hace siglos... probablemente para que los sobrevivientes no añoraran demasiado su planeta natal; pero tu pueblo es genuinamente terrano.

—Entonces... ¿los terranos también tienen poderes *psi*?

—Se rumorea que en otra época fueron más comunes que ahora, ahora son muy raros, y hubo un tiempo en que la gente solía fingir que los tenía, incluso por medio de trucos y máquinas, de modo que perdieron todo prestigio y empezaron a ser considerados como inventos de meros charlatanes. Pero hay pruebas de que fueron conocidos.

Rohana asintió.

—En la historia del Comyn hubo una época en la que hicimos emparejamientos selectivos para fijar esos dones en nuestra herencia racial; fue una época de gran tiranía, que no nos enorgullece recordar. Condujo a la decadencia, y nosotros, los del Comyn, todavía sufrimos sus consecuencias, no sólo por la desconfianza que inspiramos a la gente común, sino también porque nuestra fertilidad disminuyó

debido a la falta de mezcla, por lo que estos dones están asociados con peligrosos rasgos recesivos. Pero son poderosos, y si se los utiliza mal pueden ser muy peligrosos. Lo que me lleva otra vez a ti, niña. Normalmente, los dones *psi* se despiertan en la adolescencia; cuando aparecen más tarde, suelen provocar perturbaciones y desequilibrios peligrosos. ¿Has experimentado alguna sensación extraña, cualquier malestar inexplicable, sin causa física, una sensación de estar fuera de tu cuerpo sin poder regresar, cualquier intensa perturbación emocional?

—No, nada de eso —dijo Magda. Después recordó el momento de visión alterada que se le manifestó durante la curación, pero eso se le había pasado rápidamente y por sí solo.

Rohana le formuló una serie de preguntas acerca de sus «corazonadas» y sus sueños, y finalmente, cuando Magda ya estaba agotada por el interrogatorio, le dijo:

—Me parece que tu don es escaso, y que lo has compensado muy bien. Si quisieras, probablemente pudieras aprender con facilidad a usar el *laran*, y sería interesante ver qué uso puede dar un terrano a ese entretenimiento. Me gustaría enseñarte, pero me parece que eso ocasionaría más problemas que beneficios. Te esperan en otra parte y, además, ya he contrariado a Lorill en más cosas de las que me parecen prudentes. Sin embargo —agregó, casi ansiosa—, si solicitas ser entrenada, yo no podría negárselo a nadie que tuviera *laran*, y por ley, no se puede utilizar el linaje ni la filiación como motivo para negártelo.

—¡Creo que ya tengo bastantes problemas! —dijo Magda con firmeza.

Rohana le rozó muy levemente la muñeca, con ese roce aterciopelado que Magda había empezado a reconocer como rasgo peculiar de los telépatas.

—Que así sea, pues, niña querida. Pero si alguna vez tienes problemas con el *laran*, debes prometerme que acudirás a mí.

Se quedó mirando a Magda con intensidad.

—Si Lorill está equivocado —dijo luego—, si es posible demostrar que lo que cree acerca de tu gente es erróneo... no necesito decirte lo que eso significaría para tu mundo y para el mío.

Magda, con su sensibilidad agudizada, que elevaba el nivel de percepción de lo que siempre había llamado sus «corazonadas», creyó captar en ese momento una imagen de la mente de Rohana: una gran puerta fortificada que lentamente se abría entre dos mundos aislados, entre dos pueblos, y se abría para revelar un paisaje abierto e iluminado por el sol. Magda pensó: *Deberíamos ser un solo pueblo, no dos... Haría cualquier cosa por lograrlo...*

—¿No te parece, Margali, que hay en esto alguna especie de designio? —dijo Rohana lentamente, como si estuviera pensando en voz alta; sin embargo, Magda era consciente de que la dama deseaba compartir sus ideas con ella—. De entre todos los terranos, era a tu amigo a quien se podía confundir con mi hijo, y a quien Rupal di Scarp hizo prisionero... Yo misma, si no pongo atención, me confundo todavía, y debo mirar los dedos de su mano para estar segura. ¿No te parece fantástico que de

entre todas las Amazonas de Darkover te toparas precisamente con Jaelle, y que ambas sufrierais una prueba tan dura que os convirtió en amigas juramentadas?

Magda se sintió incómoda.

—Coincidencia, señora —dijo.

—Una coincidencia, tal vez. Dos, quizá. ¿Pero tantas, como las cuentas de un collar? No, esto es algo más que coincidencia, amiga mía; o, si es una coincidencia, esa palabra no es más que otra manera de describir un designio de la fuerza que da forma al destino del hombre. —Sonrió, y pareció regresar al mundo de las cosas prácticas—. Ahora debo preguntarte algo, niña. ¿Tendrás cuidado con lo que dices a tus amigos y a tus superiores de la Zona Terrana, al menos hasta que haya tenido oportunidad de hablar con Lorill?

—Sin duda lo haré —dijo Magda, sonriendo al pensar en la cara que pondría Montray si ella intentara contarle algo acerca de la operación que había curado la herida de Jaelle en pocos minutos, o si le dijera que Lady Rohana afirmaba que la misma Magda poseía *laran*. Si esa cuestión se discutía alguna vez entre darkovanos y terranos, Magda prefería que fuera otra persona quien la planteara... ¡y esperaba que tuviera un público más receptivo que Russell Montray!

Rohana se puso en pie.

—Vete ahora, Margali —le dijo—. Debo pensar todo esto y decidir qué hacer.

Magda vaciló un instante.

—¿Pero qué le diré a lady Alida?

—No te preocupes por ella. Le diré que yo misma te he sometido a prueba —dijo Rohana, con una sonrisa divertida—. ¿No te das cuenta de que es eso lo que he hecho?

La tormenta duró diez días más —casi exactamente lo que había predicado dom Gabriel— y cuando finalmente el clima mejoró, los caminos y los pasos estaban tan bloqueados que los tres huéspedes fueron fácilmente convencidos de la necesidad de permanecer en Ardais unos días más. Sin embargo, Magda había empezado a prepararse mentalmente para su partida y para lo que la esperaba. No podía retornar a su antigua vida en la Zona Terrana, aventurándose al exterior solamente con disfraz; sabía que ese disfraz se había convertido en su verdadero yo. Pero tampoco sabía qué era lo que podría hacer en lugar de eso.

Una y otra vez reconsideró lo que Rohana había dicho acerca de un designio en la cadena de coincidencias que los había reunido; incluso en la particular manera en que Peter y Jaelle se habían convertido en amantes. Si el Imperio pretendía permanecer en Darkover indefinidamente, tarde o temprano se producirían, al igual que en todos los planetas habitados por diferentes grupos de humanos, mezclas, romances, relaciones y eventualmente matrimonios; incluso nacerían niños que pertenecerían a ambos mundos. Y alguno tenía que ser el primero.

Por supuesto, algún día Darkover sería un planeta del Imperio. Era inevitable. El Imperio no conquistaba, pero una vez que el planeta con el cual se entraba en relación conocía la estructura del Imperio Galáctico, y lo que significaba formar parte de él, los gobernantes siempre requerían la afiliación. Cuando llegara ese momento, terranos y darkovanos serían ciudadanos del Imperio, y esos vínculos y romances no tendrían importancia para nadie, salvo para las dos personas involucradas, y tal vez para sus familias. Pero ahora sólo podían causar complicaciones.

Magda confiaba en que la partida no se demorase demasiado. Jaelle y Peter habían empezado a ser menos cuidadosos, y Magda se preguntaba en qué terminaría todo aquello. Una y otra vez, al verlos juntos, sintió el pequeño estremecimiento de una «corazonada», o precognición. *Tarde o temprano, esto significará peligro...* Sin embargo, ¿cómo podía hablar con Jaelle, advertirle, sin que la joven pensara que estaba celosa, o sin negarle la felicidad que su amiga había hallado con su amante? Más imposible aún era hablar con Peter. De modo que sólo podía observarlos, sintiendo cada vez más ansiedad e inquietud.

Preparándose para su inminente partida, empezó a acomodar y reunir sus pertenencias; Jaelle la encontró ocupada en eso, y sugirió que la mayoría de sus ropas de viaje necesitaban arreglos, y que ambas podían aprovechar el día para ponerlas en condiciones. Magda se sorprendió al descubrir que Jaelle era una experta costurera; de algún modo, la costura le había parecido una arte demasiado femenino para una Amazona. La misma Magda, acostumbrada a reemplazar la barata ropa sintética de la Zona Terrana, nunca había dominado ese arte; en realidad, le habían enseñado a menospreciarlo, como una pérdida de tiempo, propia de mujeres que no tenían nada útil que hacer. Cuando le dijo eso a Jaelle, la joven rió.

—¡Y así es, muchas veces! La noche pasada, cuando Rohana nos invitó a unirnos con sus damas, que estaban haciendo la tapicería para las sillas de la sala... ¡creí que me volvería loca! Me encanta bordar —agregó—, ¡pero no comprendo cómo puede tolerarlo Rohana! Yo me volvería loca si tuviera que pasarme todas las noches sentada allí, rodeada por esas tontas costureras... ¡puntada, chisme, puntada, chisme, puntada, chisme! Rohana gobierna Ardais, y lo hace mejor de lo que podría hacerlo dom Gabriel, y tiene un lugar en el Concejo, y asesora a Hastur... ¡y sin embargo se sienta allí con esas tontas, y parlotea con ellas como si nunca hubiera pensado en nada más importante que el futuro diseño del almohadón: un pez lluvia o una flor estrellada! ¡Como si al trasero de alguien le importara qué es lo que está bordado en el almohadón, siempre que esté bien relleno! —Pero mientras hablaba, la joven daba pequeñas y prolijas puntadas, remendando los desgarrados dedos de sus guantes.

Magda, al observarla, pensó que tenía sentido aprender esta clase de arte en un mundo como Darkover, donde las ropas abrigadas y durables eran una necesidad de la vida. Mirando el desastre que había hecho con su túnica rota, se lamentó:

—¡Soy menos habilidosa incluso con la aguja que con la espada!

Jaelle rió.

—Mi pericia con la daga es incidental —dijo—. Te dije que no era combatiente, pero durante mis dos primeros años de Amazona solía trabajar junto a Kindra. Era mi madre adoptiva, y había sido mercenaria. Y cuando había paz en los Dominios, se contrataba como guardaespaldas para escoltar a los viajeros que cruzaban los Kilghard Hills o los Hellers, y protegerles de los bandidos, los hombres gatos o lo que fuera. Durante unos pocos años trabajé con ella, pero en realidad no me agradaba, y gradualmente fui descubriendo mi verdadero talento.

—¿Y cuál es, Jaelle? —Magda recordó que Rohana le había dicho que las Amazonas trabajaban en cualquier empleo honesto, pero tenía curiosidad por enterarse cuál de esos trabajos era el elegido por Jaelle.

—Soy organizadora de viajes —dijo Jaelle—. La gente que quiere viajar por las montañas viene a consultarme. Yo les puedo decir exactamente cuántas bestias de carga necesitarán para transportar provisiones para cualquier número de hombres, según la extensión de su viaje, y también les digo dónde pueden comprarlo todo, y dónde encontrarán conductores, y cuánto equipo deben comprar... y si no, puedo comprarlos por ellos, cobrando una comisión. Después, les digo qué cantidad de diferentes alimentos deben comprar para que sus hombres no enfermen, y suministrarles guías y guardaespaldas, decirles qué caminos deben tomar, cuánto durará el viaje en cada época del año, qué pasos pueden estar bloqueados o qué ríos desbordados, y cualquier otra cosa que deseen saber. No es un negocio para enriquecerse, pero vivo bien. Algunas personas sólo desean una o dos horas de asesoramiento, y yo asesoro por una tarifa; otros ponen en mis manos todos los preparativos, y yo lo hago todo, desde comprar monturas de carga hasta elegir los alimentos y el equipo que pueden utilizar en mitad del invierno en los pasos de altura.

—Dime —dijo Magda con alguna vacilación—, por lo que he visto en Thendara... quiero decir: ¿hay muchos hombres que estén dispuestos a confiar tanta responsabilidad a una mujer?

—Más de los que creerías —respondió Jaelle—. Rafaella, quien empezó con esto, me dijo que durante los dos primeros años, su negocio se limitaba a proporcionar escoltas para las damas cuyos parientes no tenían tiempo para acompañarlas, y que no confiaban en hombres desconocidos. Las Amazonas como escoltas de las mujeres eran muy requeridas, ¡porque los hombres sabían que sus mujeres llegarían sin ser violadas! Pero a medida que se fue difundiendo la noticia de que las caravanas que nosotras organizábamos iban por rutas más rápidas, y llegaban sin desabastecerse de pienso, y sin que nadie tuviera que alimentarse con papilla instantánea durante los últimos días, las mismas damas empezaron a insistir en que nos permitieran planificar los viajes comerciales de sus esposos, y así llegamos a un punto en el que tenemos casi más trabajo que el que podemos hacer.

—De todas maneras, parece un trabajo raro para una mujer de aquí —dijo Magda—. Me educaron pensando que la vida de una mujer en Darkover era muy limitada. ¡Oh, maldita sea esta cosa! —Se interrumpió para llevarse a la boca el dedo que se

había pinchado con la aguja.

Jaelle volvió a reír.

—No te molestes, dale eso a una de las costureras de Rohana. Les agrada tener algo que hacer, y les dará placer pensar que hay algo, cualquier cosa, que ellas pueden hacer mejor que una Amazona Libre.

Jaelle, pensó Magda, era un enigma: era devota de sus hermanas del Gremio de las Amazonas Libres... ¡y sin embargo podía ser tan despectiva con respecto a las otras mujeres!

—¿Realmente crees que todas las mujeres serían más felices como Amazonas, Jaelle? —le preguntó.

Jaelle dejó su guante remendado junto con su compañero y empezó a acomodar algunos objetos pequeños en el fondo de su alforja.

—No, no lo creo —dijo, sin alzar los ojos—. Solía pensarlo, cuando era más joven. Y verdaderamente ansío que llegue el día en que todas las mujeres tengan en nuestro mundo las mismas libertades que nosotras, las del Gremio, nos hemos tomado; que las tengan por ley, no por sublevación ni por renuncia. Pero sé que hay muchas mujeres que serían felices si llevaran la clase de vida que yo llevo.

Se sentó en el nicho de la ventana, con el corto pelo revuelto: parecía una adolescente. Tenía en las manos un pedazo de cinta, y distraídamente se la enroscaba en las muñecas mientras hablaba.

—Las damas de Rohana, por ejemplo. No piensan en nada que no sea el matrimonio, y las consterna la posibilidad de que exista alguna otra clase de vida que la que ellas mismas hacen. Les parece espantosa la idea de contratarse, como los hombres, para cualquier trabajo del que se sea capaz, en vez de servir como dama de compañía en alguna de las Grandes Casas, para después volver al hogar, como hará Lanilla al final del invierno, para hacer un matrimonio arreglado por su familia. Le pregunté cómo era su esposo y ella me contestó que no lo sabía, y después me preguntó: «¿Acaso importa?» Para ella era suficiente la idea de que tendría un hogar propio, y un marido. ¿Alguna vez quisiste casarte, Margali?

—Yo estuve casada —le recordó Magda suavemente.

—Pero sólo por un tiempo...

—Cuando me casé, no sabía que sólo sería por un tiempo —replicó Magda, con un rastro del viejo dolor. ¡Habían hecho tantos planes a largo plazo!

—Dime algo: si hubieras tenido un niño, ¿te habrías quedado con él? ¿Crees que eso podría haber sido un lazo entre los dos?

—Mi madre descubrió que así era —dijo lentamente Magda—. Siguió a mi padre a cuatro mundos diferentes; después vinieron aquí y nació yo, y ella siempre pareció estar satisfecha.

—¿Satisfecha solamente de formar un hogar para él? ¿Así se estila en el Imperio?

—Era música —dijo Magda—. Tocaba varios instrumentos y compuso muchas canciones. Tradujo muchas canciones montañosas al idioma estándar del Imperio, y

compuso música para varios poemas escritos en *casta*. Pero mi padre fue siempre el centro de su vida; después de que él murió, ella pareció perder toda alegría y rara vez volvió a dedicarse a su música; y no vivió mucho más.

—Rohana se casó con dora Gabriel cuando sólo lo había visto dos veces —dijo Jaelle con tono reflexivo—. Para mí, eso era espantoso, que la entregaran a un hombre que ella apenas conocía, para acostarse con él, darle hijos. ¡Me parecía que no era mucho mejor que la esclavitud o la violación! Pero cuando le dije eso a Rohana, ella se rió de mí y me contestó que cualquier hombre y cualquier mujer, si tenían salud y buena voluntad, podían vivir juntos de manera agradable y darse mutuamente una buena vida. Dijo que se consideraba afortunada porque él era decente y amable y deseaba complacerla, y no era borracho ni jugador ni amante de otros hombres, como suelen serlo los Ardais. A mí me parecía que era como un hombre al que le hubieran dado una paliza y se alegrara de que no lo hubieran azotado con el látigo de los caballos... —Seguía enroscándose la cinta en las muñecas, distraída—. Y ahora se ha convertido verdaderamente en el centro de su vida. No puedo entenderlo, aunque, a medida que crezco, él me gusta cada vez más. Pero también hay veces en que me parece que Rohana tiene tanta libertad como cualquiera de nosotras, que hace lo que desea y que ha cedido en pocas cosas...

Anudó la cinta alrededor de sus muñecas y empezó a enrollar el otro extremo.

—Margali, ¿no deseabas tener un niño? ¿Por qué no lo tuviste? No eres estéril, ¿verdad, *breda*?

—No quería tener un niño de inmediato —contestó Magda—. Estábamos viajando juntos, no quería que nada nos separara. —Había sido una pelea dura; Magda desvió los ojos de Jaelle, ya que todavía no podía revivir aquel doloroso momento.

Jaelle extendió una mano y la rozó levemente.

—No quise molestarte.

Magda sacudió la cabeza.

—Después, cuando acordamos separarnos, me alegré de no haber tenido un niño que me recordara siempre... —¿Pero nos habríamos separado, en ese caso? El contacto con Jaelle había elevado su nivel de conciencia, y empezó a preguntarse: ¿Estará embarazada? ¿Cree que lo está, lo desea? Pero todo lo que percibió en el contacto de Jaelle fue... soledad, miedo. *Creí que Jaelle era muy feliz.*

Magda sabía que a partir del contacto podía utilizar su poder sensorial —lo que Rohana había llamado *laran*— para averiguar si Jaelle estaba embarazada. La idea, súbitamente, la atemorizó. No deseaba espiar de esa manera, no deseaba usar su nuevo don para interferir. Soltó la mano de Jaelle como si los delgados dedos la quemaran, y su mano quedó atrapada en la cinta que Jaelle había estado enroscando y desenroscando alrededor de sus muñecas.

—¿Qué diablos estás haciendo con eso? —dijo, desprevenida.

Jaelle la miró, repentinamente consternada. La desató y la arrojó al suelo, con una

expresión horrorizada. *¡Como si hubiera encontrado una serpiente venenosa enroscada en sus muñecas!*, pensó Magda.

—¡Jaelle! ¿Qué ocurre, hermana? —El término afectivo acudió con facilidad a sus labios, pero el momento de vulnerabilidad de la joven ya había desaparecido otra vez detrás de una muralla de indiferencia.

—¡Viejos hábitos! Si no se le educa de cachorro, un perro adulto meará el piso de la casa. He tenido este hábito desde que era niña; Kindra me dijo que no era más que un hábito nervioso, y que lo superaría. Pero no lo he superado, ¿te das cuenta?

Magda supo que se trataba de algo más serio, pero también sabía que no podía preguntar; lo supo con esa sabiduría interior en la que estaba empezando a confiar. En cambio, preguntó algo más seguro:

—Jaelle, ¿estás embarazada?

Los ojos verdes de Jaelle se cruzaron con los de ella, un simple relámpago, y después la joven miró hacia otro lado.

—No lo sé —dijo con tono desolado—. Todavía es demasiado pronto. —Rápidamente, saltó del nicho de la ventana, protegiéndose otra vez—. Vamos, busquemos a una de las tontas damas de Rohana, y pidámosle que remiende tu ropa... ¡hagámosla feliz dejando que crea ser superior a una Amazona Libre!

Observándola mientras envolvía las desgarradas ropas de viaje Magda pensó: *¡Es tan joven y vulnerable! ¡Si Peter le destroza el corazón, creo que lo mataré!*

¿Qué le ocurriría a Jaelle? Y en el caso de que la relación fuera seria y duradera, como Magda estaba empezando a suponer, ¿qué le ocurriría a Peter? ¿Realmente podría sacrificar su carrera por una mujer? ¿Y por una que, por juramento, no estaba libre para casarse?

Era fácil hablar acerca de la inevitabilidad de las relaciones amorosas, incluso de los matrimonios entre miembros de diferentes pueblos del Imperio. Magda había creído que eran estadísticas inevitables. Pero era diferente, completamente diferente, cuando se conocía a las personas involucradas y se podía suponer lo que esas relaciones significaban en términos puramente humanos y personales. Ninguna estadística podía dar cuenta de eso.

¿Es esto culpa mía, también? Al rechazar a Peter, ¿les hice esto a los dos?

El invierno se acercaba a su fin; la nieve se amontonaba en torno a Ardais. Para Jaelle, era un interludio precioso, un tiempo separado de todo lo demás en su vida, antes y después. Por primera vez desde los trece años, vivía rodeada de mujeres corrientes; usaba ropa de mujer, compartía la vida de la casa y pasaba sus días con mujeres que no vivían según los términos de renuncia y libertad que imponía el juramento de las Amazonas.

Había probado esta vida —pero brevemente, y con mala voluntad— a los quince años. Rohana había insistido en que debía conocer la vida a la que deseaba renunciar antes de que esa renuncia fuera irrevocable.

Pero era demasiado joven. No podía verlo claramente.

Y ahora es demasiado tarde. Todas las forjas de los infiernos de Zandru no pueden reparar un huevo roto, ni devolver un pollito a su cascarón. Nunca, nunca, nunca podré ser una de ellas, ya no.

No creo que quiera serlo. Pero no estoy segura, ya no lo estoy...

Y además estaba el terrano, su amante...

Al igual que cualquier joven atrapada en su primera relación amorosa seria, Jaelle creía que él colmaba todo su cielo. La Casa del Gremio y la vida en ella le parecían muy remotas. Sabía que esto era tan sólo un interludio, y que debía terminar, pero trataba de vivir completamente en el presente, sin recordar el pasado ni pensar en el futuro, limitándose a saborear cada momento a medida que transcurría.

Pero a veces se despertaba de noche, en brazos de su amante, y advertía que ya no sabía lo que hacía, ni quién era, ni lo que les esperaba a ambos. Ninguna de esas incertidumbres tenía respuesta, y ni siquiera podían formularse, de modo que recurría con desesperación a él, estrechándolo con mucha fuerza, pidiéndole la única cosa de la que podía estar segura, la única certeza que ambos compartían. Había dejado de ser cauta. Ya no se preocupaba por ocultar lo que había entre ellos. Sabía que tarde o temprano se produciría una crisis, pero de alguna manera indefinible sentía que incluso esa crisis significaría un alivio de la terrible incertidumbre.

Y entonces, una noche, al despertar, escuchó alrededor de las torres el suave ruido de la lluvia y de la nieve que se derretía, y supo que había comenzado el deshielo de primavera. Ahora, la realidad volvería a cerrarse sobre el mágico aislamiento, y ella ni siquiera podía adivinar qué quedaría de eso. Ni siquiera se atrevió a llorar, por miedo a despertarlo. Sabía que él tendría un solo consuelo que ofrecerle, y ahora eso ya no era ningún consuelo, sabiendo lo inevitable.

Cuando pronuncié el juramento de las Amazonas, creí haber imposibilitado que un hombre me convirtiera en su esclava. ¡Sin embargo, aquí estoy, atrapada por cadenas que yo misma forjé! ¿Qué puedo hacer? Oh, por candad de la Diosa, ¿qué haré?

Cuando salió el sol, rojo y goteante detrás de los bancos de hielo, ella ya había

logrado tranquilizarse, y estaba en condiciones de hablar con calma acerca de su inminente partida.

—Debo cortarme el pelo; ha crecido demasiado mientras permanecíamos aquí.

Peter se acercó y acarició las sedosas guedejas, que ahora le llegaban a los hombros.

—¿Tienes que hacerlo? Es tan adorable...

—El juramento no me obliga a eso —admitió ella—. No es más que una costumbre, para demostrar, cuando trabajamos con hombres, que no deseamos seducirlos con tretas femeninas.

Él la abrazó muy estrechamente.

—¿Debemos partir, entonces, mi preciosa? Sé que has jurado no casarte, pero... ¿no hay manera de que puedas quedarte conmigo? No soporto que te vayas. ¿Realmente deseas dejarme tan pronto?

—Puedo quedarme contigo un tiempo, como compañera libre, si lo deseas —dijo Jaelle entre los latidos de su corazón.

—Jaelle, amada, ¿todavía preguntas si lo deseo? —La abrazó con tanta fuerza que le hizo daño, pero ese dolor, le resultó casi agradable.

¿He llegado a esto?, pensó con tristeza.

—No te cortes el pelo —le rogó él, acariciando los rizos que le cubrían la nuca, y ella sonrió y suspiró.

—No me lo cortaré.

Él no sabía, y Jaelle no se lo dijo, que las Amazonas Libres que elegían vivir un tiempo como compañeras libres de sus amantes no se cortaban el pelo; la costumbre indicaba que el pelo corto era un signo de compromiso con la vida solitaria.

Estaban preparados. Como siempre bajaban por separado, ella se dirigió sola a la sala de desayunos. El sol, que entraba por las ventanas de piedra, le hubiera causado placer en cualquier otra ocasión, después de tantos días sombríos. Ahora sólo significaba para ella el final de un interludio que jamás se repetiría. Tal vez permaneciera junto a Peter, pero nunca más en este aislamiento, esta mutua dedicación; el mundo exterior interferiría —el trabajo, otros compromisos—, y ella lamentaba que terminase su breve luna de miel.

Alguien la detuvo, tomándola por la muñeca; al echar un vistazo pensó que Peter la había seguido y sonrió, pero su sonrisa desapareció al advertir que la mano tenía seis dedos, y simultáneamente reconoció la voz de su primo Kiryl.

Tan parecido, tan diferente...

—¿Sola, *chiya*? ¿Has discutido con tu amante plebeyo? Yo sería un sustituto razonable para consolarte, ¿no es verdad? ¿O recurriste a él porque lamentabas tanto haberme rechazado cuando éramos más jóvenes?

Ella se desprendió de la mano como se hubiera quitado un insecto molesto.

—Primo, todos nos iremos muy pronto. En nombre de Rohana, sigamos siendo amigos durante el corto tiempo que queda. Lamento todas nuestras peleas de cuando

éramos prácticamente niños; no me atormentes repitiéndolas ahora que somos adultos.

Kiryl la atrajo hacia él, simulando un abrazo de pariente, y apretó rudamente la mejilla contra la de ella.

—Nada más lejos de mi intención que pelearme contigo ahora, Jaelle.

Consternada y furiosa, ella se liberó de sus brazos.

—Esto no es digno de ti, Kiryl —dijo con tono casi conciliador—. Soy tu parienta y huésped de tu madre. ¡No me obligues a ser grosera contigo!

—¿Y acaso tu conducta es digna? —preguntó él—. ¿Cuando avergüenzas a toda la familia con ese bastardo salido de ninguna parte?

Jaelle luchó por conservar la compostura.

—Si es un verdadero bastardo de Ardais, entonces la vergüenza es la mala conducta de sus padres, y él no tiene ninguna culpa. Tú naciste Comyn, y legítimo, y eso no es ninguna virtud tuya. En cuanto a mi conducta... por última vez, Kiryl, ¡no tengo por qué dar cuenta de mis acciones, ni a ti ni a ningún hombre!

Él le aferró los brazos, y sus dedos se clavaron cruelmente en la piel suave. A partir del contacto, el *laran* no entrenado de ella —que nunca podía controlar sino que, al sentir una emoción intensa, se despertaba involuntariamente— le reveló la frustración, la furia y el deseo del hombre. La deseaba cruda, sexualmente, con una especie de intensa hostilidad de hombre que ella no sentía desde... con incredulidad, identificó el sentimiento con otro que había percibido, sin comprenderlo, entre su padre y sus mujeres. Eso la hizo sentir físicamente enferma; lo empujó, desprendiéndose de él sin poder ocultar su asco. Le temblaba la voz.

—Kiryl, no deseo herirte bajo el techo de tu madre, donde soy una invitada. Pero desde que teníamos quince años sabes que ninguna Amazona, entrenada en defensa personal, puede ser... puede ver violada. No vuelvas a ponerme las manos encima, Kiryl, o... o tendré que demostrarte lo mismo que te demostré entonces.

Advirtió, avergonzada e irritada consigo misma, que estaba llorando.

Cuando ambos tenemos quince años, probablemente Kiryl no pretendía dañarme, era solamente un juego, un juego producto de su orgullo adolescente: unos besos y algunas caricias, simplemente para probarse que era un hombre y que era mi dueño. Pero yo no quise jugar su juego entonces, y herí su orgullo más profundamente de lo que él podía soportar. Lo convertí en mi enemigo, y todavía lo es.

—Perra bastarda —le espetó, y su rostro se afeó; más aterrador aún porque parecía una cruel caricatura del rostro del amante de Jaelle—. ¿Con qué derecho haces de puta con ese extraño y después te niegas a mi mano como si fueras una casta dama? ¿Con qué derecho me niegas lo mismo que a él le concedes libremente?

—¿Tú te atreves a hablar de derechos? —Las lágrimas de Jaelle dejaron lugar a una llameante furia—. ¿Derecho? Yo elijo a mis amantes, Kiryl... ¿y con qué derecho, entonces, te quejas de que no te haya elegido? Te rechacé cuando eras un

arrogante muchacho de quince años que molestaba a la ahijada de su madre, y te rechazo ahora que te has convertido en... —reprimió la cruda obscenidad—... ¡en su indigno hijo!

Le dio la espalda, huyendo hacia el salón, sabiendo que él nunca se atrevería a hacer una escena así delante de don Gabriel. A ella no le agradaba el esposo de Rohana, pero sabía que era un hombre recto que no toleraría ofensas contra una mujer, que además era huésped de su casa.

Pero Kiryl le dio alcance y la atrapó por atrás, mientras sus dedos volvían a clavarse en las magulladuras que Jaelle ya tenía en los brazos de manera tan dolorosa que la joven tuvo que gritar.

—¿Cómo te atreves a hablar de mi madre y de tu respeto por ella? ¡Eso no te ha impedido comportarte como una buscona bajo su mismo techo! ¿Acaso mi padre sabe que has avergonzado a la familia revoleándote en la cama de ese extraño? Si no lo sabe, muchacha, te prometo que lo sabrá de inmediato... ¡y entonces tu amante tendrá que rendirle cuentas a Lord Ardais de cómo ha tratado a su parienta!

—No estoy a cargo de él, soy Amazona Libre y por ley soy dueña de mis propios actos —dijo ella, y otra vez, con esa aterradora conciencia que le daba el *laran*, sintió que a él le daba placer, un placer activo, sexual, el dolor que sus manos le causaban, sus incontrolables sollozos. Luchó duramente por controlarse. No quería, no quería alimentar en él esa cosa enferma que le hacía sentir placer con el sufrimiento de ella.

—¿Qué te ha hecho Pedro, Kiryl, para que desees dañarle tanto? —le preguntó, respirando con agitación, pero con voz calmada y firme—. ¿Por qué haces esto? ¡Creí que eras su amigo!

—Esto no tiene nada que ver con Pedro —dijo Kiryl, y también él respiraba agitadamente—. Él es hombre, pero tú, condenada perra Amazona, que te crees libre de todas las reglas de las mujeres, te supones capaz de fingir que eres una dama casta, y haces de puta cuando se te antoja, seduciendo a tus amantes... ¡Que Zandru me azote con sus escorpiones, pero te enseñaré que no puedes tratar a los hombres de ese modo!

Ella le dio la espalda, librándose de sus manos, y entró rápidamente en el salón. Temblaba tan violentamente que tuvo que apoyarse durante un instante contra el marco de la puerta. El corazón le latía fuertemente, y las magulladuras le dolían. Magda ya estaba allí; Jaelle se deslizó en la silla que estaba junto a la de su amiga, alisándose el pelo con nerviosismo. Magda, advirtiendo instantáneamente que algo le ocurría, cogió la mano de Jaelle debajo de la mesa.

—Jaelle, ¿qué ocurre? —susurró—. Has estado llorando...

Jaelle se aferró a su mano, pero no podía controlar la voz para responderle. *¿Todos los hombres nos odian así? ¿Verdaderamente será cierto que los hombres nos odian tanto?*

Kiryl ya había entrado en la habitación.

—Padre... —dijo, lanzando a Jaelle una mirada desafiante.

—Más tarde, hijo mío —intervino Rohana—. Tu padre está demasiado ocupado.

Y, por cierto, dom Gabriel parecía trastornado y furioso, y miraba ferozmente al encargado de su finca.

—¡Maldición, hombre, no! ¡No lo aceptaré!

—Lord Ardais, un ladrón es un ladrón... ¡así robe monedas de cobre o nueces de *sarm*!

—Por piedad de Avarra, hombre —dijo dom Gabriel con irritación—. ¿De veras tratas de decirme que debo colgar a un hombre hambriento que roba unos pocos sacos de nueces para alimentar a sus hijos y que éstos crezcan para convertirse después en mis fieles servidores?

—¡Si ahora roban nueces, dom Gabriel, después robarán los árboles!

—Entonces marca los árboles que tienes para talar, y haz saber que cualquier hombre que toque los árboles marcados recibirá un castigo, y haz la vista gorda si se ocupan de otros. Si utilizan esa leña para encender sus hogares, no habrá nada allí que alimente un incendio el año que viene. ¡El último incendio nos costó más de la mitad de las ganancias de un año en resinas! Pero basta de ahorcamientos, ¿me entiendes? ¡O te encontrarás allí, colgado tú también entre ellos!

—Bien podría pintar un cartel en el límite de sus bosques, Lord Ardais: *¡Disponible para todos los ladrones de los Hellers! ¡Venid y serviros!* —refunfuñó el hombre.

—No seas tonto, Jeremy —dijo el señor de Ardais—. ¡Ningún hombre puede ser dueño de un bosque! Mis padres y sus ancestros han manejado esa madera durante siglos, y como fueron lo bastante inteligentes para manufacturar resina y pinturas, y para comerciar con las Ciudades Secas para conseguir sulfuro y hacer papel... ¡nos hemos enriquecido con los bosques que no plantamos! ¡Pero yo me enriquecí con la ayuda de los hombres que viven allí, y ellos tienen derecho a alimentarse con los frutos de los árboles, y a calentar sus pobres hogares con la madera de esos árboles! Los Dioses odian al hombre codicioso; y cuando me vuelva tan codicioso como para creer que soy el dueño de los árboles, y de los frutos de los árboles, e incluso de los hombres que viven entre los árboles, sé que es una cuestión de tiempo que esos mismos hombres hagan justicia por su propia mano... ¡y me enseñen cuál es la medida de la ambición humana!

—Sí. Pero, mi señor...

Jaille miró a dom Gabriel y se estremeció un poco; su tío tenía el rostro rojo de ira, y sus manos temblaban. Le recordó, leve pero aterradoramente, lo que había visto en Kiryl.

—¡Ni una palabra más, maldición! —gritó dom Gabriel—. ¡Si quieres trabajar para un bandido y enriquecerte, ve a preguntarle a Rumal di Scarp si necesita un *coridom*!

—Bien dicho, Gabriel —dijo Rohana suavemente, extendiendo la mano para tocarle la manga—. Pero cálmate. Nadie está discutiendo contigo; creo que todos

estamos de acuerdo. —Miró fijamente al mayordomo—. ¿No es verdad, Jeremy?

—¡Sí, señora, por cierto! —tartamudeó el hombre.

Jaille pensó: *¿Por qué siempre Rohana trata de apaciguarlo? Si gritara de ese modo en mi mesa, yo le devolvería los gritos... ¡Sí, y los golpes también!*

Magda vio que Peter ocupaba su sitio —había entrado mientras don Gabriel hablaba—, y cuando sus ojos se cruzaron, ella supo en qué estaba pensando. Era una oportunidad que pocos terranos tenían, ésta de sentarse a la mesa con uno de los señores del Comyn, y escuchar sus decisiones. Ella sabía que Peter estaba tomando notas mentales para presentar un informe en Thendara; también ella, a su manera. ¿Pero escribiría y entregaría alguna vez ese informe?

El mayordomo se ocupaba ahora de la cuestión de cómo marcar los árboles que debían ser talados después del deshielo, y de la escasez de hojas de hacha y de sierras en los últimos años.

Gabriel se volvió hacia Peter.

—Tú has vivido en Thendara. ¿Qué sabes de los terranos?

Peter se quedó helado, vio que Lady Rohana lanzaba una mirada de advertencia a su esposo, pero la pregunta era obviamente inocente, de modo que respondió.

—Lo mismo que cualquier hombre de la calle.

—¿Puedes confirmarme un rumor? Cuando estaban aquí en los Hellers, cerca de Aldaran, oí decir que comerciaban metales de fuera del planeta, que esos metales eran más fuertes que nuestras aleaciones nativas, y que producían hojas más durables. ¿Es cierto, o es como esos cuentos acerca de los hombres que tienen alas en lugar de manos, y marmitas para respirar en la cabeza?

—Nunca vi hombres que tuvieran alas en lugar de manos, ni marmitas en la cabeza —contestó Peter con honestidad—, pero de niño viví en Caer Donn, y he visto los metales de otros planetas. Es un buen material, sólido, y las herramientas probablemente sean mejores que las que pueden hacer tus herreros.

—Rohana, tú estás en el Concejo —dijo el señor de Ardais—. Tal vez puedas decirme por qué el asno de Lorill ha prohibido ese comercio.

Rohana respondió, apaciguándolo, que estaba segura de que la prohibición era temporal, y de que el señor de Hastur sólo quería que el Concejo estudiara las consecuencias de que este mundo empezara a depender de recursos que el planeta no ofrecía.

Kiryl interrumpió.

—¿Puedo hablar ahora? Tengo que presentar una seria queja... ¡acerca de una trasgresión de las leyes de la hospitalidad... y de la decencia! Este hombre de ninguna parte, este don nadie, ha abusado de nuestra hospitalidad...

Rohana habló con voz brusca.

—¡Kiryl, no permitiré que preocupes a tu padre con esas trivialidades! Si tienes algo que decir, puedes...

—No te estaba hablando a ti, madre —dijo Kiryl, mirándola con furia—. Deja

que mi padre hable por sí mismo; estoy cansado de ver cómo lo reduces a la nada... ¡en su propia casa! Padre, ¿tú gobiernas esta casa o lo hace mi madre?

Dom Gabriel se volvió hacia ellos, con el rostro tan enrojecido por la furia que Jaelle se echó a temblar.

—Escucharé lo que tengas que decir —dijo—. ¡Pero no toleraré que te insolentes con tu madre, hijo mío!

Kirył habló entonces, sacando el mentón.

—También mi madre ha faltado a su obligación, ya que ha demostrado ser incapaz... o no ha querido mantener el orden y la decencia bajo este techo. ¿O no sabes que Jaelle ha sido seducida por este don nadie que dice llamarse Pedro, y que ha compartido su cama desde el solsticio de invierno?

Jaelle se puso tensa, apretando los puños con una mezcla de furia y tristeza. Sintió que la mano de Magda se cerraba suavemente sobre la suya, y percibió la mezcla de miedo y espanto que sentían sus amigos cuando el rostro de dom Gabriel, cada vez más enrojecido por la furia, se volvió hacia Jaelle. El señor tenía los ojos bizcos y la boca distorsionada.

—¿Es cierto eso? —gritó—. ¿Jaelle, qué tienes que decir, muchacha?

Ella abrió la boca, furiosa.

—Tío, no soy tu hija... —empezó, y Rohana dijo en voz baja, casi agónica:

—Jaelle, por favor...

De alguna manera, el desesperado terror que trasuntaba la voz de Rohana influyó sobre Jaelle, que dijo, con mayor suavidad que antes:

—Todo lo que puedo decirte, señor, es que lamento mucho ofenderte. No lo hubiera hecho deliberadamente. —Se mordió un labio y miró el plato que tenía ante ella, luchando por no agregar nada más. La rápida y agradecida mirada de Rohana fue suficiente recompensa, pero eso no logró calmar a dom Gabriel.

—¿Es cierto? —aulló—. ¿Has causado un escándalo en mi casa con tus líos amorosos?

Ella tragó con esfuerzo y levantó la vista para mirarlo a los ojos.

—¡No habrá escándalo, tío, si tú no lo haces! —dijo con toda claridad.

Gabriel giró para enfrentarse con Rohana, dejando de lado a Jaelle.

—¿Y esto, señora? ¿Lo sabías y no dijiste nada? ¿Permites que tu desvergonzada ahijada hiciera de puta mientras estaba a tu cuidado? ¿Qué tienes que decir de esto, señora? ¡Responde! ¡Respóndeme, Rohana! —bramó.

Rohana se puso mortalmente pálida. Dijo en voz baja:

—Gabriel, Jaelle no es una niña. Ha hecho el juramento de las Amazonas Libres, y legalmente ni tú ni yo tenemos ninguna responsabilidad respecto de lo que haga, bajo este techo o bajo cualquier otro. Te ruego que te calmes, que te sientes y que termines tu desayuno.

—No me cites esa sucia ley —gritó el hombre, y su rostro estaba tan oscuro y congestionado por la furia que Magda se preguntó si no estaría a punto de sufrir un

ataque—. ¡Jaelle es una mujer del Comyn! Te prohibí que le permitieras unirse a esos escándalos femeninos... ¿Ves ahora lo que has hecho? Una mujer de nuestro clan, seducida y traicionada... —Alzó el brazo como si fuera a golpear a Rohana.

Jaelle, horrorizada, se puso en pie.

—¡Tío! ¡Rohana no tiene culpa de lo que yo haya hecho! ¡Si vas a gritar y comportarte como un loco, al menos grítame a mí! —dijo, furiosa—. Soy una mujer adulta y competente ante la ley para manejar mis propios asuntos.

—¡Ley, ley, no me hables de la ley! —gritó Gabriel fuera de sí—. ¡Ninguna mujer es capaz de manejar sus propios asuntos, y no importa qué es lo que... tu... ley...! —Luchó por seguir hablando, como si la furia le hubiera cerrado completamente la garganta, dijo unas pocas palabras sin sentido, después cerró los puños, se tambaleó y cayó sobre la mesa, rompiendo la vajilla y la porcelana y volcando una marmita de cobre llena con una infusión caliente que inundó la mesa, empapando el mantel. Se golpeó la cabeza con fuerza, pareció rebotar violentamente y cayó pesadamente al suelo, donde su cuerpo quedó arqueado, mientras sus talones golpeaban contra el suelo en repetidas convulsiones.

Kiryl, inmóvil por el asombro, se inclinó por encima de la mesa, y fue corriendo a levantarlo, pero Rohana ya estaba allí, sosteniéndole la cabeza.

—Déjalo acostado hasta que se le pase —dijo en voz baja y enfurecida—. Ya has hecho bastante por esta mañana. Ve y llama a su criado para que le lleve a la cama. ¿Estás satisfecho, Kiryl? ¿Ahora sabes por qué te pedí que no le provocaras ni le molestaras? ¿De verdad crees —y alzó sus ojos grises, que centelleaban literalmente de furia, para mirar a su hijo— que aquí, bajo este techo, ocurre algo... algo que yo no sepa, o no permita?

Jaelle sintió un nudo en la garganta, que le impedía hablar. Había visto antes crisis epilépticas, pero nunca había visto a dom Gabriel sufrir una de ellas. Ahora, mirando a Rohana, allí arrodillada y sosteniendo la cabeza de su esposo, se daba cuenta exactamente de por qué la dama pasaba gran parte de su vida —tontamente, como esclava, había pensado muchas veces— manteniendo a dom Gabriel tranquilo y satisfecho, evitando su furia y calmándolo. La carga de Rohana era más pesada de lo que Jaelle había supuesto.

¿Acaso yo misma podría hacer tanto por un hombre, por mucho que lo amara? Y Rohana se casó con él por mandato familiar, casi sin conocer otra cosa que no fuera su nombre. Sin embargo, durante todos estos años ha conseguido que nadie se enterara de su incapacidad. Debe de haber reconocido las señales de alarma, y tratado de evitar más problemas...

—Madre, lo lamento —imploró Kiryl—. De verdad, pensé que él debía saberlo.

Rohana le recorrió con una mirada despectiva.

—¿Realmente, hijo mío? ¡No soportas pensar que alguna mujer puede no obedecerte como si fueras un Dios! ¡Y ahora has creído tenerla a tu merced! ¡Qué mezquino eres, Kiryl! Para compensar tu orgullo herido, y para vengarte de Jaelle, le

has provocado un ataque a tu padre, y ahora estará enfermo varios días. —Omitió las excusas que él le ofrecía—. Ve y llama a su criado, ayúdale a llevarle a su cama, y basta de charla. ¡Has insultado a nuestros huéspedes, y no te lo perdonaré fácilmente!

Él se fue, abatido, y Jaelle se acercó a Rohana.

—Rohana, lo lamento... no me di cuenta...

Rohana suspiró y le sonrió.

—Claro que no, niña; pensaste que estabas tratando con un hombre racional. Hablaste con mayor amabilidad de lo que yo hubiera esperado, y no dijiste nada que no fuera cierto. Y sé que Kiryl te provocó.

Sus ojos se posaron un momento sobre los brazos de Jaelle, como si pudiera ver las dolorosas magulladuras, y Jaelle pensó: *¿Verdaderamente podrá leer mi mente?*

Cuando Kiryl acabó de ayudar al criado a cargar al hombre inconsciente, Rohana se puso en pie. Parecía desgastada y cansada.

—Sé que vosotros tres —dijo, y su mirada abarcó también a Peter y a Magda— planeabais partir hoy. ¿Podéis demoraros un día más? Hoy debo asegurarme de que Gabriel se recupera adecuadamente; mañana estaré dispuesta a viajar a Thendara con vosotros, todos juntos.

—¿Vendrás con nosotros? —preguntó Jaelle.

Rohana miró a Magda.

—He hecho un importante descubrimiento —dijo—; debo hablar inmediatamente con Lorill Hastur. Hay algo respecto de lo cual está equivocado, y el que no se corrija, puede tener gravísimas consecuencias para nuestros mundos. Entonces, si aceptáis mi compañía en el camino a Thendara, mañana por la mañana estaré dispuesta a viajar.

Llovía cuando llegaron al refugio de viajeros, al atardecer, y mientras el grupo desmontaba, Rohana dijo:

—Esperaba llegar a Thendara hoy, pero no me agrada mucho cabalgar durante la noche. Llegaremos seguramente mañana.

—Me agrada llegar —dijo Magda, pero entonces empezó a interrogarse. ¿Qué le esperaba en Thendara? Incluso una noche de respiro le venía bien.

Mientras desensillaba su caballo, se le acercó Darrill, hijo de Darnak, quien le quitó de las manos la pesada montura. Ella sonrió y se la cedió, quedándose a su lado hasta que casi todos los guardias de Lady Rohana se retiraron —Lady Rohana, como esposa del señor de Ardais, no podía viajar sin una escolta considerable— y entonces él preguntó:

—¿Estás contenta de regresar a tu propio mundo, Margali?

—Ya no estoy muy segura de que sea mi mundo, Darrill —le contestó, perturbada—. He hecho el juramento de las Amazonas Libres.

—Pero, sin duda... Piedro me dijo que era tan sólo un disfraz, una manera de viajar con seguridad...

—Piedro no sabe nada de esto —replicó Magda, con inesperada brusquedad.

—Creo que no comprendo.

—Ni siquiera estoy segura de entenderlo yo misma —repuso ella—. Es verdad que hice el juramento como un medio para conseguir un fin; en realidad, no sabía muy bien qué significaba. Pero más tarde elegí, por propia voluntad, cumplirlo, y lo haré, pase lo que pase.

Él asintió con lentitud.

—Eso puedo comprenderlo. ¿Pero qué dirán los terranos?

Ésa, pensó ella, es la cuestión. ¿Pasaré el resto de mi vida como fugitiva de la justicia del Imperio?

—Trataré de conseguir licencia para cumplir mis obligaciones en la Casa del Gremio. Y después, creo que podré trabajar más efectivamente para el Imperio. Eso me permitirá hacer más cosas que las autorizadas a las mujeres comunes.

—Margali —dijo él en voz muy baja—, cuando me encontré contigo, la noche del solsticio de invierno, quedé muy impresionado de tu valor y espíritu. Me pareció que ninguna mujer de nuestro pueblo podía ser tan fuerte, y creí que eso se debía únicamente a que eras una extranjera, una terrana. Ahora, a veces, creo que te pareces más a una mujer de nuestro pueblo. Aunque no a nadie que yo conozca. —Alzó los ojos y la miró directamente, y por un momento Magda creyó que la besaría. Entonces él tragó con esfuerzo y se alejó un poco—. Discúlpame, debo terminar con los caballos.

Mientras él se alejaba, Magda se quedó pensando: *Si no tengo cuidado, se enamorará de mí, Y ésa es una complicación que no puedo permitirme ahora. Debo*

tener mucho cuidado. Y la idea le causó un poco de pena. En mitad del invierno descubrí que debía hallar nuevas maneras de relacionarme con mi mundo; pero antes de complicarme la vida con otro hombre tengo que saber más de mí misma.

Podía resultar halagador el que el joven Darrill se enamorara de ella, pero sería una crueldad probar su nueva conciencia de los hombres capturando su interés y tal vez su corazón cuando ella no era libre ni podía cumplir ningún compromiso serio con nadie. Jaelle había defendido sus coqueteos diciendo que nunca había herido a ningún hombre con su actitud. *También debo ser cuidadosa y evitar eso*, pensó Magda.

Dentro del refugio, que era uno de los más grandes, los guardias, y Peter entre ellos, habían encendido el fuego en un extremo; en el otro estaban Rohana con sus damas, y Magda y Jaelle. Como era habitual, Rohana mandó decir a Peter que viniera a comer con ellas. Cuando terminaron, miró a Peter y a Jaelle, muy juntos, con las manos entrelazadas en las sombras, y dijo a Magda:

—Por humanidad, creo que deberíamos dejarlos solos unos minutos. —Alzó un poco la voz—: Vamos, señoras, creo que ha llegado el momento de visitar a los guardias y de ver si están cómodos y satisfechos con sus raciones.

La doncella de Rohana, una mujer mayor, gorda y sentimental, se dio la vuelta para dedicar a Jaelle una sonrisa de estímulo, y Jaelle sintió que se sonrojaba. Después olvidó a la mujer, cuando Peter la abrazó y le dio un beso largo y apasionado. Ella se hundió, agradecida, en los brazos de él, bendiciendo a Rohana por este momento de soledad con su amante; sólo serían algunos minutos, pero mientras durara, ella podría reafirmarse...

Finalmente, él la soltó.

—¡Estoy mareado de deseo! Al menos, no falta mucho; llegaremos a Thendara mañana. ¿Todavía me amas, Jaelle?

Ella le miró a los ojos, riendo.

—¿Puedes dudarle?

—Pero me evitas.

—¿Evitarte? Por supuesto que no, amor —dijo, con una risita—. ¡No creerás que podemos acostarnos delante de media docena de guardias y de todas las criadas de Rohana!

Él desvió la vista, incómodo ante la franqueza de ella.

—No quise decir eso —protestó—, pero en el camino podríamos estar más tiempo juntos... ¡podrías cabalgar a mi lado, pasar más tiempo en mi compañía! ¡Durante todo este viaje me has tratado como a un compañero de tus clases de danza, no como a un amante! —Usó la palabra con la inflexión que significaba «prometido», y ella sonrió y le apretó la mano.

—Eres mi adorado —le susurró—, y pronto estaremos juntos tanto como quieras. Pero soy una Amazona, Pedro. No te he dicho gran cosa de nuestras leyes y costumbres, pero algo que aprendemos es que hay un sola manera en que una mujer

pueda viajar entre hombres sin causar problemas ni discusiones: comportándose como un ser humano, no como una criatura sexual, como alguien cuya tarea más importante en la vida es atraer a los hombres, su cuidado y su protección.

—Oh, vamos, por cierto que Lady Rohana y sus acompañantes...

—Rohana es la esposa de su señor, algo sagrado que deben proteger con sus propias vidas. Y sus damas de compañía están protegidas por el... el carisma especial de ella. Pero yo soy una Amazona y he renunciado a mi status protegido de *Comynara*. Y trabajo entre ellos; yo organicé este viaje. De modo que no puedo aparecer delante de ellos como... como una mujer a la que se puede desear. ¿No lo entiendes? —le imploró—. Si paso mucho tiempo contigo, si me muestro como tu amante —también ella usó la palabra en la inflexión que significaba «prometida»—, entonces aparecería como mujer. Y ellos empezarían a pensar en mí como mujer, y al poco tiempo empezarían a competir en pequeñas cosas para ganar mi favor y mi atención, y para exhibirse delante de mí como hombres, y pronto se producirían discusiones, y también rencores. De modo que debo ser otro trabajador más, uno de ellos. Deben sentirse cómodos conmigo, sin tener que atemperar sus palabras para adecuarlas a oídos femeninos, ni sentirse obligados a darme los trabajos más livianos.

Sus palabras no tenían ninguna traza de reproche, pero Peter recordó que pocos días atrás ella se había enfadado porque él la había ayudado con una carga pesada sin que ella se lo pidiera.

—¿Estás tratando de decirme que no hay ningún trabajo que supere tu fuerza? —le preguntó.

—¡No, no, por supuesto que no!

—Eso me pareció —dijo Peter, indignado, mirando a la esbelta muchacha—. ¿Y qué haces, orgullosa Amazona, cuando te topas con algo que supera tus fuerzas?

Ella sonrió.

—Exactamente lo mismo que hacen los hombres cuando encuentran algo demasiado pesado, o cuando hacen falta cuatro manos para llevar a cabo alguna tarea. Imagino que tú no eres un hombre excepcionalmente fuerte; cuando una tarea demanda más fuerza que aquella de la que dispones, supongo que simplemente le dices a algún otro: «¡Ven aquí y ayúdame a levantar esto antes de que me hernie!» Bien, eso es también lo que hago yo. Si hago evidente que no rehuyo ningún trabajo dentro de mis posibilidades, entonces ellos me ayudarán de la misma manera que ayudarían a otro hombre... ¡y sin pensar que soy una mujer y deben protegerme!

—¡Espero que no pretendas tratarme así siempre! —dijo él, y ella rió y le acarició amorosamente la mejilla.

—Cuando estemos solos, querido, seré tan frágil y exigente que a veces creerás que soy la mismísima Lady Rohana, que por ley no puede siquiera cabalgar un día sin su doncella y sus damas de compañía y media docena de guardias. Pero no debes esperar que sea distinta de lo que soy. —Sin hacer ruido, la joven se puso en pie y le dio un beso rápido—. Basta por ahora; Rohana y sus damas regresan ya, y mañana

llegaremos a Thendara.

—Y mañana por la noche... —dijo Peter, sonriéndole, y por un momento ella se apretó contra él, para que supiera que compartía su ansiedad. Después, suspirando, se separaron cuando Rohana y sus damas regresaron junto al fuego.

Llegaron a Thendara poco después del mediodía. Rohana dijo, mientras trasponían las puertas de la ciudad:

—¿Qué harás ahora? Jaelle, sé que debes ir a la Casa del Gremio con Margali.

Magda sintió un pequeño escalofrío de temor. *Ya está. No hay más demoras. ¡Oh, Dios, tengo miedo! Seguramente, en el curso de mi vida, Darkover se convertirá en parte del Imperio y ya no habrá demasiada diferencia. El tiempo que transcurre usualmente entre el primer contacto y la filiación es de alrededor de cincuenta años, y ya ha transcurrido la mitad. ¿Pero no ocurrirá eso demasiado tarde para mí? ¿Debo exiliarme de un mundo al otro?*

Pensó esto sin saber que Darkover demostraría ser un caso único en la historia del Imperio, y que no sólo su vida, sino muchas vidas, transcurrirían antes de que Darkover y el Imperio se reconciliaran. De todos modos, el pequeño relámpago de precognición volvió a helarle la sangre, y se envolvió en la capa de viaje forrada de piel —el regalo que le había hecho Rohana para el solsticio de invierno— alrededor de los hombros.

—¡Esto es idiota! —dijo Peter, volviéndose para asegurarse de que las damas de Rohana y los guardias no los escucharan—. ¡Es imposible que hagas eso, Magda! De una manera o de otra, tienes que librarte de esa tontería de pasar medio año en la Casa del Gremio. Sé que te resulta interesante, pero no podemos permitirnos perder a nuestra única mujer experta. Ven conmigo al Cuartel General, y que piensen alguna manera de sacarte de todo esto.

—Peter, no comprendes —dijo Magda, exasperada—. Estoy comprometida por el juramento, y lo cumpliré. Después, trataré de aclarar las cosas con las autoridades del Imperio; ¡pero debo cumplir con mi obligación!

—Oh, eso —exclamó él con desprecio—. ¡Sabes tan bien como yo que un juramento pronunciado bajo coacción no es válido!

Jaelle lo miró consternada, y Magda, con esa nueva y devastadora sensibilidad a los pensamientos, supo que Peter había dejado sin habla a Jaelle. *Un juramento es sagrado. ¿Qué clase de hombre podría ser el que lo ignorase? Y si él no advertía lo que el juramento significaba para Magda, ¿cómo podría saber lo que significaba para Jaelle?*

¿Podrá imaginar aquello que es lo primordial en mi vida?, pensó Jaelle, desolada. Fue tan sólo un momento; después, su amor empezó a excusarlo; muy pronto comprendería. Sonrió a Peter con alegría y se dirigió a Magda.

—Tendremos que enseñarle cómo son las cosas, ¿verdad, hermana?

Rohana los interrumpió al percibir la tensión que se había creado.

—Lo mejor es que los tres seáis mis huéspedes en el castillo Comyn esta noche.

En la suite de Ardais hay lugar para más de una docena de personas, y tú Pedro, puedes enviar un mensaje a tu supervisor terrano, avisándole que mañana todos nos reuniremos con Lorill Hastur. Los dos estarán ansiosos de saber cómo ha terminado este asunto.

Todos estuvieron de acuerdo, y una hora más tarde estaban cómodamente instalados en confortables habitaciones de la suite Ardais. Magda estaba cansada por el largo viaje, pero sabía que dormir era simplemente otra manera de postergar los insoportables conflictos. Mañana, a cualquier precio, debería enfrentarlos.

Peter se demoró un momento en la puerta de la habitación que ambas mujeres compartían.

—¡Jaelle, me eludes otra vez! —dijo, herido.

—No, amor mío. En uno o dos días más, nos declararemos compañeros libres, delante de testigos —le prometió, poniéndose de puntillas para besarlo con una pasión que acabó con todas sus dudas—. Pero ahora soy huésped de Rohana en el castillo Comyn, y por su buen nombre debo respetar, bajo este techo, sus leyes y normas de conducta, y no las mías. Pero te amo. Nunca dudes de eso, Pedro, prométemelo, prométemelo.

—Te lo prometo —le aseguró él, y después, sorprendido, se agachó a enjugar las lágrimas de la joven—. Mi amor, mi querida, ¿por qué lloras?

—No... no lo sé —tartamudeó ella, y aunque él sabía que ella lo estaba eludiendo, no pudo decir nada—. Aunque soy una Amazona Libre, Pedro, a veces debes permitirme que sea tan sólo una mujer, y no siempre razonable...

Cuando él se marchó, y Magda cayó en un sueño profundo, Jaelle caminó, inquieta por la suite Ardais. En esa época del año se hallaba desierta; Rohana y sus invitados parecían flotar por corredores y salones vacíos como si fueran las escasas ramas de un árbol despojado por la tormenta. Finalmente, Rohana fue a buscarla.

—Ven y quédate un rato conmigo, Jaelle. Puede transcurrir mucho tiempo antes de que podamos pasar un momento juntas; en temporada de Concejo, tengo poco tiempo para gozar de tu compañía, y pueden pasar años hasta que vuelvas a visitarme en Ardais.

Se sentaron frente al fuego en la habitación de Rohana. Durante un rato, hablaron poco, pero finalmente Jaelle se levantó de su silla y fue a sentarse en la alfombra, junto a su parienta. Puso un momento la cabeza sobre la rodilla de Rohana; vacilando, Rohana le acarició el suave cabello. Cuando era niña, Jaelle no permitía que la acariciaran, y Rohana había aprendido muy rápido a no ofrecerle caricias, pero, por una vez, la joven parecía pedirselas.

Finalmente, la muchacha habló.

—No te he dicho nada, pero es probable que lo hayas adivinado: Pedro me ha pedido que me quede en Thendara como su compañera libre, y yo he accedido.

Rohana miró a Jaelle con una remota tristeza. *Lo ama tanto, y sé que en realidad no puedo comprenderla.* Rohana había sido entregada muy joven en matrimonio, se

había casado obedientemente con el hombre elegido por su familia, sin preguntas, y nunca había sido tocada por una pasión de esta clase. Finalmente, le preguntó, con vacilante ternura:

—¿Alguna vez te has arrepentido de tu juramento, Jaelle?

—Ni por un momento, antes de esto —dijo Jaelle. Y después, forzando las palabras—: De todos modos, creo que tuviste razón, hace años, al decir que era demasiado joven para una elección así.

Eso destrozó el corazón de Rohana, causándole casi un dolor físico. *Por piedad de la Diosa, le di libertad, la libertad que a mí me habían negado. ¿Me equivoqué tanto?* Por un momento, el tiempo se trastrocó, el pasado y el presente se fundieron, y a Rohana le pareció que era otra vez la época de la larga visita de Jaelle al castillo Ardais, cuando la muchacha sólo tenía quince años. Rohana había sabido que Jaelle no era feliz allí: detestaba a Kiryl y no le gustaban demasiado el hijo más joven ni la hija de Rohana; consideraba a Gabriel un tirano egoísta; se había disgustado ante la necesidad de usar faldas para montar, y en el último día de su visita había acudido a Rohana y le había dicho, desafiante, que haría el juramento de las Amazonas el mismo día que estuviera legalmente en condiciones de hacerlo.

Rohana ya lo había previsto, pero lo mismo la había sorprendido la realidad. Sintió que Jaelle aún no tenía idea de aquello a lo que estaba renunciando.

Le había dicho:

—Debes estar muy segura, Jaelle, muy segura. No se trata de ningún juego, sino de tu propia vida. ¡No la arrojes por la borda de este modo! —Y después había implorado—: Jaelle, ¿me darás tres años, más tiempo, como le diste a Kindra, para probarte que mi vida no es menos feliz que la de ella?

Sabía que también Jaelle estaba recordándolo (¿o el *laran* de la joven permitía que ambas compartieran sus pensamientos?), pues la muchacha dijo suavemente:

—Tres años me parecían toda una vida entonces; más tiempo del que yo podía esperar, y... perdóname, Rohana... tú querías demostrarme que tu vida era feliz, y sin embargo yo sabía que tú no eras feliz. De modo que parecía... una hipocresía.

Rohana inclinó la cabeza. No, no era feliz entonces, pero creyó que había logrado ocultárselo a Jaelle. Se sentía atrapada por la vida que llevaba, después de haber probado brevemente la libertad. Había estado muy sobrecargada con sus hijos adolescentes y con Valentine, que tenía tres años, la edad más activa y problemática. Y en esa época había vuelto a quedar embarazada de un cuarto hijo que no deseaba; ése había sido el precio que había pagado por el perdón definitivo de Gabriel. Y aunque no deseaba al niño, Rohana era demasiado mujer como para llevar en su seno a un niño durante casi un año y verlo morir sin sentir angustia. De modo que cuando el bebé nació muerto, ella le había llorado tanto como si lo hubiera deseado. Pero en realidad había llevado al niño con desesperación, con una indignación furiosa, sintiendo que tal vez estuviera pagando un precio demasiado alto por la buena voluntad de Gabriel y por la paz de su hogar. Ahora, ante Jaelle adulta, bajó la cabeza

y dijo, de manera casi inaudible.

—Tenías razón; yo no era feliz entonces. Ahora me siento más culpable que nunca de que a causa de mi infelicidad tú hayas decidido hacer el juramento de las Amazonas.

Jaelle apoyó una mejilla sobre la mano de Rohana.

—No te eches la culpa; no creo que eso hubiera significado diferencia alguna. Hasta Kindra decía que yo era obstinada y cabeza dura; también ella me recomendaba esperar un poco. Tal vez —y sonrió fugazmente— sea también la hija de mi padre, aunque no me guste pensarlo.

Nunca antes Jaelle había hablado de su padre delante de Rohana. Ella sabía cuánto le había costado hacer esto. Quedó en silencio, y al cabo de un rato, le preguntó:

—¿Entonces te quedarás con tu amante terrano?

—Eso... eso creo.

Pero no está segura.

—¿Es justo para un hombre, Jaelle, que le des tan poco de ti como compañera libre?

—¡Rohana, le doy lo que él quiere de mí! ¡Los terranos no convierten a las mujeres en esclavas de su voluntad!

—De todas manera... no te enojas, Jaelle... a mí me parece que una compañera libre da poco más que una prostituta. —Utilizó la ruda palabra *grezalis*, sabiendo que en sus labios decorosos consternarían a Jaelle y la harían escuchar—. A mí me parece que un matrimonio no es matrimonio sino te comprometes con un hombre para todas las épocas, buenas y malas, de felicidad o de miseria. Sabes que cuando me casé, Gabriel no era para mí más que una carga que debía llevar, porque había nacido Comyn y las leyes de mi casta me exigían que me casara dentro de mi clan y que le diera hijos con *laran*.

—¿Y tú me llamas a mí prostituta, cuando a ti te vendieron como esclava por el orgullo de tu familia, y yo elijo libremente al hombre que amo y deseo?

Rohana alzó una mano para detenerla.

—Jaelle, Jaelle, no te he llamado prostituta, ni nada de eso. He dicho: esto es lo que me parecía el matrimonio al principio, una grave carga que yo debía llevar por el bien de mi familia. Sin embargo, ahora Gabriel es verdaderamente el centro del mundo que los dos hemos construido. Un compañero libre le dice a su amante, a causa del torbellino de su deseo, me quedaré contigo mientras eso me dé placer, pero si nuestra felicidad termina, te dejaré, sacrificando la felicidad que ya tuvimos y las buenas épocas que nos puedan tocar en el futuro, todo a causa de la desdicha de uno o dos años. No hay obligación de permanecer unidos y hacer que los malos tiempos vuelvan a ser buenos.

—¿Cómo puedes hacerlo? ¿No vives lamentando constantemente los años de infelicidad que tuviste que compartir sin ninguna posibilidad de escape?

—En realidad, no —dijo Rohana—. Nos ha llevado mucho tiempo superar la desdicha, pero hemos forjado un vínculo que durará hasta la muerte. Y más allá —agregó sonriendo—, si hay algo más allá.

—Dices eso con gran valentía —respondió Jaelle—, pero yo creo... Oh, Rohana, no quiero que te enfades.

—La verdad no podría enfadarme, Jaelle. Sólo recuerda, querida, que es tu verdad, y no necesariamente la mía.

—Entonces, creo —dijo Jaelle— que como es demasiado tarde para lamentarse, te dices a ti misma que no te arrepientes. Creo que simplemente no quisiste despojarte de tu poder y de tu posición como esposa del señor del Dominio Ardais.

—Tal vez —dijo Rohana, sin ofenderse—; un matrimonio se teje con muchas hebras pequeñas. Gabriel es solamente una parte de mi vida, pero no es una parte a la que me agradecería renunciar ahora. No le amaba cuando nos casamos, pero me destrozaría el corazón tener que separarme de él ahora.

Jaelle, recordando la expresión de Rohana al arrodillarse junto al hombre inconsciente, supo oscuramente que lo que escuchaba era cierto; pero eso le parecía solamente esclavitud a un ideal, y nada semejante a la avasalladora pasión que la había atrapado, casi involuntariamente, en la vida de Peter.

—¡Eso no es lo que yo llamo amor! —repuso, casi temblando.

—No, supongo que no, querida —dijo Rohana, tomándole las pequeñas manos frías—, pero es verdadero, y ha durado.

—¿Entonces crees que el amor... el amor tal como yo lo conozco... no significa nada? A mí me parece que tú crees que dos personas cualesquiera pueden construir un matrimonio, como si... —por primera vez en más de doce años, Jaelle pronunció el nombre de su madre—... como si Melora y Jalak... como si mi madre, aun violada y en cautiverio, hubiera podido construir una dicha duradera.

—Hasta eso es posible, querida, en algunas circunstancias. Pero yo accedí a casarme, con el respaldo y la bendición de mi familia; Melora fue apartada de todos sus parientes por la fuerza. Pero incluso en ese caso: si Melora y Jalak se hubieran elegido mutuamente, si ella hubiera huido con él por propia voluntad, o incluso si después él la hubiera amado por ella misma, no como un instrumento de su maligno orgullo ni como rehén de su odio hacia sus parientes de los Dominios... aun entonces, tal vez, ella hubiese encontrado un poco de paz; quizá no felicidad, pero sí satisfacción.

—¿Incluso encadenada?

—Incluso así, querida. Si Melora hubiera amado a Jalak, y hubiera deseado agradarle, habría sabido que las cadenas sólo formaban parte de un juego que él jugaba por orgullo delante de los demás hombres, y ella las habría usado voluntariamente, para seguirle el juego... Jaelle, si tus Amazonas reunieran un ejército y marcharan contra las Ciudades Secas para liberar de sus cadenas a las mujeres, algunas, sin duda, las considerarían sus salvadoras, pero otras, estoy segura,

les pedirían que se volvieran a sus casas y no interfirieran en sus asuntos. ¿Acaso tú no usarías cadenas para complacer a tu amante, Jaelle?

—Nunca me lo pediría —dijo, pero bajó los ojos, recordando sus juegos con la cinta, el juego imaginario al que había jugado siendo niña en las Ciudades Secas. Furiosa con ese recuerdo, preguntó—: ¿No sentías lastima por mi madre?

—Sólo los Dioses saben cuánta —contestó Rohana—. Me arriesgué a provocar la ira de Hastur, y estuve a punto de destruir la felicidad que había construido con Gabriel para salvarla antes de que le diera un hijo a Jalak, y para liberarte a ti, porque ella dijo que prefería matarte antes de que te encadenaran en la Gran Casa de Jalak. ¿No lo recuerdas? —Sus ojos empezaron a llamear de ira.

Jaelle le cogió la mano y, al cabo de un momento, depositó un beso en ella.

—Jaelle —dijo Rohana suavemente—, muchas mujeres llevan las cadenas como yo las *catenas*. —Extendió el brazo, mostrando el brazalete matrimonial ceremonial, cuyo gemelo estaba cerrado alrededor del brazo de Gabriel—. Como muestra de algo que estará por siempre en mi corazón, aunque me negara, como tú, a usar el símbolo exterior.

—El juramento de las Amazonas me impide casarme *di catenas*. Nunca creí que desearía hacerlo —agregó, y su cabeza volvió a posarse sobre las rodillas de Rohana, mientras sus hombros esbeltos se agitaban por la violencia de sus sollozos—. ¡No quiero, Rohana! ¡No quiero!

Rohana pensó: *Entonces, ¿por qué lloras de ese modo?* Pero no lo dijo, ya que sentía, a través del contacto, que la muchacha estaba verdaderamente apenada. Sólo acarició tiernamente el pelo de la muchacha. Finalmente, habló.

—¿Estás embarazada, querida?

—No... No. Él me ha ahorrado eso.

—¿Y realmente deseas que te lo ahorre, preciosa mía?

Jaelle no pudo responder, era incapaz de pronunciar palabra. Por último, Rohana le preguntó muy suavemente:

—¿Te quedarás con él tanto en la felicidad como en la desdicha, Jaelle?

Jaelle levantó el rostro arrebolado.

—Ahora siento que lo haría —dijo con angustia—, ¿pero cómo puedo estar segura? ¿Cómo puedo saber que él me amará también en las malas épocas por las que todos pasamos? ¿Cómo puedo saber lo que yo seré entonces? Y sin embargo... me parece que hasta eso vale la pena. ¿Alguna vez amaste a alguien, Rohana? ¿Nunca deseaste abandonarlo todo... todo, tu modo de vida, tu honor, todo, porque no podías separarte... separarte de...? —Volvió a apoyar la cabeza sobre las rodillas de Rohana y lloró desesperadamente.

El corazón le dolía a Rohana por la muchacha, y por la herida, muy vieja, que sus palabras habían vuelto a abrir. *Sí, hubo un momento en el que lo hubiera abandonado todo: mi infancia, la vida que me había construido, Gabriel... y sin embargo, el precio parecía demasiado alto.*

—En este mundo, todo tiene un precio —dijo finalmente, temblorosa—. Hasta a Kindra le ocurría: nunca se arrepintió de su juramento, pero hasta el día de su muerte sintió pesar por los hijos que había abandonado. Me parece que ése es el único defecto del juramento de las Amazonas: mujeres que se protegen de los riesgos que otras mujeres corren voluntariamente. Tal vez eso sólo signifique que cada mujer debería elegir los riesgos que desea correr.

Jaelle escuchó, y las palabras cayeron como piedras en su corazón. *Hice el juramento cuando era demasiado joven; la mayoría de las mujeres renuncia con dolor, sabiendo que se trata de verdaderas privaciones. A mí me pareció que sólo renunciaba a la esclavitud y abrazaba la libertad. Nunca pude comprender verdaderamente por qué tantas mujeres lloraban cuando hacían el juramento...*

—Amas a Pedro. ¿Te quedarás con él?

—Debo... debo hacerlo. No puedo dejarlo ahora.

—¿Le darás hijos, querida?

—Si él... si él los desea.

—Pero tu juramento te obliga a tenerlos solamente si tú los deseas —dijo Rohana—. Eres tú quien tiene que elegir, y tal vez sea eso lo que me parece tan equivocado, que las mujeres reclamen el derecho de elegir.

—Nunca creeré lo que dices —le espetó Jaelle—. Una mujer que no es libre de elegir es en realidad una esclava.

—Pero ni siquiera la libertad de elegir garantiza la felicidad —dijo Rohana, tomando una vez más las frías manos de la joven y acariciándolas—. He escuchado a viejas Amazonas lamentar no haber tenido hijos, cuando ya era demasiado tarde para cambiar de idea. Y yo... —Tragó con esfuerzo, porque nunca se lo había dicho a nadie: ni a Gabriel, ni a Melora, ni a Kindra, quien por tanto tiempo había compartido sus más secretos pensamientos—. Yo no deseaba niños, Jaelle. Cada vez que me daba cuenta de que estaba embarazada, lloraba y me enfurecía. Tú lloras porque no tendrás un niño, pero yo lloraba más cuando me enteraba de que lo tendría. Una vez le tiré a Gabriel un plato de plata por la cabeza, y le acerté, además, y le grité que deseaba matarlo para que no volviera a hacerme eso otra vez. Odiaba estar embarazada, odiaba tener a mi alrededor niños que me molestaran, y lo que más temía era el parto. Más, creo, de lo que tú odias la espada que te hizo esto. —Con dedos ligeros, trazó la cicatriz, todavía roja, que cruzaba la tersa mejilla de Jaelle—. Si hubiera sido libre de elegir —continuó—, jamás habría tenido hijos. Y sin embargo, ahora que mis hijos son adultos y veo que son una parte de Gabriel y de mí que sobrevivirá cuando ya no estemos... ahora, cuando ya hubiera sido demasiado tarde para cambiar de idea, descubro que estoy contenta de que las leyes de mi casta me hayan obligado a tenerlos, y después de todos estos años, he olvidado... o perdonado, toda la desdicha que me causaron.

—Creo —dijo Jaelle con aspereza, como si no deseara demostrar hasta qué punto se sentía conmovida—, una vez más, que sabes que es demasiado tarde para

lamentos, de modo que te dices a ti misma que no lamentas nada.

—No dije que no lamentara nada, Jaelle —replicó Rohana en voz baja—, sino tan sólo que en este mundo todo tiene su precio, incluso esta serenidad que he descubierto después de tantos años de sufrimiento.

—¿Realmente crees haber pagado un precio? ¡Entendí que me habías dicho que ahora tenías todo lo que puede desear una mujer!

Rohana bajó los ojos. Tragó con esfuerzo y por un momento recordó el día, años atrás, en que había mirado los ojos grises de Kindra y había sabido cuál era el precio que debía pagar. No podía mirar a Jaelle, no quería llorar.

—Todo, salvo la libertad, Jaelle. Creo que eso hubiera tenido para mí un precio demasiado alto. Pero no estoy segura. —Su voz se quebró—. En este mundo nada es seguro, salvo la muerte y la nieve del próximo invierno. Tal vez no desee estar segura. He pagado el precio de mi libertad. Tú tienes tu libertad; por juramento, debes aceptarla incluso ahora, cuando no la quieres. ¿Pero a qué precio, Jaelle?

Magda se despertó de madrugada, para encontrar a Jaelle sentada a los pies de su cama. Se la veía pálida, como si hubiera estado llorando, pero serena.

—Hermana —le dijo—, sé que pronunciaste tu juramento de manera involuntaria; en cierto sentido, obligada. Normalmente, eso no tendría importancia, pero eres terrana, y juraste sin saber verdaderamente lo que implicaba. ¿Quieres elevar tu petición para que te liberen de tu juramento, Margali? Si lo deseas, puedo hablar en tu favor ante las Madres del Gremio.

Magda sabía que eso resolvería algunos de sus más profundos conflictos internos y, aún más, la libraría del temor que sentía ante las represalias terranas, que no estarían exclusivamente dirigidas contra ella, sino también contra aquellos que la habían ayudado a abandonar sus lealtades originales. Lo pensó por un momento, pero de inmediato se sintió asqueada. ¿Volver a su vida en la Zona Terrana, al mundo estrecho y estéril en el que había vivido, circunscrita al escaso trabajo de importancia que podía llevar a cabo una mujer? Ahora se daba cuenta de que, a pesar de las lágrimas y el terror que había sentido al pronunciar su juramento, éste había sido en realidad una decisión de extrema importancia en su vida, y más aún, una decisión genuina. *Aquí hay un camino que puedo seguir. Esto es lo que deseo, sea cual fuere el precio que tenga que pagar.*

No me vi obligada a dejar abandonado a Peter. Jaelle me salvó de pagar ese precio. Pero sabía que tarde o temprano habría un día de juicio; y ahora lo afrontaré, sea como sea.

Dirigiéndose a Jaelle, utilizó la frase formal de las Amazonas.

—Madrina de juramento, te lo dije: elegí por propia voluntad hacer honor al juramento, y lo mantendré hasta que la muerte me lleve o termine el mundo.

—¿Aun cuando eso te cause problemas con tu propia gente, Margali?

Repitió lo que le había dicho a Darrill durante el viaje:

—Ya no estoy segura de que ellos sean mi gente. —Su voz no era muy firme—. He renunciado a mi lealtad hacia... familia, clan, custodio o señor.

Jaelle le tomó las manos; de repente, se inclinó hacia delante y la besó del mismo modo en que lo había hecho al aceptar su juramento.

—Lealtad por lealtad, hermana —le dijo—. Hemos jurado. Pero creo que debes afrontar el hecho... en realidad debemos afrontarlo juntas, de que eso puede causarte problemas.

—Lo sé —afirmó Magda, y no pudo evitar temblar un poco—. Si no hubiera sido por Lady Rohana, creo que Peter hubiera insistido en llevarme al Cuartel General, aunque hubiese tenido que hacerlo por la fuerza y bajo arresto.

—Una bella retribución por tu lealtad hacia él —dijo Jaelle con furia—. ¡Si no hubiera sido por ti, ahora estaría muerto en Sain Scarp!

Magda se sintió obligada a defender el punto de vista de Peter.

—Es un agente terrano. Creo que para él, la lealtad al Imperio trasciende cualquier lealtad hacia las personas.

—Eso no está bien —repuso Jaelle, perturbada.

Magda pensó: *Es un punto de vista que ningún darkovano puede comprender, así que, en muchos aspectos, Peter está peor que yo. Es darkovano en tantas cosas que jamás podrá vivir en paz dentro del Imperio, pero jamás se librará de esas mismas cosas que le impiden sentirse completamente cómodo en Darkover... y siempre estará desganado, será un exiliado...*

—Jaelle —dijo—, una vez me dijiste que las Amazonas pueden aceptar cualquier trabajo honesto. Si las autoridades terranas me concedieran licencia para cumplir mi obligación con la Casa del Gremio durante mi entrenamiento, cuando lo completara, ¿podría entonces volver al trabajo que he estado haciendo para los terranos?

—¿Quieres decir que nos espiarías?

—No, por supuesto que no —corrigió Magda; la idea misma le parecía repulsiva—. Pero sí podría construir un puente entre nuestros mundos, ayudar a mi gente a comprender mejor los detalles de tu sociedad, tu idioma, tus leyes y costumbres... aunque no hiciera más que mi antiguo trabajo, que consistía en impedir que nuestros traductores ofendieran tus costumbres, y creo que podría hacer más, mucho más.

—Eso no violaría nuestro juramento —opinó Jaelle—. Según nuestra Carta, puedes aceptar cualquier trabajo honesto en cualquier parte. Eso significa que, como Amazona juramentada, puedes trabajar para los terranos... —Se interrumpió como si de pronto hubiera visto una luz resplandeciente y añadió, casi en un susurro—: Y lo mismo puedo hacer yo.

—¿Cómo podría arreglarse, Jaelle?

—Como lo desees —respondió Jaelle—. Según nuestra Carta, debes pagar una parte de tus ganancias al Gremio. Renunciamos a la familia y al hogar, pero eso significa que siempre tendremos la protección de una familia y un hogar. Si estás enferma, embarazada, incapaz de trabajar o te encuentras en una ciudad desconocida, siempre puedes recurrir a la Casa del Gremio, o a cualquier Amazona, y encontrarás un hogar donde te protegerán. Tus pagos sirven para mantener las Casas del Gremio, y siempre tendrás allí hermanas y amigas, y derecho a tenerlas. No es necesario que vivas en una Casa del Gremio, a menos que lo prefieras, aunque si prefieres vivir allí, se espera que colabores con el mantenimiento de la casa, y que cumplas un turno de limpieza, de jardinería o de lo que haya para hacer. Pero es nuestro verdadero hogar, adonde vamos igual que otros van a la casa de su familia.

Magda no había tenido familia desde la muerte de su padre; ella y Peter nunca habían intentado seriamente formar un hogar. La idea de tener un verdadero hogar, un hogar darkovano, al que pudiera ir sin ser una extraña o una invitada, sino por derecho, le hizo sentir una calidez que había olvidado hacía mucho tiempo.

—Podemos ir cuando envejecemos y ya no podemos trabajar —dijo Jaelle—, o ir para criar a nuestros hijos allí.

—¿Las Amazonas tienen niños, entonces?

—Cuando los deseamos —indicó Jaelle, y el recuerdo de las palabras de Rohana confirió a su rostro una fugaz tristeza—. ¿Crees que hacemos los votos de las Celadoras? Nuestras hijas pueden criarse en la Casa del Gremio hasta que son adultas, momento en el que pueden elegir libremente si desean unirse al Gremio o casarse. Usualmente, nuestros hijos son entregados a los padres para la crianza, después de ser destetados, pero si el padre de tu hijo no lo desea, o tú crees que es incapaz de educar a tu hijo, entonces puedes disponer su crianza, aunque ningún niño mayor de cinco años puede permanecer en la Casa del Gremio. —Pensaba en voz alta; de pronto, regresó al presente—. Bien, ya aprenderás todo eso durante tu entrenamiento, hermana.

¿Era posible que pudiera participar de ambos mundos? Casi parecía demasiado bueno para ser cierto. Magda dijo, vacilante:

—Sabes que Lorill Hastur ha prohibido el contacto entre la Zona Terrana y su pueblo. Es fácil desafiarlo en los Hellers, Jaelle, ¿pero aquí, en Thendara?

—Sí, ésa es una de las dificultades más graves —dijo Jaelle—, pero Rohana ha prometido hablar con Lorill. Ella también tiene puesto el corazón en ambos mundos, y creo que es más grande que cualquiera de ellos. Y supongo que es hora de que el pueblo de Darkover, y no sólo los señores del Comyn, sepan algo de los terranos y de lo que ellos pueden hacer por nuestro mundo. Ya oíste a Gabriel hablar de la prohibición que Lorill impuso al comercio. ¡La voluntad de Hastur no es la voz de Dios, ni siquiera para los del Comyn! Averigüemos qué piensan los otros. ¿Vendrás ahora conmigo a la Casa del Gremio, hermana, para ver qué podemos hacer para arreglar esto antes de reunimos mañana con Lord Hastur... y con tus terranos? Así, sabremos exactamente dónde estamos.

Magda vaciló. Después, comprendiendo que éste era el momento de elegir, asintió.

—Sí, iré.

A la mañana siguiente, Lady Rohana se encontraba sentada junto a Lorill Hastur en la pequeña sala del Concejo, esperando la llegada del coordinador terrano. Peter Haldane estaba sentado frente a ellos, con aspecto aprensivo y furioso. Rohana no podía leer sus pensamientos, pero tampoco necesitaba hacerlo. Esa mañana, Magda y Jaelle habían desaparecido, y Rohana estaba segura de que se habían refugiado en la Casa del Gremio de Thendara. Pero habían dejado un mensaje explicando que se presentarían ante Hastur y el Concejo, por lo que a la señora no le correspondía dar más explicaciones de las que ellas mismas habían ofrecido.

Hastur se acercó a ella y le preguntó en voz baja:

—¿Es éste el hombre que fue hecho prisionero en Sain Scarp? ¿Es verdaderamente idéntico a Kiryl? La semejanza es extraordinaria... ¿Nos encontramos aquí con la Ley de Cherilys?

Rohana rió.

—No he recordado la Ley de Cherilys desde que fui monitora en la torre de Dalereuth contigo y Melora y Leonie —dijo—. Pero no, no es eso; el terrano sólo tiene cinco dedos en cada mano.

—No obstante, la semejanza es notable, y sirve para respaldar lo que me dijiste acerca de una misma especie, aunque parezca fantástico creer que nuestro pueblo puede haber venido de otra estrella, o que nos hubiéramos permitido olvidar esa herencia. Y me dijiste que la mujer tiene *laran*. ¿Puedo preguntarte cómo lo averiguaste? Di órdenes de que ningún terrano fuera autorizado a presenciar una operación con matrices.

—Jaelle agonizaba —explicó Rohana—, y su hermana de juramento tenía derecho a permanecer con ella. Lo único que se me ocurre... —Frunció el ceño, tratando de pensar—. Alida tiene el Don de los Ardais, es una telépata catalizadora, y el contacto con ella puede haber despertado el *laran* latente de esta mujer. Pero si ella no hubiera estado presente, Alida no podría haberla despertado. El hombre... Haldane, estaba también allí, y no hubo ningún indicio de que advirtiera lo que estaba ocurriendo. Pero sea cual fuere la razón, esta mujer tiene *laran*, y eso significa que debemos revisar algunas de nuestras ideas preconcebidas acerca de los terranos. —Dijo «nuestras» ideas preconcebidas, pero en realidad quería decir «tus». Hastur lo sabía, y no le agradó.

—Ha llegado el funcionario terrano con su intérprete —dijo.

Rohana ya había conocido a Montray, y no se había sentido impresionada; se preguntó si no habría captado un poco del desprecio que Magda sentía por el hombre. Esta vez lo acompañaba un joven que hablaba *casta* tan bien como Magda o Peter, tan bien como un darkovano nativo. Se presentó como Wade Montray, el hijo del coordinador, y cortésmente se dirigió a cada uno de ellos, mientras su padre, furioso, se acercaba a Peter.

—¡De modo que aquí estás, Haldane! ¿Tienes idea de cuántos problemas has causado? ¿Y dónde está la señorita Lorne? ¡Debería estar aquí! ¡En realidad, los dos deberían haberse puesto en comunicación con el Cuartel General anoche, para recibir órdenes!

—Nadie me ha informado de que se hubieran presentado cargos contra nosotros —dijo Peter con bastante severidad—. No nos parecía adecuado ofender a Lady Rohana, que nos había invitado y nos tenía como huéspedes. Estoy seguro de que Magda llegará a tiempo. —Se volvió hacia la puerta, con un audible suspiro de alivio—. En realidad, ya está aquí. ¡Y la joven que la acompaña fue importantísima para salvar mi vida, Montray, así que, maldición, sé educado con ella!

—Bonita muchacha —comentó Montray, y Peter volvió a ponerse serio.

—Montray —dijo—, has estado en Darkover... ¿cuánto? ¿diez años? Si todavía no has aprendido que no es adecuado hacer comentarios acerca del aspecto de una mujer, te sugiero que pidas un traslado tan pronto como puedas... si no, ¡mejor que no asomes la cabeza fuera de la Zona Terrana!

Magda había entrado en la habitación junto con Jaelle y tres mujeres desconocidas, y se había sentado silenciosamente con ellas en el espacio libre.

—Jaelle, ¿qué es esto? —dijo Hastur con severidad—. ¡No te di permiso para invitar testigos a esta reunión!

—Yo no lo solicité, señor —dijo Jaelle respetuosamente, pero sin nada del temor que los ajenos manifestaban ante un señor del Comyn—. Lord Hastur, me pareció que nuestro Gremio estaba profundamente involucrado en las cuestiones que se discutirán esta mañana, y por lo tanto pedí a estas representantes que vinieran y expusieran nuestra posición ante ti y ante los terranos.

—¿Qué dijo? —preguntó Montray, y su hijo empezó a repetir en voz baja las palabras de Jaelle, mientras la joven seguía hablando.

—Señor, señora y respetados extraños —continuó Jaelle—, deseo presentar a *mestra* Millea n'ha Camilla, Madre del Gremio de nuestra Casa de Thendara. —Millea era una mujer alta y maciza, vestida convencionalmente, y tan femenina como la misma Rohana—. *Mestra* Lauria n'ha Andrea, presidenta del Gremio Independiente de Mujeres Artesanas, y a *domna* Fiona n'ha Gorsali, juez de la Corte de Arbitraje de la Ciudad.

Rohana pensó, admirativamente: *¡Oh, Jaelle, eres mucho más inteligente de lo que creí!*

Las mujeres sentadas en un digno círculo en la habitación no eran Amazonas comunes, sino tres de las mujeres más poderosas de la ciudad de Thendara. El Gremio de Mujeres Artesanas había luchado con éxito por el derecho a ser reconocido entre los comerciantes de la ciudad; *domna* Fiona era la primera mujer designada juez en la historia de Thendara. Hastur no podía descartarlas como si carecieran de importancia.

—¿Se nos concede el derecho de escuchar las deliberaciones, nobles? —preguntó Jaelle.

Hastur pareció un poco irritado, pero nada podía alterar su prolongada disciplina diplomática. Se puso de pie e hizo una reverencia formal a las tres mujeres.

—No les daré la bienvenida a este Concejo, pues vinieron sin ser invitadas —dijo—, pero éste no es un cónclave secreto destinado a respaldar tiranías; ningún ciudadano interesado carecerá del derecho de escuchar y, a su vez, de ser escuchado.

—Agradecemos la oportunidad —dijo Montray, mientras su hijo lo traducía—, de ser escuchados por cualquier ciudadano de Thendara. Bienvenidas, señoras.

Hastur se dirigió a Montray.

—La última vez que estuvimos juntos, otorgamos permiso a tu empleada, Magdaley Lorne —Magda, sentada entre las Amazonas, advirtió que él no vacilaba ni tropezaba al pronunciar su nombre terrano— para que se internara en las montañas y negociara el rescate de tu empleado, el hombre Haldane, que estaba prisionero en Sain Scarp. Según entiendo, la mujer Lorne se encontró con una banda de Amazonas Libres comandadas por Jaelle n'ha Melora y se le pidió, según las costumbres y leyes

de su Carta, que pronunciara el juramento de lealtad a ese Gremio. ¿Es acertada esta versión?

—Según los informes presentados por nuestras hermanas, lo es —dijo la Madre Millea.

—No alcanzo a comprender cuál es la dificultad —dijo Hastur—. Me parece que la cuestión se reduce a un acuerdo privado entre las partes involucradas, o si no, corresponde a la Corte de Arbitraje.

Montray escuchó, frunciendo el ceño; dijo algo, pero su hijo sacudió la cabeza, negándose a traducir.

Hastur se volvió hacia Magda.

—Señorita Lorne, ¿ha traído aquí a estas mujeres para presentar la petición, en presencia de todos los involucrados, de que te liberen de tu juramento?

La voz de Magda fue baja pero muy clara.

—No, mi señor Hastur. Estoy dispuesta a cumplir con el juramento que hice, y a hacerle honor hasta la muerte. Pero no estoy segura de que las autoridades terranas me lo permitan. Posiblemente sostengan que mi juramento no es válido, o que a causa de otras lealtades prioritarias yo no tenía derecho a pronunciarlo.

Montray volvió a decir algo, y el joven traductor replicó, de manera apenas audible:

—Te lo había dicho.

Rohana, que observaba, advirtió que Magda había hecho algo excepcionalmente inteligente. En privado, el coordinador terrano podía alegar que no creía en la validez de un juramento darkovano. Pero si decía eso en presencia de Hastur y de las tres Madres del Gremio de Thendara, destruiría la credibilidad de todos los terranos que llegaran a Darkover durante las próximas décadas. Y si no lo sabía, y a juzgar por su expresión así era, lo estaba averiguando ahora en términos muy claros, ¡tanto por el joven traductor como por Peter Haldane! A partir del aspecto de frustración que mostraba el rostro del hombre, Rohana podía asegurar, sin necesidad de usar nada de su *laran*, que los estaba mandando a todos, y especialmente a Magda, al equivalente terrano del más frío invierno de Zandru.

—Aparentemente —dijo *domna* Fiona—, el honorable representante de la Tierra experimenta algunas dificultades para aceptar la decisión: ¿podemos escucharlo, con el permiso de Lord Hastur?

Montray dijo, con las pausas necesarias para que su hijo tradujera:

—La dificultad es ésta: la señorita Lorne es extremadamente valiosa para nosotros. Es la única mujer calificada para actuar como experta en los idiomas de Darkover, y para asesorarnos acerca de las costumbres femeninas y de las leyes que gobiernan el uso social en Darkover. Nos parece que, por el momento, no podemos prescindir de ella ni autorizarla para que cumpla con otro trabajo, por valioso que sea y por mucho que respetemos a aquellos que la aceptan.

Rohana sabía perfectamente bien que las frases corteses habían sido agregadas

por el traductor, y sospechaba que la versión original de Montray había sido mucho más enfática y mucho menos cortés. Aunque no comprendía lo suficiente del idioma terrano como para estar segura.

—Si ésa es la única dificultad, puede allanarse fácilmente —dijo *domna* Fiona. A juzgar por su voz y por algo de ese cuerpo delgado envuelto con los ropajes judiciales, Rohana sospechó que la mujer era una *emmasca*; pero las ropas eran demasiado sueltas para estar segura—. Si el problema es la carencia de expertas en costumbres femeninas y en idiomas, creo que podemos ofrecerles ayuda. Hermana... —dijo, volviéndose a Jaelle, quien se puso de pie con nerviosismo.

Brevemente, sus ojos se cruzaron con los de Peter.

—Dile al funcionario terrano que, si le parece bien, me ofrezco a ocupar el lugar de mi hermana, trabajando para los terranos. Hablo tanto *casta* como *cahuenga*, y sé leer y escribir en esos idiomas, así como en el de las Ciudades Secas; y creo poder ayudarles a llenar las lagunas que haya en sus conocimientos de las costumbres de Thendara. Y supongo que otras de mis hermanas estarán dispuestas a hacer lo mismo, según los límites de sus necesidades. Nos han dicho —y otra vez sus ojos se cruzaron con los de Peter— que los terranos han tenido problemas para encontrar trabajadores para cualquier cosa que no fueran trabajos manuales, y que los han buscado sin ningún éxito.

—Sin duda, todo eso sería bienvenido —dijo Montray, haciendo a Jaelle una reverencia cortés—. Pero hemos escuchado que la voluntad de Hastur era que la gente de Thendara no nos ofreciera esa clase de ayuda.

La Amazona Lauria, presidenta del Gremio de Mujeres Artesanas, dijo suavemente:

—Lord Hastur habla por el Comyn, por sus seguidores y por los que le deben obediencia en los Dominios. Pero la voluntad o el capricho de Hastur no se han convertido todavía en la ley de este mundo. Con todo respeto, Lord Hastur —e hizo una profunda inclinación—, no aceptamos el derecho del Comyn a imponer a las mujeres libres de Thendara su criterio con respecto a qué trabajos honestos desempeñar, o qué relaciones establecer con los hombres del Imperio de las estrellas... o con sus mujeres. Según voluntad de Hastur, las únicas mujeres a las que se les ha permitido conocer a los hombres del Imperio son las de los bares y burdeles próximos al espaciopuerto. No creemos que eso ofrezca a los terranos un cuadro real de nuestro mundo. De modo que hoy hemos venido aquí a ofrecerles nuestros honestos servicios en campos más adecuados para lograr una comunicación significativa entre nuestros dos mundos, como cartógrafas, guías, traductoras o cualquier otro empleo en el que los terranos deseen contratar a trabajadoras y expertas de Darkover. Y a cambio, sabiendo que el Imperio tiene mucho que enseñarnos, pedimos que un grupo de nuestras mujeres sean admitidas como aprendices en los servicios médicos y otras ramas científicas, para permitirnos así aprender de lo que saben. ¿Eso te parece correcto, señor de la Tierra?

Por supuesto que es correcto, pensó Magda, observando el rostro de Montray; era lo que él había esperado desde un principio, lo que tan obstinadamente se le había negado en Darkover. Ella nunca había advertido —y se culpaba por ser tan insensible— que las mujeres de Darkover se ofenderían si eran juzgadas solamente por las mujeres a las que los terranos conocían en los bares y en los burdeles. Ella misma, con su conocimiento de las mujeres respetables con las que cualquiera podía encontrarse en los mercados y en los lugares públicos de Thendara, había calado un poco más profundamente, aunque no demasiado.

No se trataba, por supuesto, de una cooperación total. No había tantas Amazonas Libres, y rara vez ocupaban posiciones tan poderosas como la de *domna* Fiona. (También era la primera vez que oía hablar de la Corte de Arbitraje. *¡Cuánto tengo que aprender, pensó, y cómo me divertiré haciéndolo!*)

Y después volvería a trabajar para los terranos, y sería una de las primeras en ir y venir entre ambos mundos, ayudando a encontrar un camino de comunicación. Dos mundos, ¡y ella pertenecería a ambos! Miró a Lady Rohana, y la dama le sonrió. Otra vez Magda percibió la imagen de una gran puerta que se abría en ambos sentidos, una puerta entre dos mundos distantes y cerrados...

Jaelle observaba a Lorill Hastur. No parecía muy complacido, pero capituló con tanta gracia como pudo. *El hecho es que las Amazonas Libres no son lo bastante importantes —o eso es lo que Hastur cree— para que él se permita advertir lo que están haciendo o, al menos, para que lo advierta con cierta dignidad. Pero otras nos seguirán luego, y por sus propias razones.* Captó la mirada de Peter y le sonrió; le pareció que su corazón se detenía cuando él le devolvió la sonrisa.

¡He encontrado la manera honorable de estar juntos en este mundo!

Montray respondía a las graciosas palabras de Hastur con un pequeño discurso sobre la amistad y la fraternidad, utilizando todas las inflexiones erróneas, mientras su hijo Wade lo corregía cuidadosamente, reemplazándolas por las correctas.

¿Cómo se las arreglará Montray cuando no me tenga para escribirle los discursos? Con alegría, Magda advirtió que le importaba un bledo. Tenía cosas más interesantes que hacer.

Cuando todo quedó arreglado, y Hastur, Lady Rohana y Montray —con su hijo al lado, para impedir que cometiera errores demasiado ofensivos— intercambiaban cortesías, Peter, Jaelle y Magda se reunieron un momento junto a la puerta de la cámara del Concejo. Peter conocía demasiado bien las costumbres de los Dominios para tocar a Jaelle en público, pero la rápida mirada con que la envolvió era como un abrazo. A Magda, en cambio, le habló con aspereza:

—¡Así que te has salido con la tuya Mag, y nos has hecho quedar a todos como tontos... haciendo lo que ningún hombre hubiera logrado! ¿De veras sientes tanto desprecio por nosotros, entonces?

—¿Desprecio? No, en realidad no —dijo Magda, pero no pudo evitar lanzarle una mirada peyorativa a Montray, que Peter captó—. Pero a él, al menos, nunca le había

ido tan bien en Darkover.

—Todo el mundo sabía que eras tú quien hacía el verdadero trabajo en la oficina del coordinador, Magda —dijo Peter—. No pudiste tener el cargo solamente por la dirección en que sopla el viento. Tal vez algún día ese cargo sea tuyo.

Ella sonrió sin amargura.

—No, gracias —dijo—. ¿Por qué no te presentas tú como candidato, Peter? — Sintió una vez más los pequeños estremecimientos de una «corazonada», que le recorrían la espalda mientras hablaba—. Tú serías un buen coordinador... o tal vez, el primer Legado, algún día. Yo tengo algo mejor que hacer.

—Ya has hecho milagros —le dijo, tomándole las manos con calor.

Ella sacudió la cabeza.

—No fui yo. Fue Jaelle... y las Madres del Gremio.

—¡Eres maravillosa! —Le dijo Peter a Jaelle, sin aliento—. ¡Nunca creí que lo lograras!

—No crees que las mujeres podamos hacer muchas cosas, Piedro, a pesar de todo lo que Margali ha hecho por los dos —le respondió Jaelle suavemente—. Pero tal vez algún día aprendas. Durante un tiempo creí que las mujeres de tu pueblo eran más libres que nosotras. Ahora sé que en realidad no existen tantas diferencias entre la Tierra y Darkover. Mi madre adoptiva me dijo, una vez, que era mejor llevar cadenas que creer que se es libre mientras se está cargada de cadenas invisibles. —Entonces sonrió, con una sonrisa luminosa—. Pero siempre hay esperanza, y yo espero el día en que formemos parte del Imperio de las estrellas, cuando ya no seamos extraños ni ajenos, cuando todas las personas sean... sean... —Vaciló, buscando las palabras, y Peter la ayudó:

—¿Cuando todos sean hermanos?

Ella sonrió, captó la mirada de Magda y agregó:

—Y hermanas.

—Bien —apuntó él—, la política puede esperar: ¡tú y yo tenemos otras cosas en qué pensar hoy! ¿Magda, vendrás con nosotros cuando declaremos ante testigos?

—No puedo —se excusó Magda, echando una mirada a las Madres del Gremio—. En realidad, se supone que no puedo salir de la Casa del Gremio durante medio año después del juramento.

De repente, extendió las manos.

—¡Oh, Peter! —agregó tras una pausa—. ¡Deséame suerte! ¡No me guardes rencor!

Él le dio un breve abrazo, casi de hermano.

—Te deseo suerte, Mag —le dijo, besándola en la mejilla—. ¡A juzgar por el aspecto de esas espadas de batalla, la necesitarás! Pero es lo que deseas, así que sé feliz, querida.

Ella dijo:

—Jaelle...

Impetuosamente, Jaelle abrazó a Magda y la estrechó con mucha fuerza. Magda susurró:

—Que también sean felices los dos...

—Vendré a verte —prometió Jaelle—. La Casa de Thendara es también mi casa.

—¡Pero debes prometerme que no la pondrás contra mí, Magda! —dijo Peter—. ¿Tengo que tolerar a todas esas suegras?

—Nadie podría ponerme contra ti —dijo Jaelle, riendo—. ¡Pero algún día debes aprender a no hablar así de mis madres y hermanas!

Es una adulta, pensó Magda. Siempre la creí una muchacha. Pero no lo es. Es una mujer. Y ya no está deslumbrada. Le conoce perfectamente. Y le ama a pesar de todo.

Él nunca comprendería que pudiesen existir lealtades —y menos aún entre mujeres— más profundas que el amor. Pero haría lo posible por el mundo que todos ellos amaban, y era mucho lo que Peter podría hacer. Aunque sólo fuera por eso, Magda sabía que siempre le amaría un poco.

La Madre Millea hizo un gesto a Magda para que se reuniera con ellas. Magda volvió a besar a Jaelle.

—Sed buenos —les dijo. Después, lentamente, sin mirar atrás, se reunió con las tres mujeres.

Jaelle, que la miraba marcharse, pareció captar de su mente la imagen de una gran puerta que se abría para revelar un mundo soleado en un futuro brillante e iluminado.

APÉNDICE

La serie del planeta Darkover

Se ha dicho que la larga serie de Darkover define la ciencia ficción de los años sesenta y setenta como la serie de la FUNDACIÓN de Asimov había definido la de los años cuarenta y cincuenta. En realidad la serie de Darkover muestra de una manera ejemplar cómo la ciencia ficción va dando cabida en su seno a nuevos relatos en los que dominan los temas de corte fantástico sin la voluntad racionalizadora y cientifista que había sido tan común en la ciencia ficción clásica.

En torno a Darkover existe en la actualidad un conjunto de una veintena de novelas y media docena de antologías cuyas narraciones transcurren en un planeta situado en los límites de un imperio galáctico dominado por la Tierra. Los habitantes de Darkover proceden en parte de los antiguos colonos terranos y, en su mundo, la magia y la telepatía son elementos esenciales de una cultura antitecnológica que resiste con éxito los variados intentos de lograr su integración en una unión política y económica con el Imperio Terrano.

La serie se inició en 1962 con THE PLANET SAVERS y THE SWORD OF ALDONES que tienen forma de la más clásica space opera. En los libros posteriores, principalmente en los escritos a partir de los años setenta, domina la vertiente fantástica. Con ellos la autora alcanza además un dominio ejemplar en el tratamiento de los personajes y da preponderancia a unos temas que pertenecen ya a un mundo más complejo (telepatía, Amazonas, homosexualidad, derechos de las mujeres, ética de la libertad, etc.) con lo que la serie gana en profundidad sin perder su encanto aventurero e incluso mejorando su calidad narrativa.

En realidad la serie lo es tan sólo porque reúne historias ambientadas en el planeta Darkover. La autora ha repetido siempre que los libros se pueden leer en cualquier orden. Y eso es cierto, ya que ninguno de ellos asume que el lector esté familiarizado con lo que ha ocurrido en las otras novelas de la serie. Según parece, a Bradley no le gustan demasiado esas series que parecen ser poco más que un alargamiento interminable de una primera narración (y es bueno recordar aquí que la edición original norteamericana de LAS NIEBLAS DE AVALÓN tenían un solo volumen, aunque en España se haya publicado en cuatro).

Por ello no es de extrañar que la serie de Darkover pueda leerse realmente en cualquier orden y la misma Bradley dirá de sus novelas:

Prefiero pensar en ellas como en un conjunto de libros muy imprecisamente interrelacionados con un mismo trasfondo (el Imperio Terrano contra el mundo y la cultura de Darkover) y un tema común: el enfrentamiento de dos culturas aparentemente irreconciliables y, pese a ello, muy semejantes. Si los libros tienen algún mensaje (personalmente lo dudo),

es simplemente que para un ser humano nada de la humanidad le es ajeno.

La relación completa de los libros publicados hasta ahora es la siguiente:

1962 — Planet Savers	(Los salvadores del planeta)
1962 — The Sword of Aldones	(La espada de Aldones)
1964 — The Bloody Sun	(El sol sangriento)
1965 — Star of Danger	(Estrella de peligro)
1970 — Winds of Darkover	(Vientos de Darkover)
1971 — World Wreckers	(Destruyores de mundos)
1972 — Darkover Landfall	(Aterrizaje en Darkover)
1974 — The Spell Sword	(La espada encantada)
1975 — The Heritage of Hastur	(La herencia de los Hastur)
1976 — The Shattered Chain	(La cadena rota)
1977 — Forbidden Tower	(La Torre prohibida)
1978 — Storm Queen	(Reina de la tormenta)
1979 — The Bloody Sun (reescrit.)	(El sol sangriento)
1980 — Two to conquer	(Dos que conquistar)
1980 — The Keeper's price (A)	(El precio de las Celadoras)
1981 — Sharra's Exile	(El exilio de Sharra)
1982 — Sword of Chaos (A)	(Espada del caos)
1982 — Hawkmistress	(Lady Halcón)
1983 — Thendara House	(La casa de Thendara)
1984 — City of Sorcery	(Ciudad de brujería)
1985 — Free amazons of Darkover (A)	(Las amazonas libres de Darkover)
1987 — Othet side of the mirror (A)	(El otro lado del espejo)
1987 — Red Sun of Darkover (A)	(El sol rojo de Darkover)
1988 — Four moons of Darkover (A)	(Las cuatro lunas de Darkover)
1989 — Heirs of Hammerfeld	(Herederos de Hammerfeld)
... — Domains of Darkover	(Los Dominios de Darkover)
... — Rediscovery	(Redescubrimiento)
... — Return to Darkover	(Retorno a Darkover)

En donde la (A) indica que se trata de una antología de relatos escritos ya sea por Bradley o por otros autores que se unen al «universo de Darkover». Los años es precisamente el de la edición original en inglés.

Es muy probable que los títulos de nuestra prevista edición en castellano coincidan finalmente con la traducción literal que aquí se indica, aunque también podría ocurrir que no fuera así en todos los casos. El tiempo lo dirá.

De todo este conjunto de libros tan sólo uno de ellos, The Sword of Aldones, había sido traducido al castellano con el sorprendente título de ODIO CÓSMICO en el número 45 de la colección de ciencia ficción de Ediciones Cenit (1963). Ni que decir tiene que a la autora el cambio de título no le hizo mucha ilusión...

En realidad hay partidarios de leer los libros casi en el orden de su publicación. Según dicen, con ello se puede seguir el proceso mental de la autora al crear y expandir el universo de Darkover. Cabe también ordenar los libros en función de la cronología interna de los hechos narrados. En este caso cabría tener en cuenta que EL EXILIO DE SHARRA ocupa el mismo espacio que LA ESPADA DE ALDONES ya que es una nueva novelización de los mismos hechos. Teniendo en cuenta esta cronología interna de Darkover y añadiendo unos subtítulos inventados por el editor norteamericano, el cuerpo central de la serie puede subdividirse en grupos como:

EL DESCUBRIMIENTO

Aterrizaje en Darkover

LAS ERAS DEL CAOS

La reina de las tormentas

Lady Halcón

LOS CIEN REINOS

Dos que conquistar

LAS AMAZONAS LIBRES

La cadena rota

La casa de Thendara

Ciudad de brujería

CONTRA LOS TERRANOS: PRIMERA ÉPOCA

La espada encantada

La Torre prohibida

El sol sangriento (reescritura de 1979)

CONTRA LOS TERRANOS: SEGUNDA ÉPOCA

La herencia de los Hastur

El exilio de Sharra

Retorno a Darkover

Y el resto de libros, tal vez complementarios, se sitúan preferentemente entre las dos últimas subseries.

Los amigos de Darkover

Una serie tan larga y que ha estado en el candelero durante más de veinticinco años no podía por menos que tener alguna consecuencia perdurable en el conjunto de los activos y devotos fans de la ciencia ficción y la fantasía.

La necesidad por todos sentida se concretó en la formación (prácticamente espontánea según se asegura) de una organización de fans y lectores. Se inició con algunas reuniones informales en las convenciones de ciencia ficción, y después se organizó en varios «Concejos» de un grupo que se autodenomina LOS AMIGOS DE DARKOVER. Hay Concejos en varios lugares de la geografía de Estados Unidos e incluso hubo uno en Alemania. Durante varios años LOS AMIGOS DE DARKOVER mantuvieron convenciones propias en el Fantasy Worlds Festival e incluso una newsletter, generalmente editada cada trimestre por el Concejo de Thendara que reside en Berkeley, California.

Tal y como ellos mismos indican, LOS AMIGOS DE DARKOVER son un grupo de aficionados y voluntarios. Nadie cobra por su actividad en el grupo y no existen cuotas de inscripción. El Concejo de Thendara sirve como punto central de información para los varios fanzines, newsletters y los otros grupos creados en torno a Darkover.

Para los lectores interesados en establecer contactos basta con escribir en inglés a:

Friends of Darkover, Thendara Council, Box 72,
Berkeley, CA 94701 (EE. UU.)

Es imprescindible adjuntar un Cupón de Respuesta Internacional para obtener y/o agilizar la respuesta.

La edición en castellano de la serie Darkover

Cuando nos planteamos la edición en castellano de la serie de Darkover surgió de inmediato el problema de cómo hacerlo. De entrada hay que comprender que el proyecto ocupará inevitablemente unos años y que parece razonable empezar con las novelas fundamentales en la serie que son las que empezaron a publicarse a mediados de los años setenta.

Los libros anteriormente agrupados bajo los apartados de Las amazonas libres y Contra los terranos forman en realidad subseries y los libros sucesivos dentro de cada subserie son en realidad continuaciones directas de la novela anterior (aún manteniendo la autosuficiencia de cada novela que es esencial para Bradley). Por

ello parece adecuado centrarnos de entrada en estas subseries. Y ello haremos.

Hemos iniciado ya la publicación de la serie con LA ESPADA ENCANTADA (NOVA fantasía número 4) recomendada por la propia autora como el mejor título para dar a conocer el alcance de la monumental saga de Darkover. Tal y como gusta decir el hijo menor de la autora: «da a conocer el “sabor” de la serie», aunque tenga una trama tal vez menos compleja que los otros libros.

Pero nuestro proyecto es iniciar en paralelo la publicación de las tres subseries centrales en la historia de Darkover. Por ello hemos seguido con la traducción de LA HERENCIA DE LOS HASTUR (NOVA fantasía número 5) y con LA CADENA ROTA (NOVA fantasía número 8) con las que se inician las otras subseries. Poco a poco, tal vez sin prisas pero sin pausas, iremos completando cada una de estas subseries en paralelo hasta terminarlas. Después finalizaremos la gran historia de Darkover con los otros libros y las antologías de relatos en último lugar si procede.

MIQUEL BARCELÓ

Notas

[1] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<